



¿Y si la Bella fuera
más letal que la Bestia?

CAZADOS

De la autora bestseller de la saga *ATADOS*

MEAGAN SPOONER



Bella conoce el bosque de la Bestia como nadie. A pesar de haberse criado lejos de la cabaña de su padre, con la élite aristocrática de la ciudad, Bella sabe que el bosque guarda muchos secretos, y que su padre es el único que ha estado cerca de descubrirlos. Así que cuando este pierde su fortuna, y Bella y sus hermanas se mudan a las afueras del pueblo, ella se alegra. Allí no tiene la presión de quedar bien con los nobles, ni de casarse con un hombre rico.

Sin embargo, cuando su padre desaparece en el bosque, Bella toma la determinación de encontrar a la criatura con la que él estaba obsesionado y se adentra en el territorio de la Bestia: un valle maldito, un castillo en ruinas y un mundo de criaturas que solo perviven en los cuentos de hadas.

Un universo que le puede traer tanto la ruina como la salvación.

Meagan Spooner

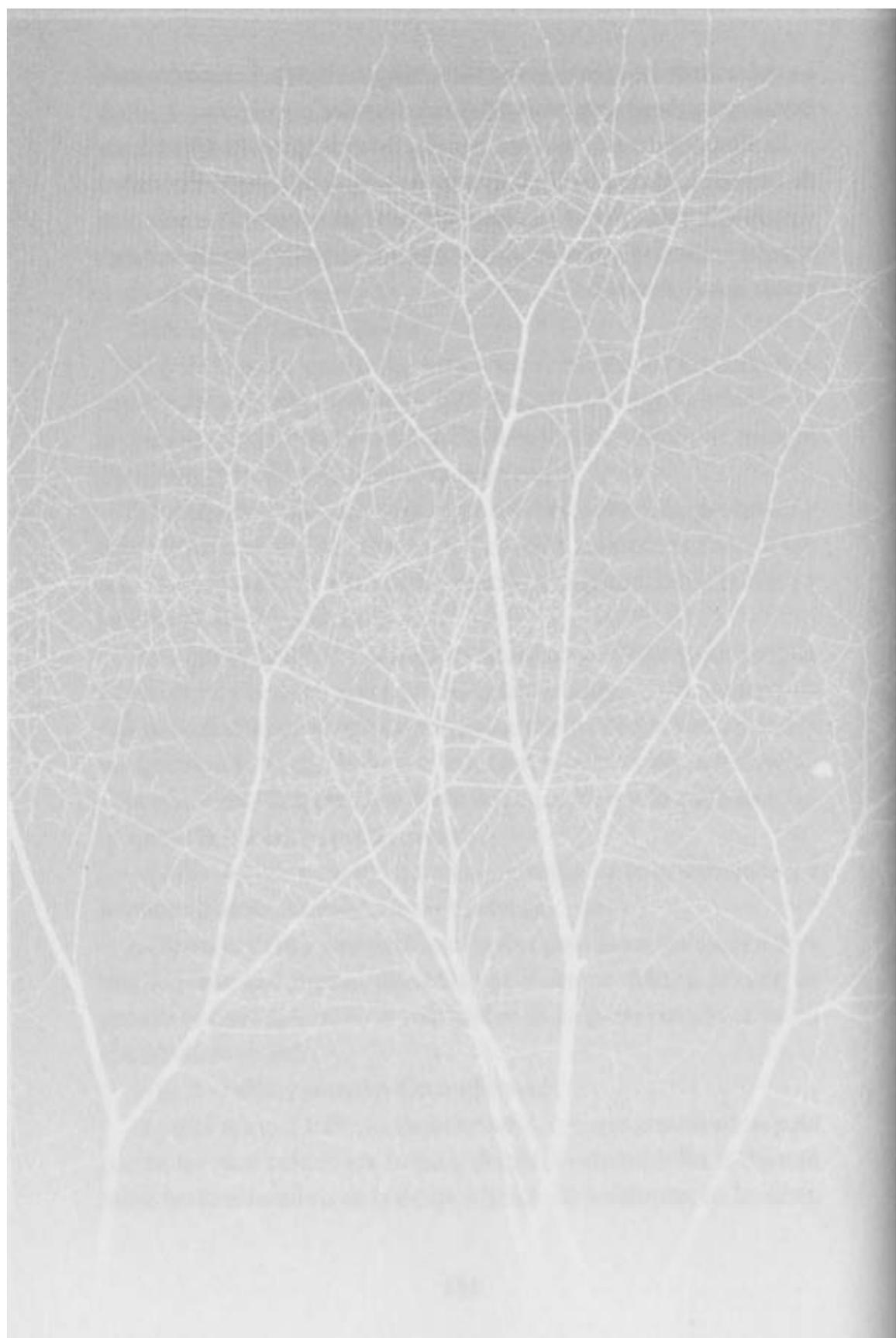
Cazados



Título original: *Hunted*
Meagan Spooner, 2017
Traducción: Noemí Risco, 2018

Revisión: 1.0
08/12/2019

*A la chica que lee a la luz de la linterna,
que ve dragones en las nubes,
que se siente más viva en mundos que nunca existieron,
que sabe que la magia es real,
que sueña.
Esto es para ti.*



BESTIA

Siempre lo sabemos antes de que llegue al cambio. Cuando se acerca una tormenta, lo notamos en la densidad del aire, por la tensión de la tierra que espera el manto de nieve. Percibimos el momento en el que el viento cambia de dirección. Sentimos una alteración de energía cuando va a producirse.

Esta noche hay ansia en el ambiente. El bosque aguarda algo. Caminamos impacientes y nuestros pasos mueven las primeras nieves. Nuestra frustración sale en forma de gruñidos y rugidos. Cada uno de nosotros sabe el cambio que va a producirse, ninguno se lo impide ver al otro. Podríamos seguirlo o correr con él. Pero estamos atrapados y no podemos hacer nada.

Siempre lo sabemos antes de que llegue el cambio... pero nunca sabemos lo que el cambio traerá.

UNO

YEVA CONTEMPLABA EL CIELO por encima del bosque remoto, escuchando a la baronesa con un oído. El aire era denso y nada familiar. «¿Una tormenta?», se preguntó, inhalando aquella rareza. A lo lejos, las copas de los árboles se mecían como si soplara el viento, pero el resto del bosque estaba tranquilo.

Se inclinó hacia delante, abandonando la costura en su regazo para poder abrir ligeramente la ventana de cristal. El aire fuera era gélido, en especial para Yeva, con su vestido de elegantes bordados; pero a ella no le importaba. El cristal distorsionaba el bosque lejano y prefería verlo mejor que estar caliente. ¿Cómo debía de ser una criatura para provocar un movimiento como ese? Más grande que cualquier cosa que pudiera derribar una flecha, a menos que el tiro fuera certero. En la linde del bosque no podía haber algo mayor que un oso escondiéndose bajo el follaje. Su padre antes le contaba historias de criaturas más grandes y extrañas que se ocultaban en el corazón del bosque, pero ella había dejado atrás hacía mucho tiempo aquellos relatos. Si esa señal de movimiento apareciese de nuevo, tal vez podría...

—¡Yeva, querida! —La voz de la baronesa interrumpió sus pensamientos y la muchacha volvió de pronto al presente—. Vas a morir de frío por culpa de esa corriente. Cierra la ventana antes de que a todas nos entre la tos.

Yeva fue a coger el pestillo para cerrarla, tratando de parecer menos nerviosa de lo que estaba.

—Lo siento, mi señora. Creí que venía mal tiempo.

—Otra tormenta no —protestó la baronesa, abrigándose los hombros con su chal de piel—. Es demasiado pronto para tanta nieve. No sé qué haremos este invierno.

—¿De veras crees que se avecina una tormenta? —preguntó Galina, una de las otras damas de la baronesa.

Con la atención principalmente centrada en el lejano bosque, Yeva advirtió con sobresalto que Galina le había hablado.

—Se huele en el ambiente —respondió Yeva, que apartó los ojos de Galina para mirar a la baronesa.

Galina se dio la vuelta para susurrarle algo a la dama que se encontraba junto a ella, perdiendo la compostura, aunque la baronesa apenas lo advirtió, al estar demasiado ocupada retorciéndose las manos.

—¡Oh! ¿Qué vamos a hacer? —murmuró, sin molestarse en prestar atención a lo que sucedía a su alrededor, pero con la vista clavada en los rostros de sus damas.

Yeva volvió a mirar por la ventana. Seguía sin haber rastro de mal tiempo en el horizonte, pero en el fondo continuaba inquieta. El salón había estallado en susurros y con una angustia aterradora Yeva se dio cuenta de que podría quedarse allí toda la noche.

—Mi señora —dijo, adoptando por primera vez la voz dulce con la que se suponía que debía hablar—, quizá las otras damas y yo deberíamos retirarnos si queremos llegar a casa para estar con nuestras familias antes de que comience la tormenta.

Unas cuantas cabezas se levantaron en el círculo de mujeres.

—¿Y dejarme sola? —gritó la baronesa como si Yeva hubiera propuesto llevarla al exterior en plena tormenta y vendarle los ojos.

La baronesa tenía la piel más blanca que la mayoría y afirmaba que corría sangre varega por sus venas. Otros nobles habrían ocultado tales raíces, pero ella las reconocía con orgullo y les atribuía una pasión romántica. Su rostro rellenito y sus labios carnosos le otorgaban un aspecto juvenil, aniñado y dulce. A pesar de todas sus tonterías, Yeva no podía evitar sentir un poco de lástima por aquella mujer. No era mucho mayor que ella, ni siquiera había cumplido los veinte, y su marido le triplicaba la edad. Por lo que la compañía de las damas ricas del pueblo era lo único que tenía en los meses oscuros del año.

Yeva le sonrió y, por una vez, no tuvo que forzar esa expresión.

—El barón no tardará en llegar y, por supuesto, Machna y Lada estarán aquí.

Las dos hermanas, que habían ido de visita desde la ciudad, eran las invitadas en la casa del barón.

La baronesa se mordió el labio y miró por primera vez hacia la minúscula ventana. A Yeva le había correspondido aquel lugar por ser la más joven de las mujeres del círculo de la baronesa y, por lo tanto, ocupaba el asiento más frío; no obstante, la chica lo prefería a cualquier otro, por las vistas al bosque más allá de la propiedad del barón. Yeva sentía la impaciencia rasgándole las entrañas. Odiaba la indecisión de la gente del pueblo, lo mucho que tardaban en tomar decisiones, semanas, meses o incluso años, hasta que los acuerdos se tomaban por su pasividad.

—Oh, muy bien —dijo por fin la baronesa, agitando la mano con un gesto triste y despectivo—. Si la nieve no nos ha dejado aisladas por la mañana, ¿regresaréis mañana por la tarde? Si nieva, mi marido no saldrá a cazar, pero estará tan enfadado que preferiría estar acompañada cuando me enfrente a él.

Yeva notó una ligera sensación de aversión en el estómago. Tan solo se quedaría en casa por la nieve un noble, cuya idea de cazar implicaba sentarse a lomos de un semental perfectamente adornado mientras unos sabuesos medio muertos de hambre hacían todo el trabajo. «La nieve es un lienzo —diría su padre— sobre el que la bestia pinta su pasado, su hogar, sus intenciones, su futuro. Aprende a ver el cuadro y le conocerás como te conoces a ti mismo».

—Claro que volveremos mañana —contestó Galina, ahorrándole a Yeva tener que responder—. Gracias, mi señora.

Todas las chicas se pusieron de pie, guardaron sus labores y se prepararon para irse hasta la próxima tarde. Yeva se apresuró a hacer lo mismo y metió su bordado en el cesto. En sus primeros días allí había aprendido que la baronesa atrapaba a las últimas chicas en marcharse, arrastrándolas a conversaciones que podían durar horas. No era que a Yeva no le gustase hablar

con la baronesa, sino que prefería llegar a casa antes de que anocheciera.

Y antes de la tormenta, si es que iba a haber una.

Dejaron a la baronesa describiendo con tristeza las hazañas de su marido en la caza a las desafortunadas hermanas que habían llegado de la gran ciudad, y corrieron a abrigarse con su equipo de invierno.

—Gracias —susurró Galina al alcanzar a Yeva, empujándola ligeramente con el codo y dedicándole una sonrisa.

Yeva sacudió la cabeza y torció las comisuras de los labios.

—Tan solo estaba pensando en nuestra seguridad al viajar con este tiempo.

Una de las damas de la baronesa, al oír sus palabras, se rio.

—Sabemos exactamente en qué estabas pensando, Yeva. ¿A qué hora ha quedado Solmir contigo?

La sonrisa de Yeva se esfumó.

—¿Solmir? —repitió.

—No creas que no nos hemos percatado de toda la atención que te presta en las cenas de la baronesa. —La dama enarcó una ceja. Era una de los miembros más antiguos del círculo íntimo de la baronesa y pronto se comprometería a un hombre perteneciente al grupo de cacería del barón—. No me mires así. De eso va todo esto, ¿no? Para que lo veamos y se nos vea.

Yeva miró a Galina, que observaba callada mientras se ataba su capa. Al no encontrar respuesta, Yeva se limitó a encogerse de hombros.

Galina se colocó al lado de Yeva y atravesaron en silencio las altas puertas de la casa para salir a la calle. Galina era la segunda nueva adquisición de la colección de la baronesa, que de alguna manera comprendía mejor las peculiaridades de Yeva. Jamás había palidecido ante la mención accidental de las armas.

—¿Es verdad?

Yeva rompió el silencio al pasar junto a la iglesia.

—¿El qué?

Galina alzó aquellos ojos marrones, sin comprender.

—Lo que dijeron de Solmir. —Yeva miró hacia atrás para comprobar que no hubiese nadie que pudiera oírlas y se notó las mejillas calientes a pesar del frío—. Lo de que me presta atención.

Galina sonrió. Aquella expresión siempre era repentina e inesperada en su pequeño y serio semblante. Era una chica relativamente sencilla, pero con una sonrisa preciosa.

—Yeva, qué tonta eres. No me digas que no te has dado cuenta. Bromean porque están seguras de que hay algo entre vosotros dos.

Yeva se paró de repente, de forma tan brusca que la nieve medio derretida le salpicó el dobladillo de las faldas.

—¿Que hay algo entre nosotros?

Se había atado la capa demasiado fuerte y la respiración era dificultosa, inestable.

—Siento ser yo la que te lo diga —dijo Galina, borrando su sonrisa con un claro esfuerzo puesto que su expresión todavía rebosaba diversión—. Hasta mañana —añadió antes de doblar la esquina para dirigirse a casa de su padre, en dirección contraria. Yeva se quedó moviendo la nieve derretida con la punta de su bota.

¿Solmir? No era nada más que un nombre en su cabeza. No, no era justo; era algo más que eso. Formaba parte del grupo de cacería del barón, aunque no poseyera tierras ni título, pero su familia era rica igualmente. Su padre había sido un respetado barrilero y el encargado de la bodega de vino del barón hasta su muerte, momento en el que Solmir se había convertido en el pupilo del barón. Corría el rumor de que como el barón no había tenido hijos en sus matrimonios anteriores, podría conferir sus tierras y títulos a Solmir si la nueva baronesa tampoco le daba un heredero.

Yeva intentó imaginarse a Solmir, evocando vagos recuerdos de cenas pasadas. Siempre habían sido una prueba para ella. Las tardes con la baronesa eran una cosa; la mayor parte del tiempo Yeva se lo pasaba anhelando los senderos del bosque. Las cenas, sin embargo, eran algo muy distinto. Siempre contaba los segundos que faltaban para volver a casa con su padre, sintiéndose como uno de esos pobres pájaros del mercado que golpean sin mucho entusiasmo sus jaulas de mimbre. La única imagen de Solmir que se le pasaba por la mente eran unos ojos avellana agradables y una voz suave que le sonrojaba las mejillas. Lo recordaba abordando temas de lo más raros, aunque prefería su extraña compañía a la aburrida conversación de los demás caballeros.

¿Cuánto tiempo llevaban las otras damas hablando de ellos sin que Yeva fuera consciente?

Trató de ignorar el calor que sentía debajo de las pieles. No hacía mucho frío para todo el equipo de invierno, pero lo llevaba puesto de todas formas; se podía levantar enseguida una ventisca sin previo aviso, incluso a principios de invierno. Estaba sintiendo el sudor entre los omóplatos y le goteaba por la espalda cuando bajó hacia la casa de su padre.

Vivían a las afueras del pueblo no porque el padre de Yeva no pudiera permitirse residir en el centro, sino porque tanto él como Yeva se sentían más a gusto en una casa rodeada de naturaleza. El hombre había dejado la vida de cazador para casarse con la madre de Yeva y aprovechó su fortuna para comenzar la carrera de comerciante, pero no pudo dejar del todo la necesidad del bosque, la nieve y el sabor fuerte de las bestias.

Yeva notó una tensión de la que no se había dado cuenta hasta ahora. Le gustaba la baronesa y apreciaba que la hubiera invitado a su círculo, pero una parte de ella aún deseaba la libertad de la que disfrutaba hacía un año. Su padre solía llevarla con él, la entrenaba, le enseñaba lo que sabía acerca de la caza. Era por simple diversión porque ¿qué daño podría causar enseñarle aquellas cosas a una niña? Ecos de una vida pasada, lo que su propio padre le había enseñado a él. Compartirlas era el único modo de mantenerlas vivas. No tenía pasión por ser comerciante, pero era una actividad segura y había hecho feliz a su mujer hasta que murió cuando sus hijas eran jóvenes. Hacía poco que su padre había sido consciente de la edad de Yeva y había pensado en que debía convertirse en una dama y tenía que dejar de ser su pequeña Bella salvaje.

Era el momento de unirse a sus hermanas mayores y presentarse en sociedad.

Las casas se hacían cada vez más pequeñas y estaban más dispersas conforme la chica avanzaba con dificultad por los callejones que las conectaban, cubiertos de nieve mezclada con barro al quedar esta derretida por tantas pisadas y ruedas de carruajes. Yeva vio la casa de su padre en la cima de la colina y aceleró el paso.

El cielo estaba oscureciéndose, aunque era demasiado pronto para que se pusiera el sol. Había cada vez más nubes. Quizá tendrían tormenta después de todo. Yeva no sentía vergüenza por la invención —sí había percibido algo en el ambiente—, pero se enfrentaría mejor a la baronesa al día siguiente si aquella noche hacía mal tiempo.

La colina era lo bastante empinada para que el aliento de Yeva saliera blanco en contraste con el aire frío y farfulló una palabrota. Estaba en muy mala forma para ser una cazadora. Antes podía subir y bajar a toda velocidad una colina durante horas, mientras la sangre corría por ella y la animaba a seguir adelante. Pero ya no era una cazadora. La redondez de la cara y las extremidades que veía en el lavabo todas las mañanas, el pelo rojo, lacio y brillante, los labios carnosos, la mirada relajada... cada vez se convertía más en una dama. Cada día era menos ella misma.

Yeva entró por la puerta corriendo, tratando de calmar su resuello para que nadie viera que le faltaba el aire. Uno de los criados la recibió en la entrada y estiró sus brazos larguiruchos para coger las pieles.

—Gracias, Albe —le dijo con una sonrisa que hizo que el chico se sonrojase y agachase la cabeza.

Albe vivía allí desde que era un niño, pero recientemente se había acercado a Yeva y sus hermanas como si fuesen de cristal.

Se decía de todas las hijas del comerciante que eran muy bellas. Yeva hubiera preferido que la admirasen por su destreza, pero había tenido la desgracia de nacer chica, así que nadie la reconocía. Cuando era más joven, soñaba con un marido que la amara aún más por poder ir a cazar con él, a su lado. Pero la edad y el tiempo pasados con la baronesa habían desgastado aquel futuro imaginado.

Podía continuar sin casarse, pero si tomaba esa decisión supondría una carga económica para su padre. Si se casaba, dejaría los bosques para siempre y renunciaría a la poca libertad de la que aún disfrutaba.

«Pero Solmir es cazador —susurró un sinuoso pensamiento—. Y muy bueno. Si alguien admirase tu destreza en el bosque, sería él...».

—Sus hermanas están en la cocina, señora —dijo Albe, con la cabeza todavía agachada.

Yeva vio que tenía la nuca y la punta de las orejas coloradas.

—Gracias —repitió, y dejó que el pobre chico se recuperara.

Mientras avanzaba por el pasillo, estalló un gran estruendo en el rincón trasero de la casa. Riéndose, Yeva se encogió esperando a que el par de perros saliera disparado hacia el pasillo y chocara directamente con ella. Era menos doloroso que dejarles que te cogieran un brazo o una pierna. Cervatilla gemía con impaciencia, hundiendo la cara en el pliegue de la cadera de Yeva, mientras que Pelei la olfateaba por todas partes, dando vueltas y vueltas, demostrando su exasperación por los olores que había recogido durante todo el día.

Pelei era el sabueso cazador, ancho, peludo y marrón rojizo, con el nombre de la arcilla a la que tanto se asemejaba. Cervatilla era una corredora, más delgada, de constitución más ligera, menos protegida contra el frío cortante del invierno. Eran los perros de caza de su padre, pero cada vez que salía el tema, disfrutaba quejándose de que su hija pequeña se los había robado y que le traicionaban siempre que se topaban con ella. A pesar de todo, le encantaba ver cómo la querían y siempre lo decía con brillo en los ojos.

Yeva ordenó a los perros que regresaran a su rincón de la casa, apartándolos a regañadientes, y se dirigió a la cocina. Allí encontró a Asenka y a Lena amasando juntas el pan, moviéndose al unísono, una inclinándose para golpearlo mientras la otra lo plegaba. Se llevaban menos años entre ellas que Asenka y Yeva, y eran tan parecidas que casi eran gemelas. El pelo de Asenka era dos tonos más oscuro que el castaño de Lena, y tenía las mejillas más redondas y más sonrosadas,

pero desde lejos eran indistinguibles.

—Yeva —dijo Asenka cariñosamente, alzando la vista, pero sin detenerse en su trabajo—. Llegas pronto a casa.

—Las damas pensamos que podría acercarse una tormenta —respondió Yeva—, y la baronesa ha dado permiso para marcharnos antes.

—¿Las damas? —repitió Asenka, con una sonrisa asomándose tras sus ojos negros.

Yeva sonrió y levantó un hombro con delicadeza.

—Mi asiento es el más próximo a la ventana. ¿Por qué no iba a advertir primero el tiempo que iba a hacer?

Se llevó la mano a los lazos de su vestido y los aflojó, soltando un largo suspiro. Todavía sentía el bombeo de la sangre por la caminata colina arriba.

—Oh, Yeva. —La voz de Lena resultaba grave por la reprimenda—. ¿Qué estás haciendo? Nuestro padre llegará pronto a casa. ¿Y si te ve?

—Nuestro padre me ha visto vestida como un hombre de pies a cabeza —le recordó Yeva— y medio cubierta por la sangre de un jabalí. No creo que se muera del susto.

—Pero entonces eras una niña —dijo Lena con delicadeza—. Ahora has crecido y de todas formas... ¿Y si entra Albe?

—Entonces lo más probable es que explote en el acto.

Asenka soltó una carcajada ahogada antes de apartar la cara para esconder la boca en el hombro. Lena la fulminó con la mirada y la expresión se disipó enseguida a favor de una sonrisa compungida.

—Se suponía que estar al servicio de la baronesa te domaría, Bella, no que te enseñaría nuevas maneras de torturarnos a todos.

Yeva sonrió y se dio la vuelta antes de que Lena advirtiera su error. A Yeva le habían llamado Bella durante toda su infancia. El día que nació, su padre le había puesto el nombre de la antigua diosa de la belleza, así como a sus hermanas las había llamado Luz y Gracia. Cada pocos años, los hombres santos del oeste llegaban para officiar bodas y bautizos, y la gente del pueblo escondía sus avíos paganos, como los llamaban los sacerdotes, y colgaban sus cruces.

A la hija más joven del comerciante se le dio un nuevo nombre, Yeva, por la tentadora del jardín. Ella habría preferido Bella, porque al menos hay belleza en todas las cosas, no solo tentación, pero se quedó con Yeva. Su madre impuso ese nombre con el mismo rigor que un guardián se preocupa de cumplir sus órdenes, pero la mujer murió cuando Yeva tenía tan solo cinco años, así que no hubo nadie que le insistiera a su padre en que usase el nombre correcto.

Siempre había sido Bella cuando cazaban juntos, siempre había sido Bella cuando la arropaba por la noche. Ahora la llamaba Yeva, porque algún día se convertiría en una dama refinada y el nombre apropiado era el que conocía la sociedad. Pero aun así siempre había medio segundo de pausa antes de pronunciar ese nombre, con la voz ligeramente entrecortada pues era lo único que le quedaba de quien había sido antes.

Aunque los criados eran los encargados de preparar la cena, Yeva y sus hermanas ayudaban con bastante frecuencia. Las tres pasaban los días separadas: Yeva con la baronesa; Asenka con las sanguijuelas, atendiendo a los enfermos, y Lena encargándose de la casa y pasando tiempo con su prometido, Radak, dondequiera que estuviese en el pueblo. Era comerciante como su padre y estaba muy interesado en fusionar imperios y muy enamorado de Lena.

Por la noche era cuando estaban juntas, durante la breve hora antes de que regresara su padre, y no les gustaba mucho la costura y el cotilleo que se suponía que debían de hacer las damas. La preparación de pan fresco para acompañar la comida era una tradición.

Yeva se puso a coger hierbas de los estantes, a desmenuzarlas entre los dedos y a oler su aroma. Se encargaba de condimentar cuando era demasiado pequeña para amasar el pan y ahora seguía siendo así a pesar de que ya era lo bastante mayor. Asenka le dio forma a la masa y Yeva la hizo rodar en las hierbas desmenuzadas hasta conseguir una ligera corteza que cubría la barra. Después, Lena la enrolló en un trapo y lo acercó a la chimenea para que subiera. Sacó la barra preparada la noche anterior y la metió con cuidado en el horno. Luego, Asenka y ella se lavaron las manos en la palangana, se quitaron los delantales y se pusieron a charlar.

Yeva entró en la habitación contigua, prefería dejar el aroma de las hierbas en su piel. Tomó asiento en su lugar en el suelo junto a la silla de su padre, cruzó los brazos en el escabel y apoyó la barbilla sobre las manos. El aroma de las hierbas se mezcló con el olor a pan mientras se calentaba en el horno y cerró los ojos. En algún momento, sus hermanas se reunieron con ella, todavía hablando y riéndose. Lena le pasó a Asenka una silla antes de coger la suya, pero Yeva no abrió los ojos hasta que oyó un nombre que le llamó la atención, y levantó la cabeza.

—¿Crees que hay algo de verdad en eso? —preguntó Asenka en voz baja, con un extraño temblor que demostraba que estaba pensando con intensidad en lo que fuera que estuviese diciendo.

—Lo dicen por todas partes. No creo que no haya al menos una pizca de verdad en lo que afirman, si está en boca de todos. Yeva, ¿hay oído algo en casa de la baronesa?

Yeva tragó saliva. Había oído el nombre, pero no el contexto.

—¿Sobre qué? —Tenía los ojos cerrados.

Estaban acostumbradas a que desconectara de sus conversaciones. Yeva era la hermana callada. Lena se inclinó hacia delante, con el rostro iluminado por el interés.

—Se rumorea que Solmir se va a comprometer con una de las hijas de Tvertko.

Le brillaron los ojos al pronunciar el nombre de su padre.

A Yeva le dio un vuelco el corazón, pero antes de poder contestar, Lena se giró hacia Asenka, cuyo rostro se había ruborizado, adoptando una delicada tonalidad rosa.

—Oh, debe de ser verdad. Llevas años admirándolo, Ashka. Y si te lo pide, ¡anda, podríamos casarnos juntas! Imagínate, una boda doble en primavera, cuando la nieve se derrita.

Asenka inclinó la cabeza y se tapó la cara con las manos.

—¡Calla! —protestó—. Se me romperá la cara de sonreír. Es un rumor, nada más. Déjalo, por favor.

Yeva permaneció callada mientras se le revolvía el estómago. Rezó para que no volvieran a preguntarle si sabía algo, porque no podría mentirles. Pero ¿cómo iba a decirles que era en la hermana menor, y no en la mayor, en la que estaba interesado Solmir? ¿Cómo iba a soportar Asenka que les hubieran pedido la mano a sus dos hermanas, cuando nadie se había fijado en ella?

Asenka siempre se sentaba de modo que su pie torcido quedara tapado por el dobladillo de la falda, pero a Yeva se le fueron allí los ojos de todas formas. Su hermana caminaba con dificultad y mucho dolor, pero gestionaba todo lo demás con tanta facilidad que la mayoría de las personas tendían a olvidar la enfermedad con la que había nacido. En la consulta de las sanguijuelas la admiraban por su compasión y por todas las horas que pasaba renqueando por en medio de las

camas, recogiendo tinturas y bálsamos sin una queja.

Yeva apretó los puños que agarraban sus faldas al sustituir la furia por la inquietud de su estómago revuelto. ¿Por qué siempre tenía que tratarse de belleza? ¿Por qué no se fijaban en la amabilidad, la empatía y la fuerza de su hermana? ¿Por qué no podían amarla por eso en vez de ignorarla por una desgracia de nacimiento que supuestamente la echó a perder?

La ira la animó a levantarse, con la boca abierta para gritar la verdad, la injusticia de aquello. Sus hermanas se la quedaron mirando con las bocas formando la misma O de sorpresa, pero antes de que pudiera hablar, el sonido de la puerta abriéndose en el vestíbulo la interrumpió.

—¡Ha llegado padre a casa! —gritó Lena—, Yeva, ¿cómo es que siempre lo sabes?

Ayudó a Asenka a ponerse de pie y las dos hermanas se dirigieron al vestíbulo. Alguien que no fuese de la familia habría opinado que era cruel ponerle a un bebé con un pie torcido el nombre de Gracia, pero en todo salvo en su paso, Asenka era la muchacha más grácil que Yeva había visto jamás. De sonrisa dulce, dedos largos, delgada y encantadora. Su voz siempre era suave, su risa nunca demasiado alta en una habitación tranquila. Incluso mientras se apoyaba en Lena, su modo de andar era cauteloso y fluido con cierta prudencia.

Yeva se quedó apretando la mandíbula, con la lengua contra los dientes para acallarla. Que piensen que se ha puesto en pie de un salto para saludar a su padre. ¿Cómo iba a romper el corazón de Asenka con la verdad?

—Estaba pensando en pasar el próximo verano en la ciudad —dijo su padre mientras rebañaba los últimos restos de salsa de su plato con un poco de pan fresco.

Yeva levantó la cabeza y se apartó de los pensamientos que giraban en torno a Solmir y Asenka. Su padre había llevado una vez a Yeva y sus hermanas a la ciudad por trabajo hacía unos años, y mientras que ellas se habían quedado prendadas de la avalancha de nuevos lugares y experiencias, a Yeva le había resultado agobiante. Las calles apestaban, todas las caras eran desconocidas y no podía seguir ningún camino ni ninguna senda por aquellas vías agitadas ni por los adoquines torcidos. Había pasado cada segundo aferrada a la mano de su padre.

Ahora, la mirada del hombre pasaba por sus hijas mayores antes de posarse sobre la más joven.

—Tengo un asunto con los cartógrafos y tardaré un tiempo en resolver mis cosas. Así que me veré obligado a alquilar una casa por la zona para los próximos meses. Por allí estará todo muy tranquilo si voy solo, así que he pensado en llevaros a las tres a vivir conmigo.

Las chicas mayores estallaron de alegría, charlando y riéndose, celebrando su buena fortuna. Aunque sus hermanas no estaban únicamente interesadas en la moda, en la sociedad o en encontrarse en una situación como la de la baronesa, les encantaba la idea de rodearse de todo eso durante los tres meses de verano.

Tan solo Yeva permaneció callada, observando a su padre. Sabía lo mucho que le costaba alejarse de la naturaleza; a ella le sucedía lo mismo. Pero sabía por qué su padre quería ir. Ninguno de los hombres del pueblo había pedido la mano de Asenka. Tal vez su encanto llamara la atención de un hombre en un lugar nuevo. Su padre levantó las cejas, devolviéndole la mirada a Yeva. Ella respiró profundamente y esbozó una sonrisa. El hombre asintió con la cabeza y se recostó en su asiento.

—Por supuesto —dijo, hablando ahora principalmente a sus hijas mayores—, tendréis que ir acompañadas de cualquier marido o prometido que podáis haber conseguido mientras tanto.

Aquella declaración ocasionó más gritos y risas, y hasta la sonrisa de Yeva dejó de ser tan rígida al ver la alegría de sus hermanas.

—¡Pechta! —llamó su padre a la cocinera que apareció en la puerta—. Creo que a las chicas les gustarían unos dulces para celebrarlo.

La cocinera hizo una reverencia y se fue de nuevo a la cocina.

Los perros se habían acercado sigilosamente durante el regocijo, como si esperaran que no advirtieran su presencia. Lena, como señora de la casa, se negaba a tenerlos en las habitaciones donde la gente comía y dormía, pero de momento ni siquiera a ella podían distraer.

Pelei montaba guardia junto a la silla de su padre y Cervatilla se había echado sobre Yeva y había metido la nariz bajo el codo para apoyarla sobre su regazo. Habían comprado a Cervatilla durante aquel viaje a la ciudad hacía tantos años. Yeva se quedó sentada acariciándola distraídamente mientras contemplaba el entusiasmo de sus hermanas.

Fuera, se había levantado viento y comenzaba a azotar la sólida y resistente estructura de la casa. Los criados ya habían cerrado las ventanas para prepararse para la tormenta, pero Yeva sentía un atisbo de la inquietud que había experimentado en casa de la baronesa, una agitación que no podía nombrar.

De pronto, por encima del rugido de la creciente tormenta, unos fuertes golpes en la puerta principal interrumpieron la charla y las risas. Las hermanas intercambiaron miradas mientras su padre se inclinaba hacia un lado para asomarse desde su silla hacia el vestíbulo.

—¿Es Radak? —preguntó Asenka, mirando a su hermana pequeña. No era propio del prometido de Lena ir a verles sin concertar primero una cita con su padre.

—Está fuera por negocios. Quizá sea Solmir —susurró Lena antes de entrarle de nuevo una risa silenciosa al ver cómo se ruborizaba Asenka.

Yeva no hizo ninguna suposición. Oía el aullido del viento y no se imaginaba a nadie que se aventurase a salir con aquel mal tiempo si no era debido a una terrible emergencia.

Volieron a llamar a la puerta, en esta ocasión con tanto apremio que las sonrisas desaparecieron de los rostros de las chicas mayores. Albe, por fin, había llegado a la puerta y por poco se cae hacia atrás al abrirla por la fuerza del viento que soplaba al otro lado. Yeva no pudo reconocer al hombre que la cruzó a trompicones, pues iba tapado de pies a cabeza con el equipo de invierno. Tan solo quedaba visible la punta de su nariz por encima de la bufanda, roja y brillante del frío. Se llevó la mano a la cara para destaparse la boca y pronunció entre jadeos el nombre del padre de las jóvenes.

—Tvertko —dijo, ahogándose por el calor repentino de la casa mientras Albe se esforzaba por volver a cerrar la puerta—. Tengo que ver a Tvertko. ¿Dónde está? Debo verle de inmediato.

Albe se le quedó mirando boquiabierto, tartamudeando su habitual saludo. Los ojos del hombre pasaron de largo del chico para ver al padre de Yeva en su silla, y se abrió paso hacia el salón empujando al sirviente.

—Tvertko —dijo, echándose hacia delante—. Ha desaparecido. No hay nada.

El rostro del padre se quedó muy quieto y bajó las cejas.

—¿Qué ha desaparecido, Pietr? Habla claro, hombre.

—Todo —volvió a gemir el hombre, cayendo de rodillas.

Estaba agotado, eso era evidente. Y no era uno del pueblo o de lo contrario Yeva lo habría reconocido en cuanto se quitó la bufanda de la cara. Sin embargo, su padre sabía quién era. ¿Era uno de sus contactos de la ciudad, tal vez?

Su padre estaba callado, observando al hombre recuperar el aliento al tiempo que goteaba nieve derretida en las immaculadas tablas del suelo de Lena. Entonces levantó la cabeza y se dirigió a sus hijas.

—Chicas, por favor, id arriba. Coged a los perros. Y sed tan amables de decirle a Pechta que prepare un poco de té.

—Pero, padre... —empezó a lamentarse Yeva, asustada, pues jamás la había excluido antes de sus charlas de negocios.

—Ve, Yeva.

No subió la voz, pero era tan firme que no admitía discusión.

Sus hermanas estaban de pie y Lena se agarraba a Asenka en lugar de ser al revés. Yeva se agachó para llevar una mano a cada uno de los perros y les murmuró que fueran arriba. Al percibir su urgencia, obedecieron, subiendo las escaleras con el rabo bajo. Mientras Lena guiaba a Asenka hacia el primer peldaño, Yeva se metió en la cocina.

Allí se encontró a los cuatro sirvientes, con los ojos abiertos de par en par y medio cuchicheando. Albe continuaba hecho un desastre, con el pelo de punta en todas las direcciones, por haber abierto la puerta a la tormenta.

—Té —dijo Yeva— para mi padre y su invitado.

Normalmente no era tan brusca, pero algo frío se había apoderado de sus entrañas y no había podido suavizar la orden. Pechta se limitó a asentir con la cabeza, olvidando la reverencia, y fue corriendo a la chimenea a coger el hervidor.

Yeva optó por el itinerario largo hacia las escaleras, recorriendo el pasillo en vez de ir por el salón donde seguía su padre sentado, escuchando a su visita. A medio camino se detuvo; una anomalía acústica en la construcción de la casa conspiraba para que las voces sonaran claras y ella pudiera oír todo lo que estaban hablando.

—... y todos sus hombres están muertos —estaba diciendo la visita, con la voz ronca por el agotamiento—. Espadas bárbaras en sus tripas, cabezas amontonadas en los carros, quemadas. Robaron todos los bienes o los destruyeron.

—¿No ha quedado nadie vivo? —La voz de su padre estaba llena de dolor silencioso. Yeva se lo imaginaba con la cabeza gacha y los ojos cerrados mientras escuchaba—. ¿Ni siquiera los niños?

—Nadie —respondió la visita—. ¿Me oyes, Tvertko? No ha quedado nada. Estás arruinado.

«Arruinado». A Yeva le retumbó esa palabra en los oídos con el consiguiente silencio.

—¡Yeva! —exclamó una voz. Yeva parpadeó al ver que le lloraban los ojos en la calma y alzó la vista. Lena estaba al final de las escaleras, haciéndole señas—. Yen.

Yeva se reunió con sus hermanas, al no querer oír más de lo que ya había oído. Se apretujaron todas en la cama de Asenka, las tres chicas y también los dos perros, y por una vez Lena no los echó. A Cervatilla le temblaba la cabeza en el regazo de Lena, manteniéndose lo más inmóvil posible con la esperanza de que nadie advirtiera su presencia y la hicieran marcharse. Pelei no dejaba de lamer el dobladillo de la falda de Yeva, al percibir el nerviosismo en el ambiente e intentar encontrarle sentido.

Esperaron, sin hablar, aunque Asenka se movía de vez en cuando para cambiar de postura y relajar su pie torcido. Hasta que no oyeron cómo se volvía a abrir la puerta principal, con una breve ráfaga de viento que aulló por toda la casa y echó hacia atrás sus cabellos, Yeva no levantó la cabeza. La puerta se cerró con un fuerte golpe, dejándolas en completo silencio.

Lena habló la primera.

—¿Deberíamos...?

Yeva cogió aire, tratando de calmar el tembleque de sus piernas mientras salía de debajo de la cabeza de Cervatilla.

—Iré yo.

Las otras dos hermanas se relajaron un segundo. Estaban esperando que ella se ofreciera. Era la favorita de su padre, aunque no había ningún signo de angustia ni de fricción entre ellas. Era parte de su deber familiar ser la hija de su padre.

Le ordenó a los perros que se quedaran allí, sin embargo Cervatilla salió de la cama con dificultad y la siguió hasta la puerta de la habitación. Con los pies descalzos sintiendo un hormigueo por el frío de los tablones, Yeva volvió a bajar las escaleras.

Se encontró a su padre todavía sentado en su silla, si bien estaba inclinado hacia delante, con los pies apoyados en el suelo. Parecía de algún modo más pequeño, con los codos sobre las rodillas y la frente en los puños cerrados. La luz de la lumbre ofrecía un falso color de lo que veía de su cara pálida y las arrugas allí grabadas proyectaban sombras espantosas. Yeva nunca se había dado cuenta de que el rostro de su padre tenía arrugas.

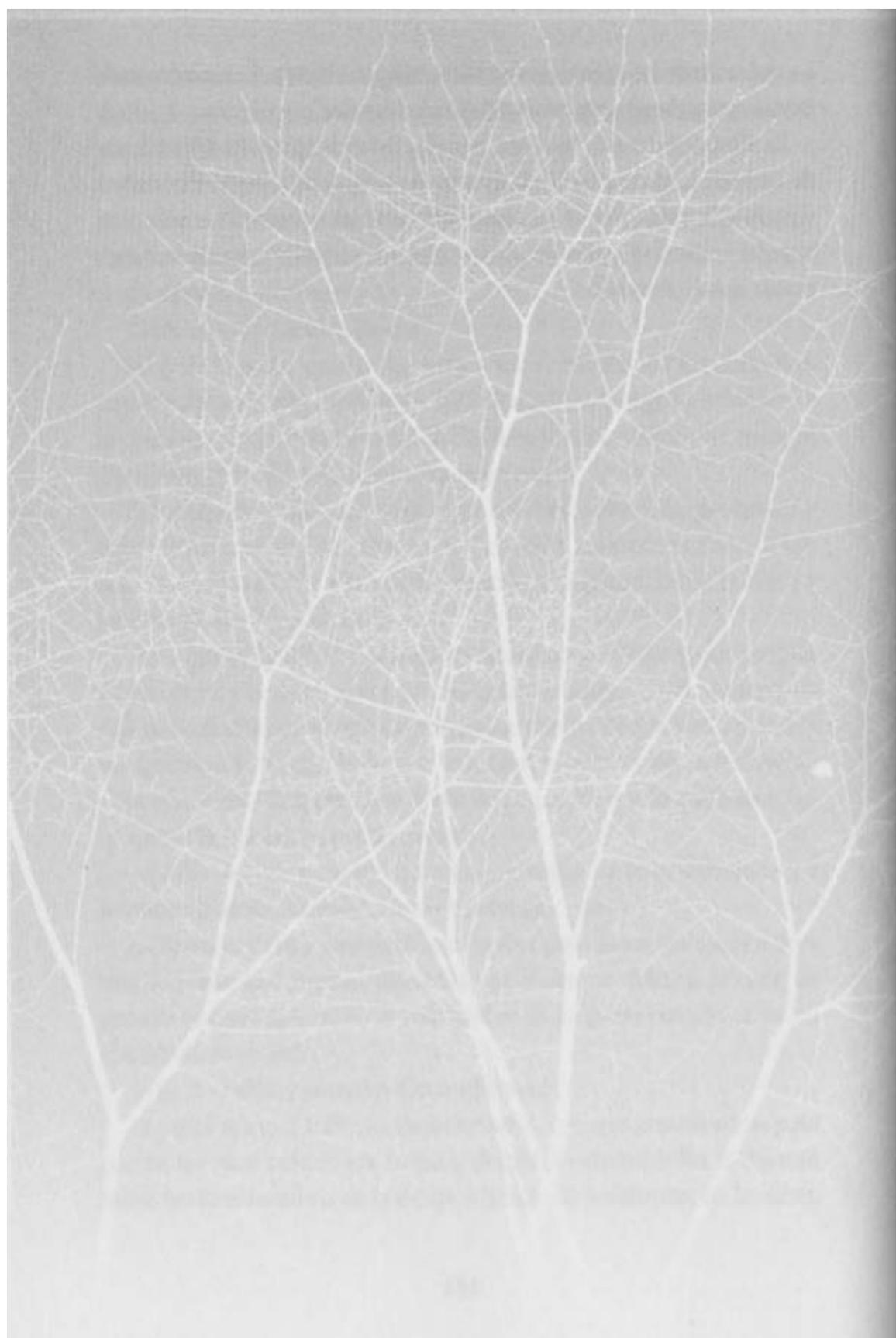
La chica tragó saliva y avanzó sigilosamente. Su padre no dio señal de que fuera consciente de su presencia, pero cuando ella alargó la mano y le tocó el hombro con las yemas de los dedos, él no se sobresaltó ni gritó.

Se limitó a suspirar, abandonando el aliento de su cuerpo con un gruñido bajo.

—Oh, Bella —dijo sin alzar la cabeza.

Levantó una de las manos para coger la de ella, envolviéndola con sus dedos con la fuerza de un hombre ahogándose. No dijo nada más, tan solo se quedó allí sujetando su mano contra el hombro, con la cabeza apoyada contra el puño apretado.

—Oh, Bella.



BESTIA

No estamos seguros de cuántos años han pasado, o cuántos siglos. Para la mitad de nosotros, el paso del tiempo es minúsculo y calculado, y sin aparatos de medición, es imposible seguirlo. Para la otra mitad es infinito, inconmensurable, una corriente en la que todo se ahoga al final. Estamos en desacuerdo por esto y muchas otras cosas, y cuando el sol se va y regresa la oscuridad, lo calificamos solo como un cambio de luz.

La tormenta que se avecina esta noche, no es el cambio que sentimos llegar. Pero en el aullido del viento nocturno y el violeta cegador de la nieve, no se percibe nada más. Así que nos retiramos, para caminar impacientes en nuestra guarida, para recordar dormir, para esperar otro cambio de luz.

DOS

EL PADRE DE YEVA esperó a que se hiciera de noche para pensar un plan, con el fin de que Yeva no revelara a sus hermanas lo que había oído a escondidas ni participase en sus especulaciones entre susurros tras soplar la vela del dormitorio que compartían. Estaba tumbada despierta después de que sus hermanas se hubieran quedado dormidas, mirando el techo y escuchando el viento al otro lado de la ventana.

Cuando amaneció, se levantó como si tuviese los ojos llenos de arena, rígida, y bajó con sigilo a la cocina, con los zapatos en la mano para no despertar a sus hermanas. La cocina estaba fría y vacía. Pechta no había aparecido aún, como era de esperar tras el alboroto de la noche anterior. Yeva avivó el fuego, comprobó el pan que subía en su rincón junto a la chimenea y puso el hervidor encima de las llamas. Luego, metió los pies helados en sus zapatos, temblando y de espaldas a la lumbre.

Al cabo de un rato, la casa cobró vida, los criados se despertaron y aceptaron una taza de té y sus hermanas se reunieron con ellos en cuanto la luz del sol alcanzó el borde de la ventana. El viento había removido la nieve, pero la tormenta no había traído más y había dejado el mundo cubierto por una fina capa blanca, con trozos oscuros de barro congelado a los lados de los edificios y las ventanas. El hielo rompía la luz al entrar a la casa, proyectándola en cuchillos y rayos de sol por las alfombras y los tablones del suelo.

Nadie habló de la noche anterior, ni las hermanas ni los criados, y aun así había un ambiente de inquieta expectativa, como si todo el mundo estuviera esperando, pero tuviera demasiado miedo de preguntar qué estaban esperando.

Al final, el padre de Yeva apareció en la entrada de la cocina. Tenía los ojos enrojecidos y cansados, la cara lánguida y la boca tensa. Su aspecto era de no haber dormido más que Yeva.

—Chicas —dijo mientras la fuerte luz del sol perfilaba su contorno en la entrada—. Empleados. Reunios conmigo en el salón, por favor.

Yeva se sirvió una taza de té y luego siguió al resto del grupo a la sala de estar. Su padre había vuelto a encender el fuego, pero tan solo hacía unos instantes. La habitación todavía estaba helada y llevó la taza de té a la mano de su padre antes de acurrucarse cerca de sus hermanas junto a la chimenea.

El hombre se quedó al lado de su silla y permaneció un rato con la vista clavada en el suelo cerca de los pies de Yeva antes de levantar la cabeza.

—Hace un mes —empezó a decir—, envié una caravana a Constantinopla. Si la aventura hubiera tenido éxito, habría significado una nueva ruta comercial, que os hubiese traído a vosotras (y al pueblo y a las ciudades de alrededor) innumerables lujos. Y tal vez el regreso de los sacerdotes y de los libros, la educación, los mapas, y la vida del otro lado de nuestras fronteras. Los mongoles nos impiden contactar con el exterior, pero pensaba... —Negó con la cabeza, como si hubiera sido una locura tener un sueño así—. Fue un riesgo estúpido. No debería habérmela jugado.

Yeva quería mirar a sus hermanas para ver si lo habían averiguado, si empezaban a comprender el significado de la visita nocturna. Pero no podía apartar los ojos de la cara cansada de su padre.

—Toda nuestra fortuna estaba ligada a esa caravana, junto a las inversiones de comerciantes y nobles, validadas por mí. Ya no hay nada.

La habitación se quedó sin aliento. Yeva sintió que Lena se ponía rígida y desde el otro lado de la estancia oyó el grito ahogado de una de las sirvientas.

—He estado pensando durante toda la noche qué hacer y he dedicado algún tiempo a calcular lo que le debo a los inversores. La única opción que nos queda es vender la casa y la mayoría de nuestras pertenencias. A vosotros, los empleados, os encontraré trabajo en las casas de los vecinos. Todos tendréis unas referencias extraordinarias. Aún soy propietario de la cabaña de caza en el bosque del norte. Las chicas y yo nos mudaremos allí, volveré a cazar e intentaré ganar dinero suficiente para pagar las deudas.

El silencio siguió a tal anuncio, como si todos los de la habitación estuvieran esperando que continuase. Tvertko dio un paso a un lado y se hundió en su silla para inclinarse con los codos apoyados en las rodillas, con la taza colgando entre ellas sostenida por las yemas de los dedos.

Pechta comenzó a llorar, se giró hacia una de las sirvientas y hundió el rostro en su hombro. Fue lo que dio pie para que la casa entera se viniera abajo: las dos sirvientas empezaron a sollozar al tiempo que Albe se quedó boquiabierto en silencio y las hermanas de Yeva se rodearon con los brazos. Yeva se quedó sola, observando a su padre que, en medio de aquel caos, alzó la cabeza para mirarla a los ojos.

Yeva siempre había deseado más que nada vivir en la cabaña de caza de su padre, donde había pasado tantos días felices de niña con él y sus expediciones. Esto... esto significaba que quedaba liberada de las visitas a la baronesa, de intentar averiguar cómo tratar el tema de Solmir, de cómo decirles a sus hermanas dónde residía realmente su interés. Pero ¿a qué precio? ¿Querría todavía Radak casarse con Lena si no poseía riquezas ni le ofrecía contactos? La cabaña de caza estaba a leguas del pueblo más próximo. No había jóvenes idóneos en la naturaleza para comprometerse con ella o su hermana, tan solo los árboles, el viento y las bestias.

Había visto morir el espíritu en los ojos de su padre. Estaba sentado, doblado, mirándola como un hombre de ochenta años. ¿Cuánto tiempo podría continuar cazando? Llevaba casi veinte años sin tener que ganarse la vida con esta actividad y menos para mantener a una familia.

Un trozo de hielo se desprendió del tejado y cayó, raspando los gemidos y los sollozos que salpicaban la calma. El invierno estaba llegando rápido.

Las hermanas de Yeva contemplaron cómo subastaban sus posesiones y sus futuros al mejor postor

sin lágrimas y sin ninguna muestra externa de pena. Aunque en privado el rostro de Lena a menudo estaba demacrado por la preocupación —puesto que su prometido, Radak, había salido en viaje de negocios y no se enteraría de lo que les había sucedido hasta después de que se hubieran marchado— respecto al mundo exterior, Asenka y ella estaban más alegres que nunca. Les explicaban contentas a los posibles compradores por qué ese espejo era su favorito, aquel vestido era el más elegante o esa caja de nácar, la más bonita. Si Yeva había heredado de su padre su habilidad para cazar, ellas habían heredado la capacidad de negociar un trato. Ganaron más por sus bienes de lo que había calculado su padre, pero seguía sin ser suficiente para devolver a los inversores lo que les debía.

En su juventud, mucha gente consideraba al padre de Yeva el mejor cazador del país. Aunque había muchos cazadores que se aprovechaban de la riqueza del bosque negro, él era el único que se aventuraba a adentrarse en lo más profundo. El padre de Yeva le había contado historias durante su infancia de lo que afirmaba haber visto: el *kudlak* chupavidas; los grandes osos del norte que podían cambiar su pelaje para parecer de hielo; el *stubac*, que robaba los ligamentos de las piernas de un hombre para unir sus propios pies en la nieve. Pero por encima de todas estas historias estaba la del Pájaro de Fuego, la favorita de Yeva desde que tenía memoria. A pesar de la oscuridad y el peligro del bosque negro, el Pájaro de Fuego en sus entrañas era un faro encendido. Ningún cazador podía atraparlo. El único que se había acercado no era más que una leyenda de cien años o más. Y tan solo pudo conseguir una única pluma de la cola.

Yeva solía imaginar que ella misma atrapaba al Pájaro de Fuego. Soñaba con él mucho después de dejar de creer en los otros cuentos que su padre le narraba. Pero incluso sin el *kudlak*, sin los monstruos de los cuentos de hadas que le encantaban de pequeña, las profundidades del bosque eran peligrosas, mucho más mortales que los perímetros de la naturaleza donde se cazaba habitualmente.

Una vez su padre había tenido la valentía suficiente para aventurarse en las entrañas del bosque, pero ¿cómo iba a volver ahora a esa vida? Había abandonado los peligros de la caza por el amor hacia la madre de Yeva, que no soportaba verle desaparecer en el bosque negro día tras día.

¿Y qué pasaba con su corazón? Aquella noche se había acurrucado delante del fuego como un hombre derrotado. Estaba orgulloso, tan orgulloso de su imperio mercantil como lo había estado de sus habilidades como cazador en su juventud. No podía esperar ganar bastante simplemente con las pieles y la carne de ciervos y conejos; tendría que adentrarse más en el bosque para traer las cabezas y las pieles de los trofeos de caza. ¿Cómo esperaba tener tanta energía y ser tan fuerte ahora, con la humillación y la ruina pesando sobre él igual que veinte años más?

Así que las hermanas de Yeva intentaron ganar lo máximo posible de sus tesoros, deshaciéndose de ellos de buena gana. Yeva carecía de su don de gentes y estaba más que contenta por dejar que ellas vendieran también sus posesiones. Guardó tan solo un par de vestidos de los más sencillos para llevárselos a la cabaña.

Se habló de vender también a los perros puesto que eran de pura raza y el padre de Yeva podría salir a cazar sin ellos igualmente. A Yeva casi se le rompió el corazón ante la idea, pero recordó que sus hermanas habían entregado alegremente sus preciados libros y abalorios, y acordó quedar con un hombre que había preguntado si podía adquirirlos. Pelei estaba prudentemente interesado en el futuro comprador y le olisqueaba la mano con gran determinación,

pero Cervatilla —la perra más dulce con la que Yeva se había encontrado— echó las orejas hacia atrás y gruñó cuando el hombre se acercó, y se le erizó el pelo del lomo.

El padre de Yeva se había encogido de hombros después de que el comprador se marchara y dijo únicamente:

—Supongo que tendremos que construirles una caseta para que duerman junto a la cabaña.

Con los perros a salvo, Yeva se concentró en empaquetar las pocas pertenencias que quedaban de la familia. Siguiendo las instrucciones de su padre, había colocado a tres de sus cuatro criados en casas nuevas. Tan solo faltaba Albe, que les fue a ver una mañana y se tiró al suelo, golpeándolo fuertemente con las rodillas.

—Por favor, déjeme que les acompañe, señor, señoras —suplicó, cogiendo la mano de Tvertko—. Sabe que no soy buen sirviente y me echarán de cualquier otra casa. Rompo las cosas y soy muy olvidadizo, pero por ustedes mejoraré. Puedo cocinar un poco, limpiar y lo que sea que necesiten; haré que merezca la pena que me tengan, se lo prometo.

—Pero no podemos pagarte —dijo Yeva dulcemente, mientras su padre le daba unas palmaditas a Albe en la mano e intentaba ponerlo de pie.

—No se preocupe, señorita —respondió—. ¿Adónde voy a ir entonces? Estoy aquí desde que mi madre murió, llevo con ustedes desde que tenía siete años. ¿Adónde iba a ir sino?

Desde aquel momento Albe se ocupó de terminar de empaquetar y ayudó a Yeva cada vez que trataba de transportar algo al carro. Por lo general resultaba un estorbo, siempre en medio, y realizaba las tareas con tanto entusiasmo que casi tiraba al suelo a las hermanas. Pero sus payasadas les hacían reír con más frecuencia que le gritaban, así que cuando la familia al final salió de la casa, no tuvo el ánimo tan decaído como habría estado de no haber tenido al chico.

Con los hombres andando, los perros trotando a su lado y el carro tirado por un caballo que les había prestado un vecino a cambio de una alfombra, partieron por el camino del norte.

Era un viaje de tres días desde su casa en el pueblo hasta la cabaña de caza de su padre. Se alojaron durante el trayecto en posadas, un gasto del que Yeva protestaba todas las noches. Pero su padre se negaba a permitir que sus hijas pasaran la noche en un granero o, peor, envueltas en sus capas en el suelo junto a la carretera. Decía que no habían caído tan bajo, con una voz demasiado calmada, por lo que Yeva sabía que no debía cuestionarlo. Al tercer día, el tiempo empeoró, el cielo se encapotó hasta que el aire se volvió blanco por la nieve a última hora de la tarde.

Al llegar el crepúsculo, Cervatilla comenzó a dar traspies, con sus largas patas temblando en la nieve. Yeva se bajó para ayudarla a subir al carro con ella. Cervatilla estaba hecha para la velocidad, la habían criado en una tierra lejana al oeste, y tenía el cuerpo delgado y el pelo corto; un perro de verano, que no estaba preparado para la crudeza del invierno al que estaba enfrentándose en la linde del bosque negro.

Yeva frotó y frotó el cuerpo y las patas de la perra hasta que dejó de temblar. Cervatilla le lamió la muñeca y se acurrucó en la cama que Yeva le hizo con los pocos vestidos que le quedaban. Terminarían llenos de pelo y olor a perro, pero ¿qué más le daba a Yeva? Ahí fuera no habría una baronesa que lo advirtiera. Yeva dejó a la perra durmiendo en su ropa y se reunió con sus hermanas en el amplio carronato.

A su lado se dio cuenta de que Lena temblaba y la miró. Su hermana tenía girada la cara con decisión hacia los árboles por los que pasaban, pero Yeva bajó la vista a sus manos, agarradas

con tanta fuerza sobre su regazo que sus nudillos eran blancos. Habían notificado su desgracia al prometido de Lena, pero no habían tenido tiempo de esperar una respuesta, puesto que no había garantías de que el mensaje le hubiera llegado. Radak muy probablemente regresaría de su viaje de negocios y descubriría que Lena se había ido, al igual que todas las razones para casarse con ella. No encontraría ninguna ventaja en la alianza con esa familia, ya que casarse con una de sus miembros sería casarse con sus deudas, que bien podrían paralizar a un joven emprendedor.

Yeva colocó las manos encima de las de su hermana. Estaban casi tan frías como las de ella, pero se relajaron bajo su roce y, al cabo de un rato, tanto las de Yeva como las de Lena se calentaron por la compañía.

El tiempo empeoró al salir de la carretera para seguir un sendero más pequeño que se adentraba en el bosque y tuvieron que abrirse paso entre la nieve, pues nadie había recorrido aquel camino desde que la tormenta había empezado. Albe sugirió a voces que regresaran y fueran a la posada que habían dejado varias leguas atrás. El padre de Yeva respondió algo que ella no oyó, pero Albe se calló y se ciñó más el abrigo en los hombros. La chica bajó del carro de un salto, se hundió hasta las pantorrillas en la nieve y gritó por encima del viento:

—Descansa en mi sitio un rato, Albe.

El muchacho protestó con la cara roja como un tomate, pero ella negó con la cabeza.

—Por favor, me gustaría hablar con mi padre a solas.

A regañadientes, Albe dejó que le ayudara a subir al carro mientras crujía por la nieve. Yeva se acercó a su padre y le agarró del brazo con el suyo, tanto como para calentarse como por la compañía.

—Muy amable por tu parte —dijo, dándole unas palmaditas en la mano.

—Ahora mismo, Albe es nuestro único amigo en el mundo.

La mano de su padre se quedó quieta sobre la de ella y el hombre inclinó la cabeza por el frío cortante. Durante un rato no se oyó más que el tintineo del arnés del caballo y el crujido del carronato, los golpes sordos de los cascos en la nieve, y el ruido distante y esporádico de una rama cediendo y dejando caer su pesada carga al suelo del bosque.

—Fui tonto. —La voz de su padre era un susurro, pero el silencio de la nieve hizo poco por ocultarlo—. Un tonto de remate.

Yeva nunca había tenido que consolar a su padre. El corazón se le encogió por el tipo de miedo que jamás había sentido fuera de las pesadillas, el tipo de miedo que le hacía bombear la sangre.

—No es culpa tuya —dijo finalmente, buscando cualquier palabra que pudiera reducir la tensión en el brazo agarrado al suyo.

Su padre exhaló una carcajada que pareció un gruñido, cuyo vaho se quedó suspendido delante de sus labios como un fantasma.

—Teníamos suficiente. Más que suficiente. Esa caravana... Fui tonto al poner todo lo que teníamos en una aventura tan delicada. Pero quería más para vosotras, más para mis chicas... Quería...

Se le quebró la voz y a Yeva, el corazón. Durante décadas su pueblo, junto con una vasta extensión del país, había estado desconectado de otras partes del mundo a causa de maleantes que interceptaban tanto a los viajeros como a las caravanas. Todos los libros que su padre poseía procedían de una época anterior a los mongoles; los sacerdotes que habían celebrado el bautizo de

Yeva fueron algunos de los últimos que consiguieron sobrevivir a sus peregrinajes.

—Querías darnos el mundo —susurró Yeva, apretando con fuerza el brazo de su padre contra su cuerpo—. No tienes que avergonzarte por ello.

Aun así, su corazón se agitaba, inquieto. ¿No se había estado reprendiendo a sí misma de aquella manera por desear más que la vida que un marido como Solmir podía ofrecerle?

—Tenía el mundo —respondió su padre, que dejó de caminar unos pasos hasta que Yeva también se detuvo. Los ojos enrojecidos del hombre se encontraron con los de su hija mientras la nieve se derretía en sus mejillas y goteaba en la barba—. Solo que estaba demasiado ciego para verlo.

Yeva tragó saliva.

—Nos tienes a nosotras —dijo en voz baja— y nosotras te tenemos a ti. Es lo único que nos hace falta. Vamos, padre, te agarrotarás si te quedas quieto.

Mientras continuaban, Yeva entró en calor al moverse y descubrió que caminar era mucho más preferible a ir en el carro, aunque no llevaba caminando tres días con la nieve por los tobillos. Después de media hora se dio cuenta de que los músculos que utilizaba poco habían empezado a dolerle y protestaban por el ejercicio.

Al llegar el atardecer, se vio la cabaña, del mismo blanco y negro de la nieve y la madera del bosque. Los acurrucados ocupantes del carro bajaron y Albe desenganchó el caballo en cuanto el vehículo se detuvo al abrigo de la casa. El agotamiento les hacía a todos más lentos y atontados, incluso a los que habían viajado en el carro, por el frío y el balanceo, ya que ir dando tumbos era casi tan agotador como caminar. Asenka apenas podía moverse, se le había quedado muy entumecida la pierna mala, y Lena la ayudaba a avanzar por la nieve con cierta dificultad. Yeva cogió a Cervatilla del rincón caliente donde estaba dormida y llamó de un silbido a Pelei, que se había ido demasiado lejos y se movía por entre los árboles, olisqueando y temblando del entusiasmo ante su nuevo entorno. Albe metió el caballo en un cobertizo ruinoso para ocuparse de él más tarde y todos se dirigieron a la casa. Llevaba vacía durante buena parte de una década y con un largo suspiro su padre empujó la puerta para abrirla por primera vez desde que Yeva era niña.

Estaba cubierta de polvo y suciedad, la mitad de las contraventanas se hallaban rotas, y las hojas caídas y la nieve se amontonaban en los rincones. Algo se movió ligeramente al fondo, la llegada de los humanos le había molestado. La única luz entraba por las contraventanas rotas y por un agujero en el tejado, tapado en su mayor parte por la nieve, lo que permitía que solo entrase el frío resplandor azul del crepúsculo a través del hielo. Los copos caían por el agujero, brillando bajo el rayo de luz.

Aquel no era el hogar acogedor que Yeva recordaba de su infancia. Se encontró deseando que su padre hubiera escuchado a Albe en la carretera. De haberlo hecho, tendrían el calor y la comida de la posada en esos momentos. Pero en tal caso, a la cartera de su padre, demasiado delgada, le faltarían varias monedas más.

Todos entraron llenando el suelo de nieve y hielo, e inspeccionaron el interior frío y húmedo de la cabaña en silencio. Asenka fue la primera en hablar, avanzando con su cojera.

—Albe —dijo en voz baja—, ¿serías tan amable de usar esa pala de ahí junto a la chimenea y retirar la nieve de dentro mientras yo enciendo el fuego?

Lena, como si se despertara de un sueño, fue a trompicones hasta su hermana para cogerla del

brazo y ayudarla a acercarse a la chimenea. Las dos se pusieron a quitar hojas del hogar mientras Albe cogía la pala de las cenizas y empezaba a tirar la nieve por las ventanas. Yeva se arrodilló y, con una mano en el hombro tembloroso del perro, le susurró a Pelei:

—Ve, sé que los hueles. Recuérdales que esta es nuestra casa.

Cuando se puso derecha y retiró la mano, Pelei salió como la flecha de una ballesta hacia el otro extremo de la cabaña, haciendo crujir desesperadamente las hojas a su paso mientras los anteriores ocupantes huían delante de él. Yeva localizó la mesa ancha y robusta entre los escombros y, con la ayuda de Albe, la colocó boca arriba y luego pasó las manos por la superficie para limpiar la mayor parte de polvo.

El padre de Yeva permaneció en la puerta, inmóvil, observando cómo se ponía a trabajar su familia. Cuando Yeva se volvió hacia él, el hombre inspiró con fuerza por la nariz y se pasó una mano por la cara.

—Mis chicas —dijo con voz ronca y apretó los labios. Tras un instante de silencio, se sacudió e inclinó la cabeza hacia Yeva con una sonrisa—. Iré a por el té.

Y se marchó para comenzar a traer cosas del carro.

Durante los siguientes días, la cabaña, poco a poco, se fue haciendo habitable. Pidieron a Albe que talase unos cuantos árboles de por allí cerca para obtener leña y reparar los peores agujeros y apuntalar el desván para que fuera seguro. Había una habitación al fondo de la casa y dos camastros en la buhardilla. Tvertko y Albe se quedaron con las camas del desván, puesto que Asenka no podía subir por la escalera de mano. Las hermanas mayores se quedaron con la cama al fondo de la casa, la que había sido de su padre cuando todavía utilizaba la cabaña para alojarse mientras cazaba.

Yeva se preparó un catre junto a la chimenea. Por la noche estaba caliente por el fuego del día y, cuando la noche avanzaba, los perros se acurrucaban cada uno a un lado de ella y la chica estaba más a gusto que ninguno. Su padre protestó por aquella solución, y también sus hermanas, pero cuando Lena se ofreció para que se turnaran para dormir en el suelo, Yeva se negó.

—Son mis perros —señaló con una sonrisa— y tú solo te quejarás por las mañanas de su olor.

Yeva normalmente era la primera de la familia en despertarse, así que se había convertido en una costumbre suya avivar el fuego al alba para que el agua justo empezase a hervir y pudiesen preparar el té cuando Albe bajara por la escalera de mano, frotándose los ojos.

El padre de Yeva comenzó a hacer incursiones por el bosque de los alrededores para volver a conocerlo. Le había enseñado a Yeva que la clave para ser un buen cazador no era seguir a una criatura por el bosque, sino que era conocerlo tan bien para que fuese como perseguir a tu presa por tu propia casa. Pocas veces regresó con trofeos los primeros días, pero hizo planes inminentes para adentrarse más en la espesura.

Yeva le suplicó que le dejara acompañarlo.

—Ya no eres una niña —le dijo su padre con un suspiro—. Cuando pague mis deudas, volveremos a mudarnos al pueblo. Para entonces, me temo que te habrás vuelto tan salvaje que los confines de la civilización te romperán el corazón.

—Por favor —fue lo único que a Yeva se le ocurrió decir. No tenía argumentos en contra. Aunque hubieran pasado años desde la última vez que fueron a cazar juntos, todavía anhelaba la

oscura y fría catedral del bosque.

Tvertko negó con la cabeza.

—No me convencerás de esto, Yeva. —Aún se estremecía al oír a su padre usar su nombre propio—. Además, si vienes conmigo, Cervatilla intentará seguirnos y ya sabes que no puede soportar este frío.

Así que la dejó atrás, adentrándose cada vez más con Pelei a su lado. A veces se ausentaba dos o tres días, permitiendo a Yeva y a sus hermanas, y a Albe, estar solos en la casa. Yeva se quedaba en la cama junto a la chimenea. Cervatilla se pasaba toda la noche llorando, al no poder subir por la escalera de mano que llevaba a la buhardilla, pues Yeva se había quedado con la habitación de su padre mientras estaba fuera.

Fue durante una de las excursiones de su padre cuando recibieron la primera visita en la cabaña, en una tarde de luz solar fría y pálida. Yeva y Lena tapaban los huecos de la madera del suelo y de las paredes con arcilla, mientras Asenka estaba sentada junto al fuego, remendando una de las camisas de su padre. Cervatilla inspeccionaba toda la casa, como hacía cada hora aproximadamente, alerta ante el regreso de Pelei. Pero en vez de levantar las orejas y mover con frenesí el rabo para anunciar su llegada, se puso tensa, con el hocico apuntando hacia la puerta y la cola inmóvil.

Yeva se detuvo y posó los ojos en la perra.

—Albe, ¿hay alguien fuera?

El criado asomó la cabeza por el borde de la buhardilla, donde estaba limpiando.

—No oigo a nadie, señorita.

Yeva colocó una mano en el lomo de Cervatilla y sintió los músculos del perro sólidos como una roca.

—¿Podrías ir a comprobarlo, por favor?

Albe se deslizó por la escalera de mano y aterrizó con un golpe firme en el suelo. Abrió la puerta una rendija y se asomó por la nieve resplandeciente.

—Viene alguien, señorita —dijo, sorprendido.

Lena dejó caer el cuenco de barro, salpicando un poco el suelo.

—Radak —susurró, mirando primero a Yeva y luego a Asenka, que había dejado de coser y le devolvía la mirada a su hermana—. Tiene que ser él. ¡Oh! ¿Y si viene para romper nuestro compromiso?

—No tiene por qué —dijo Yeva con firmeza—. No haría algo así. Y si esa fuese su intención, no viajaría tres días para comunicártelo, simplemente no vendría.

—No es su prometido, señorita —dijo Albe.

Yeva se arrepintió de haber hablado. Ahora cada día que Radak no fuera hasta allí, Lena estaría más convencida de que jamás lo haría.

Albe se colocó en el hueco de la puerta y se puso recto.

—Bienvenido, señor. ¿En qué puedo ayudarle?

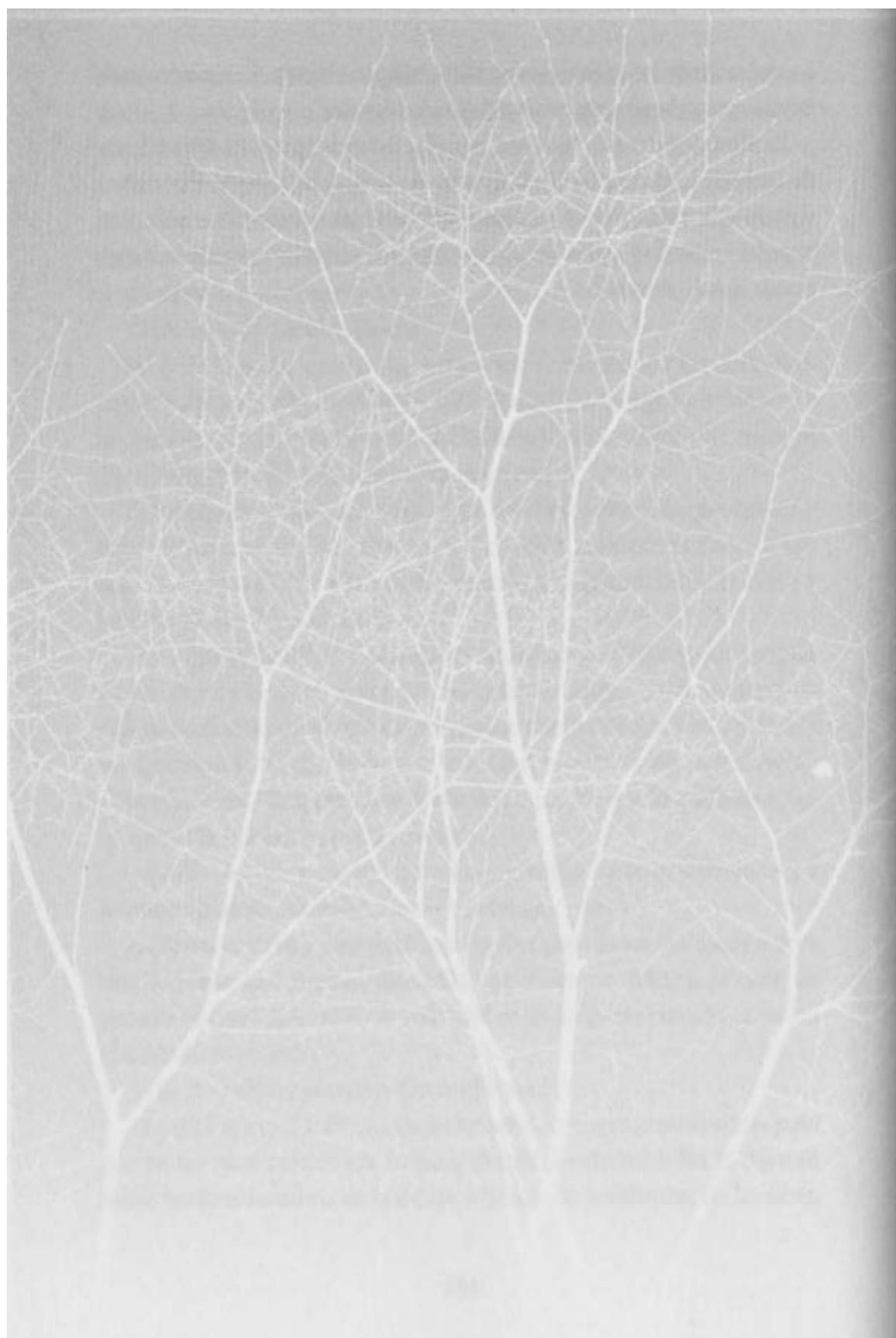
Le hablaba a alguien que Yeva no veía, su forma quedaba perfilada por la luz cegadora que reflejaba la nieve tras él.

—¿Es esta la casa de Tvertko? —preguntó la visita—. He venido a verle a él... y a su hija.

Albe se retiró para dejar que el hombre pasara. En cuanto la puerta se cerró tras él y quedó fuera la luz del día, sus rasgos se vieron claros. Era un joven, tal vez cinco o seis años mayor que

Yeva, con el pelo oscuro y una sonrisa fácil. Tenía unos ojos avellana amistosos que recorrieron la habitación, posándose primero en Asenka junto a la chimenea, luego en Lena apoyada en la pared, y después en Yeva. Y allí se quedó su mirada. Se oyó un grito ahogado en el hogar y Yeva se giró para ver que Asenka se había puesto pálida mientras miraba fijamente al hombre de la puerta.

Era Solmir.



BESTIA

Algo se acerca.

Un hombre y una bestia, que se mueven despacio, examinando el terreno. Nosotros observamos a pocos pasos de distancia. Sabemos cómo ocultar nuestro olor de los caminos. El hombre conoce muy bien por dónde pisa y es fuerte, aunque sea viejo para los suyos, y observamos con interés. Algo nos resulta familiar en él, nos lo hemos encontrado antes.

Si, le conocemos. No había sido el primer cazador que hicimos que se pusiera de nuestro lado para nuestros propósitos, pero sí fue el más prometedor. Estábamos segurísimos de que sería nuestra salvación, hasta que un día desapareció y jamás regresó al bosque. ¿Fue hace años... o semanas? Quizá generaciones. La ha cambiado el pelo y tiene arrugas en la cara, pero camina con el mismo conocimiento del alma del bosque.

Gruñimos y el sonido se mezcla con el viento y el crujido de los árboles bajo el peso de la nieve. Somos pacientes. Todavía

recordamos nuestro plan.

Mientras el hombre atraviesa el bosque, el perro, que exhala vaho a su lado, le sigue silencioso.

TRES

YEVA SE QUEDÓ CLAVADA donde estaba, mirando fijamente a Asenka mientras su hermana no le quitaba los ojos de encima a Solmir. Yeva estaba más cerca de la puerta y sabía que debía recibirlo cortésmente, pero sentía que si lo miraba, todo se revelaría.

Al final, Lena dio un paso al frente y se alisó las faldas como si estuvieran hechas de fina seda y no fueran de lana salpicada de lodo.

—¡Bienvenido, señor! —exclamó, pasando junto a Yeva y extendiendo los brazos para coger la pesada capa de Solmir—. Por favor, perdónenos. Es la primera visita que tenemos desde que nos mudamos.

Solmir le dejó que le quitara la capa dándole las gracias en un murmullo y la miró brevemente antes de volver a fijarse en Yeva.

—Les pido disculpas por no haber anunciado mi llegada, pero para cuando el mensajero hubiera llegado hasta aquí y hubiese regresado a mi casa, habría pasado al menos una semana. Me alojo en la posada que hay unas leguas más allá, donde puedo retornar si les causo molestias.

—Por supuesto que no —dijo Lena—. Debe de tener frío. Por favor, siéntese aquí, junto al fuego.

Sacó una de las sillas de la mesa junto a la chimenea y la colocó más cerca de Asenka de lo necesario. Esta, cuya cara blanca se había puesto roja mientras se frotaba las manos en su regazo, le lanzó a Yeva una mirada de alarma.

Solmir cambió el peso de un pie a otro.

—En realidad no tengo mucho tiempo. ¿Su padre no está en casa?

Lena negó con la cabeza.

—Está cazando —respondió, con una mano todavía en el respaldo de la silla, como si esperara animarle a sentarse solo con su voluntad.

El rostro del hombre mostró signos de abatimiento.

—Bueno, tendré que volver en otro momento para hablar con él, aunque ese no era mi único propósito.

Solmir había dejado caer la mirada al suelo, como si fuese a encontrar sus próximas palabras allí escritas.

—Ah, ¿no? —dijo Lena, expectante, y la mano en el respaldo de la silla se deslizó despacio hasta el hombro de Asenka.

—Yo... Esperaba hablar con Yeva. —Levantó los ojos y se encontró con los de Yeva antes de que ella apartase la mirada, sobresaltada—. A solas.

Con el corazón palpitando con fuerza en su pecho, Yeva no pudo evitar mirar a sus hermanas. Lena tenía cara de confundida, de no entender nada... pero Asenka sí lo comprendió. Separó los labios, pero no emitió sonido alguno. El arrebató de nerviosismo le puso más roja la cara y las manos se quedaron inmóviles en su regazo. Llamó la atención de Yeva y, tras un segundo largo y pesado, las comisuras de sus labios se alzaron para esbozar una sonrisa. Incapaz de soportarlo más, Yeva salió disparada hacia el cerrojo de la puerta.

—Como puede ver —dijo con dureza—, tan solo disponemos de una habitación aparte de los dormitorios. Hablaré con usted fuera, si es tan amable.

Salió a trompicones a la nieve sin comprobar si Solmir la seguía. «¿Por qué no ha podido ser Radak?», pensó furiosa. Con las prisas se había dejado su capa dentro, pero de momento la humillación y la angustia que la recorrían la inmunizaban contra el frío.

El caballo de Solmir esperaba obedientemente en el sendero cubierto de nieve, resoplando vaho. Estaba bien amaestrado, por lo que no requería que lo ataran. Una voz interrumpió sus pensamientos.

—¿Yeva?

Solmir estaba cerrando la puerta tras él, después de coger su capa de la percha donde Lena la había colgado.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Yeva se giró de manera tan brusca que levantó nieve del suelo.

Solmir abrió la boca por la sorpresa y frunció el entrecejo.

—Yo... ¿Por qué estás tan enfadada?

Yeva no sabía que sus emociones eran tan obvias.

—Lo siento, ha llegado en un momento violento. Por favor, señor... ¿Por qué ha venido?

—Solmir —la corrigió—. Odio que la gente me llame «señor». He venido... —Hizo una pausa y bajó las cejas un poco más mientras la miraba bajo la luz del sol de invierno—. ¿De veras no lo sabes?

La furia disminuyó, dejándola con tan solo confusión y terror que recorrían su cuerpo tan rápido y con tanta seguridad como el frío.

—No.

Tembló.

—Ten.

Solmir se acercó y le envolvió los hombros con su capa antes de que pudiera protestar. Retrocedió un paso, recuperando una distancia respetuosa entre ambos, y volvió a examinarla. Sus ojos eran amistosos, cálidos... No era de extrañar que fueran lo que Yeva más recordaba de las cenas que habían compartido.

—Mis disculpas. Creía que lo habías entendido. —Aunque hablaba en voz baja, hablaba con confianza—. Sé que no hemos pasado mucho tiempo juntos, pero de entre todas las personas de esas cenas, tú eras con la que deseaba conversar. Las otras damas hablaban del tiempo o de la moda, y de la plata de la baronesa. Tú explicabas cómo se despellejaba correctamente un leopardo para no estropear la piel.

Yeva notó que se le revolvía el estómago.

—Yo... nunca...

—A mí no —dijo, con una sonrisa—. A uno de los cazadores al servicio del barón. Te oí. Traté en vano de hablar contigo de caza, pero creo que la baronesa te tenía demasiado bien enseñada. Nunca antes había envidiado tanto a un mero cazador.

Ahora que lo mencionaba, Yeva recordaba con más claridad las noches en las que ambos asistieron a las cenas. Siempre se sentaba junto a ella, siempre hablaba de los cazadores y le preguntaba si conocía a alguno. Ella creía que trataba de cotillear y había desviado las preguntas tan bien como había podido. Yeva volvió a cerrar los ojos. ¿Cómo había estado tan ciega?

—Por favor —dijo Solmir. Yeva oyó una suave pisada y supo que había dado un paso hacia ella—. Cuando me enteré de lo que le había ocurrido a la caravana de tu padre, tu familia ya se había ido y perdí mi oportunidad. Pero he recorrido este largo camino. Volveré para hablar con tu padre, pero todo el mundo sabe lo mucho que te quiere. Si tú deseas algo, no se negará. Por favor, Yeva. Considera mi oferta. Me gustaría llevarte de vuelta conmigo... como mi esposa. —Se había quedado sin aliento y tuvo que coger aire para pronunciar sus últimas palabras.

Yeva sintió como si el peso de la capa en sus hombros pudiera hacer que se pusiese de rodillas. Se obligó a mirarle a los ojos y al instante deseó no haberlo hecho. Era demasiado sincero, al mirarla con tanto sentimiento. ¿Cómo no se había percatado nunca?

—No puedo casarme contigo —contestó entre dientes, temblando de nuevo a pesar del abrigo de la capa—. Lo siento.

—¿Por qué no?

Parecía simplemente desconcertado, al no comprender lo que estaba diciendo.

—No puedo casarme con nadie. —Al pronunciar estas palabras, Yeva se dio cuenta de cuánta verdad encerraban. De todos los hombres que podrían haber pedido su mano, no podría haber encontrado a alguien más adecuado para ella que este; sin embargo, la idea del matrimonio la asustaba como si fuera un zorzal que se alejara volando hacia el bosque—. No soy... No soy una esposa. Deberías casarte con mi hermana, Asenka. Ella es buena y cariñosa y...

Solmir negó con la cabeza y se acercó a ella para cogerla de las manos. Yeva, demasiado atónita para contestar, se quedó mirando cómo cerraba sus manos sobre las suyas.

—No es a tu hermana a quien quiero, Yeva.

Ella levantó la vista, conmovida por el anhelo en su voz. Su profundidad la dejó sin habla.

Él la miró a los ojos y las comisuras de sus labios se enarcaron en una pequeña sonrisa.

—Yeva —repitió en voz baja.

—No puedo. —Se apartó, retirándose la capa de los hombros para entregársela a un brazo de distancia—. Le ofrecería un refrigerio, pero acabamos de mudarnos y no estamos preparados para recibir visitas. Por favor, márchese.

Si no estuviera tan desconcertada, le habría sorprendido su propio comportamiento. Estaba siendo imperdonablemente maleducada.

Pero Solmir se limitó a coger su capa y a llevársela al pecho. Siguió sosteniéndole el brazo extendido con una mano, con los dedos rodeándole la muñeca. La observaba como si deseara que la capa fuese ella, apretada contra él, pero no trató de acercarla.

—Debo regresar para hablar con tu padre. Dentro de dos semanas, tal vez. Ya habrá vuelto para entonces. Por favor, piensa en ello hasta que nos veamos. Podemos ir a cazar juntos, viajar juntos, hasta que el barón me nombre su heredero. Entonces serás mi baronesa y nadie se atreverá

a decirnos lo que debemos hacer.

Yeva no podía pronunciar palabra, tenía el aire atascado en la garganta y el corazón golpeaba con fuerza sus costillas.

Solmir se inclinó sobre el brazo cautivo y Yeva esperó que le besara la mano como un caballero besa la de una dama. Pero unos dedos tan diestros como los de una tejedora le dieron la vuelta a su muñeca y echó hacia atrás su mano con cuidado para que abriera sus dedos como una flor. Luego, le dio un beso en la palma. Yeva volvió a estremecerse... y esta vez no fue de frío.

—Por favor, despídeme de tus hermanas —le pidió, soltándole la mano—. Y diles que no puedo quedarme más tiempo para hablar con ellas.

Después se puso la capa sobre los hombros, se dirigió a su caballo y se montó con la facilidad de un experto. Se sentaba como alguien nacido para la silla, que era sencilla, sin adornos, gastada por el uso y el cuidado. Solmir la vio mirándole y sonrió.

Yeva bajó la mirada hasta la nieve, pero sintió sus ojos sobre ella durante unos largos instantes antes de que girara con su caballo y desapareciera en el bosque.

Deseaba quedarse donde estaba, no quería regresar a la casa ni ir tras Solmir, pero el frío la llevó inevitablemente adentro. Abrió la puerta haciendo el menor ruido posible, entró con discreción, pero el sigilo fue inútil. Todos estaban esperándola.

Los ojos se le fueron enseguida a la figura que estaba en medio de la casa, apoyando una mano en la mesa para aguantarse. Asenka sonrió y Yeva no vio más que felicidad en el rostro de su hermana.

—Me alegro muchísimo por ti, Bella —dijo Asenka, alzando los brazos. Yeva se acercó a ella, hundió la cabeza en su hombro y sintió las extremidades de su hermana rodeándola—. Es un buen hombre.

Más tarde aquella misma noche, mientras Cervatilla soñaba con conejos gordos y se agitaba a su lado, Yeva oyó un sonido que provenía de la habitación del fondo. Susurros, apenas audibles por encima del viento y las hojas, y luego un sollozo, bajo, que enseguida se amortiguó. Solo una vez, un único grito en el silencio.

Yeva pasó el resto de la noche despierta, abrazada a Cervatilla, con la palma de la mano ardiéndole en la oscuridad.

Yeva se levantó antes del amanecer, se vistió a oscuras y se abrigó bien para no pasar frío. Cogió una rebanada de pan del día anterior, se la metió en el bolsillo y luego se dirigió a la puerta. Cervatilla se levantó apresuradamente de su rincón junto al fuego y salió trotando tras ella, haciendo ruido con las uñas en la madera, pero Yeva extendió una mano y la perra se sentó.

—Cuida de la casa, Cervatilla —susurró.

Cervatilla agachó la cabeza y se puso a temblar con el deseo de acompañar a su dueña, pero cuando Yeva salió con sigilo, la perra, obediente, se quedó quieta.

El cielo estaba empezando a iluminarse por el este cuando cruzó el patio cubierto de nieve hacia el cobertizo destartado, pegado a la propiedad. Albe había devuelto el caballo prestado al pueblo, pero el carro era suyo y algunas de las cosas que transportaba aún no se habían desempaquetado. Yeva subió a la parte trasera del carro y retiró la pesada lona que tapaba su contenido, quitando así también la obstinada nieve.

Allí encontró un largo baúl de madera, una de las pocas cosas de valor de las que no se había deshecho su padre. Estaba tallado con representaciones intrincadas de fresnos y robles, serbales y

nogales. Entre el enredo de hojas y ramas se asomaban unos ojos, una cola por allí y un atisbo de una pata por allá. Yeva pasó una mano por el arco y la abrió.

Su padre se había llevado consigo su pesado arco y el hacha, pero el arco más ligero estaba allí, descordado, junto a una aljaba con magníficas flechas de pluma de ganso. Eran suyos, lo fueron desde su infancia. El arco de su padre era demasiado pesado para que Yeva lo usara y de todas formas nunca había necesitado la fuerza que ofrecía el arco. Su padre era un cazador de caza mayor, mientras que Yeva era rápida y tenía sus propios recursos, buena puntería y escondía bien las trampas.

Yeva sacó el arco y comprobó la madera con el pulgar. Estaba desatendida y descuidada. ¿Cuándo le habría aplicado aceite a la madera por última vez? Y aun así estaba lisa al tacto, y cuando lo dobló en la espinilla se curvó con gracia. Alguien había estado cuidando el arco. ¿Y quién más que su padre sabría lo que le hacía falta?

Encordó el arco con cierta dificultad, apoyando la madera en su pierna y descubriendo que los músculos que tenía a los doce años se habían atrofiado con la edad. Le temblaron los brazos al deslizar la cuerda por la ranura en la punta del arco. Después de coger su cuchillo y el carrete de alambre del fondo del baúl para metérselos por la cinta de la falda, se bajó de un salto del carro. Se colgó el arco y la aljaba de flechas al hombro y salió de nuevo con sigilo del cobertizo, cerrando la puerta tras de sí.

Yeva miró hacia el este, donde el cielo violeta rosado encima de los árboles se había aclarado varios tonos más. Albe no tardaría en levantarse y encontraría la chimenea fría y el hervidor vacío. Pero si Albe se despertaba y la descubría allí, se quedaría otro día en la vida rutinaria de la cabaña, y no podría soportar enfrentarse a sus hermanas, aún no.

Además, su padre no le había prohibido que fuese a cazar, tan solo que lo acompañara.

Salió al silencioso bosque nevado, con la sangre recorriéndole los oídos. Aunque había dormido poco, la energía fluía por sus venas y la animaba a seguir adelante. Se detenía de vez en cuando para colocar el cepe de alambre en la nieve. Al principio los dedos fueron algo torpes, pero pronto recordaron el truco y se movieron con más seguridad. La falda le molestaba más de lo que pensaba; tendría que hacerse unos pantalones con uno de los vestidos si iba a cazar con regularidad. Y ahora que había vuelto a respirar el aire fresco, que había sentido el mundo cubierto de nieve rodeándola, que había olido el brillo vigorizante del hielo que subyace en el abeto aromático, sabía que lo haría cada día que pudiese.

Vio poco rastro de nada cerca del bosque y solo se topó con huellas viejas de ciervo y zorro, y de vez en cuando con los extraños hoyos que dejaban los conejos al saltar. El día transcurrió rápido y la mañana se transformó en mediodía sin que ella apenas se diera cuenta. Justo después del mediodía se detuvo a descansar y deseó haber pensado con la suficiente claridad como para llevar consigo la comida del almuerzo.

Tendría que regresar pronto, volviendo sobre sus pasos para ver si alguno de sus cepos había dado sus frutos. Y al final de su rastro: la casa, con Albe, Lena... y Asenka.

Yeva respiró hondo, a pesar del modo en que el aire frío hacía que le ardieran la nariz y los pulmones. Pensó en Asenka, en la pequeña sonrisa en su rostro al entrar de nuevo Yeva en la cabaña después de que Solmir se marchara. Su voz, sin recriminación, al felicitar a su hermana menor por el compromiso oportuno. Esa misma voz, perdida en un único sollozo en la oscuridad.

Yeva tendría que volver... pero no en ese momento. Se adentró más en el bosque, con paso

airado, levantando la nieve con los talones mientras se movía. No era la manera de andar de una cazadora, pero estaba demasiado enfadada, demasiado inquieta, para que le preocupara.

¿Cómo podía haber ido Solmir, sin avisar ni anunciarse, a preguntarle a Yeva tal cosa? Y más cuando apenas había cruzado tres palabras con él. Pero, aun así, se había fijado en ella. Había escuchado sus conversaciones con los cazadores más pobres. Los había envidiado, porque ellos eran con los que ella había elegido hablar.

¿No estaba Yeva siempre criticando a la gente del pueblo por su voluble indecisión? ¿Acaso no deseaba que fueran más seguros en sus determinaciones y que actuaran rápido, con fuerza y confianza?

Se paró y apoyó una mano en el tronco del árbol más cercano. «Hablando de deseos — susurraron sus pensamientos—, ¿quién deseaba un hombre que la quisiera por sus aptitudes?»

Matrimonio. Con Solmir.

Significaría que se encargaría de ella, de su padre y de sus hermanas, sin importar lo que pasara. Se convertiría en baronesa y su familia estaría segura en las propiedades del barón. Estarían a salvo. Felices. Solmir la llevaría a cazar, la querría por sus habilidades. Era lo que ella deseaba. Más de lo que se había atrevido a esperar.

Así que ¿por qué notaba aquel vacío dentro de ella? ¿Por qué sentía como si la estuvieran atrapando en una jaula?

Cogió el arco que colgaba de su hombro y llevó una flecha a la cuerda con facilidad. No había tenido oportunidad de probar el arco aquella mañana, pero descubrió que su cuerpo todavía recordaba el movimiento. Más tarde le dolerían los hombros, pero aún podía tensarlo. Miró por el asta de la flecha, con la muñeca recta y fuerte, y el codo nivelado.

Un torrente de sonidos explotó por la derecha y por poco lanza la flecha silbando hacia el bosque del susto. Pero en cambio logró bajar el arco, el instinto había evitado que disparase una flecha que no podía permitirse perder. Se dio la vuelta en dirección al ruido y vio algo que salía de pronto entre maleza hacia ella.

—¡Cervatilla! —exclamó Yeva, fallándole las rodillas.

La perra chocó contra ella, rebotó y se sacudió la nieve de su pelo corto para dedicarle una amplia sonrisa, con la boca abierta y la lengua colgando por un lado.

La adrenalina empapó los pensamientos de Yeva y los redujo a un torrente furioso. Podría haber sido un jabalí, un lobo o un oso; debía permanecer alerta.

—¡Vete a casa! —le ordenó a la perra, con voz quebrada.

Cervatilla se la quedó mirando, con la lengua quieta, y ladeó la cabeza, confundida.

—¡Perra mala! —gritó Yeva, agitando la flecha hacia la criatura—. ¡Vete a casa, ya!

La perra retrocedió un paso y luego se tumbó con vacilación en la nieve, dejando caer primero las patas delanteras y la barbilla para luego bajar los cuartos traseros. Echó los ojos hacia arriba y miró, desesperada, a Yeva, moviendo una y otra vez la cola para conmovérla.

Yeva le pasó una mano por la cara y el miedo desapareció al hacerlo, así como el enfado. Se arrodilló, perdonándola, y Cervatilla se echó en brazos de su dueña. Yeva recorrió con la mano el lomo de la perra mientras un hocico frío chocaba contra su cuello.

—No deberías haber salido —susurró Yeva, apretando la mano plana contra el cuerpo del animal. Cervatilla estaba temblando, aunque Yeva no sabía si era de frío o de entusiasmo y deleite—. ¿Qué te ha dado para salir corriendo hacia el bosque de esta manera?

Como si la perra pudiera entenderla, Cervatilla se apartó de sus manos y volvió a meterse a toda prisa entre los arbustos. Yeva la oyó sacudirse, y estaba a punto de acercarse, cuando algo pequeño y marrón salió a toda velocidad de entre la maleza, atajando por el sendero que había pisado.

Antes de que le diera tiempo a pensarlo, Yeva había llevado una flecha al arco y lo tensaba. Cuando Cervatilla sacó de su escondrijo a un segundo conejo, disparó la flecha.

Yeva notó un escalofrío de satisfacción por la espalda al oír el chillido del conejo. La recorría la euforia al bajar el arco y colgárselo al hombro. Pero la emoción se desvaneció cuando se acercó y vio que el conejo aún estaba pataleando. No había sido una muerte limpia. Su puntería no era la de antes y había sacado una flecha afilada, perforante, una flecha para cazar ciervos. Tendría que volver a aprender a emplumar flechas y saber al tacto cuáles eran las más apropiadas para la caza menor.

Rápidamente cogió al animal del cuello y se lo retorció para poner fin a su sufrimiento. Después, alzó la cabeza. No había ni rastro de Cervatilla, aunque oía un ligero susurro a lo lejos.

Recuperó la flecha, la limpió, manchando la nieve de un intenso carmesí, salpicada de la luz del sol de la tarde. Ató las patas traseras del conejo con el alambre y se lo colgó del cinturón. «Un estofado —pensó, contenta—, o asado con puré de patatas». Sería la primera carne fresca que tomarían desde que se habían mudado a la cabaña. Comenzó a regresar por el sendero, tarareando una canción de marcha que su padre le había enseñado para llevar el ritmo con los pasos.

Cervatilla la alcanzó unos instantes más tarde, temblando de regocijo y lamiéndose los labios. El primer conejo sin duda no había tenido mejor destino que su compañero, y Yeva no tendría que darle esa noche a la perra trozos de pan y carne seca.

Regresó a casa. Todos los pensamientos sobre Solmir habían desaparecido en cuanto la flecha dio en el blanco.

—Bella, no. —Lena sostenía el conejo despellejado y limpio a un brazo de distancia, aunque había un entusiasmo innegable en su voz ante la idea de comer carne fresca—. Padre te dejó bien claro que no debías ir a cazar.

Yeva había vuelto a guardar el arco en el baúl de su padre y se había deshecho de cualquier rastro de la jornada de trabajo. Sus trampas continuaban vacías, pero las comprobaría con las primeras luces del día siguiente.

—Coloqué unas cuantas trampas —dijo. No era mentira, al fin y al cabo sí que las puso.

Lena suspiró.

—¿Y supongo que estuviste casi todo el día comprobando si habías atrapado algo?

Asenka continuaba sentada en su silla junto al fuego, pero le había sonreído en el momento en que entró. Era como si nada hubiese cambiado entre ellas, a pesar del abismo que Yeva sentía que las separaba. Se dio cuenta de que Asenka ya no se sentaba con la falda tapándole los pies, sino que tenía la pierna retorcida estirada hacia el calor de la lumbre.

Ya no le hacía falta esconder sus defectos.

Yeva cerró los ojos.

—Iré a comprobar las trampas —espetó, y se dio la vuelta en dirección a la puerta.

—Yeva —dijo Asenka en voz baja, pero bastó para detener en seco a su hermana pequeña—,

¿me ayudarías a ovillar esta lana?

A Yeva no le apetecía nada, pero no quería disgustar a su hermana. Así que se acercó a Asenka y se sentó en el suelo al lado de ella mientras Lena empezaba a descuartizar el conejo para el estofado. Cogió la madeja suelta de lana del cesto a los pies de Asenka y enrolló el hilo en sus manos, sosteniéndolo de manera que le llegara con facilidad mientras hacía punto.

Asenka comenzó a tararear una canción que a su madre le gustaba. Yeva la recordaba más por su hermana, puesto que era demasiado pequeña cuando su madre falleció como para que hubieran arraigado recuerdos claros de ella. Yeva suspiró y echó la cabeza a un lado para apoyarla en la rodilla de su hermana. Notaba los ligeros movimientos del cuerpo de Asenka mientras enrollaba la lana en la aguja, atravesaba la tela y volvía a enrollar.

Al cabo de un rato, bajo los sonidos de Lena cocinando la cena, Asenka susurró:

—Si eres feliz, Bella, yo también.

Se inclinó y apretó los labios contra la coronilla de Yeva.

Yeva no dijo nada. Los ojos le ardieron y se le nubló la vista mientras miraba fijamente el suelo desigual. Ojalá ella fuese tan desinteresada.

Yeva se aficionó a pasar los días en el bosque, bajo los altos y rectos pinos en la nieve y el silencio. Su destreza con el arco volvió enseguida y los músculos recordaron lo que no recordaba el resto de su cuerpo. Estaba recuperando su forma física muy poco a poco, por lo que se veía obligada a descansar con más frecuencia de la que le habría gustado. Volvía a conocer el bosque, y se encontraba tan bien y le era tan familiar como un viejo amigo.

Cervatilla la acompañaba los días que hacía sol, porque de lo contrario las temperaturas eran demasiado duras para su delgada constitución. Aunque Asenka había prometido darle su cariño los días que Yeva la dejaba en casa, al ver a la perra con la cabeza gacha junto a la puerta, a menudo la chica transigía en el último momento y permitía que la perra fuera con ella. Agradecía la compañía de Cervatilla y su habilidad para sacar a las presas de los arbustos, pues Yeva no las hubiera descubierto al ir sola.

Nunca regresaba a casa con las manos vacías y a menudo llevaba mucho más de lo que necesitaban para comer ese día. Albe construyó una rudimentaria cámara de ahumado junto al cobertizo y comenzaron a aumentar sus reservas más que a agotarlas. Las presas que Yeva había cazado eran demasiado pequeñas e insignificantes para obtener pieles vendibles, pero de todas maneras las limpiaban por la noche y se quedaban el cuero para su propio uso durante el incipiente invierno. No podían permitirse malgastar nada.

Se propuso levantarse lo bastante pronto para evitar a sus hermanas, pero en cuanto se despertó, se encontró a Asenka arrodillada a su lado, avivando el fuego. Yeva comenzó a incorporarse, pero su hermana dejó el atizador y llevó una mano a su brazo.

—Yeva —susurró, con ojos de preocupación—. Quédate. No tienes que salir todos los días. Tenemos comida. Quédate hoy con nosotras.

A Yeva se le humedecieron los ojos y parpadeó con fuerza.

—No puedo —respondió, también susurrando.

Asenka movió la mano para tocarle la mejilla y luego le retiró el pelo despeinado de los ojos.

—¿Qué buscas ahí fuera?

Yeva parpadeó de nuevo y estuvo a punto de contestar que no estaba buscando nada, sino que tan solo salía a cazar para sobrevivir, pero se le cerró la garganta. ¿Cómo podía ser que su hermana la conocía tan bien, mejor que ella misma? Inspiró temblorosamente.

—No lo sé —musitó—. Algo más.

Al cabo de una semana, su padre regresó. Llegó al atardecer y golpeó con los pies el marco de la puerta para quitarse la nieve de las botas, con una espesa barba que crecía salvaje y medio ocultaba su rostro. Pelei entró disparado y Cervatilla y él se pusieron a dar vueltas el uno alrededor del otro, olisqueándose y recordando.

El padre de Yeva se tiró en su silla junto al fuego mientras Lena preparaba el té.

—Sabe que estoy aquí —dijo el hombre, clavando un dedo en el brazo de la silla—. Está haciendo que los animales se alejen de mí al seguirme. No he visto ni siquiera un solo conejo en toda la semana.

Yeva intercambió unas miradas con sus hermanas. Ninguna de ellas mencionó que su reserva de carne seca había ido aumentando poco a poco en la despensa. Yeva cogió la mano fría de su padre tanto para evitar que se hiciera daño por la frustración como para consolarlo.

—Tal vez aún estés familiarizándote de nuevo con el bosque —dijo con prudencia—, y por eso no te hayas topado con ninguna presa.

—No —gruñó el padre, recostándose en su asiento mientras miraba el fuego, y retiró la mano de la de Yeva para frotarse su rostro hirsuto—. No. Ahí fuera hay algo. Algo astuto.

—Padre, no puede haber nada...

—Ya lo he visto antes.

Yeva levantó la mirada para encontrarse a Asenka observándolos con una cara llena de preocupación. Yeva volvió a intentar coger la mano de su padre, pero no iba a calmarse.

—¿Qué has visto antes? —preguntó en voz baja.

Pero su padre se limitó a negar con la cabeza una y otra vez.

Al final, Albe, Asenka y Lena se fueron a la cama, y Yeva se quedó a solas con su padre junto al fuego. Después de un rato, como estaba cansada de pasarse el día cazando, Yeva también se quedó dormida. No recordaba haber visto a su padre dejar la silla para ir a acostarse.

No podría convencerle para que se quedara. Tenía planeado salir de nuevo con Pelei a su lado con las primeras luces y el frío. Cogió comida de la despensa, sin advertir que habían aumentado las provisiones desde que estuvo la última vez en casa, y a Yeva le daba escalofríos la resolución con la que pensaba en regresar al bosque. Confiaba en ella desde siempre. Había visto indicios de esta pasión en él cuando era muy pequeña, cuando le contaba historias de las cosas que había experimentado en el corazón del bosque. Cosas que había cazado... cosas que había matado. Cosas que se habían escapado.

Las criaturas de las que le hablaba, los monstruos y las maravillas que se ocultaban en lo más profundo del bosque, donde los demás cazadores se negaban a entrar, eran irreales. Fantasías inventadas para enseñarles a los niños buenos modales, para fascinarlos en los fríos días de invierno cuando no podían salir a jugar. Su padre siempre hablaba de aquellas cosas como si

fueran ciertas, pero era para deleitar a Yeva, para que se lo creyera porque era demasiado pequeña para pensar de otra forma. Pero ya no le gustaba el modo en el que estaba actuando ahora, mascullando que una criatura estaba siguiéndole, caminando inquieto de un lado a otro mientras volvía a contar los viejos cuentos, como si todavía hiciera ver que fuesen verdaderos. Estaba asustada.

—¡Padre! —gritó al final la mañana en la que planeaba marcharse—. Padre, tienes que quedarte. Algo va mal. Por favor... deja que Lena te prepare un poco de té.

—No me hace falta té —dijo mientras se ataba la ballesta a la espalda y se ponía las botas.

Se frotó el brazo, que llevaba rígido y dolorido desde que se había levantado.

—Entonces llévame contigo —replicó y se acercó a él para cogerle de la mano—. Si hay una criatura inteligente ahí fuera, dos pares de ojos, dos mentes, serán mejor que una sola.

—Es demasiado peligroso —protestó Tvertko, apartando la mano.

—No lo sabes —contestó.

El hombre se detuvo y apartó la vista de su fardo para mirarla a los ojos, aunque parecía atravesarla para clavar la vista en un recuerdo lejano.

—Es una Bestia —dijo—. Un monstruo distinto al de cualquier historia. Estaba ahí hace veinte años. Cuando tu madre me pidió que dejara la caza, fue lo que no pude apresar. Y ahí sigue. Cuando lo mate, nos darán tanto por su cabeza que podremos regresar a casa.

Yeva oyó a una de sus hermanas —no sabía cuál— contener un grito ahogado. Había locura en el rostro de su padre y Yeva se esforzó por controlar la voz.

—Quedémonos a vivir aquí —suplicó—. Dejemos a la Bestia en el bosque. Cazaremos para obtener comida y venderemos las pieles cuando se vaya la nieve en primavera, y seremos felices. Esta casa está bien.

Quería contarle la oferta de Solmir, pero las palabras se le atascaron en la garganta.

Su padre se limitó a negar con la cabeza y se dispuso a marcharse, no sin antes llamar a Pelei para que acudiera a su lado.

Yeva salió disparada tras él y se colocó entre Tvertko y la puerta.

—Papá —susurró—, por favor.

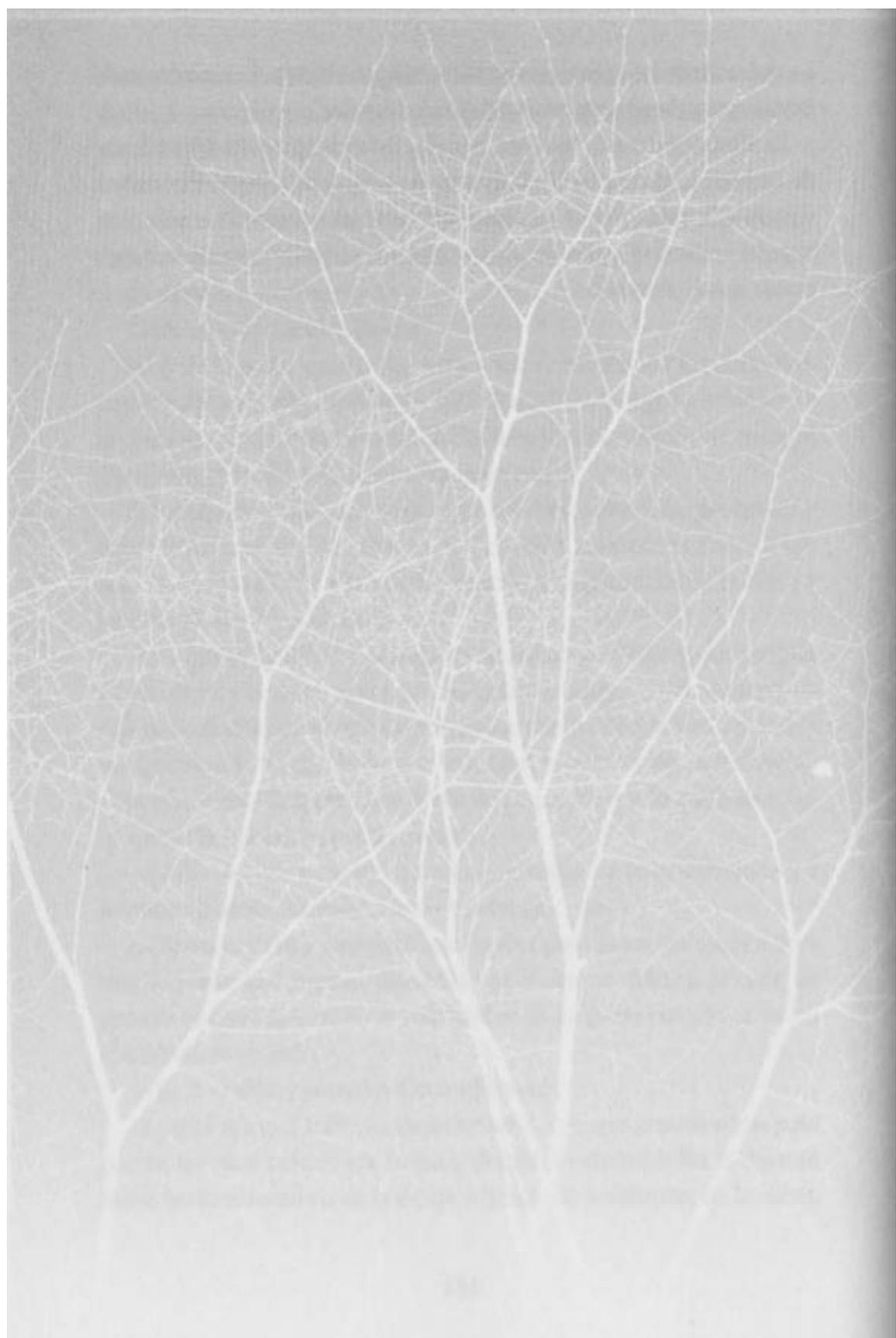
—Apártate —ordenó con una dureza en la cara que no se parecía en nada al rostro sonriente que ella conocía.

Pelei tenía el rabo metido entre las piernas y la cabeza gacha mientras observaba.

—No.

Su padre apenas le dio tiempo de reaccionar al apartarla con un movimiento rápido del brazo. Había recuperado su fuerza física, pero su mirada desenfadada la asustaba mucho más que la facilidad con la que la había tirado al suelo. Pelei intentó lamerle la cara, pero su padre lanzó tal silbido que el perro se vio obligado a alejarse, con la barriga muy pegada al suelo por la tristeza.

Lena se apresuró a ayudar a su hermana a levantarse, pero para cuando Yeva se volvió a poner en pie, su padre se había ido.



BESTIA

No deberíamos haber dejado que nos viera.

Ahora está loco por el recuerdo y se mueve por el bosque haciendo tanto ruido que ahuyenta hasta a las criaturas más lentas y tontas. Se apoya en su perro, que le ayuda a levantarse en la nieve cuando tropieza. Le observamos a cierta distancia. Ya no queda bestia en él, no hay un depredador; tan solo un hombre. Un hombre loco.

Ya no nos sirve de nada. Cuando era joven nos veía y vivía para soñar con nosotros. Podía ver los bordes del otro mundo, el que nos ata. Pero la edad ha cambiado y no podemos utilizarle para nuestro propósito. Queremos aullar nuestra furia y frustración, queremos arrancarle miembro a miembro por habernos dado esperanza, aunque fuese por un brevísimo instante, después de todos estos largos años. Queremos destrozarnos hasta la última parte de él.

Le seguimos con garras silenciosas.

CUATRO

UN TEMOR FRÍO se instauró en el vientre de Yeva después de que se marchara su padre. Sus hermanas se fijaban en ella cuando se trataba de su padre porque lo conocía mejor que nadie. Yeva no podía permitirse que vieran lo asustada que estaba, o ellas también vivirían con la misma fuerte tensión a cada momento, la sensación de un hacha sobre la cabeza mientras esperas que te caiga encima. Así que cuando estaba en casa, sonreía y les preguntaba a sus hermanas acerca de los intrascendentes acontecimientos del día, y se guardaba los miedos y la preocupación para la caza.

Yeva veía su rostro mientras atravesaba el bosque, su mirada distante posada más allá, el golpe despreocupado del brazo con el que la había apartado de la puerta. Temía por si regresaba a casa y lo que podría hacer si volvía.

A pesar de su miedo, las horas que pasaba en el bosque eran como luz en la oscuridad. No estaba Asenka, con el corazón roto, ni Lena para regañarla por manchar el suelo de barro. El peso de fingir que todo iba bien, que todo era normal y debería serlo, disminuía. Sabía que debía estar con sus hermanas, que debía estar agradecida por encontrarse todas bien, juntas y a salvo. Correr hacia la calma del bosque era egoísta. Pero esa esquirla de culpa, ese minúsculo parpadeo de vergüenza, se acallaba cuando salía fuera cada mañana helada.

Se sentía más fuerte con el paso de los días, se movía con más rapidez, con más cautela. Ya no resoplaba con fuerza cuando se detenía ni tampoco le dolían las plantas de los pies al regresar a casa por la noche. Sus hermanas y Albe comieron conejo, zorro, gallina silvestre y ciervo. Curtieron las pieles y Asenka puso en práctica su habilidad con la aguja, aprendida en su trabajo con las sanguijuelas, pero esta vez aplicada a la piel en vez de a la carne herida. Le cosió a Yeva unos pantalones y la libertad que le ofrecieron la hizo más rápida aún.

Yeva se vio obligada a dejar en casa a Cervatilla cada vez con más frecuencia al adueñarse el invierno del bosque. Mantenía sus caminos despejados, puesto que cada día que había nieve nueva pasaba por encima y volvía a apisonarla, pero en el resto del bosque la nieve aumentaba. Si la perra delgada, criada para climas muchísimo más cálidos, intentaba abrirse paso con la nieve hasta los hombros durante todo el día, se arriesgaría a congelarse o algo peor.

Yeva caminaba a zancadas por uno de sus senderos una tarde de vuelta a la cabaña, con un trío de conejos colgando del cinturón, cuando se le erizó el vello de la nuca como advertencia. Continuó avanzando, pero sus sentidos estaban alerta, y una mano se dirigió al arco. Las palabras

de su padre le vinieron a la cabeza como si el hombre estuviera a su lado.

«Hay algo ahí fuera —había dicho—, algo astuto».

Después sus palabras sonaron a las de un loco. Pero allí, en el silencio del bosque, con el instinto hablando mucho más fuerte que su sentido común, sus advertencias estaban frescas en la cabeza. Allí parecía posible que todos los cuentos que le relató de pequeña fueran verdad.

Yeva disimulaba sus movimientos caminando más rápido, dejando que el arco se le resbalara por el hombro y dándole golpes como si le molestase. Siempre llevaba una flecha fuera de la aljaba para disparar enseguida si salía un conejo corriendo delante de ella. Ahora cogía una con los dedos.

Detrás de ella, a su derecha, se oyó un golpe sordo como si un montón de nieve hubiera caído de la rama de un pino. En su mente apareció la imagen de una sombra detrás del árbol que acababa de pasar, con las gruesas ramas inclinadas por el peso de la nieve. A cuatro pasos detrás de ella, quizá cinco.

Su mano derecha agarró el arco con fuerza al andar por encima de la forma cubierta de nieve de una rama en el camino. Al dar dos zancadas más, la rama se partió tras ella.

Se dio la vuelta, colocó la flecha y la echó hacia atrás en un solo movimiento, apuntando a la figura delante de ella antes de comprobar lo que era.

—¡Yeva! —gritó, echándose hacia atrás en el suelo.

La joven estaba siguiéndolo con la punta de la flecha cuando cayó en la cuenta de a quién pertenecía aquella voz.

—¡Solmir!

Sus manos trataron de soltar el arco y la flecha al mismo tiempo, por la sorpresa y el alivio. No obstante, consiguió tirar el arco a un lado y la flecha se clavó en el suelo sin causar daños.

—¿Qué haces? —gritó e introdujo aire en sus pulmones que se esforzaban por funcionar correctamente.

—Buscarte —respondió Solmir con la voz entrecortada, todavía despatarrado, con la espalda apoyada en la nieve, mirándola—. ¿Qué haces tú?

Con los ojos tan abiertos y el pelo despeinado por la caída, parecía más un niño de doce años que un hombre de veinticinco.

Yeva levantó una mano para pasársela, temblando, por la frente.

—Pensaba que eras... otra cosa.

El chico se levantó del suelo y se sacudió la nieve de la capa.

—¿Otra cosa? ¿El qué, un oso caminando de puntillas por el sendero para alcanzarte?

Sacudió la cabeza, dejándola enfadada la adrenalina, pero no sin alivio.

—¿Por qué estás aquí?

La expresión de Solmir se quedó vacía unos largos segundos.

—Han pasado quince días —contestó— y he venido como prometí. Tus hermanas me dijeron que habías salido a recoger corteza y hierbas de invierno para remedios. No cuesta seguirte la pista. —Posó la mirada en el arco y señaló con la barbilla los conejos que le colgaban del cinturón—. Veo que tu botiquín estará llenísimo.

Yeva trató de contener el rubor que subía hacia sus mejillas.

—¿Por qué estabas acercándote a mí con tanto sigilo?

—Había pensado darte una sorpresa —dijo Solmir—. ¡Qué tonto! No te preocupes, no

volveré a intentarlo. Al menos no sin asegurarme de que vas desarmada.

La joven empezó a enfurecerse, pero él levantó las manos, con las palmas hacia fuera. Un gesto de paz.

—Por favor, no he venido a discutir. Sé que Yeva va armada. No me la quedaría de otra forma.

«Me la quedaría». El rubor ganó y Yeva apartó la mirada para concentrarse en la nieve chafada por su cuerpo al caer.

—Mi padre vuelve a estar fuera desde hace una semana.

—Lo sé, tus hermanas me lo han dicho. —Solmir hizo una pausa. La vacilación revelaba que estaba eligiendo sus palabras con cuidado—. ¿Has hablado con él? ¿De lo que te pregunté hace dos semanas?

—No... salió el tema.

Yeva no podía mirarle a la cara.

—Oh, ya veo.

El silencio se extendió entre ellos y tan solo lo interrumpió el sonido de la nieve cayendo de otra rama.

—Estuvo con nosotras muy poco tiempo —espetó Yeva y el silencio arrastró las palabras antes de que pudiera detenerlas—. Lo siento. No fue porque... porque tuviera intención de no aceptar.

—Pero sí vas a rechazarme, ¿no?

Yeva levantó los ojos y se lo encontró mirándola, con el mismo encanto mudo que albergaba la primera vez que le hizo su oferta.

—Sé que no debería —susurró.

Tal vez Solmir vio algo en su rostro que le dio esperanzas porque se aproximó para salvar la distancia que los separaba.

—No estoy pidiéndote que me ames. —Sonó su voz en el silencioso aire del invierno—. Tan solo que me dejes amarte. Como ya lo hago.

Yeva deseó poder quitarse la capa, cuyo calor empalagoso sofocaba sus pensamientos.

—Ni siquiera me conoces —protestó.

—Conozco lo suficiente —respondió Solmir—. Tú y yo somos iguales.

—¡Esa no es razón para casarse!

—¡Sí lo es! —replicó.

—No soy la típica esposa dulce. Soy basta e... ¡imposible! Esto es imposible.

—¡Pero ya lo aprenderás, Yeva! Tendrás tiempo de aprender a ser dulce cuando hayas tenido tus aventuras, después de que me convierta en barón. Cuando vengan los niños, serás...

—¡Niños! —exclamó.

De repente, el bosque pareció cerrarse a su alrededor como las juntas entretejidas de una jaula.

—¡Sí! Niños. Actúas como si tratara de mantenerte cautiva. Si te tranquilizaras y me escuchases... ¡Estoy intentando ofrecerte una vida más allá de esto!

—¡No quiero una vida más allá de esto! —Hizo una pausa, exhalando vaho por la boca debido al aire gélido mientras resollaba. Incluso mientras las pronunciaba, sabía que aquellas palabras no eran del todo verdaderas. Había cierto anhelo en ella, algo que se había alojado en lo más profundo de su corazón desde la primera vez que su padre le había hablado de las maravillas que

habitaban en las entrañas del bosque. Pero lo que ella deseaba, Solmir no podía ofrecérselo. Volvió a coger aire, más despacio esta vez—. No soy lo que tú quieres.

—No pretendo pelear contigo —dijo en voz baja, empañando con su aliento el aire entre ambos—. Ya debes de saber lo duro que será sobrevivir aquí al invierno. Esperaría al momento propicio, te dejaría que reflexionaras, pero ninguno de los dos dispone de ese tiempo. Cada semana que transcurre puede traer una tormenta que imposibilite viajar. Si alguien de tu familia se pusiera enfermo, ¿qué harías?

De pronto, no fue la cara de Solmir lo que vio Yeva, sino la mirada de loco de su padre, antinatural, antes de marcharse, decidido a atrapar la cosa que se imaginaba que lo perseguía. Yeva cerró los ojos. El corazón golpeaba sus costillas como un pájaro intentando liberarse de una jaula.

—Por favor —dijo Solmir—, déjame ayudar a tu familia. Déjame ayudarte.

Yeva permaneció en silencio un rato más antes de abrir los ojos. La cara de Solmir estaba a solo unos centímetros de la suya, pero únicamente la chica exhalaba vaho mientras él contenía el aliento y esperaba.

—No puedo aceptar tu oferta —empezó a susurrar. El rostro del joven se quedó inexpresivo y ella se apresuró a continuar—. No sin dejar clara mi situación. La situación de mi familia.

—Nada me hará cambiar de opinión —dijo con voz tensa por la prudencia.

—Mi... mi padre no está bien. —Para su horror, la voz se le quebró—. Yeva notó que se le cerraba la garganta, la ansiedad que la había acechado la semana anterior emergía sin previo aviso. No lo había hablado con nadie, ni siquiera con sus hermanas, pero ahora la necesidad de hablar la pillaba desprevenida. —Temo... temo que esté volviéndose loco.

Solmir dio un paso hacia delante y llevó sus manos a los hombros de la muchacha para acercarla a él con delicadeza.

—Pues le encontraremos ayuda. Juntos.

Yeva quería retirarse, pero el miedo alojado en su interior desde que su padre la tiró al suelo logró salir. Solmir era una fuente de calor que apretaba la mano en su espalda para acercarla más aún y se dio cuenta de que a esa parte de ella no le importaba en absoluto. Sabía que no podía razonablemente pasar su vida vagando por los senderos del bosque buscando algo que ni siquiera podía nombrar, no cuando la propuesta de Solmir ofrecía respuestas a todas las desgracias que había sufrido su familia.

—Pues acepto —susurró, mascullando las palabras en el cuero de la túnica del joven.

La estrechó con los brazos, dejándola sin aliento, y luego la soltó.

—Vamos. Metamos tus cortezas y hierbas en una olla y contémosles a tus hermanas la buena noticia.

Después de aquello, Solmir los visitaba casi a diario y se unía a Yeva en sus tareas. En su compañía se limitaba a las trampas y solo llevaba el arco consigo para defenderse. Sus expediciones de caza durante todo el día se convirtieron en paseos agradables, con Solmir a su lado, hablando de caballos, de caza y de cómo despellejar leopardos. Aunque anhelaba la soledad a la que se había acostumbrado, se halló sin embargo encontrándose a gusto con Solmir, caracterizado por su entusiasmo juvenil por todo lo relacionado con la caza. Al principio, Yeva

temía que pudiera aprovecharse de la tranquilidad del bosque para volver a abrazarla, pero mantuvo una distancia respetuosa y tan solo le ofrecía la mano de vez en cuando para ayudarla a pasar por encima de un tronco o cruzar un arroyo helado.

Aunque el alivio de que estuviera dispuesto a ayudar a su padre desapareció por la inquietud que todavía la rondaba. No sabía muy bien a qué se debía... Sí, no amaba a Solmir, pero no era una razón para no casarse con él. Le apreciaba y le iba cogiendo cada vez más cariño conforme transcurrían los días. La vida de la que le había hablado era mucho mejor de la que Yeva podría haber esperado, pero aun así había una sombra en su corazón, un fuerte vacío que podía sentir cada vez que respiraba hondo. Se dijo a sí misma que se trataba de miedo por su padre. Se dijo a sí misma que se le pasaría en cuanto su padre regresara. Se dijo a sí misma que entonces sería feliz.

Solmir se marchaba por las tardes a la posada donde se alojaba, otorgándole a Yeva unas preciadas horas antes del anochecer en las que cazar de verdad, comprobando las trampas por última vez y usando el arco para atrapar cualquier animal rezagado de vuelta a su madriguera para pasar la noche. No era tan productiva como antes de que el joven comenzara a acompañarla, pero seguía llevando a casa suficiente comida para sus hermanas y Albe.

Los días se convirtieron en semanas y todavía no había señales de vida del padre de Yeva. Buscaba pistas en el bosque, pero el rastro de su paso desde la casa hacía mucho que se había borrado por la nevada, y no sabía en qué dirección había ido.

Su temor aumentó. Se despertaba de noche con el corazón latiéndole con fuerza y se distraía durante el día cuando debía escuchar a Solmir. Sus hermanas no decían nada y ella tampoco, pero los silencios tensos al atardecer eran, no obstante, reveladores. Se sentía tan tensa como los alambres de sus trampas, aguardando el más mínimo cambio para ponerse en acción.

Así que cuando un alboroto en el exterior interrumpió la calma justo antes del amanecer, Yeva salió de un salto de su camastro junto al fuego y se dispuso a caminar hacia la puerta antes de que Cervatilla ni siquiera hubiera levantado la cabeza.

Yeva abrió la puerta, pero antes de poder inspeccionar la zona para ver si era su padre, una figura se abalanzó sobre ella saliendo de la oscura negrura. Detrás de la joven, Cervatilla aulló al reconocerlo. Alguien encendió una lámpara y al caer su luz sobre la entrada, Yeva reconoció lo que se había lanzado encima de ella.

—Pelei —susurró, arrodillándose, sin molestarse en reprender al perro cuando empezó a pasarle la lengua por la cara. Estaba demasiado ocupada mirando fijamente en la noche más allá de él, buscando la silueta de su padre, esperando que saliera de entre la oscuridad.

El perro gañía insistentemente, empujando el hocico contra el cuello de Yeva, olisqueando con ansiedad. Yeva dejó caer la mirada.

—¿Dónde está padre? —susurró, encogiéndosele el corazón. El perro se dispuso a salir corriendo, pero la muchacha le agarró de las patas delanteras para que se quedase quieto—. Pelei, ¿dónde está padre?

No podía decir nada más y repitió las palabras una y otra vez hasta que notó unas manos en los hombros que la echaban hacia atrás.

—¡Yeva! ¡No puede contestar, padre no está aquí! —Era la voz de Lena, ahogada por el miedo.

—¡No! —Yeva retiró el brazo de la mano de Lena—. Pelei, ¿por qué le has abandonado?

¡Padre! —gritó a la noche con la esperanza de que en cualquier momento oiría su voz contestándola.

—No está aquí —susurró Lena—. Yeva... no está aquí.

Yeva se dio la vuelta y vio un trío de caras pálidas a la luz de la lámpara, todas mirándola.

—Tienes que estar —respondió—. Pelei no lo abandonaría. Pelei jamás lo abandonaría. Algo ha pasado.

Se puso de pie y comenzó a vestirse en silencio, sin molestarse en avisar a Albe, que se giró, dándole la espalda mientras cambiaba el camión por unos pantalones. Lena ató a los perros junto al dormitorio mientras Asenka intentaba hablar con Yeva, a pesar de su voz temblorosa.

—¿Qué estás haciendo?

—Vuelve a la cama —dijo Yeva calmada.

Estaba metiendo cosas en una bolsa de cuero que Asenka había hecho con las pieles de los conejos. Una cantimplora de agua, yesca y pedernal, carne seca y algunos tubérculos envueltos en una capa extra. Cable, plumas de ganso, y un tarro de pegamento para emplumar flechas por el campo. Hilo y aguja. Vendas. Medicinas para el dolor, las hemorragias, la congelación, los huesos rotos... para cualquier eventualidad que pudiera producirse.

—Yeva, no sabes dónde está.

—Lo encontraré.

—Está oscuro, por favor, tranquilízate y espera a que amanezca.

—No hay tiempo para eso. Puede que su rastro se haya perdido para entonces.

Asenka cogió a Yeva del brazo con una fuerza inusitada.

—Yeva, detente. Te necesitamos aquí. No puedes salir corriendo hacia el bosque. Yo estoy tan preocupada por nuestro padre como tú, pero a ti también te necesitamos.

Yeva vaciló y flexionó el brazo que tenía agarrado Asenka. Su hermana tenía razón, si algo le había sucedido a su padre, ella era la única que podía asegurar que su familia no muriera de hambre ese invierno.

Pero si algo le había ocurrido a su padre... Le dio un vuelco el corazón y su instinto tomó el control. Se quitó de encima la mano de su hermana y luego cerró la bolsa para echársela a la espalda.

—Tenéis comida suficiente para varias semanas. Regresaré antes, lo prometo.

—Yev...

—Lo prometo.

Le echó un último vistazo a la casa: Lena abrazando a los perros para retenerlos, Asenka, pálida, apoyada en la silla de su padre junto a la chimenea apagada; y Albe en el rincón, con las manos unidas y el pelo de punta. Todos ellos quietos, asustados, mirándola con los ojos desorbitados.

Le dio un pinchazo el corazón en el breve y pesado silencio mientras permanecía en la entrada. No podía dejarlos, pero debía encontrar a su padre. Si estaba vivo, lo traería de vuelta a casa. Solmir la ayudaría a buscar un médico y juntos lo alejarían del bosque que lo había enloquecido. Y su familia y ella estarían en paz. Si es que estaba vivo...

Si no, entonces lo encontraría de todas formas. Salió a la penumbra antes del alba y dejó que la puerta se cerrara a la luz de la lámpara que tenía detrás.

Las huellas de Pelei por la nieve se veían claramente a pesar de la oscuridad. El perro se

había movido rápido, saltando en la profundidad de la nieve, para dejar hoyos con su cuerpo. Yeva siguió el rastro, agradecida por el gran tamaño del animal que había abierto aquel camino para ella. Cogió buen ritmo mientras la cabeza le retumbaba con cada paso y cada vaho que dejaba atrás.

«Continúa moviéndote. Continúa corriendo».

El sol salió tras una pesada cortina de nubes, dejando el bosque en un falso crepúsculo que amenazaba con jugarle malas pasadas a sus ojos. Mantuvo la cabeza agachada y siguió avanzando, ignorando el ardor de las piernas que empezó justo después del mediodía. Si su padre estaba herido o atrapado en alguna parte, no tendría mucho tiempo para encontrarlo. Aquel frío podía matar a alguien en cuestión de horas si no iba preparado como era debido; y hasta su padre, un entendido del bosque, podía fallar.

El rastro de Pelei era más difícil de distinguir conforme transcurría el día, al quedar oculto bajo una fina capa de nieve que había empezado a caer. Cuando comenzó a oscurecer, se vio obligada a detenerse y acampar, tanto para que descansaran las piernas doloridas como para esperar que la luz del día le mostrara el camino por el que continuar. Durmió poco. El miedo le instaba a que siguiera avanzando a pesar de que la lógica le decía que debía descansar. Pasó el tiempo zurciendo los agujeros de su capa con la aguja que había llevado consigo.

En cuanto el cielo se iluminó, recogió el campamento y apagó el fuego. Chupó un poco de carne seca hasta que pudo masticarla mientras se ponía en marcha. Sin embargo, no había dado más de diez pasos cuando una voz gritó su nombre. Se paró y el sonido retumbó en sus oídos, acostumbrada a oír solo la regularidad silenciosa de su propia respiración.

Estuvo sin moverse el tiempo suficiente para dejar que Solmir la alcanzara, jadeando con fuerza.

—Espera —le pidió resollando—. Espera. Espera.

—No puedo —dijo tensa. No podía permitirse pensar demasiado en su miedo o quedaría paralizada por su culpa—. Podría haberse hecho daño.

—Llevo siguiéndote toda la noche —dijo sin aliento, con las manos en las rodillas mientras se esforzaba por respirar—. Por favor. Tus hermanas me lo contaron. Déjame ayudar.

—¿Cómo? —Yeva negó con la cabeza—. Avanzaré más rápido sola.

—Cuatro ojos ven más que dos —consiguió decir, a pesar de que seguía respirando agitadamente.

Yeva notó que se le erizaba el vello de la nuca. ¿No había usado el mismo argumento para intentar convencer a su padre de que la dejara acompañarle? Cerró los ojos.

—Lo siento, Solmir —dijo en voz baja—. Tengo que ir sola. Corro más que tú. No estás en condiciones de continuar y yo debo seguir.

El joven tosió de forma entrecortada, pero no pudo pronunciar ninguna palabra más y se limitó a alzar la vista lo suficiente para mirarla con una súplica silenciosa.

Los pulmones de Yeva se encogieron y apretó los puños, tratando de contener las ganas de ceder.

—Si quieres ayudarme —murmuró—, ¿podrías cuidar de mis hermanas mientras estoy fuera?

—Pero...

—Por favor —dijo simplemente—. Por favor, Solmir.

—Pero ¿qué hay de Albe?

Yeva torció la boca, el primer atisbo de una sonrisa que había sentido desde que Pelei había regresado.

—Sí —estuvo de acuerdo—, de él también tendrás que cuidar.

—No me refería a eso.

Estaba recuperando el aliento, pero la cara todavía le ardía por el enrojecimiento del esfuerzo, y la voz seguía entrecortada.

—Lo sé. Pero es más un hermano que un sirviente y no conoce estos bosques. No puede procurarles alimentos y tú sí. —La chica se acercó para cogerle de las manos. Nunca lo había hecho voluntariamente y él pareció casi tan sorprendido por su gesto como ella—. Eso es lo que te pido que hagas.

Solmir se quedó callado un momento, respirando fuerte por la nariz.

—Cuando regreses...

Yeva asintió con la cabeza.

—Cuando regrese, me casaré contigo. Arreglaremos lo de mi padre, iremos a cazar con la frecuencia que quieras y nos sentaremos juntos en la mesa del barón. Pero ahora tengo que encontrar a mi padre. Y necesito que me ayudes... en casa.

Solmir soltó la mano que le cogía Yeva y la levantó para agarrarle la barbilla con los dedos. Se inclinó hacia delante y rozó sus labios con los suyos muy ligeramente antes de apartarse.

—Para que tengas suerte.

Sabía que debía sentirse distinta por su beso, que debía notar un hormigueo en los labios o que se le hinchara el corazón, pero los labios solo estaban entumecidos por el frío y el corazón le latía con fuerza por la urgencia y el ejercicio.

Yeva lo soltó y retrocedió para coger su bolsa y su arco.

—Gracias —susurró, luego se dio la vuelta y se alejó con dificultad.

Puso toda la distancia que pudo entre ella y Solmir mientras rezaba para que no cambiase de opinión. Si mantenía su palabra —y no tenía motivos para pensar lo contrario—, le daría algo de tiempo. Si no podía regresar en los próximos días, al menos alguien cuidaría de sus hermanas y Solmir no iría dando tumbos tras ella por el bosque.

No tenía tiempo de pensar en Solmir. Ahora sabía lo que estaba buscando en esos bosques.

Al final del día se le nublaban la vista por el agotamiento. Sabía que necesitaba descansar, pero después de tanto tiempo moviéndose le costaba que las extremidades se calmaran. Apoyó la cabeza en su bolsa y se envolvió en la capa extra junto a un fuego escaso. Sus ojos cansados buscaban dibujos en las llamas, veía alas de fuego estirándose hacia el cielo, y se quedó dormida oyendo la voz de su padre contándole historias del Pájaro de Fuego en lo profundo del bosque.

En sus sueños, una serpiente se deslizaba hacia ella, con ojos dorados rojizos que la cautivaban y la retenían como si fuese un conejo enfrentándose a la muerte. Incapaz de correr o gritar, tan solo observaba mientras se deslizaba por su pecho. Su piel era lisa y fría como el hielo cuando llegó a su rostro y se movió por encima de sus labios y las mejillas como un beso gélido. Siseó cuando le rozó con la cabeza la oreja, sacándola de su aturdimiento.

Se puso derecha enseguida, esforzándose por coger aire, y se llevó la mano a la cara, intentando quitarse la serpiente de encima, pero lo único que encontraron sus dedos fue nieve derretida. El fuego casi se había apagado y las últimas ascuas silbaban desesperadamente bajo el ataque de una nueva tormenta. Yeva parpadeó y alzó la vista para descubrir que una fuerte nevada

había caído sobre el campamento y había cubierto la mitad inferior de su cuerpo.

—No —dijo con la voz entrecortada mientras los labios entumecidos se esforzaban por formar la palabra—. No, no... Pelei...

Rebuscó en la nieve para encontrar el arco y la bolsa, y al tropezarse, terminó a cuatro patas. Estaba amaneciendo, una luz pálida se proyectaba de forma difusa por el bosque. El rastro de Pelei tan solo se veía como una serie de hoyos en la nieve, casi indistinguibles de otras marcas, ocultos por la nueva nevada, que los llenaba rápidamente.

Yeva se puso de pie como pudo y siguió la senda, todavía deshaciéndose de los restos de su pesadilla y la mente apenas en funcionamiento. Pero el rastro de Pelei casi había desaparecido y sin él, tan solo sería una persona en un inmenso bosque desconocido, sin modo de encontrar a su padre. No podía permitirse malgastar medio segundo en serenarse.

La nieve cada vez caía con más fuerza, el viento que soplaba se la tiraba hacia la cara y la cegaba a cada paso que daba. El rastro de Pelei además se había hecho más complicado y reflejaba cierta confusión respecto al camino original del perro. Tuvo que pararse dos veces y retroceder, volviendo sobre sus pasos hasta el punto donde había confundido una pendiente en el terreno con el rastro.

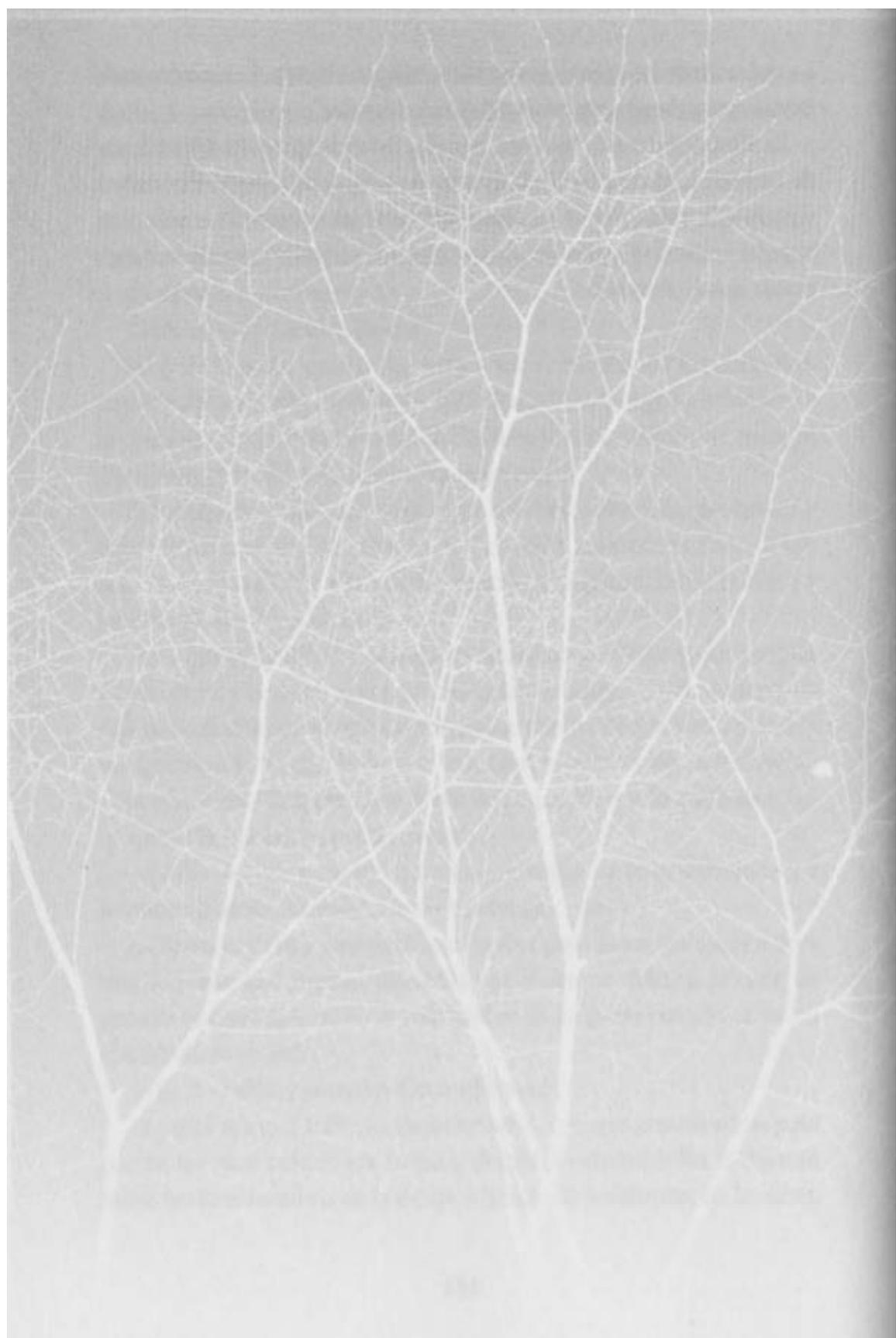
Perdió toda noción del tiempo en la tormenta, puesto que las nubes y la nieve que caía eran demasiado densas para poder ver el sol. Los árboles estaban más apiñados en aquella parte del bosque y dejaban que pasara poca nieve, por lo que el rastro de Pelei parecía algo más visible, pero al mismo tiempo también había menos nieve para definir su recorrido.

Al final, se tropezó con un tronco oculto y cayó con fuerza, golpeándose el estómago. Se le detuvo la respiración y se quedó gimiendo, tratando de obligar a los pulmones a coger aire nuevo. Rodó sobre su espalda y se quedó allí tumbada hasta llenar sus pulmones con normalidad, mientras la cabeza le daba vueltas. Se incorporó para buscar el rastro de Pelei, pero no vio nada. Tan solo estaba la extensión irregular de nieve en todas las direcciones y su propio rastro disperso que conducía al camino por el que había venido.

Yeva se obligó a ponerse de pie, temblando ahora que había dejado de moverse. El sudor por el esfuerzo le cubría la piel. A pesar de que el espesor de los árboles impedía que la nieve fuese sumamente densa, ya no distinguía ningún camino que seguir. Se quedó allí, forzando la vista en la penumbra, con el corazón latiéndole con fuerza y exhalando vaho por la boca.

Al volverse en un círculo lento, algo hizo que le escociera el interior de las fosas nasales, algo distinto al ardor helado de la nieve que caía. Oler de dónde procedía era por lo general imposible con tanto frío, todo quedaba eliminado por el aire helado. Pero Yeva pudo percibir un ligero olor metálico que le puso de punta el vello del brazo.

Sangre.



BESTIA

Sangre por todas partes. Nos quema, nos horroriza, nos prende fuego. Tenemos hambre. Rugimos. Queremos deleitarnos y queremos correr. Caminamos por la nieve manchada de sangre mientras el corazón retumba en nuestros oídos.

Pero algo se acerca. Retrocedemos, ocultamos nuestro olor y esperamos. Es otro cazador... muy parecido al primero, pero más joven, más pequeño. Nos deslizamos entre la espesura de los árboles para mirar.

Es una mujer. Nos paramos en seco y volvemos a olisquear. Su olor es inconfundible. ¿Una compañera? No. Ella es joven y él era viejo. Una hija.

Tal vez nuestro plan no esté perdido. La observamos desde nuestro escondite, inhalando su olor y escuchando el silencio de sus pasos. Se mueve como un animal en el cuerpo de una mujer.

Se mueve con belleza.

CINCO

YEVA ADOPTÓ LA POSTURA DE CAZADORA. Donde había sangre, habría carroñeros... y una manada de lobos alimentándose. Y mientras que los lobos habitualmente huían ante la presencia humana, si creían que su presa estaba amenazada, tratarían de defenderla. Con todos los sentidos agudizados, avanzó con prudencia, buscando con los pies cualquier hoyo u obstáculo que pudiera hacerle tropezar.

Fuera lo que fuese lo que hubiera muerto era mucho más grande que un conejo o un zorro. La sangre salpicaba la zona, pintando los árboles y la nieve de rojo en la penumbra. La nieve que caía había cubierto muchos fragmentos del terreno. Calculó que la sangre se había derramado tan solo hacía unas horas.

¿Había estado allí su padre? ¿Se había encontrado con la Bestia de sus cuentos y la había matado? Yeva se apoyó en una rodilla para llevar un dedo al suelo. La sangre estaba congelada. Tal vez había pasado más tiempo del que ella suponía. Una irregularidad imprecisa atrajo su atención a unos pasos de distancia, se acercó y apartó la nieve del objeto.

Era el hacha de su padre.

Yeva clavó la mirada en el arma, su mente se negaba a procesar lo que estaba viendo. Una sensación de que algo iba mal creció en sus entrañas. ¿Por qué la habría abandonado? El mango estaba tallado con un diseño especial, brillaba del uso y encajaba a la perfección en su mano. ¿La había tirado después de matar a la Bestia?

Y entonces Yeva se fijó en lo que la sensación de que algo iba mal trataba de decirle.

La hoja del hacha estaba limpia, no había sangre. No había derramado, pues, la sangre que manchaba el suelo.

A cierta distancia, un objeto familiar la arrastró hacia delante. Destapó el arco y unos pasos más allá encontró la bolsa de su padre, con el cuero desgarrado y el contenido esparcido bajo la nieve.

Con las manos temblorosas, se arrodilló junto al bulto cubierto de nieve, que retiró. Atisbo algo que parecía carne cruda y el hueso blanco brillante bajo la tenue luz.

Un gemido salió de su garganta al apartarse de aquello, que era demasiado pequeño para ser un cuerpo entero. Cayó a cuatro patas, jadeando, mirando obnubilada la nieve roja ante sus ojos. Tan solo existía un zumbido en sus oídos y el dolor en el pecho mientras los pulmones se esforzaban por conseguir aire.

Se dio cuenta de que agarraba con fuerza el arco de su padre, con la cuerda apretada contra la mejilla y que sus largas curvas se le clavaban en el pecho. Los brazos entumecidos se negaban a soltarlo. El cuerpo se le agitaba y las náuseas se abrían paso desde su estómago.

Le llegó un olor y su mente lo registró, agarrándose a lo que fuera para distraerse. Ese olor no era sangre, sino algo más salvaje, más rico. Un olor a almizcle, pero que no era desagradable. Yeva abrió los ojos, mirando a través de la penumbra del bosque. La sangre la recorrió en un salvaje torrente de furia.

El arco seguía en su mano. Lo agarraba con tal fuerza que los nudillos brillaban tan blancos como un hueso.

De repente, una sombra inmensa se movió y Yeva se quedó atónita, inmóvil durante un instante. Estaba buscando a una criatura del tamaño de un lobo, pero era como si una sección entera del bosque hubiera atravesado de pronto el claro.

Sin más dilación, se colgó el arco de su padre y lo tensó con un fluido movimiento. La flecha salió volando recta y certera. Se oyó un rugido ensordecedor de furia y dolor que la tiró al suelo con su intensidad, y después el misterioso gigante se alejó por el bosque.

Ella se quedó allí paralizada, con el cerebro intentando comprender lo que había visto. Ningún animal natural podría haber emitido aquel sonido ni tener un aspecto tan inmenso. Hasta que el olor de la sangre de su padre le recordó dónde estaba, no sacudió la cabeza para despejarla.

Yeva se sujetó con una correa el hacha de su padre a la espalda, luego se puso de pie tambaleándose y salió detrás de la Bestia. Dejó atrás su arco, al agarrar con fuerza el de su padre, sin dejar espacio para la racionalidad. Tan solo estaba la caza, la necesidad de matar, de esparcir la sangre de la criatura por la nieve. La tormenta había cesado y el sol estaba poniéndose bajo la capa de nubes que lo ocultaba. El bosque se oscurecía por segundos, pero a la muchacha le daba igual. La Bestia que había matado a su padre estaba allí y ella iba a aniquilarla.

Justo ahí... una salpicadura de sangre fresca a cierta distancia de donde se hallaba la joven. Demasiado fresca para haber pertenecido a su padre. Las gotas dejaban un rastro junto a un surco en la nieve que revelaba que algo grande se alejaba.

Echó a correr a grandes zancadas, con los ojos en el suelo, clavados en el rastro. Aunque el surco que dejaba su enorme cuerpo en la nieve no fuera un camino claro, ella sería capaz de localizarlo por el olor. Su sangre era negra, y notaba un fuerte sabor metálico en el fondo de la garganta. Si hubiera sido una criatura más pequeña, habría deducido que le había dado en una arteria, pero había visto el tamaño de la Bestia al acercarse, antes de disparar. Al tratarse de un animal tan inmenso, la cantidad de sangre que caía al suelo no sería mortal. Si tenía suerte, le habría dado en un pulmón y la Bestia se asfixiaría lentamente. Si la seguía lo bastante lejos, podría matarla.

Su padre la había enseñado a caminar de aquella manera, con paso firme y pegada al suelo, cubriendo las distancias con facilidad, rapidez y sigilo. Aceleró el ritmo tras la Bestia. El olor se intensificaba a cada paso que daba más cerca de ella.

Todo estaba en silencio salvo por el sordo ruido esporádico de la nieve al caer de las ramas de los pinos. Ahora que la tormenta había cesado, el bosque estaba en calma, seco y dolorido por el peso del invierno. No había otros animales, tan solo la Bestia y, pisándole los talones, su cazadora.

El anochecer le arrebató el color al mundo y las manchas de sangre en la nieve eran de un

gris intenso. Quedaba poco ya.

Delante oyó un sonido. Algo tosía. Una respiración húmeda, dificultosa, se propagaba por el aire. El pulso de Yeva latía con fuerza en sus sienes. Sostuvo, preparada, el arco de su padre con la mano derecha y alzó la mano izquierda para tocar el mango del hacha. Su peso era un consuelo.

Ante la muchacha se abrió un claro. La penumbra del bosque se convirtió en un crepúsculo traicionero y reveló una enorme sombra desplomada en el centro. Respiraba con dificultad, inspiraba muy rápidamente para luego entrecortarse la exhalación. Se alzaron grandes nubes de vaho que atraparon la mezcla de la salida de la luna y la puesta de sol.

La joven avanzó con cautela, buscando bajo la nieve con la punta de la bota hasta encontrar un palo. Lo pisó con fuerza lanzando un crujido al aire, no más silencioso por el manto blanco que lo amortiguaba.

La sombra se retorció y resolló. Extendió una zarpa e intentó levantarse, pero solo consiguió volver a caer en la nieve, donde permaneció inmóvil excepto por su respiración entrecortada y el pelaje que le temblaba.

Yeva podía aguardar a que muriera, a que se quedara sin sangre ni aire. Pero no soportaba esperar y aquella era una muerte demasiado dulce, una ralentización gradual del cuerpo que terminaba durmiéndose. Aquella muerte era demasiado buena para ese monstruo. El deseo aumentaba en ella, el violento silbido de la venganza emergiendo para reemplazar la fría razón de la cazadora.

Quería sentir el crujido de su cráneo a través del mango del hacha, ver su vida derramándose sobre la nieve en un torrente humeante. Quería ver el rostro de la Bestia que mató a su padre en el instante que comprendiese que había perdido. Quería verla morir.

Con el arco de su padre colgado al hombro, levantó la mano para sacar el hacha de la correa, con la mirada resuelta, acercándose por la mullida nieve en polvo. Al aproximarse, advirtió que no se trataba de un oso monstruoso, como había pensado, sino de algo distinto y extraño. Decidió que le cortaría la médula espinal y se llevaría su cabeza, que tenía la delicada elegancia de la de un lobo y los músculos de la mandíbula quebrantahuesos de un carcajú. No vendería este trofeo. Se lo quedaría para ella.

Levantó el hacha, con cuidado de permanecer fuera del alcance de sus garras, que ahora se clavaban en la nieve, asíéndose a la salvación.

Al acercarse todavía más, le vio los ojos en la penumbra. Los movió hacia ella aquel animal siniestro y suplicante. La sed de sangre aumentó.

¿Cómo había renunciado su padre a esta vida? En su imaginación se desplegó un tapiz, la vida que podría haber llevado como hija de su padre, a su lado. Ojalá la hubiese llevado con él en su última cacería. Ojalá no se hubiese encontrado con esa Bestia él solo. Ojalá.

La Bestia rugió y el tapiz se desvaneció como el fantasma de su aliento en el aire. El rugido se transformó en un gemido y supuso que el disparo de antes sí le había perforado un pulmón. Intentó una vez más ponerse en pie, pero volvió a desplomarse, cubriéndose el pelaje de nieve. Cerró los ojos y la boca se le quedó abierta, jadeando y sangrando.

Ahora estaba lo bastante cerca para que la fuerza de su respiración agitara el pelo que adornaba el borde de su capucha. El aire olía a sangre y a humedad, y a salvaje almizcle. La joven inhaló, ensanchando las fosas nasales.

—Por ti, papá —susurró, levantando el hacha.

Su única advertencia fue el brillo en sus ojos al abrirlos. Vio demasiado tarde que las patas traseras de la Bestia estaban flexionadas bajo aquella mole, con los músculos tensos y preparados. Vio demasiado tarde los cadáveres de varios conejos, decapitados, cuya sangre fresca la había llevado al claro. Se dio cuenta demasiado tarde de lo cerca que se hallaba de la Bestia.

La Bestia arremetió contra ella, apartó el hacha de un golpe que la paralizó del hombro hacia abajo y el brazo cayó desplomado a un lado. El sonido de su rugido era el sonido del bosque, las vibraciones hacían temblar la nieve de cada rama y la tiraban al suelo en un eco perverso de la tormenta invernal que la había llevado hasta allí. El impacto del cuerpo de la Bestia al golpear el suyo le sacó la cabeza de la capucha que la ocultaba, cuando la puso en pie.

El último pensamiento de la chica, extrañamente racional, cuando sus cuerpos atravesaron el aire, fue: «No es una Bestia si ha preparado esta trampa para mí. Es un cazador».

Y entonces su cuerpo aplastó el de la joven contra el suelo y quedó inconsciente al oír el sordo chasquido de sus huesos al romperse.

Yeva se despertó en la completa oscuridad. El aire era denso con la sensación de la tierra apretándose contra ella. Parpadeó varias veces para convencerse de que le funcionaban los ojos. No había diferencia entre tenerlos abiertos o cerrados.

Estaba tumbada sobre la espalda, despatarrada encima de una roca. Posponiendo el pánico de haberse quedado ciega, intentó incorporarse. Un dolor punzante le atravesó el costado derecho y la hizo gemir muy alto. Intentó llevar las manos a aquella parte, pero solo se movió el brazo derecho. El izquierdo se retorció con un ruido metálico, un gélido grillete que le cortaba la muñeca.

Yeva, poco a poco, hizo inventario del resto de su cuerpo. Con cuidado al pasar las yemas de los dedos, encontró no una sino tres costillas que le produjeron lágrimas por el simple roce. Podía mover las piernas, doblar la espalda —con mucho dolor en el costado— y el cuello. Le dolía la cabeza y, al girarla, sintió un lugar muy sensible en la parte de atrás. Quienquiera que la hubiese puesto allí, la había dejado caer sin cuidado. Debía de haberse golpeado la cabeza contra el suelo de piedra. Olía a sangre en el ambiente y se preguntó si sería suya.

«Estoy encadenada bajo tierra con las costillas rotas y sin luz», dijo para sus adentros, cerrando los ojos y dejando que el miedo la dominara. Su padre siempre le había dicho que, a pesar de la situación extrema, un cazador nunca debía mentirse a sí mismo. Tan solo entendiendo el problema, puede uno superarlo. Su padre... Yeva apretó los labios y le escocieron los ojos tras los párpados cerrados. Ahora no podía permitirse pensar en él.

La última cosa que recordaba era el rugido de triunfo antes de que la Bestia se le hubiera abalanzado. Tragó saliva, le picaba la garganta. «Debería haberme arrancado el cuello». En comparación, el cautiverio y las costillas rotas parecían triviales.

¿La había salvado alguien antes de que la Bestia terminara con ella? Pero ¿por qué salvarla para luego encadenarla en una cueva?

Antes de que pudiera pensar en una explicación, se oyó un metal rascando la piedra. Inhaló con fuerza, sintió la punzada de la respiración en sus cosquillas rotas y levantó la cabeza, pero no pudo ver nada en esa dirección. Algo repiqueteaba en el suelo y luego lo rascaba como si lo

empujasen hacia ella. Yeva forzó la vista y parpadeó en la negrura. Ante sus ojos no distinguió nada salvo el ligero perfil de un rectángulo, y el chirrido de las bisagras se oyó otra vez, seguido del sonido de algo que se cerró de golpe.

Se obligó a inspirar un poco de aire para intentar calmarse. No era una cueva, entonces, si había una puerta, aunque todavía tenía la sensación de estar bajo tierra. Intentó pensar si había visto una figura en la entrada, pero la oscuridad era demasiado intensa.

Trató de incorporarse otra vez, apretando los dientes por el dolor, y consiguió apoyarse sobre un codo. Estiró una pierna y llevó un talón hacia el borde del objeto que había dejado en su celda para atraerlo hacia ella. Iba descalza, alguien le había quitado las botas. Y se dio cuenta de que también la habían despojado de su capa y su bolsa.

Y sus armas.

Tenía el objeto lo bastante cerca para tocarlo con las yemas de los dedos y tirar de modo que alcanzase el resto. Descubrió que se trataba de una bandeja, al explorar su contenido con los dedos en la oscuridad. Conoció la textura de la carne seca, así como los tubérculos no cocinados y un odre de agua. Eran sus propias provisiones.

También había dos tiras de algo áspero y semirrígido en sus manos. Cogió una, se la llevó a la nariz y luego se la pasó por los labios, que eran mucho más sensibles al tacto que sus dedos. Corteza de árbol.

El corazón se le salió del pecho por la confusión cuando se llevó la tira a la lengua. Corteza de sauce. Para el dolor. Rompió un trozo con los dientes y lo masticó, pero era tan amargo que tuvo que contener las ganas de escupirlo inmediatamente. «Mastica, no te lo tragues». Chupó la corteza. Le dolía la cabeza por el sabor asqueroso, pero empezó a aliviarle el dolor, tanto de la cabeza como del costado. Escupió la masa pulposa y cogió el odre de agua para quitarse el regusto.

¿Por qué alguien la encerraría allí y luego le llevaría comida y medicinas para el dolor? Se comió las raciones mientras una parte de su mente se imponía y le recordaba que si esperaba escapar, necesitaría fuerzas. Con dificultad siguió el grillete que encadenaba su mano izquierda a la pared y trató de enderezarse apoyándose en ella, pero el dolor en las costillas era demasiado fuerte, a pesar de los efectos calmantes de la corteza de sauce.

La comida y la medicación habían llegado tan solo unos segundos después de que se despertara. ¿Acaso alguien la había oído gemir?

—¿Hola? —dijo en la oscuridad y su voz le raspó como un cuchillo rascando el cuero. Se oía muy baja, apagada, sin eco. La habitación donde se encontraba no podía ser grande. Tragó saliva y lo volvió a intentar con la voz un poco más fuerte—. ¿Hola? Gracias a quienquiera que me haya dado la corteza.

A lo mejor era un sirviente el que se la había ofrecido, que se había compadecido de ella.

—Por favor, necesito luz. Estoy herida, pero no sé lo grave que es si no puedo ver.

No hubo respuesta. Dejó caer la cabeza contra la pared a la que estaba encadenada. La negrura giraba a su alrededor, aunque no sabía si era por miedo, por dolor o por una sobredosis de corteza de sauce. Cerró los ojos y se quedó dormida.

Su sueño fue irregular en el mejor de los casos y en él aparecieron imágenes monstruosas y destellos de luz. Soñó que estaba ciega, que solo era capaz de distinguir rayas rojas como si tratase de ver con los párpados cerrados.

Las rayas se convirtieron en un par de ojos, los ojos de la serpiente de su sueño en el bosque, pero también los de la Bestia. La acechaban y se encontró que estaba paralizada, así como ciega. La Bestia se acercó más y cuando la chica intentó gritar, se había quedado sin voz; se puso derecha, sintió el pinchazo de sus colmillos en los pulmones y gritó, abriendo los ojos.

Yeva miró fijamente al techo, jadeando, mientras el sueño se desvanecía. Le dolía el costado en el que su movimiento repentino le había sacudido las costillas lesionadas. Parpadeó mirando el techo gris de piedra durante unos largos instantes antes de que la mente se recuperase.

¿El techo gris de piedra? ¿Podía ver!

Rodó sobre el costado con dificultad y la cadena chirrió sobre la piedra debajo de ella. A unos pasos de distancia, en el suelo junto a la puerta, había una pequeña lámpara de aceite.

Alguien le había llevado luz.

Yeva alargó el brazo para acercarse la lámpara, incapaz de quitar los ojos de ella a pesar de cómo le ardían y le lloraban después de tanto tiempo en la oscuridad.

—Gracias —susurró a su aliado invisible—. Gracias.

Volvió a tumbarse boca arriba y se desabrochó la túnica para poder levantarse la camiseta. Por el costado se extendían unos moratones de color rojo intenso y azul, teñidos del amarillo de un cielo tormentoso. Exploró los bordes con las yemas de los dedos y se estremeció ante la punzada de dolor. Rotas, como había temido. Se bajó la camiseta con cuidado y miró a su alrededor.

La luz le permitía ver que su celda era más o menos de forma cuadrada, un poco más larga que la altura de la chica. No había ventanas, tan solo una sólida puerta de madera rematada con hierro y una gruesa cerradura. En la esquina adyacente a la que estaba encadenada se apreciaba una trampa de madera, de no más de quince metros cuadrados. Aunque no olía a nada, Yeva supuso que debía aliviarse ahí. La estancia estaba vacía, salvo por Yeva, la lámpara y la bandeja con los tubérculos crudos que no se había comido.

Consideró intentar asarlos con la lámpara de aceite, pero tras unos cuantos intentos poco entusiastas, decidió que la llama no producía el calor suficiente. Quienquiera que le hubiese dejado la comida se había limitado a coger las provisiones de su bolsa y a depositarlas en la bandeja, sin pensar si eran comestibles al no estar cocinadas.

La lámpara despedía una pequeña cantidad de calor, así que se la acercó al cuerpo, intentando ignorar las sombras monstruosas que proyectaba en las cuatro paredes de la minúscula celda. Las sombras le recordaban en gran medida a la criatura del claro antes de que la atacara.

Yeva inhaló profundamente, moviendo el aire lo suficiente para hacer que la llama temblara por las paredes.

—Sé que me oyes —dijo con una voz que sonaba mucho más segura de lo que ella se sentía—. No sé quién eres ni por qué estás ayudándome, pero necesito las medicinas que llevaba en mi bolsa. La corteza de sauce me ha ido bien, pero no es suficiente.

Esperó, pero lo único que obtuvo fue silencio.

Yeva miró los dedos que pasaba otra vez por las costillas e hizo una mueca de dolor, aunque era incapaz de dejar de tocárselas.

—Me hace falta el ungüento del frasco rojo. Me ayudará a curarme. Por favor.

Escuchó con atención, pero en la calma solo le pitaban los oídos. Se oyó un ligero roce como el de una tela o el cuero por encima de la piedra, tan débil que podría no haberlo distinguido, si

no le hubiera seguido una voz.

—Tendrás que apagar la luz.

La voz era grave y retumbante, musical y rica. Yeva se estremeció a su pesar. En todo caso, esperaba sentir una voz sumisa y amable. Alguien lo bastante compasivo para ayudarla, pero también débil para en realidad liberarla. Todo en aquella voz era fuerza y muy poca compasión.

—Pero es la única luz que tengo —respondió y la mano libre se movió de forma instintiva hacia la lámpara—. No tengo con qué volver a encenderla.

—Te dejaré yesca y pedernal —dijo la voz. El susurro del cuero, la piel o la tela sobre la piedra volvió a oírse, como si alguien cambiara de postura, sin poder verse desde la pequeña celda—. Pero tienes que apagarla.

—¿Por qué?

—No hagas preguntas.

Yeva se estremeció. La idea de quedarse otra vez sola en la oscuridad bastaba para que le escocieran los ojos, pero no tenía motivos para desconfiar de su benefactor. No le habría dejado una lámpara para quitársela luego.

—Muy bien —susurró y al apagar la mecha, la luz tembló hasta extinguirse. Yeva casi no la vio sofocarse, pues las imágenes persistentes se quedaron danzando delante de sus ojos, cegándola.

La puerta se abrió con un chirrido, el ruido de unas bisagras oxidadas destrozando la calma. Yeva se llevó la mano a los oídos e hizo una mueca de dolor. Luego, percibió un sonido menor, una pisada. La persona, fuera quien fuese, llevaba los zapatos más suaves que existían. O iba descalzo, como ella.

—¿Estás también cautivo? —preguntó en la oscuridad.

La voz no respondió enseguida. Se oyó un ligero repiqueteo cuando dejó algo en la bandeja de comida.

—Sí —contestó entonces la voz, saliendo la palabra como un pequeño suspiro.

—Sin embargo, ¿tienes libertad para moverte e ir a ver a otros presos?

—He dicho que no hagas preguntas.

La voz sonó como un gruñido, cierto enfado en ella que hizo que Yeva quisiera retroceder. Pero se mantuvo firme, recordando las horas que había pasado esperando fuera de las madrigueras de los conejos para mantenerse quieta.

—Gracias por ayudarme —dijo en voz baja. No podía permitirse alejar a la única persona que podía ofrecerle ayuda.

—Espero que te pongas bien.

Aunque las palabras eran amables, la voz no.

Yeva tragó saliva.

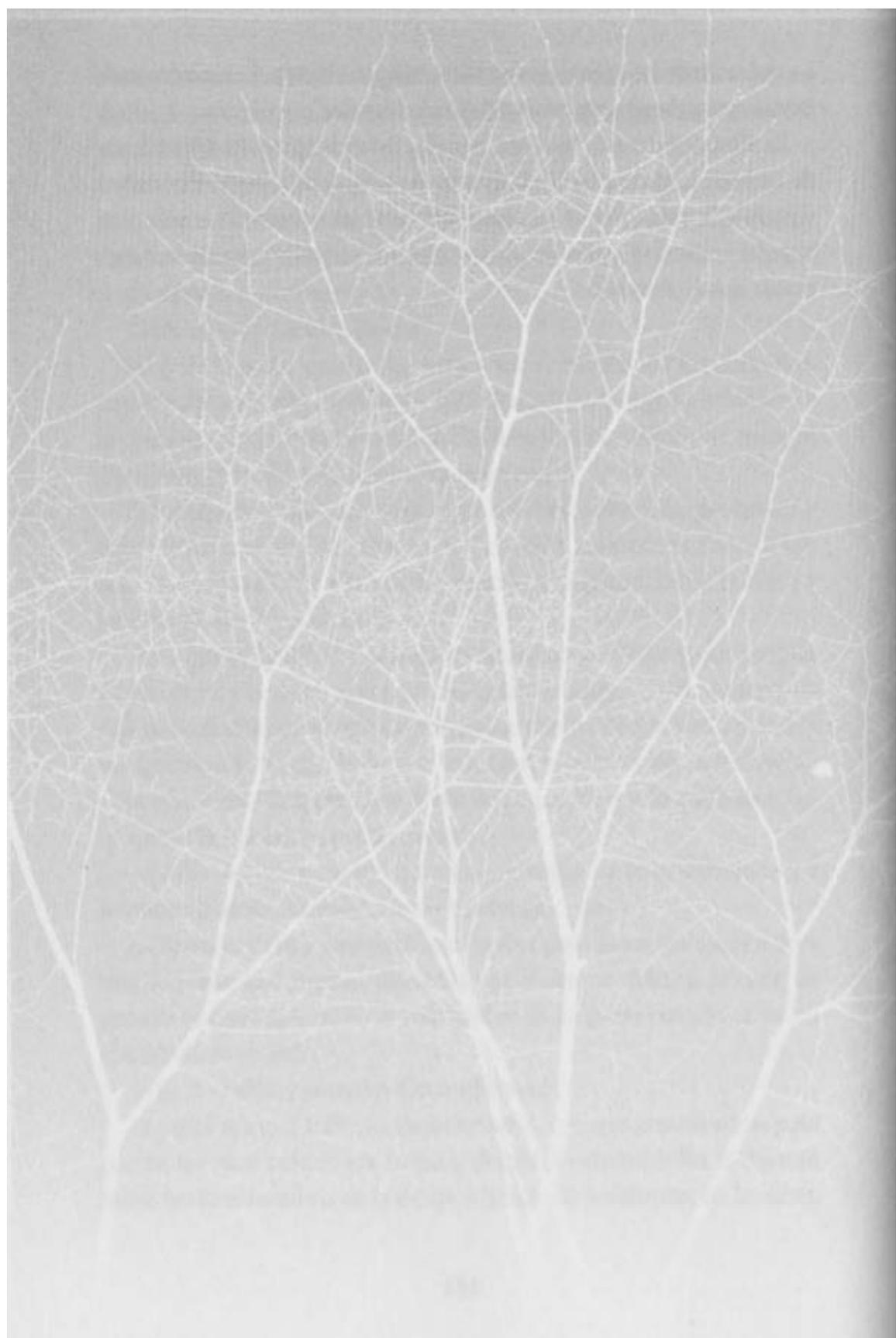
—Estas raíces. Tienen que cocinarse para que pueda comérmelas.

—Me da igual —dijo la voz.

La puerta se cerró de golpe con un chirrido de las bisagras, dejándola de nuevo en silencio.

El aliento de Yeva la abandonó en un grito ahogado mientras el corazón le latía con fuerza. Se arrastró hacia la bandeja, ignorando el dolor en el costado, y cogió el ungüento. Entonces palpó la superficie de la bandeja hasta que sus dedos encontraron lo que estaban buscando: un par de pedernales y una tira trenzada de lana como yesca. Yeva las agarró con fuerza, sin importar cuánto

se le clavarían las piedras en la palma de la mano. Al menos no se quedaría en la oscuridad.



BESTIA

No teníamos intención de hacer daño al hombre, pero los cuerpos de los humanos son frágiles. Hasta rota, nos servirá. La mantendremos con vida hasta que venga un cazador a buscarla, y entonces lo cogeremos para que sirva a nuestro propósito.

A menudo nos quedamos junto a su puerta, escuchando su respiración y memorizando su olor. De este modo, si intenta escapar, podremos dar con ella enseguida. La luz de la habitación no es más que una línea al final de la puerta. Muy raramente titila cuando una sombra de movimiento pasa entre ella y la puerta.

—Gracias—susurra cuando le dejamos cosas.

No comprendemos esta gratitud. Somos su captor. Seremos su muerte y ella es tan frágil como lo era el otro. Deberíamos mostrarle nuestra cara y dejar que gritase hasta romperse. Vendrán a por ella tenga o no su mente.

No lo hacemos. Le pedimos que apague la luz cuando

*abrimos la puerta para que no nos vea la cara.
¿Por qué?*

SEIS

LAS COSTILLAS SE LE CURABAN DESPACIO, en gran parte debido a su incapacidad de estarse quieta. Yeva examinó los confines de la celda y solo fue capaz de llegar hasta la trampilla del rincón tirando lo máximo posible de la cadena que la sujetaba. Apenas tocaba el borde de la puerta, rozando con las yemas de los dedos las juntas de hierro. Cuando le llegaba la comida, nunca oía el sonido de la cerradura girando. La cadena era lo que la mantenía allí, pues la puerta no estaba cerrada con llave. Lo que explicaba cómo era que su aliado pudiera entrar y salir.

Yeva hizo preguntas en la oscuridad con la esperanza de que la voz regresara. Aunque su tono no había mostrado nada de amabilidad ni compasión, el aliado invisible le había llevado comida, medicina y luz. No había vuelto a hablar, pero de vez en cuando las peticiones de Yeva eran atendidas. Le dio vendas para la muñeca, que se le había quedado en carne viva y sangrando por el grillete. Le relleno el combustible de su lámpara. Puso aceite en las bisagras de la puerta para que no chirriaran más. Y tras un rato de sueño particularmente frío e irregular, al despertarse, se encontró con que le había dejado una manta al lado.

Pero la voz no hablaba nunca.

Entendió que si deseaba que sus peticiones fuesen concedidas, tenía que apagar la luz y esperar. La oscuridad entonces se hacía tan densa, tan agobiante, que la joven hablaba para llenar la negrura vacía.

Yeva siempre había preferido el silencio a charlar con los demás, a soñar despierta con la tranquilidad del bosque mientras las damas de la baronesa se reían y cotilleaban. Sus pensamientos cobraban vida en la calma del bosque, nutridos por su ambiente, su aroma y su intensidad. Pero conforme transcurrían los días en la celda descubrió que no había conocido lo que era el silencio. Lo que era el silencio real. En el bosque el aire estaba lleno de olores a madera y humedad, y los sonidos de sus pasos retumbando en la inmensidad. Siempre estaba la posibilidad del movimiento y la vida, un conejo saliendo a toda velocidad de una madriguera o el breve atisbo de la cola de un zorro mientras desaparecía de la vista.

El silencio de su celda era pequeño y estaba estancado. El aire denso lo presionaba por todos los lados y cualquier sonido que ella hacía se lo tragaba el peso de la tierra de arriba. Anhelaba oír el sonido de una voz humana, aunque fuese la suya.

Se ponía a hablar de cualquier cosa que le venía a la mente para saciar su sed de silencio. Describía la celda sin ninguna característica en especial: el modo en que la piedra gris encajaba

tan a la perfección que no veía la argamasa, el frío hiriente de la roca debajo de ella, el repiqueteo musical de la bandeja, el roce gélido de las yemas de los dedos sobre las juntas de hierro de la puerta. Hablaba de la lámpara, mirando la llama durante horas, inhalando el ligero aroma a quemado y haciéndola titilar con el aliento de sus palabras.

Imaginaba que el que poseía aquella voz profunda y retumbante la escuchaba, y que cuando hablaba en cierta manera ofrecía un intercambio. Su ayuda por sus palabras.

Cuando se quedó sin cosas para describir, empezó a hablar de su familia. Aunque no quiso recordar a su padre, habló de sus hermanas. Describió el pie retorcido de Asenka y explicó cómo cinco minutos con su sonrisa y su risa te hacían olvidar su discapacidad. Recordó los tontos cambios de humor de Lena con una sonrisa, aunque no había allí nadie para verla. Hasta mencionó a Albe y su torpeza, y que su deseo de complacer compensaba con creces sus intentos inútiles de ayudar.

—Los abandoné —confesó a las sombras—. Me suplicaron que me quedara y les prometí que regresaría. Se lo prometí.

Le escocieron los ojos. Ojalá hubiera escuchado. No había podido ayudar a su padre y ahora... ahora parecía tener muchas posibilidades de no volver a ver a ninguno de ellos nunca más. «¿Qué es lo que estás buscando ahí fuera?», le había preguntado Asenka. La garganta de Yeva se cerró.

Esto no.

Cuando no pudo continuar hablando de su familia sin llorar, la cabeza se le fue a los relatos que solía contarle su padre sobre las criaturas que habitaban en lo profundo del bosque negro. Al principio las historias eran inconexas. Había pasado muchísimo tiempo desde que las había oído y el silencio que se le echaba encima era una distracción. Su celda era fría y el fresco la había debilitado, un deterioro gradual de la fuerza que no tenía manera de evitar.

Habló del pobre mozo que hacía reír a la princesa y le robó el corazón, y de la chica que fue lo bastante educada con el Padre Invierno para que la recompensase con un cofre de tesoros. Habló de Vasilisa la Bella, que en un cuento venció a sus malvadas hermanastras con la luz mágica de Baba Yaga y en otro, hizo que un rey que quería casarse con ella creyese que la joven era un muchacho que montaba y cazaba mejor que ningún hombre.

Era una de sus historias favoritas. Su voz tenía tendencia a ponerse ronca después de llevar más de unas cuantas horas hablando en la oscuridad. Casi estaba susurrando cuando se acercó al final del último relato, con la lámpara baja para ahorrar aceite. Estaba sentada apoyada en la pared, con los ojos cerrados.

—Así que al final el rey ordenó que «el joven» se bañara con él —susurró—, pero Vasilisa... —La voz se atascó en su garganta, se convirtió en tos y fue a por el odre de agua para aliviarla.

En el pasillo al otro lado de la puerta se oyó un sonido que ya reconocía: el ligero roce de unos pies descalzos o del cuero suave. Yeva se quedó inmóvil, escuchando por encima de los fuertes latidos de su corazón. El aliado invisible estaba fuera.

El silencio se alargó hasta que —Yeva la sintió más en las piedras que en sus oídos— la voz dijo:

—Continúa.

Una sonrisa tiró de las comisuras de la boca de la chica. Bebió un trago de agua y luego susurró:

—Pero Vasilisa era demasiado rápida para él. Se cambió, se bañó y se marchó antes de que el rey hubiera terminado de quitarse todas sus galas. Le dejó una nota en la que decía que a pesar de toda su riqueza y su poder no era tan listo como ella, puesto que no era Vasili sino Vasilisa, y le había engañado una muchacha.

Volvió a haber silencio y luego se oyó un suspiro melancólico al otro lado de la puerta.

Yeva tragó saliva y se arrastró hasta que estuvo lo más cerca de la entrada que le permitía la cadena.

—¿Me ayudarías a escapar? —le suplicó, quebrándosele de nuevo la voz hasta quedar en un susurro—. Ni siquiera sé dónde me encuentro o por qué motivo.

Le oyó cambiar de postura al otro lado de la puerta.

—No puedo.

—¿Por qué te arriesgas a ayudarme, entonces?

Silencio. Y luego:

—¿Por qué nadie ha venido a por ti?

—¿A por mí?

—A rescatarte. Tu hermano o tu prometido. Podrían haber seguido el rastro si hubieran buscado.

Yeva tragó saliva.

—No creo que sepan que me han raptado. Creen que estoy buscando a mi padre.

Se le estrechó la garganta al mencionarlo.

—No debería ser así. —Había vuelto un ligero gruñido a su voz, el sonido de una ira apenas controlada—. Debería haber venido alguien.

Yeva alargó la mano hacia la puerta y las yemas de los dedos tocaron el hierro.

—No vendrá nadie a buscarme. Tú eres todo lo que tengo. Por favor, ayúdame.

No hubo respuesta excepto el sonido de unas pisadas alejándose otra vez por el pasillo.

La siguiente vez que Yeva se despertó de sus sueños atribulados, encontró junto a su cabeza un plato lleno de tubérculos, asados sin pelar, con aceite y sal. Estaban aún calientes y desprendían un poco de vapor a la luz de la lámpara.

Los pulmones y la garganta empeoraron cada día más hasta que cada vez que hablaba sufría una fuerte tos que la obligaba a apoyarse en la pared de piedra. El frío implacable de la celda le calaba los huesos y ni siquiera la manta bastaba para protegerla de él. Su aliado le llevó más corteza de sauce, pero la reserva de medicinas pronto se agotó y ya no hubo más corteza en la bandeja.

Sabía que estaba mostrando síntomas de fiebre, pero había poco que hacer. Dejó de contar historias, puesto que requerían más energía de la que tenía y no podía hablar sin toser. Le estallaba la cabeza cuando se ponía a dormir y le dolía cuando volvía a incorporarse.

—Estoy enferma —susurró, siguiendo con terquedad el consejo de su padre de ser sincera consigo misma en situaciones difíciles. Habían pasado varios días desde que había oído la voz y tan solo el hecho de que seguía apareciendo comida en la celda le decía que él todavía estaba ahí. Se esforzaba por oír el sonido de sus pisadas en el pasillo, pero tan solo percibía el silencio salpicado por los latidos en su cabeza.

Bebió del odre de agua hasta que la irritación de su garganta la hizo toser y luego agachó la cabeza. Le ardían los ojos delante de la lámpara incluso si los tenía cerrados, así que la apagó, bañando sus párpados en la bendita oscuridad. Yeva rodó sobre su espalda y los pulmones le sonaron por el esfuerzo de respirar.

—¿Puedes caminar?

No había oído abrirse la puerta. Desde que su aliado había engrasado las bisagras hacía menos ruido, pero no era silenciosa; su propia respiración dificultosa había ocultado el sonido. Abrió los ojos y se esforzó por ver en la penumbra. No distinguía nada en la total oscuridad, pero sin embargo podía sentir que estaba allí, a tan solo unos pasos de distancia.

—Creo que sí —susurró.

Algo blando cayó contra las costillas donde estaba tumbada.

—Ponte esto.

La voz no expresaba emoción, aunque no era ni mucho menos apagada... Estaba llena de sonoridad y profundidad. No quiso desobedecerla.

Yeva se incorporó con dificultad y al llevar la mano hacia la ropa, descubrió que era una tira de tela, de una calidad que llevaba meses sin tocar. Se trataba de seda doblada muchas veces. La envolvió con los dedos.

—Cúbrete los ojos —aclaró la voz, emergiendo la impaciencia en un ligero gruñido apenas perceptible.

La joven se apresuró en obedecer, temblándole los dedos. ¿Iba a sacarla de la celda? ¿La venda en los ojos era para que no le viese y le acusara más tarde si volvían a cogerla?

El grillete alrededor de la muñeca se abrió con un seco sonido metálico y por primera vez en semanas Yeva pudo apretar su brazo desnudo contra su cuerpo sin que le rozara el hierro. Sintió que se desplomaba por el alivio. Pero la voz la obligó a levantarse y así lo hizo, apoyándose en la pared para ponerse en pie con las piernas temblorosas. ¿Cómo había perdido tanta fuerza tan rápido? Después de haberse esforzado tanto por recuperarla. Detrás de la venda, cerró los ojos con más fuerza.

—Sígueme —ordenó la voz, antes de que el sonido de sus pisadas susurrara contra la piedra.

—Espera. —Yeva movió la cabeza de un lado a otro en la doble oscuridad, la de la celda y la venda—. ¿Cómo voy a seguirte si no veo?

—¿No puedes orientarte por el sonido y el olor? —Hubo un breve silencio y luego se oyeron de nuevo los pasos—. Apoya la mano en mi hombro y yo te guiaré.

Yeva extendió su trémula mano hasta que las yemas de los dedos encontraron el pelaje. Lo que habría dado por su capa de pelo, que ahora adornaría los hombros de la esposa de algún comprador oportunista. Clavó profundamente sus dedos fríos en la capa del aliado invisible y se apartó de la pared.

La sacó de la celda y giró a la izquierda, por lo que Yeva supuso que era un pasillo. Después volvió a girar una y otra vez hasta que la chica perdió el sentido de la orientación. Intentó contar los pasos, pero la cabeza le daba vueltas por la fiebre y el frío, y dejó de memorizar el recorrido.

Por la fiebre y el frío... y por el olor. Olía a almizcle, a algo salvaje, a algo familiar que no sabía identificar. «Su capa de piel», pensó, pero en cuanto reflexionó, supo que no era verdad. Aquello no era piel muerta. «A lo mejor mi captor tiene perros». Pero aquella tampoco era la explicación, porque Yeva conocía bastante bien el olor a perro para saber que no era el mismo. Se

le erizó el vello de los brazos y agradeció el calor sólido bajo su mano, el lento movimiento de su cuerpo debajo de la capa.

Su acompañante se detuvo y la obligó a pararse también. Hubo un ligero soplido de aire, como cuando se abre una puerta, y entonces chocó contra un muro de calor. Soltó un grito ahogado y alzó la mano de la capa para llevarla sin pensarlo hacia la venda que le cubría los ojos.

—No.

Fue más un gruñido que una palabra, pronunciada tan cerca de su oído que la fuerza de su aliento le movió el cabello.

La mano se quedó paralizada y Yeva contuvo la necesidad imperiosa de salir huyendo a ciegas por el pasillo. «Es mi aliado —recordó, con la cara girada hacia el calor que no veía—. Es mi aliado. No tengo por qué temerlo».

—Ven.

Volvió a encontrar su hombro y la condujo hacia una habitación que no podía ver. Detrás de ella la puerta se cerró de nuevo con un chirrido y un clic. La piedra fría bajo sus pies descalzos dio lugar a una lujosa alfombra y una oleada de inesperado placer le recorrió el cuerpo. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que había dejado aquella riqueza? No era la primera vez que se preguntaba dónde podría estar.

Su aliado la llevó hacia delante y luego le pidió que se sentara. Yeva le soltó el hombro con reticencia. La piel era muy cálida y suave, y se había encontrado disfrutando del tacto de otra persona bajo su mano. Tanteó con los pies y descubrió una pila de cojines, sobre los que se sentó. A su izquierda se oía el chisporroteo y el silbido del fuego, un calor que le golpeaba la piel.

—Puedes quedarte en esta habitación el tiempo que sea necesario para que recuperes tu salud —dijo la voz. A Yeva se le disparó el corazón—. Con una condición.

—¿Qué condición?

—Que no te quites la venda bajo ningún concepto. Si lo haces, morirás. ¿Lo entiendes?

Yeva tragó saliva. Prefería morir abrigada y cómoda que helada y enferma. Pero era mejor no morir.

—Sí. No me la quitaré. Tienes mi palabra.

—Háblame de tu padre.

Yeva dejó de comer después de tragarse el trozo de faisán asado.

—Mi padre —repitió.

—Has hablado de tus hermanas, de tu criado y de tu madre, pero nunca hablas de tu padre. ¿Le odias tanto?

Parpadeó detrás de la venda, tratando de distinguir las formas confusas al otro lado de ella. Se filtraba algo de luz a través de la seda, pero no veía nada más a menos que estuviera entre ella y la luz.

—No. Le quería.

—Entonces, ¿no hablas de él porque está muerto?

La garganta de Yeva volvió a cerrarse, a pesar de haberse recuperado en los últimos tres días del frío de la celda. La tos continuaba, sobre todo mientras dormía. Ahora la garganta se le estrechaba por el dolor.

—¿Cómo sabes que está muerto? —susurró.

—Has dicho que le querías. —La voz enfatizó la palabra «querías», dándole una gran carga al tiempo pasado.

Yeva se quedó callada, escuchando el fuego. Se había olvidado de la comida. Su aliado se las había apanado para encontrar más comida para ella desde que la había sacado de la celda, las más sabrosas presas cocinadas a la perfección. Tal vez él también era un cazador. Tal vez él entendería.

—Antes de que mi padre conociera a mi madre, era el mejor cazador de todo Rus. Quizá del mundo. Dejó de cazar para contentarla, puesto que era un trabajo peligroso, pero en el fondo de su corazón amaba el bosque. Era el único que podía adentrarse hasta sus profundidades y conseguir las más salvajes y extrañas criaturas que vivían allí.

—Solo has mencionado a tus hermanas. ¿No tuvo hijos?

Yeva negó con la cabeza.

—Tan solo estamos mis hermanas y yo, que soy la pequeña. —Vaciló. Pero ¿qué importaba lo que pensase su aliado? No se arriesgaría a enfurecer a su captor que estaba ayudándola para luego abandonarla por un escándalo. Inspiró despacio—. Cuando era pequeña me trataba como si fuera un niño y me enseñaba lo que él sabía. Cazaba a su lado y así era de lo más feliz.

—¿Te enseñó a cazar? ¿A cazar como él? ¿Con las mismas habilidades?

Por primera vez algo le dio color a su voz grave; la sorpresa, quizás. O la consternación. A Yeva le costaba discernir la emoción.

Levantó la barbilla.

—No lo apruebas —comentó—. ¿Porque soy una chica?

—No. —La voz hizo una pausa—. Las hembras a menudo son las mejores cazadoras. Tienen que dar de comer a los pequeños y sobrevivir cuando los machos están demasiado ocupados fingiendo que lo hacen. Pero no funciona así con los humanos.

—¿Los humanos? —Los pensamientos de Yeva se pararon en seco. ¿Cómo era que hablaba como si no fuera uno de ellos?

Otra pausa.

—Perdón. He pasado tanto tiempo aquí, en el bosque, que me encuentro más en casa entre las bestias que entre los hombres. A estas alturas soy más una bestia que un hombre.

En esta ocasión, Yeva no tuvo dificultades para distinguir la emoción. Una amargura densa y negra, que le ruborizó las mejillas.

—No creo que sea verdad —se encontró diciendo.

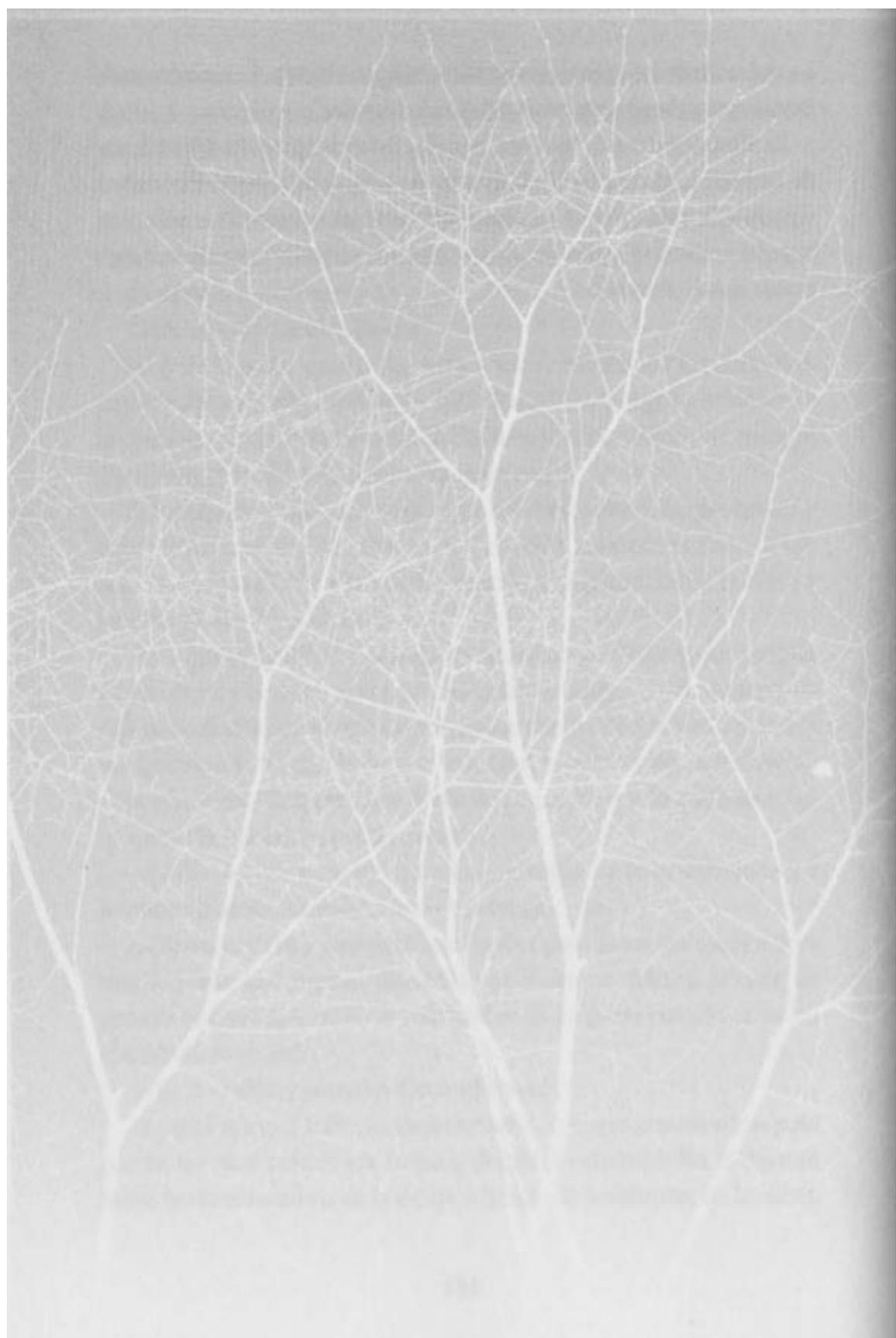
—¿No?

—No —respondió con firmeza—. Me ayudaste cuando no tenías que hacerlo. Cuando quienquiera que me pusiese en esa celda podría regresar y castigarte por haberme dejado salir.

El aire se movió y Yeva distinguió una sombra a través de la venda. La forma era enorme. Su aliado debía de estar más cerca de lo que ella pensaba.

—No sabes nada —gruñó la voz.

Sus pisadas sonaron con fuerza por la alfombra, alejándose. La puerta se abrió y se cerró, y Yeva volvió a quedarse en silencio.



BESTIA

Caminamos de un lado a otro, ahora estamos más en nuestra guarida de tierra y frío que en las cuatro paredes de piedra y fuego. Sobre nuestra cabeza, tiembla el suelo con nuestros pasos, salpicando de tierra nuestro pelaje.

La enseñó a cazar como él. Tiene sus habilidades. Hemos estado esperando a alguien con esas habilidades que la rescatara, las habilidades para servirnos, cuando ha estado a nuestro alcance todo el tiempo. Y por poco dejamos que se pudriera hasta morir en la celda.

Respiramos con breves y enfurecidos gruñidos. Debemos enseñarle qué somos y obligarla a cumplir nuestra voluntad. No debemos desperdiciar más tiempo. Y aun así...

Y 'un así nos cuentas historias. Hacía mucho tiempo que no oíamos una voz que no gritase.

Puso la mano sobre nosotros y no la retiró.

Nos dijo que no éramos una bestia.

Gruñimos, nos detenemos. Hasta nuestra guarida huele a

ella ahora. Y parte de nosotros se estremece al sentir la presa.
Se nos llena la boca de saliva y huimos al mundo de arriba
para encontrar algo con que alimentarnos.

Siempre somos la bestia.

SIETE

—Y PARA RECOMPENSAR SU AMOR Y SU LEALTAD, el fantasma le dio a Iván el caballo castaño. Con él era capaz de saltar más alto que ningún otro jinete en el reino y se ganó el corazón de la princesa, que supo cómo era por su beso.

El crepitar del fuego a su espalda fue el único aplauso que Yeva recibió al terminar su cuento, pero se había acostumbrado a los silencios de su aliado, su amigo, como empezaba a considerarlo. Todavía no se había atrevido a preguntarle su nombre, pues estaba claro que prefería permanecer en el anonimato. Hacía tiempo que se había recuperado, pero ninguno de los dos había sugerido regresar a la celda, así que pasaba los días junto a la chimenea, disfrutando de su calor.

La presencia a su lado se movió y unas sombras cruzaron por delante de la venda. De nuevo le vino aquel ligero olor a naturaleza y se le encogió el corazón. Echaba de menos el bosque, pero no podía quejarse de cómo la trataban allí.

—A ese Iván... —resonó la voz, con el fuerte tono grave aún más intensificado por el aire pensativo—. Lo has mencionado varias veces.

Para pasar el tiempo le había pedido, y se los había concedido, los utensilios para confeccionar flechas. El cuchillo pequeño para recortar la madera y las plumas no era suficiente para poder liberarse, aunque quisiera hacer daño a su amigo. Había aprendido a trabajar al tacto y justo en ese momento estaba colocando las plumas al final de la flecha.

—Es el héroe de muchas historias —respondió, pasando el borde del dedo por una de las plumas, evaluando su rectitud—. A veces Vasilisa es la heroína.

—Vasilisa la Bella —repitió su amigo y el tono de su voz se convirtió en una pregunta.

—Sí.

—¿Cómo te llamas?

La pregunta llegó tan de repente que los dedos de Yeva se paralizaron, dejó de trabajar y las plumas cayeron en su regazo.

—Bella.

Tal vez fuese por la tarea que estaba realizando. La palabra le salió sin pensar. El nombre que le había dado su padre.

—¿Bella?

—No... no. Me llamo Yeva. El otro es un apodo. Yeva fue el nombre que me pusieron.

La voz se quedó callada un rato y luego volvió a moverse. Esta vez Yeva sintió el roce del pelaje en su brazo y se estremeció. ¿Por qué seguía llevando la capa a pesar del ardiente fuego a sus espaldas?

—Te llamaré Bella —dijo al final.

Yeva abrió la boca para protestar, segura de que el sonido de su otro nombre se clavaría profundamente en la herida todavía abierta por la muerte de su padre. Pero pronunciado por la voz cálida de su amigo le parecía simplemente bien y exhaló sin hablar.

—¿Y tú? ¿Cómo te llamas? —susurró.

—No me acuerdo.

Yeva deseaba quitarse la venda y ver la expresión de su rostro.

—¿Cómo no puedes acordarte de tu propio nombre?

—Ya te he dicho que llevo aquí, solo, muchos años. Cuando no usas una cosa, se marchita y se convierte en polvo.

—¿Cómo te llama tu amo? El que me capturó.

Silencio.

Yeva tragó saliva.

—Debo llamarte de alguna forma —protestó con dulzura—. ¿Puedo llamarte Iván, entonces?

Su exhalación fue casi un gruñido, aunque aquel sonido ya no asustaba a Yeva. La emoción había cambiado de miedo a algo totalmente distinto.

—Yo no soy un héroe.

El calor del fuego se elevó hasta la cara de Yeva. Podía sentirlo irradiando a través de la venda en la curva de sus mejillas. Esforzándose por mantener la voz calmada, dijo en voz baja:

—Para mí sí lo eres.

La presencia a su lado se movió bruscamente y se oyeron alejarse sus pasos. Yeva apretó la mandíbula, con la flecha a medio hacer en su regazo. Pero cuando las pisadas llegaron a la puerta, se detuvieron y se acercaron de nuevo, llevando consigo aquella naturaleza acre en el aire cálido.

—Cuéntame más sobre ese Iván.

Yeva se esforzó por impedir que se notase el alivio en su tono.

—Está presente en muchas de las antiguas historias. A menudo es el más joven de varios hermanos... y también un insensato. Pero por lo general tiene buen corazón. La historia más famosa de Iván probablemente sea la historia de él, el Pájaro de Fuego, y el lobo gris.

Los pasos se detuvieron y el aire se quedó quieto. Yeva de pronto sintió que la tensión entraba en la habitación y tuvo un escalofrío. No oía la respiración de su amigo.

—¿Quieres que te la cuente? —susurró.

—Sí.

Yeva cerró los ojos detrás de la venda cuando su aliado volvió a sentarse y la capa de pelo le rozó el brazo. Empezó como a menudo comenzaba su padre la historia y descubrió que la recordaba con tanta claridad como si la hubiera leído el día anterior.

Había una vez un rey que poseía el jardín más espléndido del mundo. En medio de aquel lugar se hallaba un árbol encantado que daba manzanas doradas. Pero cada vez que una manzana maduraba, el Pájaro de Fuego iba por la noche y la robaba.

Furioso, el rey llamó a sus dos hijos mayores y les dijo que el que atrapara al

Pájaro de Fuego se quedaría con la mitad de su reino y se convertiría en su heredero. El hijo menor, Iván, le suplicó que él también quería ayudar, pero el rey lo consideraba débil y simple mientras que sus hermanos eran muy fuertes, y se negó. Así que los hermanos mayores partieron para apresar al ave, pero bebieron y estuvieron de juerga toda la noche celebrando sus inminentes recompensas. Por ello, se desmayaron a primera hora de la mañana y cuando despertaron, el Pájaro de Fuego se había llevado de nuevo la manzana.

Así que el rey dejó que Iván probara suerte. Sí, Iván no era tan fornido como sus hermanos, pero era listo y tenía iniciativa. Permaneció despierto toda la noche sin beber una gota de vino, de modo que, cuando apareció el Pájaro de Fuego, estaba preparado. No obstante, el pájaro era más rápido que él e Iván tan solo fue capaz de coger una sola pluma de la cola del ave.

El rey mandó a sus hijos a buscar el pájaro por el mundo e Iván tuvo que rogarle de nuevo que le dejara ir. Cuando su padre por fin transigió, Iván partió solo y llegó a una encrucijada. El que eligiera un camino conocería el hambre y el frío; el que optara por el segundo camino sobreviviría, pero su caballo moriría; y el que tomara el tercero moriría, pero su caballo viviría. Iván cogió el segundo sendero y no tardó en salir del bosque un enorme lobo gris que se comió su caballo, obligando a Iván a caminar. Pero Iván era decidido y caminó hasta caer de agotamiento.

El lobo sintió lástima por él, se ofreció a llevarlo en su lomo y juntos encontraron el reino donde vivía el Pájaro de Fuego en una jaula dorada. El lobo le advirtió que no cogiera la jaula, pero Iván era codicioso y se apropió de ambos, disparando la alarma en el castillo. El soberano de aquel reino apresó a Iván y, tras oír su historia, dijo que podía quedarse con el Pájaro de Fuego si le traía el caballo con la crin dorada.

Así que el lobo gris lo llevó más lejos aún hasta llegar al siguiente reino, donde vivía el caballo con la crin dorada, que llevaba una hermosa brida de oro. El lobo volvió a advertirle esta vez que no cogiera la brida de oro, pero Iván no hizo caso y lo capturaron de nuevo. El monarca escuchó su historia y dijo que dejaría que Iván se quedara con el caballo si accedía a capturar a Yelena la Bella, una princesa de otro reino, y la llevaba ante él.

De modo que el lobo gris le llevó al siguiente reino y le advirtió que no se enamorara de Yelena cuando la raptara. Pero Iván de nuevo no escuchó y cuando regresaron al segundo reino, el joven le suplicó al lobo que lo ayudara. El lobo accedió a transformarse en la Yelena que le daría al rey, así que Iván cogió el caballo y se quedó con la mujer que amaba. El lobo escapó del rey y acompañó a Iván, a Yelena y al caballo al primer reino; donde Iván volvió a persuadir al lobo para que cambiase de forma. Iván usó el mismo truco e intercambió al lobo con forma de caballo por el Pájaro de Fuego, y el lobo de nuevo escapó y se encontró con él más tarde.

Así que Iván regresó a su reino con Yelena, el caballo y el Pájaro de Fuego. Él y el lobo siguieron caminos separados, pero cuando Iván se tumbó a dormir, sus hermanos le encontraron. Habían elegido mal el camino en aquella encrucijada y no habían hecho nada. Celosos por el éxito de su hermano menor, mataron a Iván mientras dormía y cortaron su cuerpo en pedazos. Acordaron que uno se casaría con Yelena y el otro

cambiaría el Pájaro de Fuego por la mitad del reino de su padre.

Pero de nuevo el lobo sintió lástima de Iván y con la ayuda del agua de la vida, le devolvió el cuerpo al joven. El muchacho se despertó a tiempo de cabalgar de nuevo a lomos del lobo para detenerla boda y recuperar su mitad del reino, mientras el lobo se comía enteros a sus hermanos traidores.

Tras las últimas palabras de la historia, Yeva pasó los dedos por el asta recién rasurada de la flecha a medio hacer y escuchó en busca de signos de vida de su compañero. Estaba incluso más callado de lo habitual; Yeva pensó que debía de oír latir su corazón.

—Entonces ¿Iván tuvo un final feliz?

Yeva asintió.

—Se quedó el caballo, el Pájaro de Fuego y a Yelena, y heredó también el reino de su padre.

—¿Por qué no me contaste esta historia al principio?

Los dedos de Yeva envolvieron el asta de la flecha.

—Es la más popular, pero es una de las que menos me gustan —admitió—. No termina bien.

—¿Por qué?

Vaciló, tratando de pensar en cómo explicárselo.

—Los cuentos de hadas dan lecciones. Los que son fieles y virtuosos obtienen recompensa, mientras que los malos y codiciosos son castigados. Se dice que Iván era listo y tenía iniciativa, pero en esta historia solo parece avaricioso y descuidado. El lobo le advierte una y otra vez, e Iván nunca escucha. Pero, sin embargo, Iván no recibe ningún castigo. El lobo le ayuda todas las veces, y ni él ni el lobo tienen que pagar por lo que han hecho. Al final, Iván consigue todo lo que quiere y vive feliz para siempre.

Silencio por parte de su compañero, aunque Yeva podía oír el sonido suave e intenso de su respiración, no lejos de su codo.

—Puedes llamarme Iván —dijo finalmente, sorprendiéndola.

—¿Por este cuento?

—Porque tu Iván no es un héroe.

Yeva se giró hacia el sonido de la voz, olvidando las flechas. Extendió el brazo hacia donde suponía que estaría su mano y envolvió el pelaje con sus dedos.

—¿Qué estás haciendo?

El pelo se apartó de ella con brusquedad.

El corazón latió contra las costillas apenas recuperadas.

—Iba a cogerte de la mano.

—No.

El gruñido había vuelto, pero ya no la hacía retroceder de miedo.

—No te traicionaría nunca. Tan solo quiero verte la cara.

—Lo prometiste —dijo la voz, grave y peligrosa—. Me diste tu palabra.

Yeva alzó la mano de todas formas hacia la venda, pero le apartó el brazo con tanta fuerza que se le quedó entumecido en el costado.

—No me importa —dijo—. He venido a cuidar de ti, Iván, o quienquiera que seas. Quiero verte la cara.

Volvió a levantar la mano y esta vez algo enorme se abalanzó sobre ella, tirándola al suelo. Se

dio un fuerte golpe en la cabeza que la dejó sin sentido, a pesar de que la alfombra lo amortiguó. La seda anudada cedió bajo el impacto.

—Diste tu palabra —gruñó la voz y notó su aliento caliente en la mejilla. La pesada capa de pelo calentada por el fuego la inmovilizaba debajo de él.

El corazón le latía con fuerza tanto por el miedo como por las ganas de conocer el rostro de Iván, que tenía a solo un palmo de distancia. Yeva giró la cabeza, el nudo se soltó aún más... y la seda se deslizó de sus ojos.

A centímetros de su cara había un semblante de pesadilla, con colmillos al descubierto y unos ojos de color rojizo dorado. Gritó, se le pusieron rígidos todos los músculos mientras intentaba liberarse, pero las garras se clavaban en su piel por todos los lados, sin dejarle espacio para moverse. Estiró un brazo de todos modos, ignorando el dolor desgarrador, y rozó con los dedos la empuñadura de su cuchillo de hacer flechas.

—¡Nos diste tu palabra!

La voz casi era irreconocible, con el rugido tangible en su rostro mientras los colmillos brillaban a la luz de la lumbre. Apretó las garras, atravesando su piel y haciendo que Yeva gritara por el dolor y el terror.

La mano de la joven se cerró alrededor del cuchillo y con un grito levantó el brazo en arco para clavarlo hasta la empuñadura en el hombro de la Bestia. El aullido de rabia y dolor superó el suyo, y ella dejó caer el brazo de nuevo cuando la habitación dio vueltas hasta hundirse en la negrura.

Yeva se despertó una vez más en la oscuridad, con el cuerpo frío y entumecido. Se puso de rodillas e hizo un reconocimiento rápido con su cuerpo dolorido: había vuelto a la celda. Encontró con los dedos múltiples marcas de pinchazos por los hombros, el pecho y las piernas. Ya no llevaba la venda, pero volvía a estar en las tinieblas. Exploró los confines de la celda al tacto y no encontró nada, ni grillete, ni cadena, ni manta, ni bandeja... ni tampoco lámpara. Esta vez, la puerta estaba cerrada con llave.

Sin fuego, sin manta, sin lámpara; tenía poco calor que conservar, pero poco era mejor que nada. Se hundió en el suelo y se llevó las rodillas al cuerpo, ignorando el dolor que le provocaba el movimiento en las extremidades. Dejó caer la cabeza y apretó los dientes.

«Estoy encerrada en una celda —se dijo a sí misma, tartamudeando mentalmente y dispersa mientras trataba de seguir el consejo de su padre—, sin comida, sin luz ni esperanza de escapar. Y el único amigo que tenía es el monstruo que mató a mi padre».

Le ardían los ojos, pero cuando levantó la cabeza los tenía secos. Estiró con cuidado las piernas, primero una y después la otra, mordiéndose los labios cuando los movimientos tiraban de los músculos doloridos, así como de la piel perforada. Luego, los brazos, la espalda y el cuello. No tenía armas ni plan, pero era rápida y quizá —solo quizá—, si la Bestia creía que estaba herida, le daría la oportunidad de echar a correr.

Estaba limpiándose la sangre seca de la piel lo mejor que podía cuando se abrió la puerta y una inmensa negrura llenó el espacio. Nunca había visto la enorme sombra, pero es cierto que antes no la buscaba. Lo que buscaba era la forma del tamaño de un hombre.

—Levántate —dijo la Bestia.

Tenía todos los músculos rígidos. La voz seguía siendo la que conocía, el bajo musical con un toque salvaje. Pero ahora identificaba su ferocidad y la voz ya no le resultaba cálida. Tenía los huesos como el hielo.

—No.

—Levántate o te mataremos.

Yeva apretó la mandíbula con tanta fuerza que le dolió. Hizo un esfuerzo por ponerse en pie, exagerando el dolor en sus músculos y haciendo que estaba más rígida de lo que se sentía.

—Ven.

La sombra le tiró la venda y luego se movió hacia la puerta.

Aquella era su oportunidad. Estaba de espaldas y podía intentar la huida. Yeva miró hacia la zona con más luz, lo que le decía que el pasillo estaba vacío. «Soy prisionera del monstruo que mató a mi padre», pensó con una repentina claridad cristalina.

No había dejado a sus hermanas por nada. No había ido a buscar a su padre y había descubierto que estaba muerto para luego morir cautiva de una Bestia.

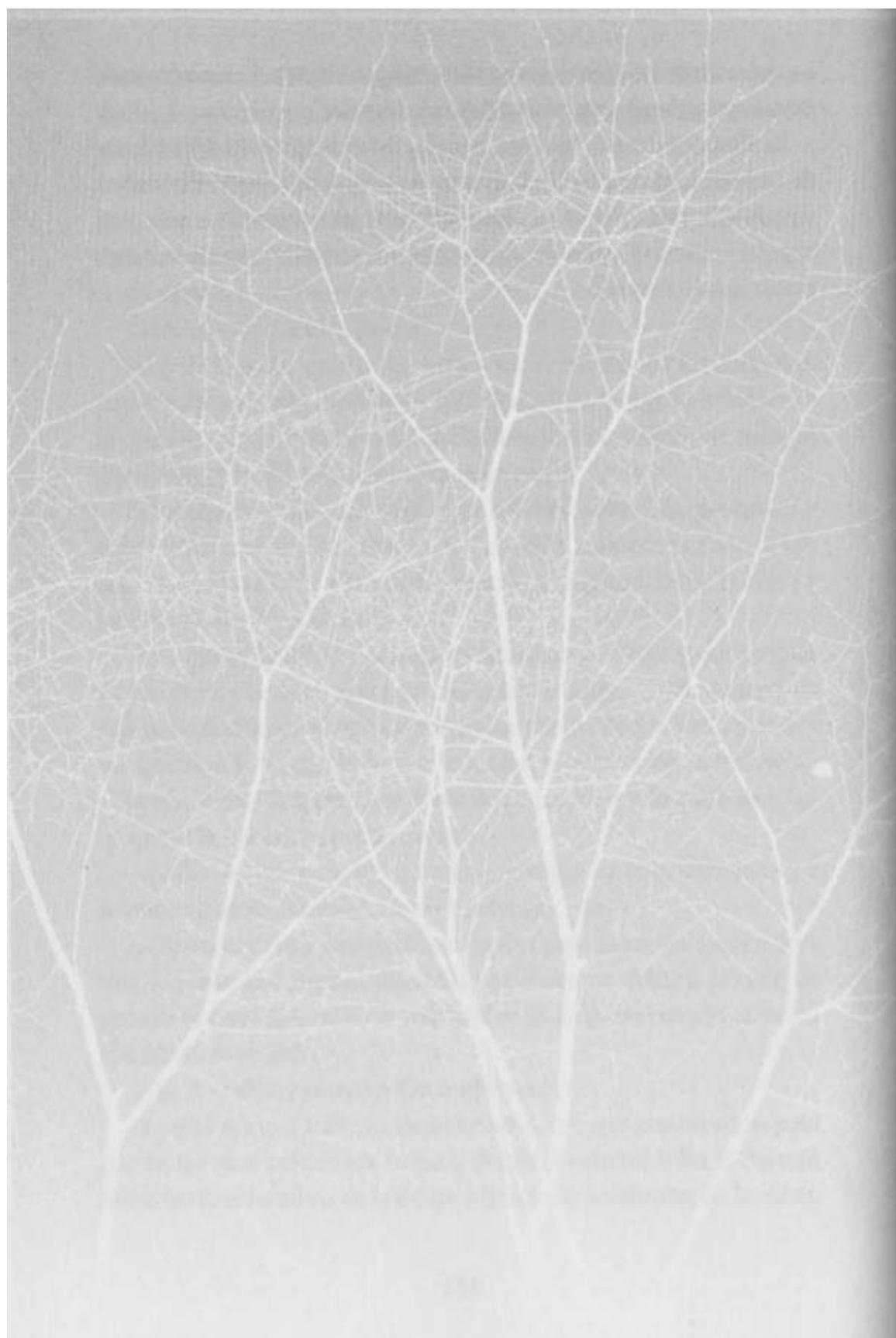
Ahora sabía por qué estaba allí. Vería a aquel monstruo muerto.

Yeva se puso a caminar tras él, siguiendo su olor y su ruido a lo largo del pasillo. Por el sonido de sus pasos, renqueaba. Su cuchillo le había herido. Sintió una oleada de satisfacción tan grande que los oídos le pitaron de triunfo.

—¿Adónde me llevas? —susurró, colocándose la venda y atándose la detrás de la cabeza.

En la calma oyó una vez más su voz despreciable:

—A entrenarte.



BESTIA

Nos equivocamos. No hay ningún animal dentro de ella. Por cómo nos habla ahora, tan llena de rabia, es más humana que nada de lo que hayamos experimentado en muchísimos años. Los animales no odian. Eso es propio únicamente de la humanidad.

Es mejor de ese modo, que nos vea como somos. Estamos contentos. Sigue siendo fuerte, a pesar de su enfermedad, y es hábil. Hará lo que necesitemos de ella y así se hará. Seremos libres.

Se acabó el subterfugio, se acabó fingir humanidad. No tenemos que ayudarla ni escondernos en las sombras. No tenemos que escuchar su voz ni sus historias, no tenemos que sufrir que nos dé un nombre como si fuéramos un hombre. No tenemos que fingir tener sentimientos.

Es mejor así. Nos ha visto y eso, también es libertad. Ahora se irá más rápido. Lo sabemos.

Es mejor.

Es mejor.

Es mejor.

OCHO

YEVA SIGUIÓ A LA BESTIA mientras la conducía por un laberinto de pasillos. Tropezó más de una vez, pero la Bestia no le ofreció su hombro para guiarla y ella no se lo pidió. Creyó notar una ligera pendiente hacia arriba en el camino, pero no estuvo segura hasta que una luz fría y clara, lo bastante brillante para percibirla incluso a través de la venda, estalló sobre ella.

La sensación del peso de estar bajo tierra desapareció, el aire volvía a estar vivo con movimientos, olores y los distintos sonidos de la vida. El sol, pálido y frío en el cielo de invierno, era tangible en su piel.

Por un breve instante Yeva se olvidó de su ira mientras caminaba a trompicones por la nieve y respiraba la cortante frescura del aire como alguien que ha estado ahogándose hasta la muerte. Pero su alivio se esfumaba a cada paso mientras se esforzaba a ciegas por avanzar en la nieve que le llegaba hasta la espinilla. Se concentró en cada respiración, en las punzadas del aire en sus pulmones, tratando de memorizar lo lejos que iban, los giros que daban.

—Quítate la venda.

Yeva se detuvo y la realidad volvió a ella, dando rienda suelta a la imagen mental medio formada de dónde se encontraban. Hizo un esfuerzo por mantener las manos firmes mientras se retiraba la venda de los ojos. Se quedó parpadeando, casi ciega. El cielo estaba cubierto, pero la nieve era lo bastante brillante para que apenas pudiese ver.

A sus pies distinguió algo familiar. El arco de su padre, y a su lado, su aljaba.

—Ese es tu objetivo.

La Bestia estaba sentada sobre sus cuartos traseros como un lobo enorme a cierta distancia de ella, con su inmenso cuerpo para nada encogido ahora que estaba en el exterior en lugar de en los confines de los pasillos. Su gruesa cola peluda le envolvía perfectamente el cuerpo como la de un gato.

—Dispararás al objetivo y si aciertas, probaremos a una distancia mayor.

Yeva cogió el arco, sin molestarse en apartar la vista de la criatura el tiempo suficiente para ver el blanco que estaba señalando. Debía sentirse aliviada y contenta porque le hubiera dado un arma, pero tan solo sentía hielo. Agarró el arco para apuntar y aunque dirigió los ojos hacia el objetivo, no vio nada más que una neblina roja descender sobre su visión.

—Dispara cuando estés preparada.

Yeva inspiró hondo mientras colocaba una flecha, calculando mentalmente el arco entre el

objetivo al que debía dar y la Bestia que se hallaba a un lado. No estaba lejos. Apartó la neblina de los ojos parpadeando y la sed de sangre aumentó. Al exhalar el aire que estaba conteniendo, giró a un lado para apuntar a la Bestia y luego lanzó la flecha con un suave movimiento.

La Bestia apenas se inmutó. Alzó una pata y apartó la flecha, que se clavó en un árbol.

Yeva se quedó mirándola, jadeando, con las manos de pronto agarrando el arco sin fuerza. Era imposible. Nada podía moverse tan rápido, ya fuera humano o animal. La Bestia también la miró, con el rojo dorado de sus ojos impertérrito.

—Otra vez —dijo, sin mostrar ningún signo de ira como cuando ella se quitó la venda junto a la chimenea.

A pesar de todo su poder, el arco no la ayudaba. Dejó caer los brazos y el arma se deslizó en la nieve hasta sus pies.

—No.

La punta de la cola de la Bestia se movió. Irritación.

—Inténtalo otra vez o morirás.

—Pues mátame.

Yeva sabía que debía tener miedo, pero en su interior tan solo había espacio para el enfado.

Con una prudente lentitud, la Bestia se levantó y su tamaño de nuevo dejó a Yeva sin aliento. Fue hacia ella, apoyando cada pata con tanta delicadeza que no hacía ruido sobre la nieve. Yeva se mantuvo firme, incluso cuando la Bestia se detuvo a solo unos centímetros de su cara.

—Vas a repetirlo —dijo con su gruñido grave y peligroso—, o mataré a tu familia.

Yeva se quedó helada.

La Bestia se sentó, desprendiendo su pelaje aquel olor dulce a almizcle casi penetrante en el frío gélido.

—Ah —dijo, avivando la satisfacción amarga su voz que de lo contrario no tendría emoción—. Sí. Harás lo que te ordenemos a partir de ahora o los mataremos a todos.

Le había hablado acerca de todos ellos, de las reprimendas de Lena y el pie retorcido de Asenka, de la torpeza de Albe y sus gestos bienintencionados. Había descrito los árboles que rodeaban la cabaña, que quedaba en el hueco de la bifurcación de un arroyo que corría a ambos lados de la vivienda. Había descrito la casa.

—Coge el arma.

Los ojos de la Bestia se clavaron en ella. Los de Yeva comenzaron a llorar por la tensión y el frío, le escocían debido al aire helado. Se encorvó sin apartar la vista del monstruo mientras recogía el arco del suelo. Sacó otra flecha de la aljaba a sus pies y los dedos envolvieron el asta como si estuviera aferrándose a su última esperanza de sobrevivir en una fuerte ventisca.

La Bestia se levantó y le dio la espalda para volver a ponerse en el mismo lugar en el que estaba sentada cuando le había retirado la venda. Yeva alzó el brazo para clavarle la flecha en el espinazo.

—Si intentas matarnos de nuevo —dijo la Bestia sin darse la vuelta—, asegúrate de acertar.

Yeva se quedó otra vez paralizada y el brazo de pronto le pesó más que el plomo.

—Porque si lo intentas y fallas, tus hermanas pagarán el precio y te mantendremos viva el tiempo suficiente para que lo veas.

—Otra vez.

La voz de la Bestia le resultaba ahora tan familiar que los oídos de Yeva casi no la identificaban. La percibía como una vibración en lo más profundo de su pecho, una agitación de la ira que todavía corría por sus venas. Él la sacaba día tras día para disparar al mismo blanco, un viejo árbol retorcido, con una parte podrida y ennegrecida del tamaño de su puño. Primero, disparó a treinta pasos; luego, a cuarenta y a cincuenta. Su puntería con el arco de su padre no era la misma que con el suyo, que era menos rígido; pero había abandonado su arco más ligero para coger las armas de su padre y perseguir a la Bestia que lo había matado. No obstante, conforme su fuerza aumentaba, también mejoró la puntería con el arco viejo y pesado. Por el día, la obligaba a practicar; y por la noche, regresaba a la celda oscura y gélida para comer frías raciones y dormir. Al principio, se quedaba despierta y no descansaba, caminando de un lado a otro, con los pensamientos golpeando los confines de aquella prisión, buscando el modo de huir, pero con el transcurso de las jornadas, no pudo evitar dormir por el agotamiento, sin sueños.

En vez de soltar la flecha que había sacado en respuesta a su orden, bajó el arco y cerró los ojos.

—He dicho que dispaes otra vez. —La Bestia levantó la voz y aunque no había ira en ella, Yeva sintió su aceleración, su intensidad—. Hoy tu puntería es peor.

—No puedo —dijo Yeva, dejando caer el arco y la flecha al trillado lodo cubierto de hielo y nieve—. Me duelen los hombros. No he descansado, no me ha dado tiempo a que se me recuperen los músculos.

La Bestia, sentada como siempre lo bastante lejos para que no pudiera lanzarse sobre ella, se levantó y la miró con aquellos ojos entrecerrados de color rojo dorado.

—La necesidad de descansar es una debilidad humana.

—Yo soy humana —espetó Yeva, quitándole el agotamiento su sentido común.

En aquel momento, no le importaba enfadar a su captor. En aquel momento, se olvidó de la cabaña en la bifurcación del río, de sus hermanas y de su amigo, de los perros, de las vidas que tenía que proteger. En aquel momento, tan solo podía pensar en lo mucho que le dolía el cuerpo y en la certeza de que no podía apuntar ni una flecha más.

—Es una ilusión —soltó la Bestia—. Solo imaginas que necesitas descansar.

—¿Es una ilusión que mis flechas no den hoy en el blanco? —Yeva apoyó los pies en el suelo con fuerza, decidida a no ceder a su deseo de doblarse y dejarla espatarrada en la nieve fangosa—. ¿Son imaginaciones mías que ayer no le diera al árbol y perdiera una de mis flechas?

La Bestia se quedó callada y continuó con la vista clavada en Yeva, con aquella mirada animal desconcertante e imparable. La joven se mantuvo firme, dispuesta a no temblar. Habían pasado días, tal vez semanas, y todavía no podía aceptar el hecho de que aquellos ojos de animal tuvieran una boca con colmillos que hablara, que frunciera los labios, los alisara y los curvara para pronunciar palabras como un ser humano.

Yeva se echó por encima la capa y se apartó del arco.

—Me has dicho que estoy entrenándome, pero no me has comentado para qué es este entrenamiento.

—Porque todavía no tienes que saberlo.

Yeva apretó la mandíbula.

—Insistes en que dispare a un árbol muerto, pero a menos que se trate de una competición de arco en algún reino lejano, el entrenamiento es inútil. No existe ningún blanco que espere a que le apunten.

La Bestia no respondió de inmediato y, si hubiera sido un hombre, Yeva habría creído que vacilaba. Pero se limitó a mirarla. Impasible. Después, con un tono pesado, respondió:

—Necesitamos un cazador.

Yeva sintió un hormigueo en la piel y contuvo la ilusión que amenazaba con revelarse en su cara. Era el primer atisbo de respuesta que había recibido de la criatura.

—¿Por qué?

—Hay cierto tipo de presa que debemos capturar.

La voz grave de la Bestia estaba más calmada que nunca.

Yeva examinó el rostro de la criatura durante un rato antes de darse cuenta de que estaba buscando alguna señal de sus pensamientos en su expresión... alguna señal de humanidad. Pero no era un humano. Se tragó la ira candente que la había sostenido desde que había averiguado la identidad de su captor.

—Captura tú mismo la presa. Colocas las trampas tan bien como un cazador.

—No podemos.

La cara de la Bestia tembló un segundo. En sus rasgos lupinos, en el brillo de los dientes, en los ojos de color rojo dorado... por un breve instante, Yeva lo vio. Frustración. Ira.

Impotencia.

—¿Por qué no? —susurró la muchacha.

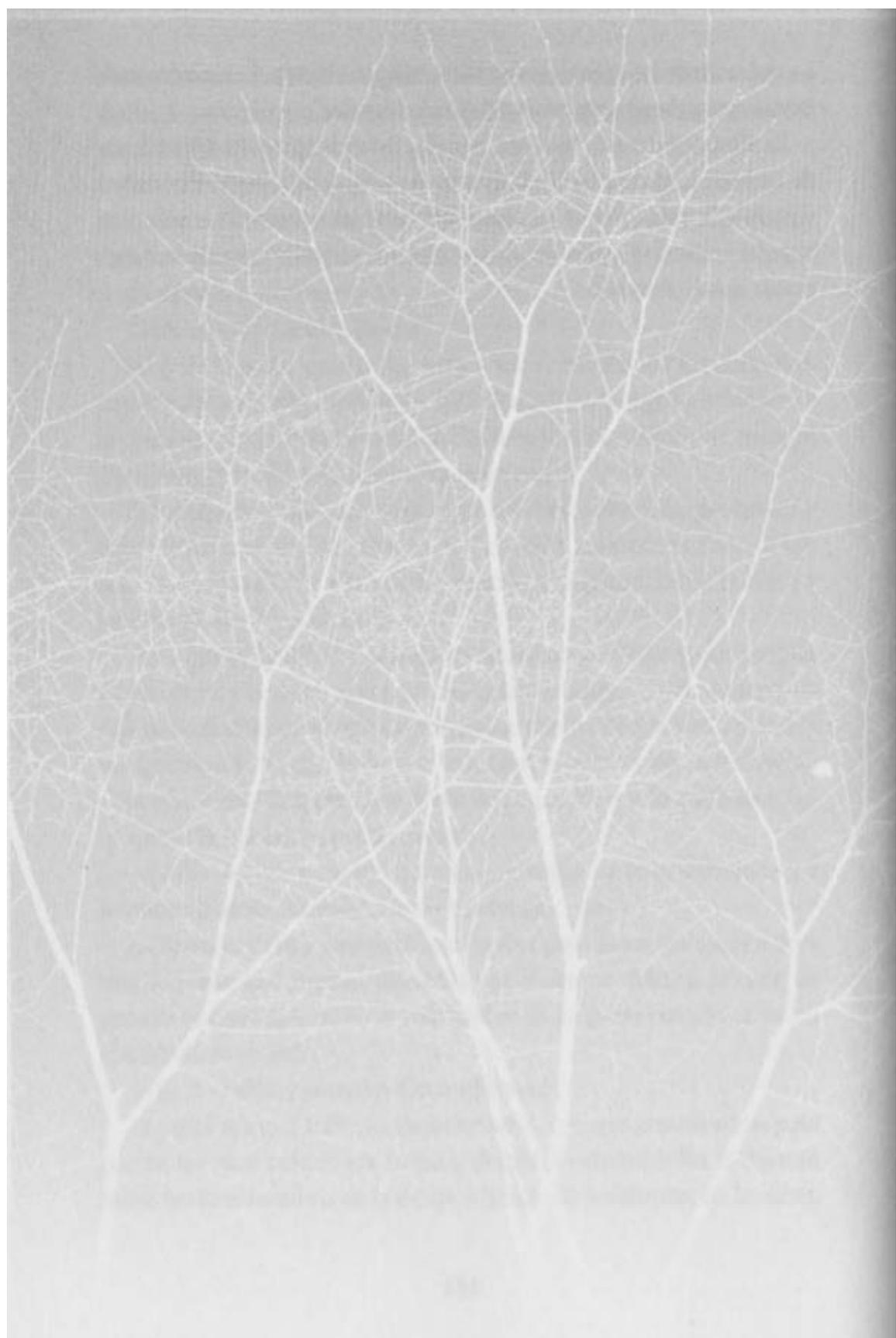
—Porque nosotros...

Las palabras de la Bestia se detuvieron súbitamente como si los pulmones se hubieran quedado sin aire. Frunció las cejas, unas cejas que Yeva no había distinguido antes. Sacudió la cabeza, un movimiento que bajó por el cuerpo de la criatura como un temblor hasta que se agachó, con el vientre casi apoyado en la nieve.

Tal vez, si no hubiera pasado tanto tiempo en la celda contando historias, sacando a relucir los relatos que había oído de pequeña, o si no hubiera estado las últimas semanas cautiva a manos de una criatura que solo podía existir en dichas narraciones, a Yeva no se le habría ocurrido lo siguiente: «No puede contármelo, porque está bajo un hechizo».

En todos los cuentos de hadas había reglas, y ni siquiera los monstruos podían romperlas.

¿Dónde, salvo en los cuentos de hadas, existían animales parlantes?



BESTIA

Pensábamos que el odio lo haría más fácil. Que si continuaba creyendo que nosotros éramos los que habíamos matado a su padre, su miedo y su ira nos liberaría de nuestro lado humano. Pensábamos que no sería más que una herramienta, un arma que empuñar, una flecha que disparar con su arco.

Pensábamos...

Pensábamos demasiado.

Porque mientras que el odio es un fuego que solo siente el hombre, no odia a la bestia que llega por la noche. La humanidad la teme, lucha contra ella, la ahuyenta, pero no la odia. Nadie odia al oso, ni al lobo. No odian al viento ni a la nieve. No odian a la muerte.

Se odian los unos a los otros.

NUEVE

YEVA SE ACURRUCÓ en el rincón de la celda, envuelta en la capa mientras se quedaba medio dormida. El frío se filtraba de las piedras a su cuerpo como un veneno, haciéndose que se enroscara aún más, a pesar de la protesta de sus músculos. El esfuerzo por tensar el arco de su padre, día tras día, le desgarraba las articulaciones de los hombros, provocándole un nudo de tensión entre los omóplatos que empeoraba cada noche que pasaba frío.

Sabía que debía levantarse, que debía caminar de un lado a otro de la habitación, estirarse y permanecer lo más ágil posible. Al principio, lo había hecho todas las noches, pero ya no podía moverse más. Tal vez si se desgarraba un músculo y no podía volver a tensar el arco, la Bestia la dejaría descansar.

Su mente, como solía hacer durante aquellas horas oscuras y silenciosas, intentaba pensar en su familia. En sus hermanas, en lo preocupadas que estarían; en Solmir, en cuánto tiempo continuaría cuidándolas; en cuánto tiempo tardarían en darla por muerta. Pero no podía permitirse pensar en ellos, puesto que no podía imaginar su hogar sin su padre allí también, y al acordarse de él, sentía una punzada de dolor tan real como sus costillas rotas y sus músculos doloridos. Se negó a pensar en ellos, en ninguno de ellos. Ya habría tiempo para la pena más adelante, en cuanto matara a la Bestia.

Un sonido al otro lado de la puerta la trajo de vuelta al presente de pronto. No era más que un ligero susurro, pero era un sonido que conocía bien, de hace días, semanas e incluso tal vez meses. Un sonido que significaba que había llegado el momento de retomar la historia que le había contado a su aliado invisible, esperando en silencio al otro lado de la celda.

Su aliado invisible. Yeva podría haberse reído por su ceguera. ¿Aliado? Siempre había sido su captor.

La muchacha se estremeció tan violentamente que un sonido se escapó de sus labios, un pequeño gemido arrebatado por las hambrientas piedras de la habitación.

—Dijiste que necesitabas descansar.

La voz de la Bestia estaba más tranquila y por un instante, hubo dos caras en la mente de Yeva: la que se imaginaba que pertenecía a su amigo y la que había visto gruñendo y rugiendo delante de sus ojos cuando se le cayó la venda.

La joven no respondió.

Las pisadas de la Bestia se oyeron de nuevo, el suave roce de sus almohadillas en la piedra.

Estaba caminando de un lado a otro delante de la puerta.

—Necesitas descansar y nosotros necesitamos... —Dejó de andar un segundo y luego continuó —. Yo necesito... necesito hablar.

Era la primera vez desde que había averiguado lo que era que no se había referido a sí mismo como «nosotros». Yeva siempre había imaginado que debía haber otros en aquel lugar, sirvientes o tal vez otras criaturas sacadas de antiguas historias. Alguien había cocinado las patatas que se había comido. Alguien había abierto la bolsa y había cogido las medicinas, había preparado la bandeja y había encendido la lámpara de aceite. La Bestia no podía haberlo hecho, no con las zarpas aterciopeladas que ahora iban de un lado a otro delante de la puerta.

Pero los dos rostros aparecieron de nuevo ante los ojos de Yeva y de repente no estuvo tan segura. Tragó saliva, tenía la garganta seca.

—¿Hablar?

—Sí.

Yeva giró la cabeza y sacó una mano de la capa para llevarse un dedo frío a la sien.

—¿Quieres que hable contigo? ¿A cambio de dejarme descansar?

Las pisadas cesaron y el silencio se extendió por las piedras como el frío. Entonces la ferocidad de la Bestia regresó en forma de un gruñido retumbante que hizo que la parte primitiva de la mente de Yeva retrocediera y enviara órdenes urgentes a su cuerpo de huir, esconderse y defenderse.

—No importa —espetó.

Las pisadas se retiraron, volvió el silencio y la oscuridad, y Yeva se quedó sola.

—Puedes empezar.

Eran las mismas palabras que la Bestia usaba todos los días para indicarle a Yeva que se quitara la venda para practicar el tiro al blanco. Siempre la llevaba al mismo sitio, lo bastante lejos del edificio donde se encontraba la celda que no podía ver, donde no contemplara nada más que árboles.

Pero cuando se bajó la venda al cuello, esta vez fue diferente. No se veía por ninguna parte el viejo árbol retorcido que usaba como objetivo y el bosque que la rodeaba era nuevo. No se había dado cuenta de lo familiar que se le había hecho el otro claro. Distinguió sus huellas en la nieve y las de la Bestia a su lado, aunque la marca de sus patas en el suelo nevado era borrosa allí donde el pelo y la cola la habían movido.

Tenía el arco y la aljaba a sus pies como era habitual, pero no había un objetivo claro. Vaciló y se giró hacia la Bestia, que estaba sentada mirándola como siempre.

—No lo entiendo —dijo la joven, despacio.

—Tenías razón. —Se movía solo la cola de la Bestia, de un lado a otro, donde se curvó alrededor de sus cuartos traseros—. Las presas auténticas no se están quietas, esperando a que las disparen. Hoy cazarás.

Una chispa se encendió en el corazón de Yeva y fue a coger el arco de su padre de la nieve sin quitarle los ojos de encima a la Bestia.

—¿Qué voy a cazar?

Los dedos de Yeva agarraron el arco por las marcas que había para unas manos más grandes,

unas manos que ya no lo tensarían más.

—¿Y qué me va a impedir echar a correr?

—Te estaré vigilando.

Yeva se puso recta y sintió que se le arrugaba la frente.

—Ahuyentarás la presa —protestó—. Te olerán, te oirán. Sabrán que hay un depredador tras ellos.

La cola de la Bestia se movió de nuevo, como signo de impaciencia.

—No sabrán que estoy aquí.

—Pasó cuando mi padre estaba cazando —replicó Yeva, agarrando con más fuerza el arco. Los dedos de la mano que lo tensaba ansiaban coger una flecha. No se podía razonar con el instinto, ni convencerle de lo inútil que sería intentar disparar a la criatura.

—No. —La contestación de la Bestia fue cortante y sus ojos rojos y dorados fueron el único color además de su pelaje en aquel bosque cubierto de nieve. Pero mientras la miraba, pareció suavizarse, algo cambió en sus pupilas, la redondez de sus ojos se alargó para semejar más a las de un humano. Parpadeó y luego apartó la vista—. Él mismo fue el que ahuyentó a la presa.

Yeva abrió la boca para protestar, pero de pronto recordó algo que le impidió hablar. Vio a su padre irrumpiendo en la casa después de semanas en el bosque, quitándose la nieve pisando fuerte aquí y allá, con ojos de loco e impaciente. La misma locura que le había hecho empujarla al suelo podría haberse tragado su destreza y también su sigilo.

Entonces le vino una idea a la mente, que encajaba.

—Estabas observándole —susurró—, en el bosque, antes de que muriera.

—Sí.

—Necesitabas a un cazador.

—Sí.

Una oleada de ira tan ardiente que no pudo tragársela inundó la boca de Yeva con el amargo gusto a metal y la mano que sostenía el arco de su padre tembló.

—Era el mejor cazador de este país, tal vez de cualquier país. Le estuviste siguiendo, viste su destreza... ¿Por qué lo mataste? ¿Por qué lo hiciste pedazos y dejaste que se lo comieran los carroñeros?

La Bestia volvió a levantar la cabeza de improviso y clavó los ojos en Yeva, entrecerrándolos. No respondió, sino que se quedó en silencio. Hasta la cola que no dejaba de moverse se había detenido, convirtiéndola en estatua. Los copos de nieve seguían cayendo sobre su pelaje, que se agitaba con cada latido de su corazón.

—¿Por qué? —preguntó Yeva y la voz se le quebró cuando la pasión hizo que se le nublara la vista y le temblara el cuerpo—. ¡Contéstame!

La Bestia se levantó bruscamente de sus cuartos traseros y dio unos cuantos pasos al tiempo que la cola formaba unos hoyos largos en la nieve tras él. Cuando se giró, Yeva tuvo la sensación de haber imaginado que notaba algo distinto en su naturaleza bestial: llevaba gacha su cabeza de lobo, con las fauces abiertas, como olería un depredador a la presa en el viento.

—Lo que hagamos no te concierne —espetó la Bestia, con las palabras distorsionadas como si hablar con aquellos colmillos de repente le resultara difícil—. Puedes empezar.

El tiempo parecía ir más despacio, como atrapado por el rugido de la sangre de Yeva pasando a toda velocidad por sus oídos, contenido por la tensión que atravesaba cada músculo. El cuerpo

se le movió antes de que lo hicieran los pensamientos, como si la mano que llevó a la aljaba para coger una flecha fuese la que diera las órdenes y no su corazón. Colocó la flecha en la cuerda, echó hacia atrás el pie izquierdo y tensó el arco antes de que el impulso llegase lo bastante profundo para alcanzar sus pensamientos, y para entonces lo único en lo que podía pensar era «le mataré, le mataré, le mataré».

Y para cuando se giró hacia la Bestia, ya se había ido.

Yeva se quedó resollando, con el arco todavía tensado, los hombros temblando por el esfuerzo y soltando vaho al respirar. Todavía quedaban pisadas en el lugar donde había estado, más marcadas en el borde exterior, y en el centro solo lodo y nieve allanados. No había huellas que se alejaran. Y mientras la joven estaba allí de pie, incluso el olor de la Bestia, aquel almizcle extraño y feroz, desapareció en la escarcha hasta que lo único que quedó fue la punzada del invierno en la nariz de Yeva mientras se esforzaba por recuperar el aliento.

Bajó el arco lentamente, dibujando una curva con la punta de la flecha en la nieve mientras se movía. «Si intentas matarnos de nuevo —le había dicho la Bestia—, asegúrate de acertar». Se había esfumado antes de poder intentarlo y poner a prueba la amenaza de esas palabras.

Con rigidez y a tirones, Yeva se colgó el arco al hombro, volvió a guardar la flecha en la aljaba y se recompuso para ponerse en marcha. No sabía si la desaparición de la Bestia era magia o destreza, si podía hacerse invisible o si simplemente estaba tan en sintonía con el bosque que podía utilizarlo incluso para ocultar su olor. No importaba. Fuera como fuese, la habilidad de Bestia era mayor que la suya y no le quedaba más remedio que hacer lo que le había ordenado.

Así que cazaría.

Yeva alzó la vista al cielo, a lo que veía de él a través de las largas y estrechas ramas negras de los árboles. La posición del sol estaba tapada por un espeso manto de nubes, pero creyó ver un lugar del cielo más brillante que el resto. Estaba inconsciente cuando la Bestia la llevó a la celda y la venda le cubría los ojos cada vez que la sacaba de allí, así que no sabía en qué parte del bosque se encontraba. No obstante, la cabaña de caza de su padre estaba situada al norte por el bosque desde el pueblo donde vivía antes y Yeva sabía que la guarida de la Bestia tenía que hallarse más cerca de las entrañas del bosque que la cabaña. Así que escogió lo que creía que sería el sur y se puso en marcha hacia esa dirección.

A pesar de los días cautiva, cayó en sus viejos hábitos como si hubiera caído en un cómodo lecho: avanzaba a grandes zancadas sin resultarle un gran esfuerzo y aguzaba el oído para identificar cualquier sonido nuevo y clasificarlo como parte del lienzo de fondo. Comparado con el silencio de su celda, el bosque estaba lleno de color y sonido: la tonalidad de la nieve bajo un viejo árbol retorcido, que oscilaba del azul hielo más pálido al lila oscuro, indicaba que allí había un hueco y debajo una madriguera. El movimiento de una rama que captó con el rabillo del ojo, muy por encima de ella, reveló el itinerario de una ardilla que saltaba de copa en copa. El fuerte graznido de un arrendajo lejano advertía a sus compañeros de una intrusa y avisó a Yeva de que debía moverse con más cuidado, con más sigilo.

Y por todas partes, cruzando por aquí y por allá, como huellas en un mapa de caminos invisibles del bosque, había rastros de animales. Algunos eran recientes, como los hoyos que habían dejado los conejos con sus largos saltos o los delicados agujeros de las elegantes patas de los zorros trotando en círculo por sus territorios. Otros eran más antiguos, estaban medio llenos de nieve que había caído en ellos y eran más difíciles de localizar.

La nariz de Yeva captó un ligero y breve aroma a almizcle y le dio un vuelco el corazón, al aparecer enseguida la imagen de la Bestia en su cabeza. Pero aquel olor era distinto, más suave y familiar. Al cabo de unos instantes buscando, descubrió un árbol con grietas en la corteza y trozos de un pelo pardo negruzco en las astillas. En algún lugar cercano había un oso hibernando con su cría. Yeva sabía muy bien lo que significaba aquella señal, como si estuviera escrita con letras, y evitó esa zona.

El tiempo transcurría y era imposible saber en qué momento del día se encontraba al no ver bien el sol. Una o tal vez dos horas después, Yeva sintió un hormigueo en la cabeza al venirle a la mente cada vez más ideas que no podía ignorar. «¿Dónde está la Bestia? Llevo horas sin ver ni oler ni rastro de ella».

Y luego, «Tal vez pueda escapar...»

Le había prometido que podía ocultar su presencia a animales cuyos sentidos eran mucho más agudos que los de Yeva, y era cierto que cuando las criaturas salían asustadas de las madrigueras era debido a las pisadas de Yeva y no por culpa de un depredador oculto. Pero ¿acaso significaba eso que la Bestia decía la verdad? ¿O quería decir que ya no estaba siguiéndola?

«Hay algo ahí fuera —había susurrado su padre mientras miraba con ojos de loco el fuego de la chimenea—. Algo astuto. Siguiéndome los pasos».

Yeva, sola en el bosque, temblaba porque sabía que no estaba sola.

A pesar de que se le erizaba el vello de la nuca, el corazón se le alegraba al estar rodeada del mundo que conocía, el mundo que amaba. Aunque seguía estando presa, durante aquellas pocas horas era libre, más libre de lo que jamás había sido en las incursiones de caza cuando salía de la cabaña de su padre. Había algo en aquella zona, el valle de la Bestia, que la hacía sentir su vida en casa como un recuerdo muy distante. Caminaba cada vez con más facilidad y el dolor de las costillas pareció mitigarse mientras respiraba el aire fresco invernal. Notó una ligera sensación en el corazón, que se alzaba como las llamas para calentar los dedos de sus pies congelados y de las manos doloridas. Se sentía... en casa.

Se topó con las huellas recientes de un ciervo solitario casi por accidente, con pensamientos de preocupación. Rara vez había cazado un ciervo ella sola. Su arco no era lo bastante pesado para atravesar completamente la piel gruesa de ese animal. Pero el de su padre sí lo era. Apuntó las botas en la dirección del rastro del ciervo y echó a correr.

Sin saber cuándo había caído la última nevada o si había habido viento recientemente que afectara a la capa superior de nieve, era imposible saber el tiempo que hacía que el ciervo había pasado por allí. Podía haber sido una hora o varios días. Pero no le quedaba más remedio que seguir hacia donde le llevaban las huellas, con la esperanza de lograr algún éxito. Fuera cual fuese la medida que estuviera aplicando la Bestia.

Llevaba siguiendo el rastro una hora o dos cuando un sonido, distinto de la gama de ruidos de fondo que había identificado, la interrumpió. Se paró a medio paso, se llevó una mano al arco que colgaba del hombro y escuchó.

Algo iba hacia ella, y rápido. Era muy grande para ser un zorro o un conejo, pero muy pequeño para tratarse de un oso o un jabalí. El crujido de la maleza le informaba de que era una criatura con grandes zancadas, que saltaba y, al alargarse los segundos, oyó una respiración dificultosa entre fuertes jadeos.

«¿Un lobo?»

Yeva agarró el arco, se lo descolgó del hombro y colocó una flecha en la cuerda en un segundo. Se preparó, de frente al sonido del animal que se acercaba, buscando con la mirada en el bosque helado.

Ahí. Un torrente de movimiento, un surco de ramitas y nieve volando. Alcanzó a ver un poco de pelo entre la maleza, no el gris abundante que había esperado, sino un dorado pálido. Un aullido jadeante partió el aire y Yeva se quedó quieta mientras la confusión la atravesaba donde hacía unos instantes había estado la certeza. «Eso no es un lobo, eso es...»

La criatura salió de entre los arbustos y se abalanzó sobre Yeva, tirándola en la nieve. Todo era pelo, aullidos, gemidos, una lengua que le bañaba la cara, y unas patas gélidas que se le clavaban en la tripa, los muslos, una cola que le daba en las rodillas y en la cara, mientras la criatura daba vueltas, ladraba y le echaba el aliento caliente encima de su piel.

—¡Cervatilla! —gritó Yeva, rompiéndosele la voz por la pena, el dolor, el alivio y el miedo enredados en la garganta. ¿Cuánto tiempo debía de llevar buscándola su perra? Y con el tipo de nieve y frío que no estaba acostumbrada a soportar—. ¡Oh, Cervatilla, perra mala, cosita preciosa y terrible...!

Entonces Cervatilla le pisó con fuerza el pecho por el entusiasmo de acercarse más a su dueña, y las costillas de Yeva, que solo estaban curadas en parte, le dolieron muchísimo. La muchacha soltó un alarido antes de poder contenerlo.

Y entonces apareció la Bestia.

Salió de la nada, gruñendo rabia y furia, enseñando los colmillos, con el pelaje erizado, preparado. Saltó hacia Yeva y el grito de dolor de la chica se transformó en un chillido de auténtico terror y se encogió para protegerse del golpe que sabía que vendría...

Entonces abrió los ojos para ver a la Bestia sobre ella, gruñendo y agitándose, con la vista clavada en Cervatilla, que estaba ahora a tan solo un paso o dos de ella, con las cuatro patas plantadas en la nieve y enseñando también los dientes.

Notó que la Bestia se disponía a atacar, como si fueran sus propias intenciones, y la chica se echó hacia delante, la agarró del hombro, de repente con demasiado miedo para darse cuenta de que era la primera vez que Yeva la tocaba desde que se le cayó la venda y descubrió quién —lo que— era. Con demasiado miedo para procesar lo que había visto, que la Bestia estaba protegiéndola.

—¡No! —gritó, y sintió cómo los músculos se le amontonaban y tensaban bajo su mano—. ¡No! Es mi amiga... no...

La Bestia se paró y giró su cabeza lupina para clavar los ojos en Yeva una vez más. Las pupilas, dilatadas por el ataque durante la caza, de pronto se contrajeron en el resplandor de la nieve cuando la lucha abandonó su mirada.

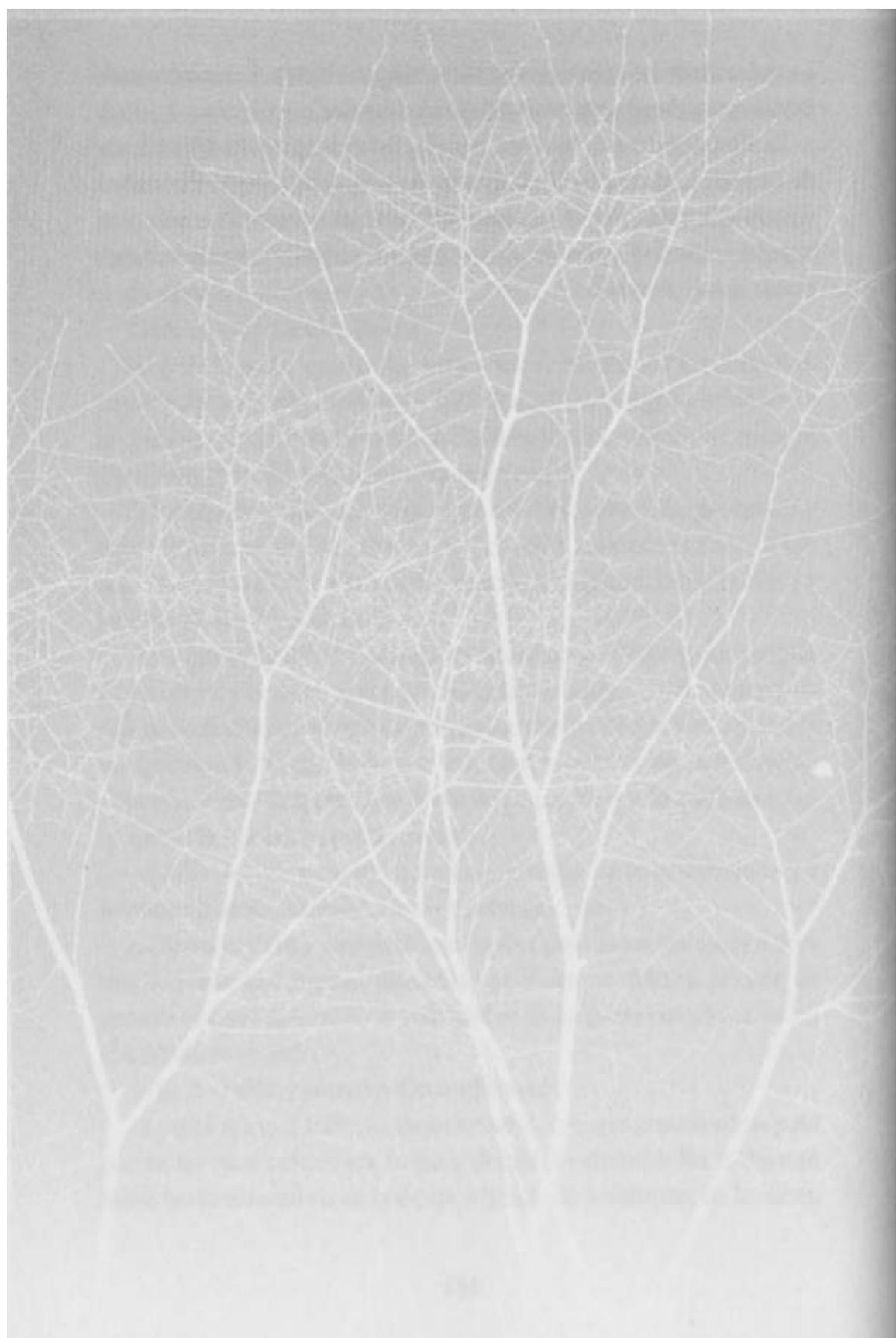
—Yo... —dijo, y entonces Cervatilla saltó.

La perra era una fracción de su tamaño, con una constitución para correr, no para pelear; sus largas y delgadas extremidades la dejaron saltar hasta el hombro de la Bestia e hincó allí los dientes en la carne.

La perra tenía los ojos desesperados, salvajes, llenos de furia hacia la Bestia que creía que estaba atacando a su dueña.

La Bestia soltó un pequeño rugido, no más que una ligera onda de irritación, y sacudió el cuerpo para quitarse a la perra de encima y mandarla volando por los aires. A Yeva se le encogió

el corazón y se le partió cuando Cervatilla chocó contra un árbol y cayó en la nieve, donde quedó inmóvil.



BESTIA

Me moví sin pensar.

Instinto Animal. Nada más. Las acciones de un depredador que defiende su presa, su territorio, su propiedad.

Pero aun así decidí no actuar, yo lo decidí. Yo solo. Oí su voz, sus historias, su suavidad mientras hablaba de su familia y su dureza al hablar de mí... Oí su grito y me moví sin pensarlo.

Necesitamos sus habilidades. Eso es todo. Tan solo ella puede liberarnos de este tormento y por eso la protegimos. Por nuestra libertad, Por nuestras vidas. Por nuestra esperanza.

Y aun así...

DIEZ

—¡No! —YEVA SALIÓ apresuradamente de debajo de la Bestia, que seguía encima de ella. Ignorándola, se puso de pie y salió corriendo hacia donde Cervatilla había caído.

La perra levantó la cabeza y Yeva cogió aire cuando el corazón comenzó a latirle de nuevo. Cervatilla gimió y movió la cola para conmovérla. Intentó ponerse de pie con torpeza en la nieve y aulló de dolor.

—No... quieta. —Yeva apretó la mano contra la cabeza de la perra, firme y caliente—. Quédate tumbada, no te muevas.

Era evidente que se había hecho daño en alguna parte, pero Yeva no veía dónde. Si tenía una hemorragia, era interna.

Notó que la Bestia se movía detrás de ella, pero ya no le quedaban sentimientos hacia aquella criatura... Tenía la atención centrada en Cervatilla.

La Bestia emitió un ruido sordo, un eco del rugido que había dado al volver a aparecer.

—Morirá —dijo con una voz tan tranquila y desprovista de emoción como siempre.

Yeva se giró y el movimiento levantó la nieve.

—¡No! ¡No morirá!

La Bestia apoyó los cuartos traseros, mirándola con aquellos ojos desconcertantes, envolviéndose el cuerpo con la cola e inclinando la cabeza como un gato grande, indiferente.

—¿Por qué debería importar?

—Porque la quiero —replicó Yeva—. Es mía. Vino hasta aquí buscándome. Es mi responsabilidad. ¿No comprendes lo que es la lealtad? ¿El amor? ¿No entiendes el concepto de nada salvo el de la caza?

La Bestia no respondió, continuó mirándola fijamente, continuó sentada, continuó en aquel estado odioso, como si todo lo que Yeva dijera no tuviese consecuencias. Como si todo lo que pensara, sintiera o hiciera fuese un inconveniente sin importancia para él, una molestia que soportar y quitarse de encima.

Yeva soltó un grito sin palabras y se giró hacia Cervatilla para pasarle con cuidado la mano por el cuerpo mientras la miraba, intentando ver si le dolía en algún lugar en concreto.

La voz de la Bestia volvió al cabo de un momento.

—Tiene la pata rota.

Yeva miró por encima del hombro.

—¿Cómo lo sabes?

La Bestia parpadeó.

—¿Cómo no lo sabes tú?

Yeva pasó primero la mano por una pata delantera, luego por la otra... y se sobresaltó cuando Cervatilla aulló, sacando la lengua de inmediato, como si se disculpase por haber sentido dolor al haberla tocado Yeva.

—¿Es el único daño? —preguntó con los ojos todavía clavados en la perra.

—Sí —contestó la Bestia.

—Has dicho que se iba a morir —protestó la joven, acariciando la cabeza de su perra, haciendo lo posible por mantenerla quieta.

—Y se morirá. Con este frío, incapaz de caminar por sí misma, morirá de hambre o congelada. Es... es un acto compasivo acabar con su sufrimiento. —La Bestia hizo una pausa, con la mirada de nuevo preocupada, con aquella misma expresión de antes, como cuando un hombre arruga la frente—. Lo haré yo si quieres.

A Yeva le temblaron las manos y mantuvo una encima de Cervatilla mientras miraba a la Bestia. Una parte de ella deseaba gritarle por su cruel rechazo a la vida, clamar contra la fría falta de humanidad al ofrecerse para matar a su querida Cervatilla, su única amiga en aquel inhóspito bosque. Pero había otra parte de ella, el mismo rincón de su corazón que sabía lo que significaban unos arañazos en un árbol y diferenciaba el ruido de un conejo del de una ardilla. Esa parte de su corazón sufrió un repentino entendimiento.

En la naturaleza, en aquella naturaleza, sería misericordioso matar a un animal herido. Y más misericordioso aún hacer que no fuera ella quien le diese el golpe de gracia a su compañera.

Pero ¿qué sabía una Bestia de misericordia?

Yeva inspiró temblorosamente.

—¿A qué distancia estamos de... de tu casa? Yo la llevaré.

La Bestia se detuvo para calcular la distancia o dudar si compartir la información, Yeva no lo sabía.

—No puedes llevarla en brazos si la venda te tapa los ojos.

—No —estuvo de acuerdo Yeva mientras la miraba.

La cola de la Bestia se movió, apuntando hacia un lado y luego hacia el otro.

—No está lejos —dijo al final—. Sígueme.

Cervatilla no era una perra pequeña y, aunque llevaba semanas tensando el arco de su padre y eso le había fortalecido los hombros, Yeva empezó a tambalearse con el peso del animal al cabo de una hora. La Bestia no se ofreció a ayudarla ni Yeva esperaba que lo hiciera. Si se acercaba demasiado a la Bestia, Cervatilla se ponía tensa en sus brazos y sacudía las patas, pues su instinto le decía que se tirara al suelo para defender a ella y a su dueña.

Después de lanzar unas cuantas miradas en su dirección, la Bestia se puso delante de ellas, como si le frustrara la lentitud de Yeva. Pero mientras avanzaba, su mole apartaba la nieve del camino y hacía el viaje para Yeva considerablemente más fácil. Aunque tenía sin duda un modo de atravesar el bosque sin dejar rastro, ahora andaba como cualquier criatura normal, formando un sendero a su paso.

De vez en cuando Yeva dejaba en el suelo a Cervatilla para descansar la espalda y la perra andaba una corta distancia cojeando con sus tres patas. Aunque Yeva sabía que debía de dolerle muchísimo, Cervatilla continuaba mirándola con la boca abierta, alegre, con la lengua fuera y los ojos buscando seguridad.

La Bestia las condujo por una larga pendiente, una pendiente por la que Yeva no recordaba haber bajado mientras iba con la venda. Supuso que debía de haberla llevado por otra ruta y ahora había cogido un camino más directo.

Delante, los árboles se reducían y Yeva supo que estaban acercándose a una cordillera que daba a uno de los muchos valles del bosque. Volvió a dejar a Cervatilla en el suelo antes de subir a la cima de la cadena montañosa y fue incapaz de evitar el gemido que escapó de sus labios. Los huesos de la espalda le crujieron en señal de protesta cuando se puso recta y se llevó las manos a los riñones para estirar los músculos.

Al abrir los ojos otra vez, la Bestia se había parado. Estaba observándola. Su mirada fija todavía era desconcertante, pero la oleada de terror que recorría a Yeva cada vez que la descomunal criatura miraba en su dirección había disminuido un poco. Seguía siendo aterradora, extraña, impredecible, pero descubrió que podía devolverle la mirada sin temblar.

Como si intuyera sus pensamientos, la Bestia apartó los ojos primero y contempló los escasos árboles.

—Mi casa está en el... valle —dijo titubeando, como si tuviera que detenerse a recordar las palabras adecuadas—. No me harás preguntas.

Yeva frunció el entrecejo y dio un paso hacia la cordillera.

—¿A qué te refieres? ¿Por qué...?

—¿No acabo de decirte que no debe haber preguntas? —La Bestia aceleró la voz por la irritación.

—Sí, pero no he aceptado tus condiciones.

La Bestia se levantó sobre sus cuartos traseros.

—No hay negociación. Te he dado una orden.

—Qué amable por tu parte. —Yeva chasqueó la lengua mirando a Cervatilla, que olfateaba frenéticamente un trozo de nieve amarilla que había dejado un zorro al pasar. La perra abandonó la mancha a regañadientes, cojeando junto a su dueña mientras Yeva partía hacia la cordillera.

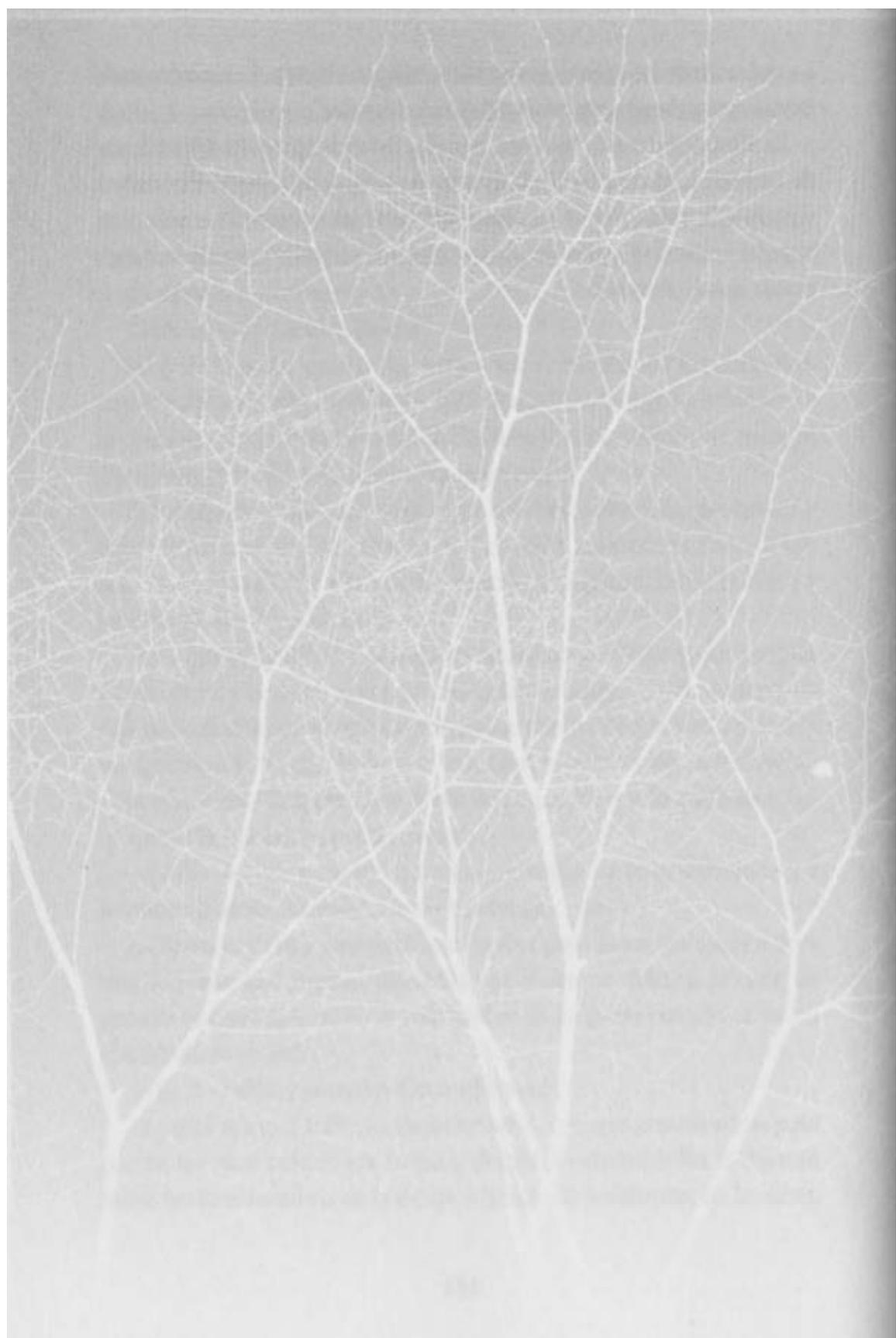
Sentía la consternación de la Bestia, la oyó en su rumor de protesta sin palabras al pasar por su lado. Se arrepintió enseguida de ponerse delante. Hacía rato que ella no se abría camino por la nieve y se había acostumbrado al sendero pisoteado que dejaba la Bestia a su paso. Pero no iba a permitir que la criatura viese su esfuerzo. Avanzó por la nieve, con los ojos clavados en el suelo.

Hasta que un destello de luz atrajo su atención no levantó la vista y se encontró con un valle a sus pies. El cielo cubierto se despejaba por algunos puntos, dejando pasar un poco la luz del sol para que bañase el panorama que tenían delante. Un río recorría el valle, tan solo una cinta estrecha de extensión blanca sin árboles, en un invierno congelado. Los árboles se limitaban a un lado del valle, sugiriendo un prado o un pantano bajo el manto de nieve, y en el otro extremo estaba la cordillera de montañas bajas, apenas lo bastante alta para que sus cumbres salvaran el límite forestal y permanecieran blancas bajo los rayos del sol.

Pero nada de eso era lo que estaba contemplando Yeva, porque en el fondo del valle, sobre el río que discurría junto a las estribaciones, se vislumbraba un castillo.

Yeva se quedó atónita, apenas consciente de que Cervatilla se apoyaba en sus patas. El castillo tenía un aspecto oscuro, gris, formaba parte del paisaje como los árboles o las montañas lejanas. Sus tejados en pico estaban cubiertos de nieve y desde aquella distancia casi no parecía real, era como un castillo pintado que, en cuanto Yeva se moviera, sabría que era falso.

La Bestia pasó por su lado, con aquel cuerpo enorme pegado al suelo, levantando la nieve como un arado en los campos. No se detuvo a admirar las vistas ni a fijarse en la cara de sorpresa de Yeva, sino que empezó a bajar hacia el valle. Yeva se quedó allí hasta que Cervatilla profirió un pequeño gemido y la sacó de su confusión. Tragó saliva, se inclinó para coger a la perra y siguió a la Bestia.



BESTIA

No incumpliremos las condiciones de nuestra sentencia. No podemos explicárselo o nos arriesgaremos a quedarnos atrapados, juntos para toda la eternidad. Pero la cara de la chica, cuando nos giramos a mirarla, expresa mil preguntas, y es lista. Tenemos que ir con cuidado.

«¿No comprendes lo que es la lealtad o el amor?», nos preguntó.

Queríamos responder: no. Son preocupaciones humanas y llevamos siglos sin ser humanos. Somos, siempre hemos sido, bestia.

Pero la pregunta permanece en el aire como el olor de la tormenta que se avecina, y tememos el cambio que trae la tormenta.

ONCE

CUANDO SE ACERCARON AL CASTILLO, Yeva comprobó que este se encontraba en muy mal estado. La piedra deteriorada, agrietada por los siglos de temperaturas bajo cero y deshielo, estaba cubierta de líquen congelado, y muchas de las grandes gárgolas talladas en las cornisas se hallaban rotas o directamente habían desaparecido. Las ventanas eran oscuras y frías, y muchas se habían hecho añicos, dejando tan solo unos marcos de piedra tallados alrededor de la negrura que había más allá.

Parecía que llevaba siglos abandonado.

La mayor parte de la construcción se encontraba al otro lado del río, con una torre de entrada en la orilla más próxima, conectada al resto por un puente. Aunque Yeva vaciló ante la idea de cruzar una estructura tan antigua y deteriorada, la Bestia continuó sin detenerse.

«Si puede aguantar su peso —pensó Yeva con recelo—, será capaz de aguantar el mío». Pero la Bestia parecía hacerse tan ligera como el aire cuando quería, sin dejar huellas en la nieve ni hacer ruido al moverse.

Yeva caminó con mucho mucho cuidado.

Al otro lado del puente, una parte de la empalizada que bordeaba el camino se había desmoronado, y Yeva vio un sendero muy trillado hacia el río. La nieve y el lodo revuelto conducían a un agujero en los cimientos de la roca que sostenían el castillo, un hueco frío y húmedo o una cueva. Una casa apropiada para una Bestia. Yeva casi esperaba que girase y bajara la pendiente, pero, en cambio, apoyó el hombro en una de las grandes puertas al otro extremo del patio y la empujó hasta que la madera podrida crujió al abrirse lo suficiente para que pudieran pasar.

La única luz en el interior provenía de una fila de ventanas en lo alto, cubiertas de mugre, donde siglos de telarañas y polvo le daban al pálido reflejo del sol invernal el color del anochecer. La Bestia siguió moviéndose sin pausa, capaz de ver en la oscuridad con aquellos ojos de animal, pero Yeva tropezó cuando sus pies se toparon con una piedra que sobresalía del suelo. Emitió un grito ahogado y por poco se le cayó Cervatilla de los brazos, que aulló cuando la agarró con fuerza y le zarandó la pata lesionada.

La joven oyó que la Bestia se detenía, algo así como un cambio en la manera de moverse el aire. No la veía, tan solo era un cambio en las sombras de delante.

—Espera aquí —dijo, y antes de que Yeva pudiera responder, se había marchado.

Yeva cayó de rodillas al frío suelo de piedra, sin estar segura de a qué se refería la Bestia con que esperase, pero agradecida por el resto. Cervatilla se tumbó a su lado y apoyó la cabeza en su regazo y, aunque estaba demasiado oscuro, Yeva imaginó en su mente la expresión de la perra: los ojos hacia arriba, buscando la cara de su dueña, golpeando el polvo con el rabo. Acarició las orejas de Cervatilla y alzó la vista hacia la escasa luz gris que se filtraba por las ventanas en lo alto.

El castillo no era grande. Más bien era mucho más grande que cualquier edificio que Yeva conociese, incluyendo la finca del barón, pero era mucho más pequeño que los castillos que Yeva había admirado representados en cuadros y tapices. Los castillos de las historias antiguas eran inmensos, con torrecillas y contrafuertes fabulosos que se extendían hasta el cielo. Este era más compacto, carecía de la ornamentación y la elegancia de los de los cuadros. «Este es el tipo de castillo que podría haberse defendido en un asedio», pensó.

La Bestia se había ido hacia tanto rato que Yeva consideró tumbarse allí mismo, en la piedra, y dormir. Pero justo cuando empezaba a acomodarse, unas sombras delante de ella se movieron bruscamente. Se encendió una llama. Un farol, sin protección. Yeva no distinguía muy bien cómo la Bestia se las arreglaba sin dedos, pero allí estaba, sentado sobre sus cuartos traseros, con un farol colgando de su enorme zarpa.

—Ten —dijo, con inexpresividad.

Yeva se puso de pie con cierta dificultad, puesto que sus músculos maltratados se habían quedado rígidos. Alargó la mano para coger el farol, decidida a mantener el brazo firme a pesar de su deseo de ponerse a temblar al estar tan cerca de las garras de la Bestia.

La Bestia se giró de nuevo sin hablar y condujo a Yeva por lo que antes debía de haber sido un magnífico vestíbulo. El farol tan solo proyectaba suficiente luz para que Yeva viese el suelo bajo sus pies y se hiciera una ligera idea de la habitación que la rodeaba, pero divisó una gran escalera de piedra a la derecha, tan ancha que podría haberse tumbado en cada escalón varias veces a lo largo. Le dio la impresión de que colgaban inmensos tapices de la pared y giró en aquella dirección un poco, sin quitarle el ojo de encima a la Bestia mientras levantaba el farol.

No vio más que tela desteñida y polvo, demasiado vieja y demasiado sucia para revelar ninguna imagen en ella, y una punzada de decepción sustituyó a su curiosidad.

—Por aquí —dijo la Bestia, acelerando la voz como siempre que estaba molesta.

Yeva vio que estaba delante de una puerta más pequeña, entreabierta, que daba a unas escaleras estrechas que conducían hacia abajo. Yeva sabía lo que se encontraba en la oscuridad debajo de los castillos. Retrocedió y Cervatilla, renqueando a su lado, se sentó.

La Bestia se detuvo al ver que la joven se paraba y Yeva apreció el brillo de sus ojos que reflejaban la luz del farol.

—No me llesves otra vez a la celda —espetó Yeva, antes de haberse ni siquiera decidido a hablar—. Me sacas, me haces cazar para ti, pero sigues teniéndome encerrada donde no puedo ver el cielo y no sé qué tiempo ha hecho cuando llega la noche. ¿Cómo voy a saber si unas huellas son frescas si no sé a qué hora cayó la última nevada o si el viento ha soplado lo bastante fuerte para mover la nieve de las ramas de los árboles? ¿Cómo voy a conocer el bosque con precisión para seguir a sus criaturas si nunca sé dónde estoy ni adónde voy?

Las palabras salieron a toda prisa y su voz se alzó con la fuerza de su súplica. Hasta que la Bestia hubiera terminado con ella, no podía pasar el resto de aquella existencia encerrada en una

habitación de piedra.

—Me moriré ahí dentro, o al menos morirá la parte de mí que caza, y no te seré útil. Y Cervatilla no está hecha para el frío. Ahí dentro le dolerá la pata, sin calor, y jamás se curará como es debido si no puedo tratarla y hacer que se recupere. Yo...

—Las mazmorras —dijo la Bestia en calma, interrumpiéndola— están cruzando una puerta al otro lado del vestíbulo.

El resto del aliento de Yeva salió en un soplo tembloroso, salpicado por la luz titilante del farol que colgaba de su mano.

—Mi casa —prosiguió la Bestia—, cuando elijo vivir ahí, está aquí abajo.

Yeva tragó saliva. Era adónde la Bestia la conducía. Cambió de postura y los músculos le temblaron e hicieron que la llama centellease.

—Muy bien, entonces.

La escalera estrecha giraba y giraba, y mientras descendían hacia las entrañas del castillo, el aire se hacía más frío y pesado. Yeva empezó a temblar en serio, no de agotamiento ni miedo, sino por un frío más penetrante que el viento gélido del exterior. Aquel frío se colaba por todas partes, dejándola helada, hasta los huesos, a pesar de la capa y las prendas interiores de gruesa lana. Cervatilla bajaba por la escalera con gran dificultad, pero era demasiado estrecha para que Yeva pudiera llevarla en brazos y, aunque pudiese, necesitaba las manos para evitar resbalarse. Los peldaños estaban desgastados por el centro, se inclinaban hacia dentro por los pies que con el paso de los siglos habían ahuecado la piedra, que amenazaba con hacer que le patinaran las botas a Yeva.

La escalera terminaba en un pasillo angosto sin puertas a los lados. Yeva supuso que aquella zona debió de alojar en el pasado a los sirvientes del castillo, y volvió a preguntarse cómo la Bestia había terminado viviendo allí; si el castillo estaba en ruinas cuando lo encontró o si —y aquello era lo que más escalofríos le daba— aquella criatura era el motivo por el que el castillo estaba abandonado.

La Bestia se detuvo frente a una puerta un poco más allá de la escalera y levantó una garra para abrir el cerrojo. Yeva alzó el farol, decidida esta vez a descubrir el truco, cómo desempeñaba tareas humanas con nada más que zarpas, pero a pesar de la luz enfocando a la Bestia y a la puerta, los ojos no pudieron comprender lo que veían. Su mirada seguía intentando apartarse de lo que estaba sucediendo. Fuera como fuese que lo hiciera, consiguió abrir el cerrojo con tanta facilidad como lo habría hecho ella, y empujó la puerta para abrirla.

Al otro lado, una habitación fría y oscura les daba la bienvenida, pero cuando Yeva avanzó, sus botas tocaron una alfombra. Se detuvo. Bajo sus pies había una magnífica alfombra roja y, al mirar a su alrededor, se dio cuenta de que era la alcoba a la que la Bestia la había llevado cuando estuvo enferma. Estaba decorada con muebles destartados que no combinaban entre sí, sin duda procedentes de varias estancias del castillo. Algunos parecían estar mejor cuidados, aunque descoloridos, mientras que otros, como una mesa torcida y estropeada sobre tres patas y un montón de libros en lugar de la cuarta pata, no habría sido apta ni para un tugurio. El suelo estaba cubierto de alfombras superpuestas de colores que no pegaban. En una pared había una chimenea y aunque en ella solo se distinguían ceniza y carbón ennegrecido, al lado del hogar había un montón de plumas y astas, el material de Yeva para confeccionar flechas. Y allí, a cierta distancia de aquello, se hallaba su cuchillo. La hoja estaba manchada de marrón oxidado y la joven se

sobresaltó al recordar que se lo había clavado a la Bestia en el hombro mientras le recriminaba haberse quitado la venda.

«Nos diste tu palabra», había rugido. En aquel instante había estado demasiado aterrada para pensar. Pero ahora, mientras la Bestia se apartaba para que ella examinara la habitación, se preguntó por la profundidad de su ira. Apenas parecía notar que le había apuñalado, pero la traición, el hecho de haber roto su palabra, le enfurecía tantísimo que cuando Yeva se acordó, se le enfrió aún más el cuerpo.

La muchacha se paró en medio del aposento, intentando no pensar en el diván azul desteñido a unos pasos de distancia, y lo fácil y estupendo que sería dejarse caer sobre sus cojines podridos, y cerrar los ojos. Pero la Bestia seguía ahí y, a pesar de lo agotada que estaba Yeva, aquella parte primitiva de su cerebro jamás sería capaz de ignorar la presencia de un depredador en la estancia.

—Puedes quedarte aquí —dijo la Bestia con frialdad— siempre y cuando me des tu palabra de que no intentarás escapar y que no volverás a tratar de matarnos. Sabemos dónde vive tu familia y podríamos ir a por ellos en cualquier momento.

Yeva tragó saliva, esta vez obligándose a mantener la mano quieta.

—Te doy mi palabra —contestó despacio— de que no huiré.

—Ya nos has mentado una vez —dijo en voz baja la Bestia.

—Tal vez me arrepienta de haberlo hecho. —La propia voz de Yeva bajó de volumen. Porque era cierto. Quizá, si no hubiera permitido que la curiosidad sacase lo mejor de ella, jamás habría averiguado la identidad de su captor y podría haber seguido en la ignorancia, contándole historias a su amigo junto al fuego.

La Bestia se quedó callada durante un largo rato, tanto que los ojos de Yeva empezaron a jugarle malas pasadas. Su forma volvió a fundirse con las sombras proyectadas por el farol y la muchacha comenzó a preguntarse si todavía seguía allí. Cuando habló de nuevo, la joven por poco se sobresalta.

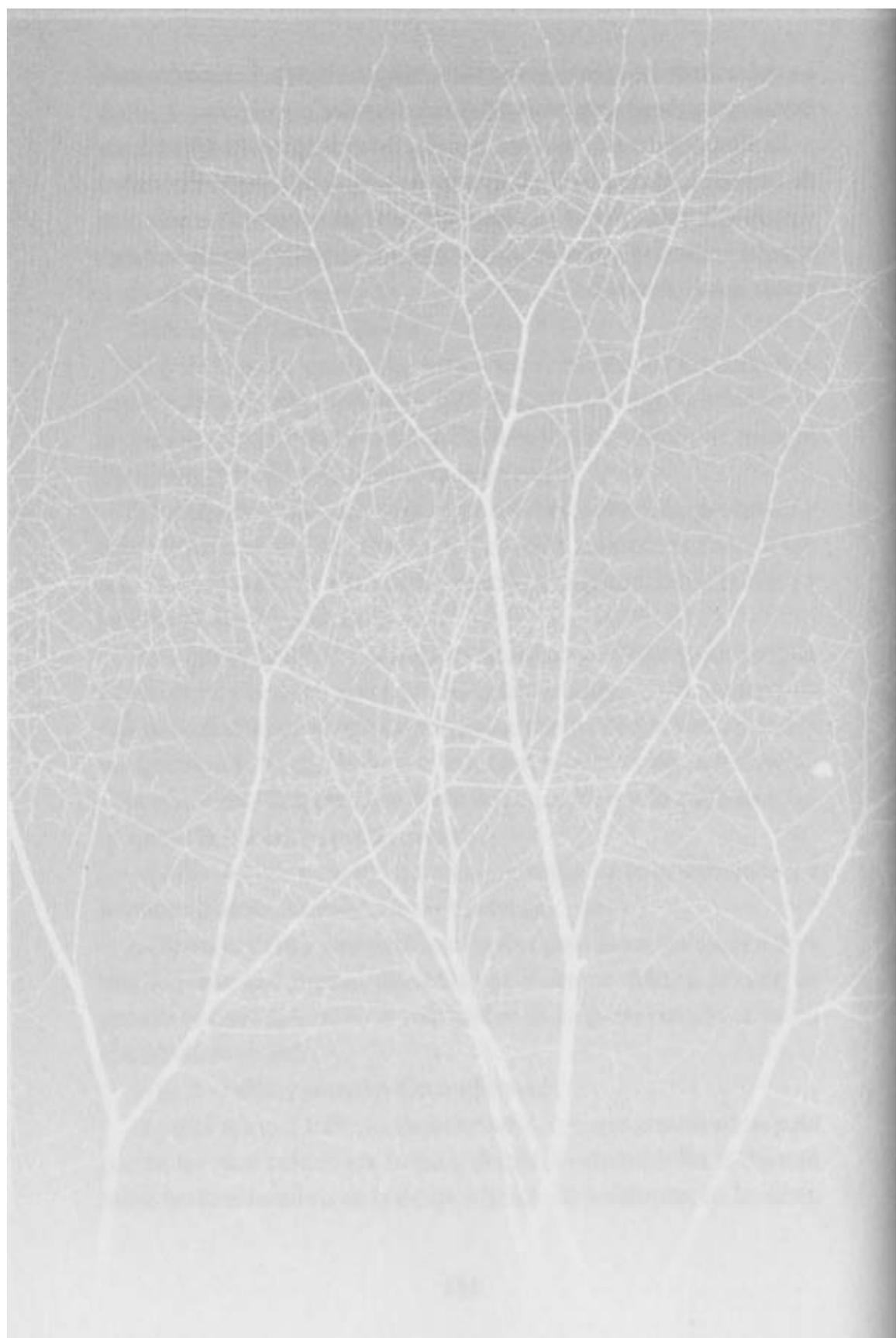
—Me prometiste que no huirías —murmuró—. No me prometiste que no intentarías matarme.

—No —estuvo de acuerdo Yeva—. Es cierto.

La Bestia volvió a quedarse callada unos cuantos segundos más y después se oyó el más inesperado y extraño de los sonidos: un ruido grave, un rápido estallido de rico terciopelo, desprovisto del frío sombrío que habitualmente portaba su voz.

Estaba riéndose.

Antes de que Yeva pudiese reaccionar, la Bestia se había marchado.



BESTIA

Cree que puede matarnos. Quiere vengar la muerte de su padre, dejando que el odio y la ira la provoquen. Promete con facilidad no huir porque no tiene deseos de escapar, no hasta que estemos muertos.

Tiene un fuego en su interior que no hemos visto, que no hemos sentido, en mucho tiempo. Que ese fuego quiera consumirnos da igual... Esa pasión la hará más fuerte, más rápida. Más útil para nosotros. Eso es lo único que importa. El fuego no puede hacernos daño.

Pero, aun así, cuando le encendemos el farol, hay un instante mientras contemplamos la mecha arder en la oscuridad... un instante en el que quiero tocar la llama.

Para ver si todavía me quema.

DOCE

YEVA HIZO TODO LO QUE PUDO por Cervatilla. Tras encender el fuego en la chimenea fría con la llama de la lámpara de aceite, partió una flecha en dos para entablillar la pata rota y la vendó con trozos de su túnica. Si hubiera tenido las medicinas que había llevado consigo, podría haber usado el bálsamo de ciprés que se había aplicado en sus propias costillas, pero no tenía manera de llamar a la Bestia para que regresara. Y tampoco le apetecía abusar más de su suerte con aquel ser.

Mientras Cervatilla suspiraba ruidosamente y rodaba sobre su espalda, con las cuatro patas hacia arriba y la barriga expuesta al fuego, Yeva se apoyó en el borde del diván y cerró los ojos.

Esa risa.

Las bestias no se ríen. Sí, Cervatilla sonreía también, pero no era una sonrisa como la que reconocen la mayoría de humanos. Yeva sabía que veía felicidad cuando su perra abría la boca y dejaba la lengua colgando, que ella interpretaba como una sonrisa porque conocía a Cervatilla, conocía cada movimiento del rabo o de las orejas, y lo que significaba. Pero la risa de la Bestia no requería traducción, no hacía falta haber aprendido a interpretar su expresión corporal.

Aquella risa era humana.

Una cosa era querer cazar y destruir al animal que había matado a su padre y otra totalmente distinta era pensar que lo que le había matado era, de algún modo, humano. Convertía su muerte en otra cosa. Convertía su muerte en un asesinato.

Un animal rabioso, que come carne humana, no se merece más que una muerte rápida para ahorrarle a cualquier otra persona el destino que había sufrido su padre. Pero ¿un asesino? Se merecía el tipo de venganza que había transformado el corazón de Yeva en hielo.

Detrás de sus ojos cerrados, las imágenes aparecían como la luz a través de un cristal coloreado. Fragmentadas, pasando tan rápido de una a otra que sus pensamientos se esparcieron tanto como la propia luz. Las fauces de la Bestia gruñendo, a centímetros de ella. La tranquilidad con la que hablaba de la tortura y la muerte de su familia si la traicionaba. La angustia en sus ojos cuando la venda cayó y vio su rostro. La franja de nieve trillada que abría el camino para que ella llevara a la perra herida con mayor facilidad.

En algún momento las imágenes fijas se convirtieron en escenas en movimiento de cosas que recordaba y cosas imaginadas, y pronto esas escenas se transformaron en sueños, y Yeva se durmió.

Yeva se despertó a la mañana siguiente a causa de los gemidos urgentes de Cervatilla y su frío hocico clavándosele en el hueco del codo. Aunque no sabía si era por la mañana, ya que la habitación no tenía ventanas y le parecía que llevaba días durmiendo. Pero mientras se frotaba los ojos, vio que no estaba el arco ni su aljaba con flechas. Le había quitado sus armas. Ni siquiera estaba el cuchillo que se hallaba en el suelo desde que se lo había clavado y tan solo quedaba una salpicadura de sangre seca.

Cervatilla volvió a gemir y Yeva se apartó del diván para agacharse, suponiendo que la vería lamiéndose la pata herida. Pero Cervatilla cojeó con torpeza y apremio, y, tras un instante de confusión, Yeva reconoció aquel gesto con repentina claridad.

—Tendrás que esperar —le dijo Yeva a la perra, pensando con temor en las largas escaleras que debían subir para salir fuera—. Y prométeme que no me mojarás la túnica si te llevo en brazos, porque solo tengo una.

La Bestia no le había prohibido abandonar la habitación, tan solo marcharse del castillo, pero temblaba de todas formas cuando fue a levantar el cerrojo, que cedió bajo su mano, y la puerta se abrió. Cervatilla la adelantó cojeando para subir las escaleras con una de las patas rígidas. Al menos no tendría que intentar llevarla en brazos y sostener a la vez el farol.

Yeva se sentía tan poco firme como su perra mientras la seguía. Descubrió que la escalera no era tan larga como recordaba del día anterior, que el agotamiento había estirado la distancia en su memoria. Cervatilla se acordaba del camino y en cuanto Yeva abrió la puerta al final de las escaleras, la perra salió corriendo a duras penas hacia las enormes puertas de la entrada.

Todavía estaban abiertas y una ligera rociada de nieve entraba por el viento, brillando a la luz del sol que se proyectaba en el suelo. El día anterior no había advertido que era de mármol pulido, liso salvo en los fragmentos donde la piedra se había agrietado tras siglos del castillo asentándose y cambiando. Cervatilla salió disparada hacia la luz del sol y Yeva la siguió.

El cielo se había despejado por la noche y el resplandor del sol en la nieve era tan cegador que Yeva tuvo que quedarse dentro, tapándose los ojos con un brazo para protegérselos y los entrecerró para ver qué hacía la perra. Cervatilla caminó solo unos pasos junto a la pared exterior del castillo antes de agacharse para aliviarse.

Yeva giró la cara hacia la brillante mañana. El sol estaba tan solo a unos palmos por encima de las montañas lejanas, pero aún brillaba lo suficiente en la nieve para que le lloraran los ojos y le picara la nariz por las ganas de estornudar. Se secó los ojos y le echó un vistazo al valle, siguiendo el río desde donde pasaba debajo del puente ante ella hacia donde desaparecía entre los árboles al oeste.

No había ni rastro de la Bestia. No había huellas nuevas en la puerta excepto las que acababa de dejar Cervatilla y, aunque costaba diferenciar las nuevas de las viejas, Yeva no creía que las porciones de nieve removida que llevaban hasta la cueva fueran recientes. Así que ¿dónde había pasado la Bestia la noche?

En algún lugar del castillo, Yeva sabía que encontraría lo que necesitaba para sobrevivir. Cocinas, letrinas, tal vez incluso alguna habitación donde dormir que no estuviese tan deteriorada. Puede que la Bestia prefiriera vivir bajo tierra, pero Yeva no soportaba la idea de pasar una noche más con el peso de toda esa piedra encima de su cabeza. Aunque solo fuera por lo poco

práctico que resultaba tener que subir y bajar aquellas escaleras con Cervatilla cada vez que necesitara salir.

Yeva decidió explorar. Una parte de ella detestaba la idea, puesto que no estaba segura de los horrores que podía revelar un castillo que merodeaba una Bestia maldita. Pero el resto de su persona estaba entusiasmada y la curiosidad superó al miedo.

Porque había otro motivo para inspeccionar los rincones de aquel antiguo castillo que se desmoronaba. En algún lugar, de algún modo, encontraría la clave para destruir a aquella Bestia. Era demasiado rápida y demasiado fuerte para hachas y arcos, pero encontraría la manera. Descubriría el secreto para matarla.

Ahora que su urgencia se había aliviado, Cervatilla se movía mucho más rígida con su pata herida, pero Yeva no podía ordenarle que se quedase quieta. Cada vez que lo intentaba, Cervatilla se sentaba sobre sus cuartos traseros y movía el rabo con violencia. Por ello, en cuanto Yeva le daba la espalda para dejar el inmenso vestíbulo, oía las uñas de Cervatilla sonando por el mármol y después sentía su aliento caliente en la parte trasera de las pantorrillas.

—Muy bien —dijo Yeva al final, con una exasperación cariñosa—. Puedes acompañarme. Pero no te me quejes cuando te duela la pata esta noche.

Cervatilla se puso muy contenta, cojeando y sacando la lengua que rebotaba a cada paso. La verdad es que Yeva se alegraba de su compañía.

Limitó su exploración a la planta baja por el bien de Cervatilla. Encontró una habitación tras otra de tapices descoloridos y magníficos suelos de mármol. Una habitación guardaba pilas de armaduras antiguas y oxidadas desperdigadas a intervalos regulares: una sala de exposición, una armería decorativa. En otra estancia había una mesa de comedor tan larga que Yeva no podría haber lanzado una mantequera de un extremo a otro. Faltaban algunas sillas, otras estaban hechas pedazos o rasgadas y con el relleno de sus cojines sacado, cayendo como vísceras al suelo.

Llegó a otro pasillo, donde en su época una de las paredes había lucido una serie de vidrieras, la mayoría de las cuales ahora estaban hechas añicos. La nieve había entrado por los marcos de piedra vacíos y se acumulaba en finos montones delante de cada ventana. Yeva se acercó a una que todavía tenía algunos trozos del cristal original pegado a los bordes. Alzó la mano para pasar los dedos por las puntas del dorado intenso del ala de un pájaro. No había ilustraciones en los libros de relatos de su padre, pero Yeva siempre se había imaginado así al Pájaro de Fuego: con las alas extendidas, doradas, brillando incluso bajo la pálida luz de invierno. Sintió una punzada repentina por la pérdida de las imágenes que antes adornaban las vidrieras.

Sus botas chirriaron en la nieve que se encontraba a sus pies cuando giró y el sonido la hizo detenerse. Sí, habían sonado sus pasos en la nieve, pero no sobre el cristal roto que debería haber estado esparcido por todas partes si las tormentas durante todos aquellos siglos habían roto las ventanas. Yeva se acercó al borde y se agarró al marco mientras se asomaba para echar un vistazo abajo. Tan solo estaba la extensión vacía del patio cubierto de nieve. Pero sabía que en algún lugar bajo aquellos montones blancos estarían los restos de aquellas vidrieras. Porque alguien las había roto desde dentro.

Yeva abandonó el pasillo nevado y continuó avanzando. Encontró las letrinas y la cocina, cubierta de telarañas, con las ollas y los platos mates por el polvo y los años. No vio ningún dormitorio, puesto que debían de estar en la segunda y la tercera planta, pero sí se topó con bastantes salones con divanes y sofás mohosos, que sin duda podía convertir en una cama para

ella si pudiese soportar el olor a viejo y a moho. Si le daban a elegir entre el diván más limpio que había en la habitación de la Bestia bajo tierra y un camastro en el suelo de una sala con acceso al exterior, escogería lo último sin dudarlo.

Su estómago se quejaba descontento, pero Yeva no había visto aún ni rastro de la Bestia ni tampoco que le hubiera dejado comida para ella. Había dado su palabra de no huir, pero ¿eso incluía salir del castillo para buscar algo de comer? Le había confiscado el arco y no tenía alambre para poner trampas, pero hasta en invierno sería capaz de encontrar raíces comestibles si se lo proponía. Aunque las raíces no le ayudarían mucho a calmar el hambre.

Ojalá tuviera un modo de encontrar a la Bestia y pedirle su arco.

Como si aquel pensamiento la hubiera llamado, un rugido retumbó por los pasillos, vibrando por las suelas de las botas de Yeva. Le dio un vuelco el corazón y Cervatilla se apoyó de lado en su pierna, con las orejas gachas, pegadas al cráneo. Yeva se deshizo del instintivo momento de miedo.

«Me necesita —recordó—. No me hará daño».

Pero había matado a su padre.

Volvió a oírlo y esta vez a Yeva le pareció distinguir unas palabras.

—¡Chica! —estaba rugiendo la Bestia—. ¿Dónde estás? Ven.

Apareció la irritación, calentándola donde el miedo le había enfriado los pies en el suelo.

—¿Quién se cree que soy? —le preguntó a Cervatilla—. ¿Una sirvienta miedosa a la que puede llamar cuando quiera?

Cervatilla no respondió.

—¡Chica! —volvió a rugir—. ¡Ven!

Las manos de Yeva se transformaron en puños y regresó por donde había venido. Por el multifacético eco del rugido de la Bestia, dedujo que se encontraba en el gran vestíbulo. Irrumpió en el pasillo, con Cervatilla corriendo y resbalando a su lado, e inspiró para responderle a voces al monstruo en cuanto vio su inmensa silueta gracias a la lívida luz que entraba por la puerta abierta.

Pero la Bestia cargaba con algo, iba echado hacia atrás y arrastraba un gran peso con los dientes mientras andaba de lado. Irguió las orejas al oír sus pasos y se giró a medio camino. Lo que arrastraba era un ciervo de ojos vidriosos, con la cabeza colgando hacia Yeva. La Bestia se detuvo, con aquellos grandes ojos de color dorado rojizo vueltos hacia la muchacha y los dientes agarrando el cuello del joven animal. Abrió la boca para dejar su carga y movió la mandíbula un instante, como si estuviera relajando los músculos.

—Te he traído comida.

La Bestia dio un paso al lado tambaleándose y luego se sentó sobre sus cuartos traseros, con la mandíbula todavía ligeramente abierta mientras trataba de ocultar su respiración acelerada.

De repente, le vino a Yeva un recuerdo tan vivido que se le quedó su propia boca abierta. Se parecía mucho a Pelei, su otro perro, cuando traía a casa una ardilla o un conejo muerto que había cazado. Mientras que Cervatilla era limpia, Pelei llevaba los animales muertos y destrozados directamente dentro de casa, los dejaba encima de la alfombra limpia de Lena y luego se quedaba allí en medio de la sangre y el pelaje, jadeando y sonriendo orgulloso, como diciendo: «¿A que soy un buen perro?».

La Bestia todavía estaba mirándola, esperando sin duda una respuesta. Al no decir nada la

muchacha, su rostro se oscureció, bajo las cejas y cerró la mandíbula.

—¿Y bien? —inquirió.

Yeva recuperó el aliento y frunció el entrecejo.

—¿Y bien qué? ¿Esperas que te lo agradezca? Me has hecho tu prisionera. No voy a darte las gracias por alimentarme.

—Come si quieres —gruñó la Bestia—. Me da igual.

Yeva respiró hondo. No cabía la menor duda: ningún animal podía ser tan temperamental, tan... infantil. Era evidente que existía un elemento humano, aunque muy en el fondo de la Bestia.

—Sí que te importa porque te has tomado la molestia de ir a por mí y entrenarme por algún motivo que no me cuentas.

La Bestia tan solo gruñó y se dio la vuelta para alejarse hacia el extremo del castillo opuesto a la zona que ella había explorado.

—¡Bestia! —la llamó Yeva—. ¡Espera! —Y cuando la Bestia se detuvo, ella también lo hizo para ordenar sus pensamientos—. ¿Sabes cómo preparar un animal muerto o te limitas a devorarlo?

—No soy tu criado —replicó la Bestia, fulminándola con la mirada por encima del hombro.

—No —estuvo de acuerdo Yeva—, pero no tengo cuchillo ni nada con lo que separar la carne de esos huesos. No puedo simplemente arrancarla a pedazos con los dientes como harías tú.

La Bestia seguía con el ceño fruncido, pero su irritación se convirtió en consternación.

—Si te doy un cuchillo, intentarás matarme.

El estómago de Yeva volvió a protestar y no pudo evitar poner los ojos en blanco. Justo en aquel momento, matar a la Bestia no era para ella lo más importante.

—No voy a intentar matarte cuando tengo hambre.

La Bestia se la quedó mirando. Yeva le devolvió la mirada. Cervatilla los miró a ambos, todavía incómoda por la presencia de la Bestia, pegada a su dueña. Al final, la Bestia refunfuñó con un sonido gutural y llevó a la muchacha fuera, cargando con el ciervo para dejarlo en la nieve a cierta distancia de la puerta. Desapareció y luego volvió a aparecer al cabo de un rato con su bolsa, en la que Yeva encontró todo lo que había llevado consigo. Aunque ya apenas le quedaba comida ni tampoco corteza de sauce, sí estaban las demás medicinas, su alambre para trampas y el cuchillo para confeccionar flechas.

Preparar una ardilla o un conejo era una cosa, pero cortar el cuerpo muerto de un ciervo era otra muy distinta. Cuando era pequeña, siempre era su padre el que se encargaba de aquella tarea y para cuando tuvo las vísceras en un montón junto al animal, ya se le había pasado el hambre completamente. Le temblaban las manos ensangrentadas y se secó la frente con la manga para ganar tiempo. No mostraría debilidad delante de la Bestia, que estaba a cierta distancia, observando cómo trinchaba su ofrenda.

Cervatilla, que había cogido varios órganos y se había alejado cojeando para engullirlos sin quitarle ojo a la Bestia, terminó de comer el hígado de ciervo y regresó brincando para pegarse de nuevo a la joven. Hizo una pausa antes de rascarle a la perra las orejas para mirarse las manos cubiertas de sangre.

La Bestia emitió un ruido grave.

—Eres una incompetente.

—Sí, contigo ahí mirándome —masculló Yeva, demasiado agotada y consumida por la tarea

como para preocuparse de si le enfadaba.

—Vuelve adentro —le ordenó la Bestia.

—Tengo que acabar...

—¡Adentro! —La Bestia levantó la voz y se irguió pareciendo todavía más enorme, de tal manera que Cervatilla soltó un gemido inaudible contra el brazo de Yeva.

La muchacha contuvo el instinto de huir.

—¡Tengo que comer!

La Bestia inhaló profundamente una, dos veces, y la chica se dio cuenta de que ella también lo había hecho. «Paciencia —pensó—. Eso alcanzo con cada inhalación. ¿Estará él haciendo lo mismo?»

Al final, la Bestia dejó caer la cabeza.

—Yo terminaré de hacerlo —dijo despacio—. Me refería a eso.

—Entonces dilo y no me ordenes como si yo fuese de tu propiedad.

La Bestia lanzó un gruñido grave y peligroso.

—Tú eres mía.

—Puede que me tengas cautiva —dijo Yeva—. Puede que controles cuándo salgo, qué como y cuánto tiempo se me permite vivir. Pero no eres mi dueño. —Hizo una pausa y luego añadió con irritación—: Y no me llames «chica», como si no tuviera nombre.

La Bestia apartó la cola, sacudiéndola con enfado.

—Tú me llamas Bestia.

—Porque eso es lo que eres. ¿Me has dado motivos para que te llame de otra forma?

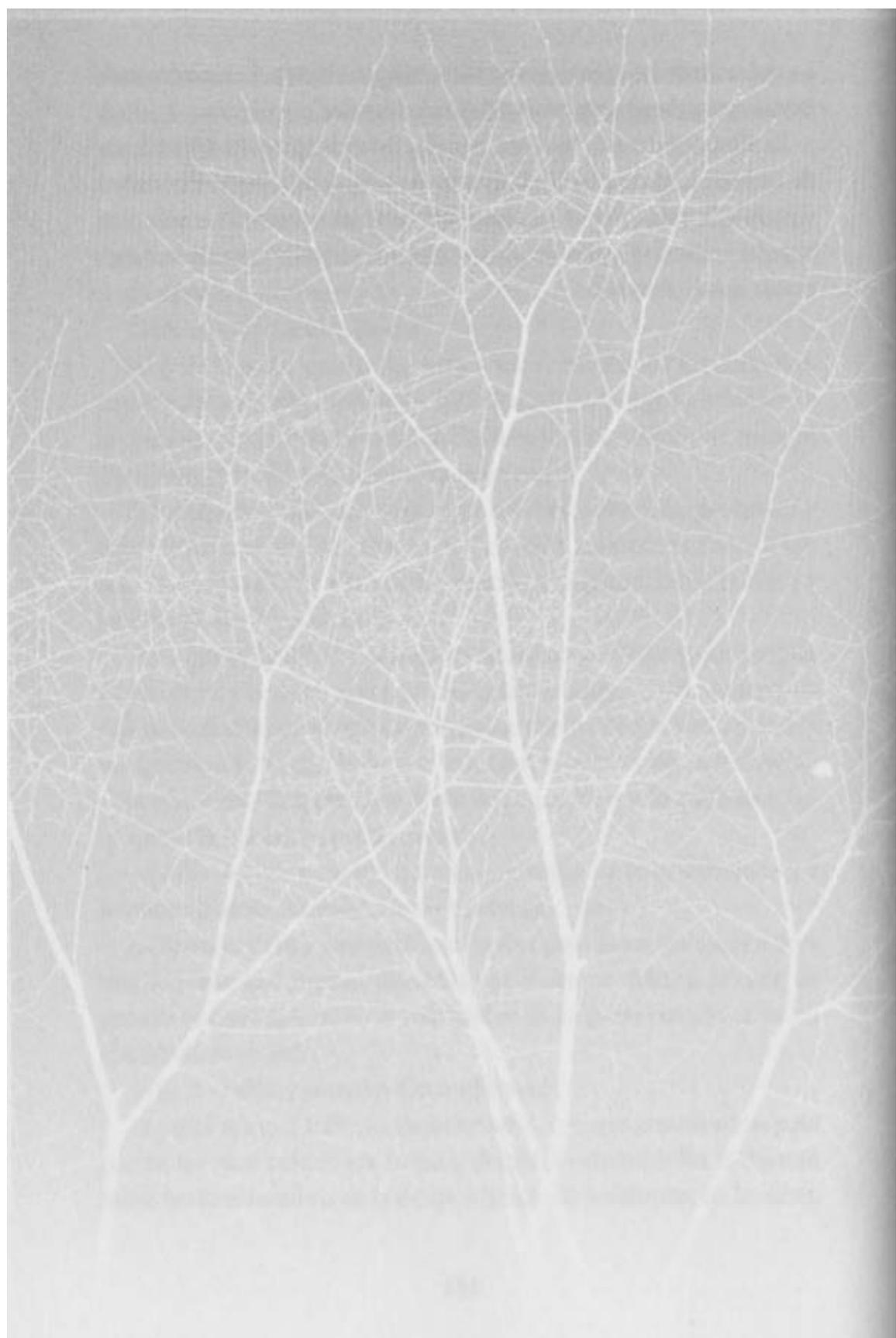
La Bestia vaciló, frunciendo el entrecejo mientras sus ojos recorrían la nieve empapada de sangre para mirarla.

—Entonces yo te llamaré Bella —dijo—, pues eso es lo que eres.

Yeva recordó sus historias y la decisión de llamar a su amigo invisible Iván, pero sus pensamientos no podían relacionar aquel nombre con el monstruoso semblante a pocos pasos de distancia. El apodo que le había puesto su padre sonaba extraño al decirlo esa criatura, aquella cosa que lo había matado. Pero aun así no podía imaginárselo llamándola de otra manera. De otra persona serían lisonjas, pero no había falsedad en el rostro de la Bestia. A Yeva no le habría sorprendido que fuera incapaz de mentir, si su naturaleza animal le mantenía fiel a la verdad en todo momento.

El cumplido la pilló tan desprevenida que le salió la respuesta antes de que pudiera contenerla.

—Gracias —masculló, dejando caer el cuchillo para limpiarse en la nieve la sangre de las manos.



BESTIA

Te llama Bestia, porque eso es lo que eres.

Bella.

La sorpresa no es el cumplido, ni la verdad, que es hermosa. La sorpresa no es que deseemos ayudarla. La sorpresa no es tan siquiera el calor eléctrico que se eleva ante el sonido de su voz, incluso cuando chillaba.

La sorpresa es lo mucho que anhelo que me llame, tan solo una vez más, Iván.

TRECE

A PARTIR DE ENTONCES la Bestia le llevó la carne que se había preparado previamente. No sabía cómo había logrado aquella delicada tarea tan solo con las garras y los dientes, porque nunca la dejaba mirar. A veces era ella misma la que mataba a la presa, puesto que continuaba llevándola al bosque para practicar sus habilidades. Otras veces, cuando las presas escaseaban, salía él solo. Jamás volvía a casa con las manos vacías.

Despejó un lugar de polvo y telarañas en la enorme cocina, y limpió uno de los cuatro fogones para usar el asador. Lavó unos cuantos cacharros y también unos platos y unos cuencos. Se apropió de una de las salas de estar y la Bestia no se opuso cuando empezó a dormir allí en vez de en su guarida de abajo. Se imaginaba que destinaba una parte del castillo sin vida para su propio uso o más bien que volvía a darle vida a esa pequeña parte. Todo a su alrededor era el cadáver muerto y en descomposición de una corte que existió algún día, y ella estaba solo viviendo en un rinconcito de su esqueleto.

Gracias al bálsamo de ciprés de Yeva, la pata de Cervatilla comenzó a curarse cuando los días se convirtieron en semanas. Todavía cojeaba, debido a la tablilla que mantenía la pata recta, pero se movía mucho más rápido y ya no se la lamía como antes. Yeva podía llevarla consigo cuando la Bestia la sacaba a cazar y aunque la perra todavía era demasiado lenta para coger nada ella sola, disfrutaba galopando tras las pequeñas criaturas que salían corriendo entre la maleza, llamando su atención, y dormía mucho más profundamente por el ejercicio. Soportaba mucho mejor el frío de lo que Yeva imaginaba, aunque puede que tuviera que ver tanto con la lealtad de la perra como con su dureza.

La muchacha contaba los días marcándolos en la pared con un trozo de carbón. Aunque no sabía cuánto tiempo había pasado abajo, en la celda, calculaba que al menos había sido un mes. Lo que significaba que, para entonces, sus hermanas debían de pensar que había encontrado el mismo destino que su padre. Y Solmir debía de creer lo mismo. ¿Cuánto tiempo mantendría su palabra? Sabía que era un buen hombre, pero si llegaba a la conclusión de que Yeva no regresaría para casarse con él y recompensarle por haber cuidado de su familia, ¿cuánto tiempo continuaría haciéndolo? Sus hermanas jamás habían aprendido a cazar como ella y Albe, sin duda, no sabía nada de eso. ¿Cómo sobrevivirían sin ella?

Recordó las palabras que le dijo su hermana mientras se preparaba para salir al bosque en busca de su padre, las palabras que ignoró sin pensárselo dos veces. «Te necesitamos aquí». Y

ella los había abandonado de todas formas.

No. ¡No! No pensaría en ellos. No hasta que hubiera terminado y vengado la muerte de su padre. No podía permitírselo. Se obligó a endurecerse el corazón y apartó a sus hermanas de la cabeza.

Dos semanas después de haberse mudado a la parte superior del castillo, la Bestia fue a buscarla como siempre para salir a entrenarse, pero en esta ocasión se detuvo al otro extremo del puente y se sentó con los ojos clavados en la joven.

Se llevó los dedos al arco que colgaba del hombro y la miró, sin estar segura de a qué se debía aquel cambio en la rutina.

—¿Qué ocurre, Bestia?

—Basta de cazar en tu bosque —anunció la Bestia—. Ahora cazarás en el mío.

Yeva frunció el entrecejo.

—¿En el tuyo? No lo entiendo.

La Bestia vaciló y miró hacia el bosque más allá del camino abandonado que llevaba al castillo.

—Cuesta explicarlo sin...

Se calló de repente, como si alguien le hubiera robado el aliento.

A Yeva se le aceleró el pulso y la curiosidad le produjo un hormigueo que le subía por la espalda.

—¿Sin quebrantar las condiciones del hechizo?

La Bestia se quedó boquiabierta y si no hubiera sido por la cantidad de dientes afilados y amenazadores que había en su boca, la muchacha se habría reído por la sorpresa reflejada en los rasgos del animal. Se quedó totalmente quieta, hasta la punta de su cola que normalmente era tan expresiva. Por un instante, se pareció tanto a una de las gárgolas deterioradas en las almenas del castillo, que Yeva pensó que quizá al haber hablado de sus secretos se había convertido en piedra.

Pero entonces respiró y se dejó caer en la nieve para agazaparse como un animal herido, con las patas delanteras dobladas y el aliento moviendo los copos superiores con cada exhalación.

—Eres lista —farfulló.

—Conozco historias —replicó la joven—. El hechizado nunca puede hablar de lo que le sucede. Eso siempre forma parte de la maldición.

La Bestia alzó la mirada.

—¿Crees que estoy maldito?

Yeva dudó. Su mente seguía sin decidirse si era un humano el que había matado a su padre o una bestia que había cedido al instinto animal y lo había hecho pedazos. Y aún no podía decidir qué era peor. De un modo u otro, tendría que responder por lo que había hecho.

—Sé que no eres natural —dijo Yeva finalmente—, y que es obvio que puedes cazar mucho mejor que cualquier humano, así que el hecho de que me necesites debe significar que tienes una tarea que no puedes llevar a cabo tú solo.

La Bestia no dijo nada, no confirmó sus suposiciones. Pero tampoco las negó.

—Y sin duda esta existencia... —Yeva se calló para tragar— es muy desdichada.

La Bestia permaneció en silencio.

—Así que, sí. —La muchacha respiró profundamente—. Sí, creo que has caído en una maldición.

La Bestia siguió sin responder, lo que le dio a Yeva tiempo para estudiar su rostro. Aunque había vuelto a bajar la mirada, había algo en sus rasgos que le llamaba la atención. Ese día parecía diferente y no solo porque había cambiado la rutina al detenerse al final de la pasarela. Su hocico parecía de alguna forma menos alargado; los ojos, menos feroces, y la boca más expresiva y con menos colmillos. Cuanto más observaba, más parecía, bajo el resplandor del sol, un hombre arrodillado en la nieve. Parpadeó una y otra vez, y no pudo deshacerse de la imagen.

—Es suficiente —dijo bruscamente la Bestia, sacudiéndose como para despojarse de la humanidad como si fuera pelo—. Es suficiente para que sepas que hay otro mundo dentro de estos bosques, uno que no te han preparado para ver. Será en este mundo donde encuentres a tu última presa, así que este es el mundo con el que debes familiarizarte.

—¿Otro mundo?

Yeva levantó la vista hacia el bosque como había hecho la Bestia.

—La manera más fácil de explicarlo es... pensar en tus historias.

—La Bestia apartó la cara, revelando solo una parte de su perfil—. Las historias que me contaste de Iván. Ese es el mundo que debes aprender a ver.

Yeva se encontró agarrando el arco, no por el miedo sino por un repentino entusiasmo. Su padre había mencionado que había atisbado cosas que no podían existir. Le había hablado de espíritus, demonios y criaturas que no tenían nombres. Pero a todos los niños se le contaban esas historias y todos los niños crecían con ellas. Jamás se había imaginado que las cosas de las que hablaba su padre pudieran ser reales.

—¿Y qué voy a cazar hoy? —preguntó Yeva, pasándosele por la cabeza un millón de imágenes imaginadas. Pensó en las puntas de las alas de cristal todavía pegadas al marco de la ventana en el largo pasillo destrozado.

La Bestia retrajo los labios y la joven no supo si se trataba de una sonrisa o de un gruñido.

—Hoy —dijo— me cazarás a mí.

Yeva tuvo ganas de tirar el arco por la frustración. Después de tres días intentando cazar a la Bestia, no había encontrado su rastro hasta que apareció cerca del atardecer para llevarla de vuelta al castillo. Ahora sabía que tenía que haber magia y sus pensamientos gritaron por lo injusto que era. Al fin y al cabo, ella era humana. Tan solo una muchacha con un arco y un par de ojos y brazos fuertes. Y ninguna de esas cosas podía ayudarla a encontrar a una criatura mágica por un bosque en el que, para ella, solo habitaban ardillas, ciervos y jabalíes.

Estaba segurísima de que aquel era un paso para conseguir lo que tenía que hacer, que aprender a localizar a la Bestia sería importante para averiguar cómo matarla. Pero aquello le parecía más lejano que nunca, ahora que de veras sabía cuán imposible era tener ventaja sobre aquel ser.

La Bestia estaba tan frustrada como ella. Lo notaba en la tensión acumulada en su voz cada día cuando terminaba la caza y se mostraba ante Yeva. Así que cuando, al cuarto día, apareció pronto —no más de una hora o dos después del mediodía— a Yeva le dio un vuelco el corazón por el pánico. ¿Iba a castigarla?

Pero la Bestia se limitó a quedarse allí sentada, después de surgir de detrás de un árbol mientras ella caminaba. Se la quedó mirando, pensativamente, y por una vez, Yeva se negó a

permitir que su mirada la desconcertase. En su lugar, se volvió hacia la criatura y tocó las plumas de la flecha que tenía colocada en el arco.

—Ven —dijo finalmente la Bestia.

—¿Adónde? —inquirió Yeva con cautela.

—Aquí, conmigo.

Yeva no se movió, tan solo agarró el arco con más fuerza y miró a la Bestia de reojo, tragándose el miedo.

La Bestia levantó las cejas.

—No te haré daño.

—¿Me das tu palabra? —preguntó Yeva.

—Tienes mi palabra.

A Yeva le temblaron las manos cuando volvió a guardar la flecha en la aljaba y se acercó más a la Bestia. Se paró cuando estuvo lo bastante cerca para sentir el calor de su pelaje en el frío, lo bastante cerca para oler aquel olor salvaje y ver las motas rojas que le daban aquel tono a sus ojos dorados.

La Bestia inclinó la cabeza, una combinación de un asentimiento y una reverencia que dejó a Yeva más confundida que antes, un gesto cortés, tan familiar en su época con el séquito de la baronesa, pero tan extraño en este ser.

—Date la vuelta.

Yeva hizo lo que le pidió, aunque todos los nervios de su cuerpo le decían que no le diera la espalda, le decían que estaba loca por permitir que un depredador estuviera tan cerca de ella.

Oyó que la Bestia se aproximaba más por detrás y apoyaba una cálida pata en el centro de su espalda. Yeva contuvo las ganas de temblar, segura de que en cualquier momento sentiría sus garras. Pero, en cambio, oyó su voz.

—Cierra los ojos y escucha —dijo en voz muy baja y a pesar del extenso bosque abierto que les rodeaba, sus palabras le parecieron íntimas, personales. Yeva pensó que aunque alguien estuviera a pocos pasos de distancia, no la oiría. Era como si la hablara directamente al oído—. Dime qué oyes.

—Te oigo a ti —respondió Yeva.

Al no recibir contestación, inspiró larga y lentamente, y dejó que su atención se distrajera con el exterior. Costaba escuchar con la intimidación de la Bestia que se encontraba justo detrás de ella, pero cuando los sonidos del bosque se calmaron, la joven casi se olvidó de que estaba tocándola.

—Oigo arrendajos —murmuró—. Llamándose entre sí. Hay viento al este que roza unos árboles con otros, haciéndolos susurrar, pero no viene en nuestra dirección. La nieve cae de una rama.

—¿Eso es todo?

Yeva cerró los ojos y notó que las cejas se fruncían.

—¿Qué más se supone que debo oír?

—Escucha.

Yeva escuchó. Escuchó hasta que los oídos empezaron a pitarle en el silencio. Estaba a punto de hablar, de coger aire para decirle que no oía nada, cuando algo la hizo detenerse. Se le puso la piel de gallina en la nuca, y no por la presencia de la Bestia. Notó que le daba vueltas la cabeza y

aumentaba el hormigueo.

—Oigo... —Se quedó sin pensamientos mientras trataba de nombrar la sensación. Algo tiraba de ella, atraía su atención al noroeste, y era un sonido. Excepto que, al mismo tiempo, no era un sonido—. Oigo... música.

La Bestia contuvo el aliento y luego comenzó otra vez a respirar.

—¿Música? —repitió, con cierta sorpresa.

—No puedo describirlo... —Yeva aguzó el oído. No era música, en realidad no. Pero su mente no podía interpretar de otra manera aquella sensación, aquel ritmo arrollador que seguía atrayendo su atención por los bosques—. Me llama como la música.

—Música —volvió a repetir la Bestia con la voz grave y meditabunda, casi sorprendente—. Eso no es lo que yo oigo.

—¿Qué oyes tú?

—Eso no es lo que importa. Por ahora, concéntrate solamente en el sonido.

Yeva quería conocer la respuesta a su pregunta, pero deseaba escuchar por más tiempo la música. Aunque la sensación era nueva y rara, también le resultaba extrañamente familiar. «He oído este sonido antes», advirtió y sintió un escalofrío por todo el cuerpo. Lo había llegado a oír, como un estribillo lejano, evocador e inquietante, en los momentos de silencio más intensos en el bosque. Cuando los días largos se hacían eternos y la mente se quedaba sin pensamientos hasta que solo permanecían sus pisadas en la nieve, el roce del arco en la mano y el frío cortante en las mejillas. Cuando todo lo demás se desvanecía, este sonido era lo único que quedaba.

«¿Qué es lo que buscas ahí fuera?», le había preguntado Asenka.

—Lo oigo —susurró, fascinada.

—Retén el sonido en la cabeza —le murmuró la Bestia al oído—. Imagina que no es solo un sonido, sino que también es una visión. Imagina que serás capaz de verla cuando abras los ojos.

Al instante percibió colores detrás de los párpados, titilando al ritmo de lo que no era exactamente música. Rayos de luz azules, blancos y verdes se cruzaban en su visión. No se atrevía a hablar, pero asintió en su lugar, despacio, como si fuera a liberar la visión si se movía demasiado rápido.

—Ahora —susurró la Bestia—. Abre los ojos.

Yeva obedeció. A su alrededor estaban los árboles, la nieve, la maleza y la luz de su imaginación se había transferido a la escena. Había un punto focal, un sitio de donde parecía emanar la luz, y Yeva se quedó mirándolo fijamente. De pronto vio allí a una mujer, apoyada en uno de los árboles. Tenía el pelo largo, negro azabache, e iba desnuda, como si el frío no significase nada para ella. Yeva notó que se le calentaba la cara y de repente fue muy consciente de la áspera lana sobre su piel y de la presencia de la Bestia detrás de ella. La mujer era muy hermosa y se pasaba los largos dedos por el pelo como una doncella esperando a su amante. Entonces se detuvo y giró la cabeza. Miró directamente a Yeva y cuando sus ojos se encontraron, Yeva sintió que algo se hacía añicos en su interior.

Chilló, retrocedió y cayó contra la cálida mole de la Bestia. Se llevó las manos con torpeza al arco en el hombro para intentar coger una flecha, pero tan solo agarró un puñado de pelo de la Bestia. Se quedó sin aliento, el miedo corría por sus venas y al volver a mirar a la mujer, esta había desaparecido. Solo había un par de tordos asustados que salían por medio de la maleza, gritando y moviendo las alas hacia el bosque distante.

A Yeva le latía con fuerza el corazón. De pronto se dio cuenta de lo mucho que estaba apoyada en la Bestia y que todo el miedo que sentía era por la mujer del bosque y que más que aterrorizarla, la cálida presencia de la Bestia tras ella era tranquilizadora.

Se había olvidado por un instante de que la Bestia era su enemiga, que su único objetivo era matarla. Tan solo habían sido unos segundos en los que la música de aquel mundo extraño había inundado sus pensamientos, pero se había olvidado. Se le revolvió el estómago, se sintió indispuesta, y se apartó de él a trompicones.

Al darse la vuelta, observó que la criatura estaba tranquila, mirándola como si no hubiera sucedido nada raro.

—¿Qué ha sido eso?

Yeva se ajustó con torpeza la correa de la aljaba, desenredando la capa que la envolvía, tratando de recobrar la compostura.

—Se llama Lamia —respondió la Bestia—. Ella y sus hermanas viven en un valle cercano, pero viajan a menudo, y Lamia prefiere tumbarse junto a la orilla del río para despojarse de sus pieles al sol.

—¿Despojarse de...? —Yeva parpadeó mientras intentaba comprenderlo—. ¿Despojarse de sus pieles?

—Es una dragona. —La Bestia frunció el ceño—. ¿Has visto alguna vez la piel de una serpiente en el bosque?

—Pero... pero era una mujer, no una serpiente.

—También es eso.

Yeva clavó la vista en los árboles, tratando de volver a sentir aquel estallido de música y color. Creyó oír un ritmo lejano, como el batir de unas grandes alas, pero luego no le pareció más que una ráfaga de viento a mucha distancia. La muchacha giró la cabeza.

—Bestia, ¿qué... qué es esto?

La Bestia se sentó sobre sus cuartos traseros.

—Esto es mi mundo.

—Para lo que me... me necesitas —tartamudeó Yeva—. Quieres que cace una criatura de este mundo, de tu mundo.

La Bestia asintió con la cabeza.

—¿Lamia?

—No, a Lamia no.

—Pero ¿no vas a decirme qué es?

—No puedo.

Yeva resopló.

—¿Cómo voy a cazar algo que no sé lo que es?

La Bestia estaba en silencio. Yeva ya la conocía lo suficiente para ver por su expresión que estaba preocupado.

—No... no lo sé —dijo al final—. Pero si puedes ver a Lamia, también podrás verla a ella.

«A ella».

Yeva se quedó con aquella información y la unió a los demás trocitos que había ido recogiendo. De momento, eran fragmentos que no formaban nada, pero tal vez si reunía los suficientes, sería capaz de juntarlos y convertirlos en un tapiz de respuestas. Entretanto, esperaría

y escucharía la música lejana, porque quizá, en algún lugar de aquel ritmo, en el modo en que se filtraba por los huecos de su corazón como miel caliente en el pan seco..., quizá en esa música encontraría el modo de matar a la Bestia.

—Bestia —dijo con una voz firme que sonaba cálida.

—¿Sí?

—Has dicho que no oías música. —Yeva miró con atención su rostro—. ¿Qué oyes?

—Para mí —contestó la Bestia— es como el latido de un corazón.

Yeva contuvo una sonrisa que tiraba de las comisuras de su boca.

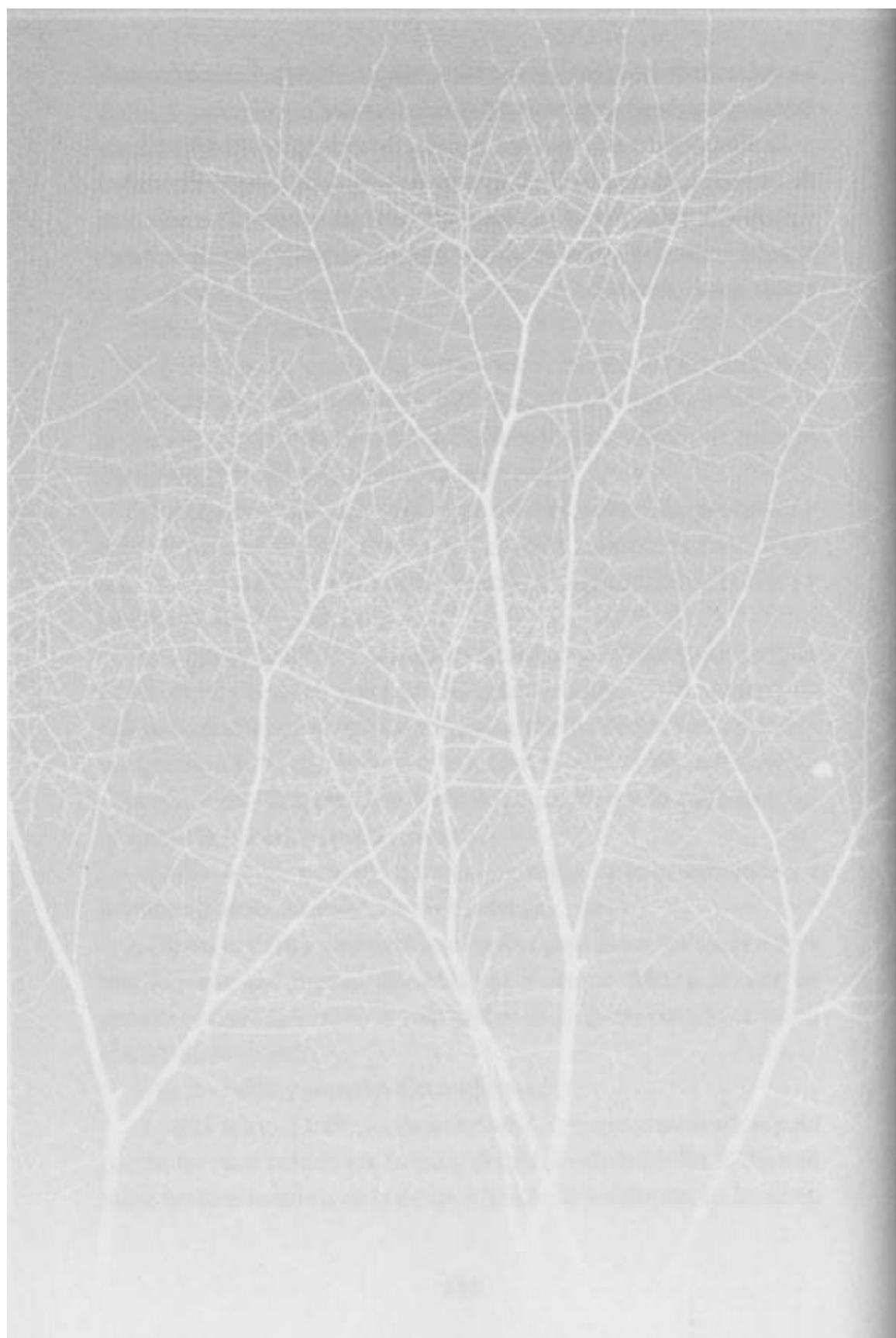
—El latido del bosque.

La Bestia se movió un poco y luego inclinó la cabeza hacia el este.

—Es suficiente por hoy. Regresemos ya.

Al darse la vuelta para caminar junto a ella, la Bestia pasó por encima de la nieve y sus patas ni siquiera rozaron la que estaba suelta, cubriendo la corteza helada. Las botas de Yeva crujían sobre el terreno, pero aquella criatura se movía como el viento, como un espíritu. Estaba mostrándole cómo atravesaba el bosque sin dejar rastro y Yeva observó cada paso como si estuviera hipnotizada.

—Es el mismo sonido que oí —dijo la Bestia al aproximarse a ella— cuando te vi por primera vez.



BESTIA

Recordamos una época con mucha claridad. Éramos Bestia, corríamos con los lobos y cazábamos presas, vivíamos en el viento y respirábamos el bosque, No queríamos más que ser, correr, aguantar. La necesidad no existía.

Pero también recordamos otra época, una época de anhelo y deseo, cuando solo éramos necesidad, cuando siempre íbamos a por la siguiente cosa inalcanzable, No había alegría en lo que teníamos, solo en lo que podía llegar.

Y ahora esas dos personalidades, esas dos mentes condenadas a existir como una, cada día se contradicen más. Regresamos a nuestra guarida para caminar de un lado a otro y terminar clamando contra la oscuridad y la suciedad. Nos tumbamos delante del fuego en nuestra habitación y anhelamos en los confines de piedra y mortero.

Tan solo ella nos libera a ambos. Se mueve con belleza, nos susurra sobre el viento y el bosque... y nos cuenta historias, unas historias que nos despiertan por la noche, soñando sueños

de una vida de hace mucho tiempo. Nos recuerda lo que
éramos antes.

Nos susurra lo que podríamos ser.

CATORCE

YEVA Y LA BESTIA CAYERON EN UN PATRÓN conforme transcurrían las semanas. Aunque Yeva todavía no podía seguir a la Bestia por el bosque, a pesar de haber desarrollado un oído para la magia, descubrió otras maravillas de vivir en el valle de aquella criatura. Árboles que tenían cara, voces, que le echaban un vistazo y luego desaparecían. Luces danzando a lo lejos, montando los fuertes vientos, una risa que la invitaba a unirse a ellos. Un zorro que se paraba y la sonreía. Pájaros que se reunían por un lado y otro en el viento, pintando formas en el cielo sobre el prado: un rostro, la cresta de una ola, un grupo de ciervos corriendo.

Le preguntó a la Bestia acerca de todos. A veces tenía nombres para ellos y otras veces, no. En muy raras ocasiones le hablaba de alguna criatura que ni siquiera había visto. Yeva creía, en privado, que él parecía disfrutar de aquellos momentos. Le preguntaba cada vez que descubría una nueva maravilla si era lo que tenía que cazar y siempre contestaba que no.

Ya habían transcurrido casi dos meses desde que se había trasladado al interior del castillo, según el cálculo que llevaba escrito con el carbón en la pared, cuando se despertó y se encontró a la Bestia en cuclillas en un rincón de la habitación.

Al principio no la vio y Yeva se levantó medio dormida de su lío de mantas para añadir unos cuantos troncos al fuego para que la estancia se calentara mientras acababa de despertarse. Cervatilla nunca se molestaba en levantarse a la vez que ella y gruñía feliz en su lado del camastro hasta que el fuego la sacaba para que disfrutase del calor. Yeva volvió a envolverse en las sábanas, movió las rodillas arriba y abajo para devolver la sangre a los dedos de los pies, y esperó a calentarse.

Las sombras al otro extremo se movieron y Yeva soltó un chillido antes de poder contenerlo. Había visto cosas oscuras y aterradoras en el bosque musical y sus sueños eran más agitados desde que había empezado a descubrir aquel otro mundo. Cogió el atizador del fuego antes de pararse a pensar.

La Bestia salió a la luz y la miró parpadeando con aquellos ojos redondos.

—No pretendíamos asustarte.

Yeva se tragó el pánico y el corazón que latía con fuerza comenzó a calmarse al ver que era solo la Bestia y no algún monstruo de sus sueños.

«¿Ahora era “solo” la Bestia? ¿Cuándo había pasado eso?»

—No puedes entrar aquí de este modo, mientras estoy durmiendo —dijo jadeando, y los

miedos persistentes provocaron que la irritación convirtiese su voz en más aguda.

La Bestia frunció las cejas.

—¿Por qué no?

—No es de buena educación —replicó Yeva, que luego inspiró ante lo ridículo que sonaba aquello. ¿Acaso una Bestia tenía buenos modales?

Pero mientras se esforzaba por buscar una razón que aquel ser pudiera entender, la Bestia se limitó a inclinar ligeramente la cabeza a un lado.

—Muy bien. ¿Deseas que nos vayamos?

Yeva farfulló hasta callarse. «Sí —pensó—, o deja que te mate y acabe con todo esto». Pero en voz alta solo dijo:

—¿Qué quieres?

—Buena educación —repitió la Bestia, murmurando la palabra como para sí misma. Pero había un brillo pícaro en sus ojos que hizo que Yeva se parase en seco al saltarle a la vista de repente como si fuera una chispa tras frotar la lana.

Estaba tomándole el pelo.

—Es hora de entrenar.

A Yeva le dolía la cabeza. Estaba cansada, pero más que eso, estaba frustrada. Cuanto más entendía del mundo que la Bestia le había mostrado, menos esperanza tenía de vengar a su padre a menos que descubriera su debilidad, algún secreto que le diera ventaja.

Pero era evidente que no iba a encontrar la debilidad de la Bestia por medios normales, y no podía permitirse continuar siendo displicente, dejar que pasaran los días sin que sucediera nada. Seguiría a aquellas criaturas en el bosque, a las que había aprendido a ver con la ayuda de la Bestia. Una de ellas tenía que saber algo, lo que fuera, que la ayudara a matar a la Bestia. Y las cazaría a todas si hacía falta.

Se levantó y cruzó la habitación para echarse agua fría a la cara.

—Bestia —dijo, ganándose un ligero gruñido como respuesta—. Hoy quiero ir yo sola al bosque.

La Bestia enarcó las cejas, pero no dijo nada, sin duda esperando una explicación.

—Necesito ser capaz de ir sola por ese mundo tuyo, sin tu orientación. —Yeva se fijó en que la Bestia cambiaba el peso de un lado a otro, que se disponía a responder—. Y —añadió enseguida—, como la presa que debo encontrar no la tenemos aún, quizá no aparezca debido a tu presencia. Tal vez si voy yo sola sí la vea.

Al oír sus palabras, la Bestia se paró en seco y la miró con aquellos ojos serenos mientras movía la cola de un lado a otro como un lento y suave péndulo. Se la quedó mirando durante tanto rato que a Yeva le empezaron a llover los ojos por el esfuerzo de no apartar la mirada. Cuando habló, su voz fue grave y prudente.

—¿Todavía tengo tu palabra de que no intentarás escapar?

Yeva tragó saliva al recordarlo, con amargura en la lengua.

—Todavía tienes mi palabra. Puesto que matarás a mi familia si lo hago.

Silencio de nuevo, interrumpido por el silbido y los estallidos intermitentes del fuego de la chimenea.

—Sí —dijo finalmente.

Yeva vaciló.

—¿Sí, matarás a mi familia si me escapo? ¿O sí, puedo ir sola?

—Ambas cosas. —La Bestia frunció el entrecejo—. Acepto tu palabra. Si fueras dada a la mentira, habrías prometido no matarme desde el principio. Puesto que no fue el caso, te creo cuando dices que no huirás.

Su voz era tan grave, tan amarga, estaba tan llena de odio, que Yeva casi retrocedió un paso. El fuego ya no parecía que la calentara y la muchacha se estremeció.

—Mataste a mi padre —susurró—. No puedo dejar que su muerte pase desapercibida.

Los ojos de la Bestia carecían de brillo.

—Y esa es la razón por la que te quedas. No por las amenazas ni por el miedo, sino porque crees que un día nos cogerás desprevenidos y podrás vengarle.

Yeva apretó la mandíbula. Tenía pocas esperanzas de convencerle de lo contrario, sobre todo cuando la tenía tan calada. Así que serían enemigos y ella encontraría la manera de destruirle a pesar de todo.

—Sí.

La Bestia mantuvo quieta la cola. Los ojos planos se suavizaron y su rostro de pronto fue tan humano que Yeva supo que había cambiado, que no era un efecto de la luz ni una ilusión óptica. Parecía moverse entre dos naturalezas enfrentadas y cuando le gobernaba una en un momento dado, le dominaba el aspecto de esta.

Justo en este instante, su cara, su expresión, estaba tan llena de angustia que la ira de Yeva desapareció y el corazón le dolió tanto que se mordió el labio.

—Sí, lo matamos —dijo la Bestia al cabo de una eternidad, y su rostro adoptó un rictus extraño cuando apartó la vista hacia la puerta—. Y quizás algún día sí nos pillas desprevenidos. Entonces conseguirás lo que más deseas.

Se dio la vuelta y se fue.

Yeva contuvo el instinto de secarse el agua gélida de la cara. Quería retener el frío, deseaba tener presente que no podía, que no iba a estar a gusto allí. Era una prisionera en un castillo en ruinas, atada a la cosa que había destruido a la persona que más quería en esta vida.

Pero algo, un dolor que Yeva no nombraría, le afligía el corazón. Con aquellas palabras la Bestia había renovado su objetivo por la venganza, había reforzado su determinación de permanecer allí. Aunque le hubiera dicho que era libre de marcharse al día siguiente, se habría quedado para esperar a encontrar la manera...

Con aquellas palabras se había asegurado de que no intentaría irse. Era una característica humana decirle a una persona lo que quería oír. Era una característica humana manipular y ocultar la verdad para a sus propios fines. Era una característica humana mentir.

Y en el instante en que había reconocido haber matado a su padre, había parecido muy humano.

Aunque el cielo estaba despejado y hacía sol, el aire era de un frío cortante, y Yeva caminaba con brío para que siguiera circulándole la sangre. Cervatilla trotaba pisándole los talones. La pata le había mejorado tanto que podía acompañarla todo el día si era necesario. Con el arco de su padre en la mano y la bolsa cargada con su equipo, la muchacha se sentía más en casa, más libre de verdad, de lo que recordaba haberse sentido jamás.

Incluso sin las amenazas de la Bestia contra su familia, regresaría al castillo por decisión propia. La venganza, no el miedo, la llevaría de vuelta. Y si todo salía bien, regresaría armada con el conocimiento de las debilidades de la Bestia.

Ahora siempre podía oír la música, un hilo constante que permanecía en el fondo de su cabeza, a menos que le prestara atención. No era distinto a como había oído antes el bosque, con sus ruiditos y brisas entrelazándose automáticamente para pintar una imagen más allá de lo que podía contemplar. Le ponía nerviosa lo fácil que la música formaba parte de esa imagen.

Apartó aquellos pensamientos y se concentró, girando la cabeza de un lado a otro para localizar los diferentes hilos de magia, como rastros de olor. Se volvió hacia el más cercano, silbando fuerte a Cervatilla para que no se alejara, y partió en esa dirección.

Yeva había aprendido de sus excursiones con la Bestia que las criaturas de aquel bosque rara vez eran malas, pero tampoco eran buenas. Simplemente eran, como son los animales. Los espíritus que hacían perderse a los viajeros también podían ayudarles a volver a encontrar el camino. Los pájaros que advertían de los peligros que había más adelante también podían revelar la presencia de una persona a las bestias que aguardaban.

Este era un mundo gobernado por el equilibrio. Las malas acciones provocaban malas consecuencias. Las bendiciones utilizadas para el mal rápidamente podían convertirse en maldiciones. Aunque Yeva anduviera con cuidado y supiera que la información que buscaba requeriría algún tipo de pago, estaba segura de que hasta en aquel reino tan solo sería recompensada por querer acabar con la Bestia.

Llevaba varias horas fuera del castillo, al otro lado de la cordillera, en el valle más lejano, cuando un movimiento atrajo su atención y la hizo detenerse. Puso una mano en la cabeza de Cervatilla para indicarle en silencio que permaneciera quieta.

Justo delante, escondida en su mayor parte por los árboles, había una cara. Un anciano estaba observándola, tan inmóvil como el mundo nevado que le rodeaba. Su piel estaba surcada de líneas como la corteza de un árbol; tenía el pelo largo, de un tono verde musgo, y los ojos eran del azul claro de un estanque helado. No lo había visto antes.

Inspiró y dio un paso hacia delante, pero en cuanto cambió de postura, el rostro desapareció detrás del árbol.

—¡Espera! —le llamó, y echó a correr mientras los ojos buscaban una forma que se moviera a toda velocidad por el bosque. Pero cuando llegó al árbol detrás del que había estado el hombre, allí vio un zorro, sentado tranquilamente en la nieve, mirándola.

Yeva, sin aliento, se lo quedó mirando también. A su lado, Cervatilla olisqueó con interés, pero no se puso tensa como le habría pasado si un zorro normal hubiera aparecido en su camino.

—¿Y bien? —dijo el zorro.

Yeva dio un grito y no pudo evitar retroceder un paso, casi alzando el arco. Contuvo la respiración al darse cuenta de que el zorro tenía los mismos ojos azul claro que el hombre. Tragó saliva.

—¿Qué eres?

—Soy Borovoi.

Yeva cogió de forma distinta el arco e hizo un esfuerzo por relajarse por si acaso el zorro —o el anciano, o lo que fuese— percibía su nerviosismo.

—¿Es ese tu nombre o lo que eres?

El zorro inclinó la cabeza a un lado.

—Soy Borovoi. ¡Qué desperdicio de pregunta! Tan solo te queda una más.

Yeva abrió la boca para protestar, pero se calló antes de hablar. En los cuentos de su padre, el número tres era muy importante. Tres hijos, tres deseos... este mundo estaba regido por las leyes de aquellas historias. Respiró hondo, eligiendo con cuidado sus palabras, y preguntó:

—¿Puedes mostrarme cómo destruir a la Bestia?

El zorro permaneció en silencio un momento. Entonces sus labios se retrajeron para formar una amplia sonrisa que enseñaba todos los dientes, y giró con un destello de su cola roja para salir corriendo hacia el bosque. Yeva salió disparada tras él sin pensarlo, echándose el arco al hombro, a la máxima velocidad posible. No veía su rastro, pero el zorro estaba delante de ella, visible como un destello de pelo rojo en contraste con el lienzo blanco de la nieve. Corrió hasta que tropezó con un espeso matorral, que se le enredó entre las piernas; quiso seguir moviéndose con el impulso, pero se cayó sobre las ramas secas y sin hojas.

Resollando, se arrastró para desenredarse como pudo, ignorando los arañazos de la cara y las ramas que le tiraban del pelo. Cuando por fin se liberó, se encontró en un claro nevado, y el zorro, Borovoi, no se veía por ninguna parte.

Yeva dejó de jadear, intentando recobrar el aliento mientras Cervatilla salía retorciéndose del matorral tras ella. Con la lengua colgando y la boca abierta, Cervatilla miró a su dueña como diciendo: «¡Qué divertido! ¡Otra vez!». Todavía sin aliento, la muchacha se agachó, cansada, y le frotó las orejas a Cervatilla mientras inspeccionaba el claro.

Allí tenía que haber una pista, algo de importancia en esta parte de la naturaleza. Aunque había embusteros por todos lados en los cuentos de hadas, rara vez mentían. Las desgracias que le sucedían al héroe o la heroína siempre eran por culpa de no entender bien lo que les habían dicho. Así que Yeva dudaba encontrar un arma enterrada bajo la nieve con la que matar a la Bestia, pero sabía que parte de la respuesta debía de hallarse allí.

Cruzó el claro con pasos cautelosos, observando, pero no fue hasta casi haber atravesado la mitad cuando advirtió una extensión llana más baja que el resto y despejada de nieve en su mayor parte.

Al acercarse más, descubrió que se trataba de un estanque, un manantial del bosque que se había helado por el frío. Yeva lo rodeó, echando un vistazo al hielo, que no revelaba más que agua negra debajo. Ordenó a Cervatilla que se quedara quieta y alargó un pie para comprobar la superficie del hielo. Crujió un poquito al poner más peso sobre aquel pie.

Estaba a punto de dar otro paso cuando un destello dorado bajo el hielo la hizo pararse en seco. El ritmo del corazón se le aceleró mientras miraba las negras profundidades con la esperanza de otro destello. Volvió a verlo, un movimiento de fuego dorado, y entonces, de pronto, apareció.

El Pájaro de Fuego.

Yeva soltó un grito ahogado y se puso de rodillas para mirar fijamente bajo el hielo. El Pájaro de Fuego estaba allí atrapado, con las alas doradas extendidas, batiéndolas en vano contra la superficie del hielo. Con un grito, la muchacha sacó de la bota el cuchillo para confeccionar flechas y partió el hielo. Se olvidó de Borovoi, se olvidó del motivo por el que había ido sola al bosque y se olvidó incluso de la mismísima Bestia. Solo veía al Pájaro de Fuego, solo oía sus gritos apagados, que eran como puñaladas en su corazón.

Toda su vida había deseado avistar, aunque fuera un instante, aquella criatura. No iba a dejar que se ahogara. Lo liberaría, se lo llevaría, sentiría el calor de sus alas abrasadoras en la cara. Picó el hielo una y otra vez, notando cómo temblaba debajo de ella. Cada crujido del hielo la animaba a poner más empeño, a moverse más rápido. El ladrido desesperado de Cervatilla en el borde del estanque perdió intensidad hasta no ser más que un lejano zumbido en sus oídos. Lo único que oía, lo único que era, era la canción del Pájaro de Fuego.

El hielo soltó un fuerte chasquido y el agua salpicó la cara de Yeva. Empujó hacia abajo la bota con todas sus fuerzas para que se abriera el agujero y la capa de hielo cedió con un estruendo.

Yeva cayó al agua antes de que supiera lo que estaba sucediendo, el aire salió de sus pulmones y volvió a toda velocidad en una enorme bocanada para después hundírsele la cabeza en el agua. Durante un largo instante, no sintió nada, ni el frío, ni que estaba mojada, ni el miedo ante la súbita oscuridad... tan solo la necesidad de alcanzar al Pájaro de Fuego, el anhelo de tocarlo aunque fuese una vez, aunque se marchara volando y no volviera a verlo nunca más.

Algo la rodeó desde atrás y se giró, con la alegría inundando su corazón al esperar ver al Pájaro de Fuego por fin, entero delante de ella, no borroso y poco claro por el hielo. Pero, en cambio, un rostro en descomposición apareció de la negrura y unos brazos huesudos tiraron de ella. En su día habría sido una mujer, el pelo largo todavía estaba pegado a lo que quedaba de cuero cabelludo, y la carne de sus mejillas se había hundido y estaba podrida de modo que Yeva le veía los dientes de perfil mientras esa cosa se inclinaba hacia delante para susurrarle al oído.

—Quédate conmigo —suspiró la mujer muerta, agarrando a Yeva con una fuerza antinatural.

Estaban hundiéndose en la oscuridad, a mucha más profundidad de la que debería tener un estanque en el prado. Los cabellos de aquella cosa se enroscaban en Yeva, le envolvían el cuello, se deslizaban por su piel debajo de la ropa.

Yeva intentó gritar, pero lo único que salió fue un torrente de burbujas. Al romperse el hechizo, al desvanecerse su deseo por el Pájaro de Fuego, el cuerpo de Yeva luchó por sobrevivir. Los pulmones le ardían antes incluso de malgastar el aire intentando gritar, y se esforzó por sacar uno de sus brazos de las manos de aquella cosa. Cuando había tocado el agua fría, los músculos se le habían paralizado y en sus manos seguía el cuchillo que había usado para romper el hielo. La mente de Yeva funcionaba despacio y le costaba cada vez pensar con mayor claridad, pues cada segundo que pasaba se hundían más hondo.

Levantó la cabeza y vio la luz débil del pálido sol de invierno, y con un doloroso esfuerzo sacó otra avalancha de burbujas de sus pulmones, liberando uno de sus brazos de la muerta. Le clavó el cuchillo tan fuerte como pudo y le dio a la criatura en el hombro hasta que rechinó contra el hueso. Soltó un alarido, un grito tanto de pena y desesperación como de dolor, pero la agarró con más fuerza. Yeva volvió a clavarle el cuchillo, mientras la vista se le nublaba, una y otra vez. Al final, el cuchillo atravesó el cráneo de aquella cosa y de repente la mujer bajó los brazos. Yeva intentó nadar hacia la superficie, pero el cuerpo apenas respondía a las órdenes de su cerebro. Cuando miró hacia abajo, lo único que distinguió fue una figura lívida y espectral hundiéndose lenta y silenciosamente en las negras profundidades.

Luchó por abrirse camino hacia arriba, pero el atisbo de luz sobre su cabeza parecía más lejos con cada brazada. Al final, los brazos recordaron cómo nadar y, justo cuando los pulmones se disponían a respirar agua si no podían encontrar aire, atravesó la superficie con un grito gorjeante.

El estanque en sí mismo era pequeño y, aunque el hielo era demasiado fino para ponerse encima, pudo llegar a la orilla al romperse el hielo que la rodeaba. Cayó en la nieve, mareada y temblando, sollozando por aire. El zumbido en los oídos comenzó a desaparecer y fue sustituido por el ladrido frenético de Cervatilla. Yeva alzó las cejas cubiertas de hielo para encontrar a su perra danzando encima de ella y a su alrededor, dándole empujoncitos por todos los lados. Ni siquiera sintió cuando Cervatilla comenzó a lamerle el agua de las manos.

Lo único que quería era quedarse allí tumbada en la nieve, respirar y mirar al cielo, que estaba cubriéndose de nubes. Aunque una parte lejana de su mente sabía que eso estaba mal. Tenía que moverse o moriría de frío. Con un gemido, rodó de lado, pegó las rodillas al cuerpo y luego se quitó la bolsa de los hombros. La mayoría de sus provisiones estaban mojadas, incluía la yesca para encender fuego, pero de todas formas no tenía leña ni astillas, y eso no era lo que iba a buscar. Guardaba la manta para dormir en el fondo, y el cuero de la bolsa y las capas de provisiones la habían protegido de algún modo. Estaba húmeda mucho más seca que todo lo demás.

Se quitó las capas exteriores de ropa que estaba empapada, moviéndose todo lo rápido que le permitían los dedos entumecidos y temblorosos.

El tembleque empezó a disminuir, pero en vez de facilitar el movimiento, parecía que cada vez le costaba más moverse. Sabía que era perjudicial —que todo aquello era perjudicial—, que iba a morir de frío. Se preguntó qué le sucedería a su familia, si la Bestia los mataría por su fracaso o si sencillamente se quedarían a vivir en aquella cabaña para siempre. Se imaginó a Lena aprendiendo a cazar y después se puso a reír al pensar en su remilgada hermana intentando retirar una flecha de un ciervo con repugnancia.

Un fuerte ladrido de Cervatilla al oído fue lo que la hizo volver en sí y apartó los pensamientos de su casa con esfuerzo. Una oleada de miedo por estar perdiendo la capacidad de pensar la llevó a terminar de quitarse la capa y las demás prendas hasta quedar solo vestida con la ropa interior de lana, que se dejó porque hasta mojado este tejido la ayudaría de alguna manera. Luego, intentó llamar a Cervatilla con la voz quebrada y susurrante. La perra se pegó el cuerpo de ella, Yeva la abrazó, envolvió a ambas con la manta e intentó pensar.

La yesca estaba empapada, pero si lograba llegar al bosque, tal vez el matorral con el que se había tropezado en el claro tendría ramas lo bastante secas para prender chispas. Si conseguía que le funcionaran las manos, podría cortar unas cuantas con el cuchillo. Si tuviera un farol, podría calentar un poco de agua para beber... tendría que pedirle a su amigo invisible que le llevara uno, que le quitara el grillete, que la dejara salir de la fría celda y la llevara a la habitación del diván azul y la chimenea. Se acurrucó más contra el cuerpo caliente pegado a ella y masculló:

—Asenka, tienes los pies tan fríos...

Los ladridos de Cervatilla la despertaron y refunfuñó:

—¡Calla, todavía no ha amanecido!

Pero había luz en sus párpados y una sombra se movía por ellos. Intentó abrir los ojos, pero no le respondían; intentó levantar una mano para abrirlos, pero no supo si estaba moviendo el brazo.

—¿Dónde tengo el brazo? Lo necesito para disparar...

—Calla —le dijo una voz al oído, tensa y profunda. No era la voz de su padre, pero de algún modo le resultaba familiar. Cálida como el terciopelo—. Te llevaré a la espalda, pero tendrás que sujetarte bien o te caerás.

—No soy una niña —protestó Yeva.

La voz la ignoró y esperó que un par de brazos la levantaran, pero algo la agarró del hombro, notó una firme presión, y la echó hacia atrás para dejarla a medio camino de una suave pendiente.

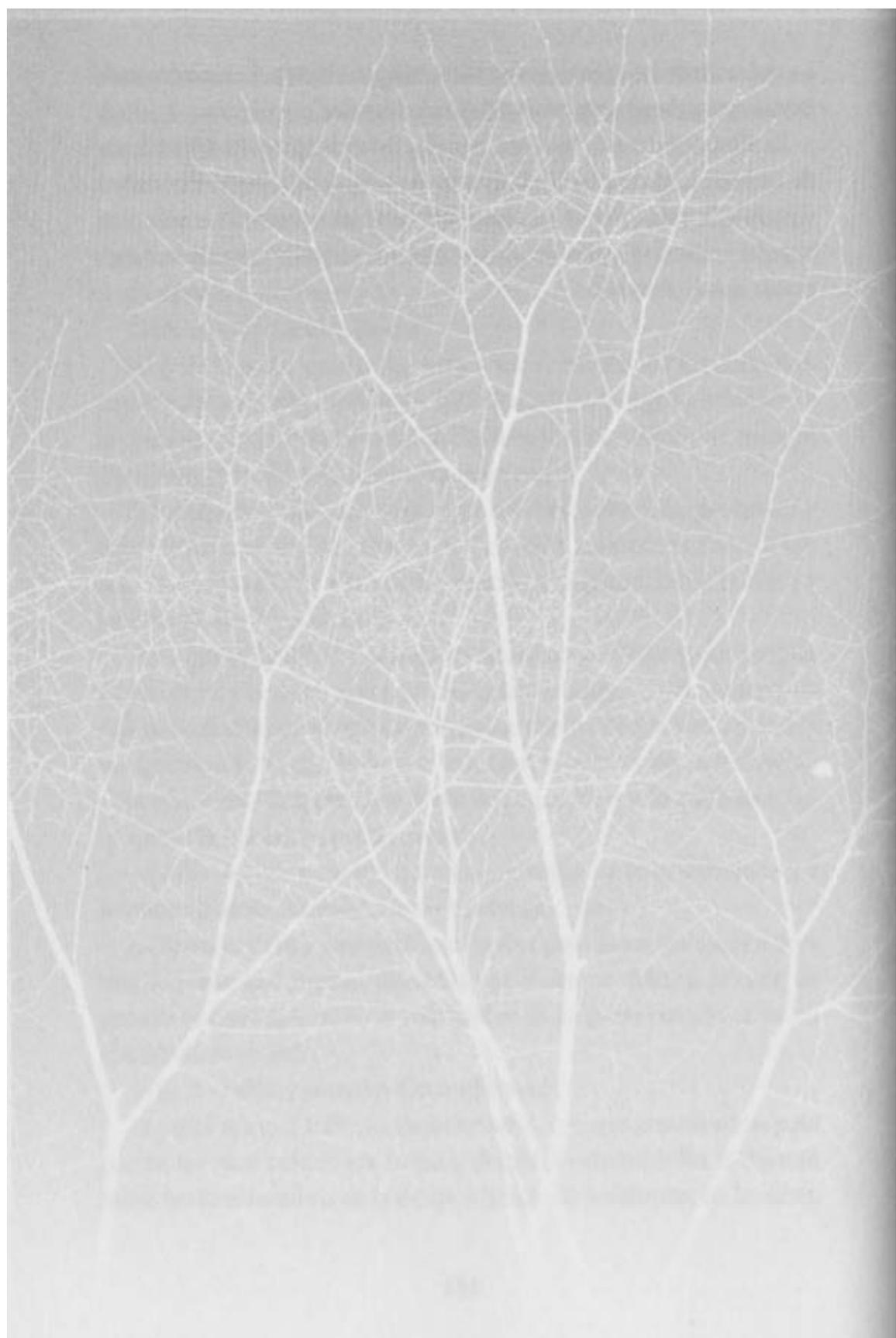
—Sube —le ordenó la voz.

Yeva se agarró automáticamente y los dedos cogieron unos puñados de pelo. Los músculos parecían débiles por algún motivo mientras se arrastraba hacia arriba, una tarea que debería haber sido fácil. La cosa suave debajo de ella se movió, tambaleándose de lado y medio llevándola hacia arriba. Luego, se levantó, haciendo que se le revoliera el estómago.

—Aguenta.

Esta vez la voz venía de abajo, retumbaba contra su pecho y mejilla como el ronroneo de un gato casero o el sonido de un trueno a lo lejos. La cosa empezó a moverse, despacio al principio y luego cada vez más rápido hasta que Yeva apretó la cara contra el pelo acre para que el viento no le cortara las mejillas.

Mientras Yeva perdía la consciencia, oyó otra vez la voz, murmurando, «Aguenta».



BESTIA

No tenemos miedo. Nunca tenemos miedo. Han pasado siglos desde la última vez que tuvimos miedo, incluso más desde que ningún ser, bestia o humano, es lo bastante fuerte para hacernos daño.

Y aun así ahora el corazón nos late como un trueno en los oídos, retumbando como una voz que nos grita que corramos más, que nos movamos más rápido. Nuestras patas parecen torpes y la mitad de las veces nos hundimos en la nieve que hace mucho tiempo aprendimos a cruzar sin rastro. Aunque siempre sabemos con exactitud a qué distancia está el castillo, parece que esté al doble o tres veces más lejos de lo que debería.

El cuerpo apoyado en nuestra espalda está frío. Ya no se mueve. Pero no se ha caído, todavía nos agarra el pelo con las manos, lo que nos indica que aún está viva.

Aguanta, Bella. Aguanta.

QUINCE

YEVASE DESPERTÓ porque le ardía la piel. Tenía la voz ronca y se encontró con que apenas podía moverse y que cuando lo hacía, le ardía aún más el cuerpo.

—Ve despacio —dijo una voz grave. Conocía aquella voz. Era la Bestia.

Yeva abrió los ojos y vio que se encontraba muy cerca, agachada a unos pasos de ella, mirándola con los ojos entrecerrados. La punta de la cola se movió cuando Yeva le devolvió la mirada y luego se retiró como si quisiera esconder aquella pequeña reacción.

Yeva estaba tumbada en el suelo delante de la chimenea de su habitación, encima de varias mantas y la de arriba del todo era de suave vellón, pero aun así le rascaba la piel como si fuese arpillera. Había un detalle que no dejaba de dar vueltas lentamente en su cabeza y hasta que no apartó la vista de la Bestia no se dio cuenta de lo que era.

Estaba desnuda.

Yeva profirió un mitigado grito de horror y agarró las mantas para taparse el cuerpo. Tenía los dedos torpes e hinchados, pero se esforzó para que estos cogieran la ropa que la abrigaba.

Los ojos de la Bestia se entrecerraron aún más y retrajo los labios. Yeva no sabía si estaba gruñendo o sonriendo.

—Has mejorado —dijo.

—¿Me quitaste tú la ropa? —preguntó Yeva, comenzando a temblar.

El fuego de la chimenea la había estado calentando mucho más que las mantas que la envolvían en aquel momento.

—Si no lo hubiera hecho, podrías haber muerto. —La Bestia sacudió una vez la cola—. ¿Habrías preferido la muerte a preservar tu pudor?

Le vinieron fragmentos de recuerdos a la memoria: el frío espantoso del agua helada; la avalancha de terror cuando se giró para encontrarse con el Pájaro de Luego, pero se topó con un espectro ante sus ojos; el olor del pelo de la Bestia mientras la llevaba a la espalda. Cogió aire al recordar el ardor en los pulmones cuando empezó a ahogarse. Cervatilla estaba a su lado y se aproximó más a ella. Yeva separó la manta lo suficiente para que la perra pudiera pegarse a ella, para darle calor como un horno.

Como Yeva no respondía, la Bestia emitió un gruñido grave, se incorporó y se apoyó en sus cuartos traseros para una vez más cernirse sobre la muchacha postrada en el suelo.

—¿Acaso importa? Soy una bestia igual que el perro que tienes a tu lado.

Yeva apretó la mandíbula un momento, pegándose a Cervatilla y luego fulminó a la Bestia con la mirada.

—Ambos sabemos que eso no es verdad —soltó.

A la Bestia se le erizó el pelo que recorría la columna vertebral, una cresta de irritación que Yeva había llegado a reconocer de forma tan clara como las arrugas en la frente de un hombre o el estrechamiento de sus labios. Se volvió hacia la puerta.

—Espera.

Yeva contuvo la respiración cuando la Bestia se detuvo. Sabía que debía darle las gracias por salvarla, pero las palabras se le quedaron atascadas en la garganta. ¿Darle las gracias al asesino de su padre? ¿A su captor? La había salvado solo porque necesitaba un cazador, pero aun así había notado la urgencia en la manera de moverse de la Bestia mientras corría, la irregularidad de su respiración mientras se obligaba a ir más rápido para llevarla de vuelta al refugio del castillo.

«Gracias».

Pero cuando Yeva volvió a abrir la boca, tan solo dijo:

—¿Qué era eso? ¿La cosa del estanque?

La Bestia se giró y la miró antes de sentarse otra vez sobre sus cuartos traseros.

—El estanque pertenece a una *rusalka*, una chica a la que mató hace mucho tiempo un amante, un padre o un hermano. Se aparece a los hombres como su gran deseo para atraerlos a su muerte.

«No solo a los hombres», pensó Yeva con amargura.

—¿Y qué me dices de Borovoi? —La Bestia levantó las cejas con esa expresión de sorpresa que casi hacía que la joven se olvidara de los dientes, de los ojos de lobo, de las orejas que se inclinaban hacia ella cuando hablaba—. ¿Lo viste? Rara vez se muestra.

—Me llevó al estanque de la *rusalka*.

—Borovoi es uno de los *leshy*, los espíritus del bosque. Contesta preguntas, aunque sus respuestas a menudo llevan a los viajeros por el mal camino. ¿Qué preguntaste?

Yeva apretó los labios. Le había preguntado cómo destruir a la Bestia, pero si esperaba que la Bestia bajara la guardia en algún momento, sin duda no podía contárselo.

—No... no me acuerdo.

La Bestia se quedó en silencio un rato, lo bastante para que Yeva se preguntase si sabría que no estaba diciendo la verdad. Pero entonces agachó la cabeza y retrocedió un paso.

—Dejaré que te recuperes. No tendrás que salir a entrenar mañana.

Yeva, todavía temblando a pesar del calor agradable de Cervatilla, observó cómo la Bestia se dirigía hacia la puerta, moviendo la cola con suavidad. Le había preguntado al *leshy* cómo destruir a la Bestia y le había llevado a un lugar que, de no haber sido por la Bestia, habría significado su muerte. Sabía que la Bestia necesitaba su destreza de cazadora, que esperaba que tomara parte en liberarle de su maldición. Pero la muerte de la joven no hubiera sido nefasta, solo habría retrasado la libertad de la Bestia hasta que hubiera encontrado otro cazador que le sirviera para sus fines.

La Bestia se detuvo en la puerta unos segundos antes de mirar por encima del hombro.

—¿Qué viste? —preguntó en voz baja—. En el estanque de la *rusalka*. ¿Cuál era tu gran deseo?

El pulso de Yeva sonaba rápido y fuerte en sus oídos. Todavía veía al Pájaro de Fuego allí, con sus grandes alas doradas rozando el hielo, llamándola.

—Vi... vi a mi familia.

La mentira le salió con tanta vacilación que estaba segura de que la Bestia lo notaría. Pero se limitó a inclinar una vez la cabeza para bajar los ojos al suelo antes de desaparecer y dejarla sola.

Yeva se acercó arrastrándose a la chimenea y se aseguró de que la Bestia se hubiera ido antes de quitarse de encima las mantas para dejar que el fuego la calentara. No debería haber tenido que mentir. Debería haber visto a su familia o a Solmir, o a su padre vivo de nuevo. Debería haber visto su hogar, su antigua vida, el consuelo de un mundo sin monstruos ni maldiciones ni bestias. Pero, en cambio, había visto la cosa que más simbolizaba el mundo que había soñado de pequeña.

En cambio, había visto magia.

Como si la Bestia pudiera controlar de algún modo el tiempo, apenas se había recuperado Yeva lo suficiente para aventurarse a salir otra vez, cuando el pleno invierno golpeó como un puño de hierro y ya no era seguro que la muchacha se enfrentase a los bosques. Las ventiscas aullaban por el castillo y la obligaban a cerrar las puertas y a acurrucarse con Cervatilla cerca de la lumbre. Casi esperaba encontrar a la Bestia detrás de ella, como hacía en el bosque cuando cazaba, pero no iba nunca a verla. En una ocasión, al entrar en la cocina, descubrió que se habían colocado capas de tapices sobre los marcos de las altas ventanas por las que entraba el frío. No se imaginaba cómo la Bestia había llegado hasta allí y por un instante la imagen de la criatura tratando de subir por una escalera de mano con las cuatro patas y la cola hizo que le entraran ganas de reír. Pero hacía mucho más calor en su habitación y se quedó dormida sobre las alfombras delante del fuego con la vista en los altos tapices, imaginándose qué historias ocultaban bajo siglos de polvo y decoloración.

Vio muy poco a la Bestia durante aquellas oscuras semanas. Durante un tiempo, la única señal de que estaba allí era la presa que aparecía esporádicamente en la despensa. De vez en cuando alcanzaba a distinguir un destello de los ojos de color rojo dorado desvaneciéndose en las sombras mientras ella exploraba el castillo, o un atisbo de su cola desapareciendo por una esquina, pero nunca se quedaba ni iba a buscarla.

Cervatilla era su compañía constante, la seguía a todos lados. Aunque la perra estuviera profundamente dormida, rodaba sobre su espalda enfrente del fuego. Si Yeva se levantaba para visitar las letrinas, Cervatilla se despertaba, se ponía en pie como podía y trotaba a su lado. La pata se le había curado y la tenía casi como nueva, tan solo le quedaba una ligera cojera cuando Yeva no mantenía el fuego lo bastante avivado y entraba el frío. La chica se alegraba de que Cervatilla la hubiera encontrado tan milagrosamente en el bosque aquel día y le hubiera ahorrado el dolor de la soledad.

Pero, aun así, a pesar del cuerpo caliente de la perra pegado al suyo mientras dormía, notaba una punzada en la psique, un descontento que Yeva no podía —o no iba— a nombrar. Miraba por las ventanas mientras vagaba por el castillo vacío. El paisaje a veces estaba cubierto por las tormentas, a veces era una calma blanca cristalina. Una vez, vislumbró la silueta de un ave de rapiña a lo lejos volando en círculo sobre el bosque. Después, la vio girar, y el destello de una larga cola hendida la hizo quedarse sin aliento. «Es un dragón», le había dicho la Bestia tras su breve encuentro con Lamia en el bosque. En aquel momento, mientras Yeva parpadeaba y la silueta se abalanzaba sobre una presa que no se veía tras la siguiente cordillera, no estuvo segura

de lo que había contemplado. Encerrada en el castillo, rodeada de nieve y vacío, podía haber tenido una ilusión óptica.

«Echo de menos salir fuera —dijo para sus adentros, dándole la espalda a la ventana—. Echo de menos cazar. Echo de menos a mi familia».

Tan solo de tanto en tanto, cuando se permitía darle vueltas a la sensación de estar intranquila, incompleta, recordaba. «Mató a mi padre. Es un asesino. Es una Bestia».

«No echo de menos su compañía».

El mismo castillo era todo un misterio para mantener ocupada la mente de Yeva durante las largas y oscuras semanas de invierno mientras esperaba su oportunidad de volver a vagar por el exterior. Con Cervatilla a su lado, empezó a explorar a la luz de un farol los pasillos interminables y las habitaciones. Algunas, sobre todo en la última planta, se hallaban en tan mal estado que el techo se había desplomado. En esos sitios no había más que nieve y escombros, y era imposible saber para qué se había utilizado antes esa estancia. Otras estaban casi intactas y salvo por los siglos de polvo y telarañas, podrían haberse abandonado hacía poco.

Todas las mañanas, por el aspecto de la nieve immaculada caída recientemente al otro lado de las puertas del castillo, sabía que la Bestia no pasaba las noches en la guarida de abajo. Yeva supuso que podría estar ocultando su rastro, pero nunca lo había hecho de camino a la cueva, así que no se le ocurría por qué iba a hacerlo ahora. Sospechaba que estaba viviendo en el castillo, pero la habitación al final de la larga escalera de caracol donde se había recuperado y había contado sus historias estaba vacía, y la chimenea apagada.

Se dijo a sí misma que estaba buscando su nueva guarida para vigilarla, para controlarla, tal vez incluso para cogerla desprevenida mientras dormía. Pero al doblar cada esquina, atravesar cada puerta, era la curiosidad lo que la conducía hasta allí. Y aunque era una llama más suave que la ira, ardía más despacio y nunca se consumía.

Yeva sabía que la Bestia de alguna forma estaba maldita y que la respuesta a su maldición implicaba capturar o matar a alguna criatura que vivía en el mundo mágico del bosque. Aunque se imaginaba que había sido humana, a veces su certeza flaqueaba. La ferocidad en su mirada cuando traía a casa la comida del día, la expresión extraña de sus ojos mientras examinaba el bosque, los momentos de total desenfreno cuando corría entre los árboles...

Tal vez antes era un animal al que hechizaron con características humanas. Fuera cual fuese su estado debía de ser un tormento, porque un animal con consciencia humana, culpa humana, soledad humana, con sus miedos y deseos, sería desesperante. Y para un hombre despojado de su humanidad por el ataque constante de instintos animales e impulsos de depredador sería doloroso.

El misterio del castillo era el misterio de la Bestia, y vagó durante días con las uñas de Cervatilla sonando por el mármol agrietado a sus pies.

Aunque ninguna era tan grande como en los castillos descritos en los cuentos mágicos y los fantásticos tapices, Yeva no dejaba de descubrir nuevas habitaciones que de algún modo se había saltado en sus paseos anteriores.

Encontró los restos de una antigua sala de costura, llena de carretes de hilo descolorido, un telar y una rueca cubierta de telarañas. Un único hilo gris todavía recorría el borde de la rueda y atravesaba el huso, pero cuando Yeva fue a tocarlo con el dedo, se convirtió en polvo.

Localizó un inmenso dormitorio que claramente estaba destinado al señor y a la señora del castillo, con una cama tan grande que podría haberse tumbado de forma transversal y no haber llegado a los bordes, aunque hubiese estirado las puntas de los dedos por encima de la cabeza. Las cámaras de baño tenían una bañera incrustada en el suelo de mármol y una tolva en la que verter el carbón para mantener el agua caliente durante horas. Yeva jamás había tenido tal lujo. Incluso cuando su padre había sido más rico, ella y sus hermanas elegían mediante pajitas quién se bañaba antes y disfrutaba del agua caliente y limpia para ella sola. Yeva casi nunca sacaba la más larga y a menudo iba al baño temblando. Sin criados que llevaran el agua, se tardaba horas, incluso días, en transportar bastante para llenar la bañera, pero al recordarlo, la muchacha sonrió. Había estado bañándose con ropa y cubos de agua, y la idea de sumergirse en el calor, de estar completa y totalmente limpia... Suspiró y continuó caminando.

Fue en su tercera o cuarta inspección del castillo cuando se topó con la biblioteca.

Se detuvo en seco y levantó el farol bien alto para iluminar cada oscuro rincón. Yeva y sus hermanas sabían todas leer y aunque sin duda Asenka era la más instruida de las tres, a Yeva siempre le había encantado que le leyeran en voz alta. La mayoría de los libros de su padre eran textos eruditos, pero uno de ellos contenía algunas de las antiguas historias que le contaba cuando era niña, y aunque sabía leer las palabras ella misma, había cierta magia al oírlas en la voz de otra persona, para poder cerrar los ojos y simplemente escuchar, y tejer imágenes en su cabeza mientras las historias se desarrollaban.

Su padre había tenido más de una docena de libros, más que nadie del pueblo, incluido el propio barón. Y cuando Yeva examinó las paredes, cubiertas de estanterías y cada una de ellas llenas de libros encuadernados en piel, al menos cien, más de los que se habría imaginado en un mismo lugar a la vez, sintió que el corazón le estallaba.

La estancia estaba fría y húmeda. Era una habitación interior sin ventanas al exterior, pero unas goteras en el techo habían dejado que la humedad goteara al suelo y la nariz de Yeva se inundó del olor a moho y podredumbre. Pero ni siquiera aquello podía atenuar la llama de entusiasmo cuando cruzó a toda prisa el aposento y dejó el farol en una de las mesas rinconeras para sacar uno de los libros de la estantería.

El lomo se desmenuzó al tocarlo y Yeva levantó la cubierta con cuidado. Se rompió en sus manos y la última página estaba tan manchada por la putrefacción que no pudo distinguir el texto. Lo apartó y fue a coger otro, y otro... pero estaban todos tan estropeados por el tiempo y la humedad que no podían leerse. Yeva estaba tan poco preparada para el arranque de angustia al pensar en el conocimiento perdido en esa sala que se tiró al suelo sin aliento. Cervatilla se arrimó a ella. Aunque no sabía por qué, sabía que su dueña estaba disgustada y le lamió la oreja tímidamente.

—Estás triste —sonó una voz sombría tras ella, pero Yeva se había acostumbrado tanto a las repentinas apariciones de la Bestia que tan solo sintió una ligera sorpresa.

Se giró para ver una gran sombra con ojos relucientes llenar la entrada. Se limpió la cara y se aclaró la garganta.

—Esperaba poder leerlos —dijo en voz baja—. Me encantaba oír a mi padre...

Se quedó sin voz, y cuando alzó los ojos para mirar a la Bestia, volvió a surgir un ligero atisbo de aquel enfado. No volvería oír a su padre leer para ella.

La Bestia dejó alargar el silencio, con el único sonido del suave roce de su pata sobre la

piedra mientras cambiaba el peso de un lado a otro.

—Ven —dijo, y sin esperar su respuesta, se giró y desapareció por la puerta.

Yeva consideró ignorar la orden por resentimiento, pero había comenzado a notar diferencias en la voz de la Bestia. A veces sus órdenes eran fuertes y contundentes, diseñadas para hacerla sentir pequeña e indefensa. Pero en otras ocasiones, como esta, había un tono de ruego evidente, y aunque nunca decía «por favor», «serás tan amable de...» o «puedo sugerir...», aun así no había margen en su voz para que ella se negara.

Así que se puso de pie, con una mano en el lomo de Cervatilla para no perder el equilibrio, y siguió a la Bestia hasta el pasillo.

No cabía duda de que la llevaba al otro extremo del castillo, andando en silencio. El farol de Yeva no proyectaba luz lo bastante lejos para iluminar el camino de su acompañante, pero la oscuridad no parecía molestarle. Nunca daba un paso en falso, ni vacilaba ni chocaba contra una pared.

Entró en la cámara principal, sin otra salida según Yeva sabía, pero en lugar de detenerse, fue hacia uno de los tapices. Un instante antes de llevar la pata hacia él, la joven vio que era más brillante y estaba más limpio que los demás, que estaban cubiertos de polvo, y cuando la Bestia lo retiró, se dio cuenta de por qué. Ocultaba una gruesa puerta rodeada de hierro que se abrió hacia dentro sin hacer ruido al ser empujada por la Bestia.

La puerta secreta conducía a otras escaleras, y mientras Yeva transportaba su imagen mental del castillo visto desde la cordillera encima del valle hacia los pasillos que estaba conociendo, pensó que debían de estar subiendo por una de las gruesas y redondas torrecillas. La Bestia subía por la escalera delante de ella, siempre desapareciendo en la curva de la pared mientras le miraba, pero veía lo suficiente para descubrir que estaba subiendo las escaleras a dos patas, no a cuatro, y el corazón comenzó a golpear con fuerza su pecho. Aunque las articulaciones de sus patas no eran las correctas, la cola se movía tras aquella figura y el farol aún iluminaba su pelaje, verle caminar como un hombre volvió a suscitar muchas preguntas a la joven hasta que se olvidó de la biblioteca perdida de abajo.

La escalera conducía a otra puerta y esta vez la Bestia se paró. Volvió a colocarse a cuatro patas cuando Yeva se acercó, e hizo una pausa. La miró por encima del hombro y ella vio en sus ojos indecisión, reconoció la duda con tanta claridad como la hubiera visto en los rostros de sus hermanas. Después, la criatura se sacudió y llevó una pata al cerrojo.

Nunca llegaba a ver cómo lograba tantas cosas de las que hacía. No obstante, era bastante obvio que no vivía nadie más en el castillo y que la Bestia debía de haber cocinado la comida mientras ella estaba en la celda, debía de haber encendido los faroles y debía haber abierto y cerrado sus grilletes. Ninguna bestia con garras y dientes podía haber hecho tales cosas y Yeva tuvo que admitir el papel que la magia jugaba en cada aspecto de la existencia de la Bestia. Tal vez simplemente lo hacía con un gesto de la pata, del mismo modo que caminaba por encima de la nieve como si fuera tierra firme, o eliminaba su olor para ocultarse de la naturaleza.

Pero esta vez, mientras observaba, algo cambió. La garra pareció brillar ante sus ojos, ondeando como el aire caliente que se escapa por una puerta hacia la fría mañana. Le dolían los ojos por la necesidad de apartarlos, pero se obligó a mirar, ordenándose no perderselo esta vez. Los dedos peludos se alargaron, las garras se acortaron y toda la muñeca se movió. No era ni una mano ni una zarpa, sino algo intermedio. Y sujetaba una llave.

Abrió la puerta hábilmente y la llave desapareció en algún lugar de su ser. Cuando volvió a bajar la mano, era una garra de nuevo, y la Bestia miró a la muchacha como si nada extraño hubiese sucedido.

—Ven —repitió, con más dulzura esta vez.

Le siguió hasta el interior de la habitación.

La estancia era redonda y tenía cuatro ventanas, bien cerradas contra el invierno del exterior. El techo era en pico, estaba sostenido por unas vigas transversales de madera que habían reparado y sustituido con el paso de los años, puesto que cada una era de un tono ligeramente distinto a la otra. Como la habitación que se encontraba debajo del castillo, esta, sin duda, también estaba habitada. Sin embargo, a diferencia de la otra, los muebles no estaban colocados apresuradamente como si fuesen elegido del resto de las habitaciones del castillo solo los que estaban menos destrozados. Estos eran especiales. En una pared, bajo una ventana con los postigos cerrados, había una cama de día a modo de diván con dos mesas auxiliares iguales, una a cada lado, en cuyas superficies se apreciaban esparcidos varios cachivaches: el colgante de un cráneo de un conejo con cuentas y plumas; una cajita con incrustaciones de nácar; una figurita de piedra de un caballero con la que jugaría un niño, brillante por el uso. Unas alfombras de grueso pelo azul cubrían el suelo, y la chimenea en el otro extremo de la estancia resplandecía con ascuas recientes.

La Bestia se dirigió hacia un armario que había junto al diván y se sentó sobre sus cuartos traseros para llevar ambas patas a las puertas del mueble y abrirlas. El aire refulgió de nuevo, pero en esta ocasión fue más fácil ver cómo se movía para agarrar los pomos de la puerta. Esperaba contemplar lo que uno normalmente encuentra dentro de un armario: capas, vestidos, zapatos, sombrereras... o si no, supuso, túnicas y mallas, puesto que por la decoración de la estancia parecía que el ocupante original había sido un hombre.

En cambio, el armario estaba lleno de libros.

A diferencia de los que se hallaban en la biblioteca de abajo, el cuero de estos lomos brillaba por el color, mostrando los tintes originales, y los títulos estaban bien grabados. Aunque el pan de oro y plata se había desgastado en algunos, otros sí se podían leer. No obstante, había algunos escritos en lenguas que no había visto antes.

Sintió que se quedaba sin respiración y antes de saber qué estaba haciendo, se colocó al lado de la Bestia para levantar más el farol y examinar la colección. Eran quizá treinta o cuarenta volúmenes —nada en comparación con la biblioteca ruinoso—, pero los habían cuidado, protegido y conservado todos aquellos años. Y aunque se veían los lomos agrietados y las esquinas tan rozadas que el tinte se había descolorido, era el tipo de desgaste por el uso, el desgaste que mostraban los libros de su propia familia antes de venderlos. Aquellos libros se habían leído muchas veces. Se notaba que amaban aquellos libros.

La Bestia se movió junto a ella y al rozarle el brazo con su pelaje, Yeva sintió un escalofrío. Estaba caliente, más caliente que incluso las ascuas de la chimenea.

A Yeva le dio vueltas la cabeza. Los lomos que podía leer llevaban impresos los nombres de antiguas historias de caballeros, el catálogo de criaturas mágicas, aventuras en tierras lejanas de las que jamás había oído hablar. No eran libros de estudio, sino cuentos.

—Tú... —Yeva estaba tan sorprendida que le costaba hablar—. Tú... ¿salvaste todo esto?

Los ojos de la Bestia se deslizaron del contenido del armario hasta el rostro de Yeva y luego

volvieron a mirar los libros.

—Antes vivía aquí otra persona —dijo al final—/Fue él quien los rescató de la humedad.

Yeva apartó los ojos de los libros para estudiar el perfil de la Bestia. Cuando volvió a mirar hacia la habitación, vio detalles que no había advertido antes. La alfombra de lana junto al fuego estaba más desgastada que las demás, aplanada y espesada con finos pelos de color gris claro, del mismo color que los que cubrían el vientre de la Bestia. El interior de la puerta estaba surcado de arañazos, como los que habría dejado alguien con garras antes de recordar cómo usar un cerrojo.

—Tú vives aquí —susurró, girando en un lento círculo mientras echaba un vistazo a la habitación redonda de la torre—. Aquí es donde te quedas cuando no estás en la cueva.

La Bestia bajó los ojos al suelo.

—Sí.

—Pero... ¿por qué me enseñas esto ahora? Los libros, los abalorios... son tuyos. ¿Por qué no me habías traído aquí antes?

La Bestia no respondió. Ella no podía verle los ojos porque había agachado la cabeza y tenía la mirada clavada en el suelo. La Bestia permaneció en silencio un rato y si no hubiera sido por cómo se le movía el pecho cada vez más rápido, Yeva habría pensado que estaba ignorándola. Pero sus emociones aumentaban, su respiración se aceleraba, y ella esperó.

—No te habría importado —estalló con un gruñido—. No deseábamos cambiar tu opinión sobre nosotros. Eres nuestra arma. Nada más. Que te quedes porque estás esperando la oportunidad para matarnos nos sirve para nuestro fin, te mantiene aquí para nuestro cometido.

Antes Yeva se habría encogido ante su genio. Antes ese gruñido la habría hecho temblar. Ahora tan solo miraba fijamente a aquella criatura, con un montón de preguntas dándole vueltas en la cabeza. Aunque los labios seguían intentando transformar las cuestiones en palabras, había muchas que plantearse y lo único que podía hacer era quedarse allí y cerrar la boca que tenía abierta.

La Bestia alzó la vista por fin para verla atónita y los ojos demasiado humanos vacilaron un instante al levantar las cejas y pasar de la ira al dolor. Luego, se volvió sobre sus talones y se dirigió hacia la puerta.

—¡Bestia! —Yeva levantó los pies del suelo y corrió para interponerse entre él y la puerta—. Espera.

La Bestia hizo una pausa, dejando caer la cabeza tan bajo que el hocico casi rozaba la alfombra. Yeva conocía aquella expresión corporal después de tantos años cuidando a Cervatilla y Pelei: vergüenza. Se arrepentía de su arrebato.

—Gracias... por enseñarme esto —dijo la joven.

La cabeza de la Bestia giró hasta que pudo clavar en ella aquellos ojos, que esta vez estaban redondos por la sorpresa. Yeva nunca le había dado las gracias por nada antes, no desde que había averiguado qué era en realidad.

—Tú... —La voz se hizo más grave—. Puedes venir aquí a leer cuando quieras. Dejaré la puerta sin cerrar con llave.

A Yeva le latió con fuerza el corazón mientras la Bestia se marchaba y sus almohadillas susurraban contra el suelo de piedra. Estaba equivocada. Sí le había dado las gracias una vez antes, cuando le había llevado el ciervo y la había llamado Bella.

Lo había dicho de verdad entonces.

Ahora también. Y eso, más que la ira de la Bestia, más que el gruñido con aquellos colmillos y el chasquido de su mandíbula, la hacía estremecerse. La razón por la que no le había enseñado antes aquella habitación era porque no habían motivos para hacerlo. Era su cautiva y la retenía para un propósito. Ahora le revelaba aquella estancia, aquella parte de su ser, simplemente porque ella estaba triste... porque había visto, por el modo en que la chica miraba la biblioteca en ruinas, lo mucho que significaría una habitación como esa para ella.

Se le nubló la vista y se frotó los ojos enfadada. Debería tirar cada uno de esos cuidados libros al fuego. Debería romper cada recuerdo de aquella habitación. Debería querer hacer daño a la Bestia de cualquier manera posible.

Se agachó en el suelo y hundió la cara en los brazos. No podía quedarse allí más rato. Cada respuesta que hallaba la alejaba más de destruir a esa criatura, ese asesino, esa cosa que había matado a su padre. Ese ser era el motivo por el que jamás volvería a oír leer a su padre. Ese ser era el motivo por el que sus hermanas debían de creer que estaba muerta. Ese ser era el motivo de todo. No podía permitir que un lugar como aquel cambiase todo aquello.

Cervatilla le rozó el codo hasta que la joven levantó la cabeza y acarició distraídamente las orejas de la perra. Sus ojos se posaron en la chimenea, en la alfombra de delante de ella y en la capa de pelo fino de la Bestia. Se quedó mirándolas un buen rato, el tiempo suficiente para que se calmaran sus pensamientos y se le tranquilizara el pulso. Tardó en relacionar las piezas y sintió cómo encajaban con algo parecido al terror.

Como que al enseñarle aquella estancia, la Bestia le había dado exactamente lo que llevaba intentando encontrar durante todos aquellos meses.

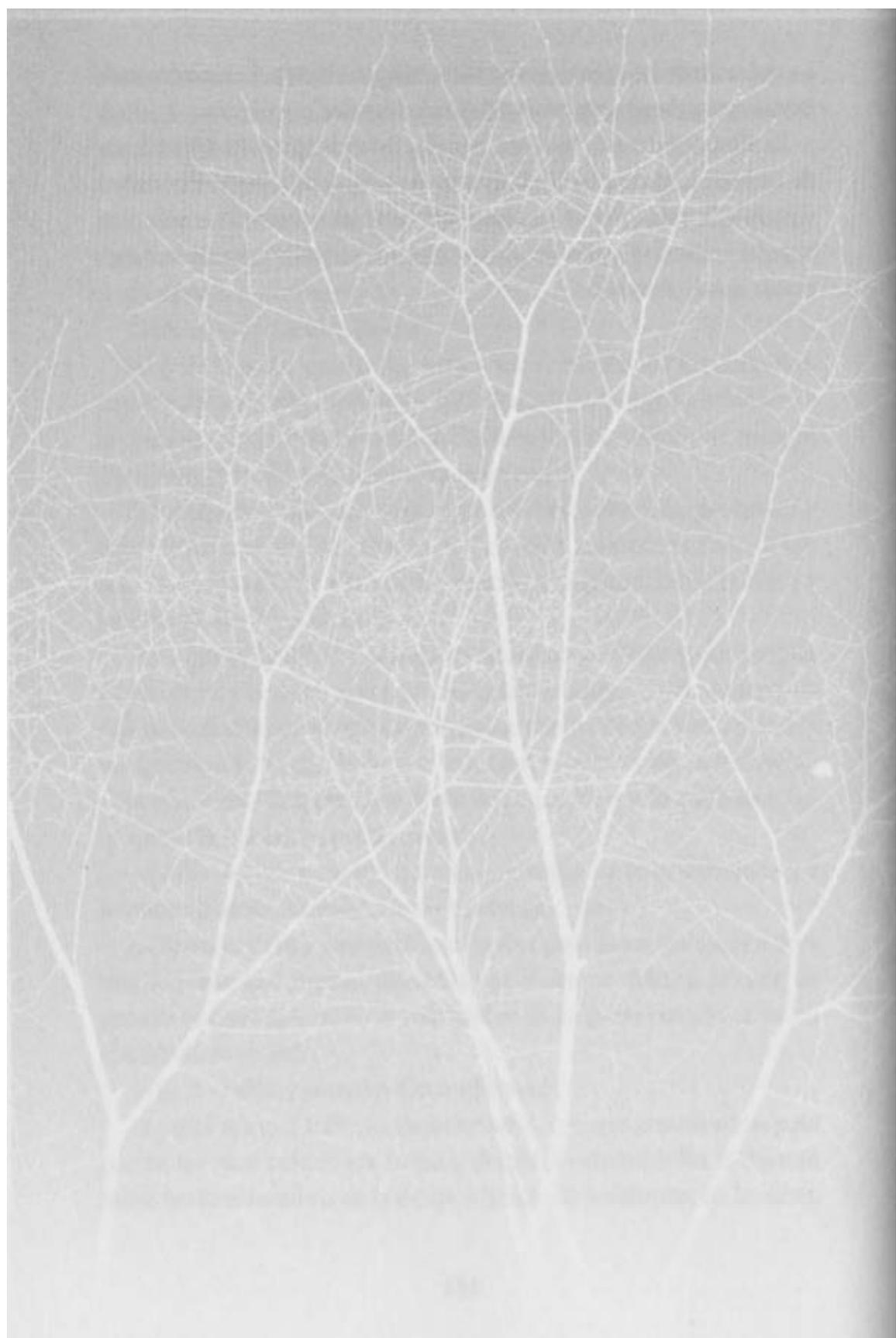
Sabía por la falta de huellas en el exterior que no pasaba las noches en la oscura guarida bajo los cimientos. Ahora sabía dónde dormía en el castillo, dónde era más vulnerable.

No era lo bastante rápida ni hábil para matar a la Bestia, no si estaba despierta o vigilándola, alerta a todos sus movimientos. Pero si estaba dormida...

Yeva se obligó a recordar aquel momento en el bosque hacía tantas semanas y meses cuando había encontrado el cuerpo de su padre. Se obligó a recordar las náuseas que le entraron al darse cuenta de que la Bestia lo había matado, que la sangre que salpicaba el claro era de su padre. Inundó su mente de imágenes de sangre, venganza y odio. Jamás volvería a oír leer a su padre, y la Bestia se lo había recordado. Tal vez se sentía culpable y eso era lo que había provocado aquellos pequeños gestos de amabilidad, y había una parte de Yeva que la incitaba para que lo usase contra aquella criatura. Pero ella era más fuerte que la Bestia, era más dura, y podía superar su culpa sin ceder a su propia clemencia por su difícil situación. Dejó que las agujas la pincharan una y otra vez hasta que dejó de dolerle.

Porque ahora tenía los medios para hacerlo todo bien. Podría irse a casa con sus hermanas, con Albe y con Solmir, aunque todavía no podía pensar en ellos, no hasta haber terminado. No sería esa noche, ni la noche siguiente, pero pronto.

Pronto podría matar a la Bestia.



BESTIA

Vemos cómo nos mira. No estamos ciegos.

Odia. Cuando se olvida de sí misma, el odio baja, como las aguas del río en verano, pero las cicatrices de arena mojada que se extienden por el valle aseguran que ahí aún quedan aguas subterráneas y que todavía recorren el bosque. Y su odio sigue ahí, y sus cicatrices marcan su cara cada vez que nos ve.

No debe saber la verdad. Lo único que necesitamos es que se quede para que complete su tarea, y si la sed de venganza es lo que la mantiene a nuestro lado, bueno, nosotros hemos estado lo bastante sedientos para saber que se quedará hasta que el tiempo le robe su juventud y la deje encorvada y temblorosa.

Desearía que me mirara tan solo una vez sin odio.

Pero los deseos son para las personas. Querer algo fue lo que nos trajo aquí. El deseo y la codicia son rasgos humanos.

Somos la Bestia.

Pero aun así... deseo.

DIECISÉIS

CUANDO LAS TORMENTAS CESARON, la Bestia empezó otra vez a llevar a la chica a cazar. Yeva esperaba que el tiempo cambiara, puesto que, según su calendario improvisado, llevaba muchos meses allí, y la primavera debería haber comenzado a entrar con sigilo por la linde del bosque. Pero el valle continuaba cubierto de nieve y una nueva capa caía cada pocos días borrando sus huellas, dándoles un nuevo lienzo sobre el que trabajar.

Yeva comenzó a utilizar aquel destello de magia que le había enseñado la Bestia y, poco a poco, se le fue dando mejor. No tardó en poder seguir a la Bestia durante leguas antes de perder su rastro y la emoción de cazar una presa que pudiera sacarle ventaja, que pudiera ser más lista que ella, aceleraba sus pasos y avivaba el aire de sus pulmones. Dormía más profundamente que semanas atrás encerrada en el castillo.

A veces la Bestia aparecía de la nada, justo después de haber perdido su rastro, y demostraba que había estado a dos pasos detrás de ella durante la última media hora, y Yeva se permitía reír. El sonido parecía alentar a la Bestia, y Yeva notaba que cambiaba su expresión corporal, que se volvía más alegre. La primavera no había llegado al bosque, pero estaba llegando al corazón de la Bestia. Y al mismo tiempo, la joven endurecía el suyo.

No era distinto a seguir su rastro por el bosque. Mejoraba con el transcurso de los días, era más rápida, más sensible a los indicios de magia que le alertaban de su presencia. Y con el paso de las jornadas, a cual más agotadora, la Bestia bajaba la guardia.

Una noche, Yeva regresó al castillo después de darse por vencida y de dejar de buscar el rastro de la Bestia, y se encontró con que la había vuelto a ganar, puesto que había trasladado unos cuantos muebles de la habitación subterránea a la que ella había elegido para vivir. El diván de terciopelo azul estaba allí, y la mesa, y un gran cojín plano relleno de cáscaras de trigo y heno había aparecido delante de la chimenea. Fue en ese cojín sobre el que saltó Cervatilla de inmediato y se revolcó hasta estirar las cuatro patas cubiertas de nieve hacia el fuego, que chisporroteaba alegremente.

Yeva se quedó en la puerta, toqueteando la punta de su arco, que todavía no había descordado. Se quedó con la vista fija, distraída y preocupada, con el corazón rebelándose por lo rápido que se sentía allí como en su casa. Aquel no era su hogar ni nunca podría serlo.

—¿Deseas algo más? —preguntó la Bestia a unos pasos detrás de ella.

Yeva tragó saliva.

—Es maravilloso.

La Bestia rondaba por la entrada. Tenía la mirada en sus manos, que todavía agarraban el arco de su padre.

La joven respiró profundamente y deslizó una pierna entre el arco y la cuerda para apoyarla en el muslo y así poder descordarlo mientras la Bestia la miraba. Lo dejó en su rincón y le dio la espalda. Tuvo que pararse a recordar cómo debía hacerlo y entonces, con esfuerzo, se giró para sonreír a la Bestia.

—Gracias.

La Bestia movió las orejas, las aplanó y luego se dispararon hacia arriba de nuevo, lo que le indicaba a Yeva sorpresa y luego, placer. Retrocedió un paso arrastrando las patas y delante de sus ojos, brilló. Era el mismo fulgor que cuando necesitaba abrir una cerradura o un cerrojo, pero esta vez resplandecía por completo, y por un instante pareció otra cosa, otra persona. Yeva oyó una música, parecida a la que había oído en el bosque, solo que esta era una canción suya, un hilo que podía separar, escuchar y conocer.

Entonces la Bestia se sacudió y el espejismo descendió de repente como una lluvia de mechones de pelo. Retrocedió otro paso.

—Buenas noches, Bella —dijo y enseguida se precipitó hacia el oscuro pasillo.

Yeva esperó, controlando la respiración con esfuerzo. Sabía que la Bestia oiría el sonido de su respiración acelerada si le dejaba.

—Que duermas bien —susurró, y luego se sentó a esperar.

—Quédate aquí —le susurró Yeva a Cervatilla mirando a la perra a los ojos. No le gustaba reafirmar su autoridad puesto que ponía a Cervatilla triste e insegura, pero Yeva no podía arriesgarse a que la perra la siguiera y alertase a la Bestia. Aun así, el animal raudo y veloz se puso en pie e inclinó la cabeza, indeciso, cuando Yeva se dirigió a la puerta—. Cuida la casa —dijo la joven automáticamente, la orden que durante años había significado dos cosas: que Cervatilla debía quedarse allí y, lo más importante, que Yeva regresaría.

Cervatilla volvió a sentarse y entonces, a regañadientes, dejó caer la cabeza hacia las patas.

Yeva salió con sigilo al pasillo, con el cuchillo descansando cómodamente en su mano. Era el que le había dado la Bestia para trocear y trincar la carne, y si no estaba tan afilado como su cuchillo para confeccionar flechas, sí era más grande, y se había acostumbrado a él con el paso de los meses. Lo dejó colgando de la mano bajo la capa para esconderlo con facilidad en caso de que la Bestia se despertara y la viera.

Podía estar vigilándola incluso en ese momento, entre las sombras, pero Yeva no lo creía. Estaba segura de que si estuviera cerca, oiría aquel hilo de magia, aquella canción que era solo suya. Si estuviera vigilándola, oiría cómo la canción se aceleraría al verla, se aceleraría para igualar el ritmo de los latidos de su corazón. Y aunque ahora el corazón le iba muy rápido, no oía la canción de la Bestia.

Al llegar a la escalera de caracol secreta que llevaba a la torrecilla, el corazón le latió con más fuerza si cabe. Deseaba poder controlarlo como controlaba la respiración, pero se dispuso a controlar su velocidad y subió deprisa las escaleras y cruzó la puerta. Se puso a la derecha y pegó el cuerpo contra el lateral del armario. La habitación estaba poco iluminada por los restos del

fuego y vio la mole de la Bestia encima de la cama de día junto a la pared. El movimiento constante hacia arriba y abajo de su perfil le decía a Yeva que estaba durmiendo.

«O finge estar dormida».

Había pensado llevar su arco para no tener que arriesgarse a atravesar la habitación y acercarse a la Bestia, pero aunque sus flechas pudieran penetrar la piel, con suerte le perforaría un pulmón y tardaría muchísimo en morir ahogado. El tiempo suficiente, sin duda, para matar a Yeva por lo que había hecho. Además, Yeva no sabía hasta dónde llegaba su magia y si sería capaz de curar esa herida. Su ataque tenía que ser decisivo y brutal para que no hubiera vuelta atrás.

Aunque si podía matarla desde allí, no tendría que verle la cara. Y la Bestia jamás vería la suya. Nunca sabría quién le había propinado el golpe de gracia. Nunca sabría que era su Bella la que había acabado con su vida.

Se obligó a deshacerse de aquellos pensamientos. Tendría que estar muy cerca cuando acometiese el ataque. Su mejor opción era cortarle la garganta. La Bestia la mataría por instinto a menos que el corte penetrara lo bastante como para partirle la columna vertebral y atenuara sus movimientos. Hasta una Bestia se desangraría hasta morir en segundos si podía abrirle la yugular. Demasiado rápido para cualquier tipo de magia que pudiera invocar.

Se acercó con sigilo, fijándose en el más mínimo cambio del movimiento de su cuerpo. La joven respiraba sin hacer ruido, se prohibió respirar hondo, se prohibió tragar su nerviosismo, puesto que el más mínimo sonido podía despertarla. En el fondo de su mente sabía que en aquella escena había algo raro, algo sobre las proporciones de la habitación que la hacían sentir como si estuviera en un sueño, contemplando un mundo distorsionado. Se sentía demasiado grande y la habitación también era demasiado grande...

Se dio cuenta de lo que era: la Bestia era más pequeña.

Y entonces la Bestia se dio la vuelta y la joven vio por qué.

Tenía forma humana.

No del todo humana. Era como si el aspecto del lobo estuviera encima de él como un disfraz. Y como un disfraz, no parecía real. Las orejas, los dientes y las garras no eran más que sombras. Yeva se quedó paralizada, mirándole fijamente el rostro, apretando el cuchillo con la mano.

Hacía tiempo que sabía que la Bestia tenía dos naturalezas y que luchaban en su interior. Le había visto usar las manos, le había visto cambiar un poco cuando ella le trataba con amabilidad, había visto la humanidad en sus ojos en sus momentos más calmados.

Parecía cambiar sin pensarlo, sin comentarlo, y Yeva se había preguntado si era posible que no fuera consciente de ello o si su apariencia externa variaba involuntariamente como el latido de su propio corazón. El cuchillo pesaba como el plomo en su mano.

«Hazlo —dijo su voz vengativa en su corazón— antes de que te huela y se despierte. ¡Ahora! Asesinó a tu padre y no importa qué cara tenga».

Yeva levantó el cuchillo.

La Bestia separó los labios y parpadeó.

—Yeva —masculló—. Bella.

La muchacha se quedó paralizada. Estaba soñando con ella. Tragó saliva antes de poder detenerse, con el cuerpo inundado de cada gramo de incertidumbre que había estado echando a la oscuridad, a los rincones ocultos de su mente donde no tendría que enfrentarse a ello.

Tragó saliva, la Bestia la oyó y abrió los ojos.

Sus ojos se encontraron con los suyos, todavía nublados por los sueños, con el color dorado avellana reflejando la luz del fuego, sin ningún rastro del rojo.

—Bella —repitió, con más claridad, con una boca humana, y Yeva no pudo moverse. Su boca. No podía apartar la vista.

El rostro de la Bestia se despojó del sueño, parpadeó y entonces vio el cuchillo. Por un instante, sus ojos volvieron a los de Yeva, con una mezcla de sorpresa, confusión y dolor, y en ese instante en el que era humano, y Yeva lo supo, sería cuando comprendiese y reaccionase ante aquel tipo de traición.

Supo en un abrir y cerrar de ojos que volvería a ser la Bestia. Y porque sabía que moriría cuando se transformara, y porque el instinto animal en el fondo de su corazón sabía lo que debía hacer, atacó.

Clavó el cuchillo en lo más hondo de la garganta, llegó al hueso y Yeva gritó cuando tiró de él hacia un lado, intentando cortar. No estaba lo bastante afilado y encontró resistencia, todos los tejidos y tendones del cuello lucharon contra ella. Se oyó un alarido que se convirtió en un gorjeo y después en un gemido. Luego, el cuchillo salió y hubo sangre por todas partes, sangre en la alfombra y sangre salpicando el armario. Sangre manchando las páginas de un libro que había dejado abierto a su lado, como si hubiera estado leyendo antes de dormir. La sangre silbaba y chisporroteaba en las brasas. Sangre mezclada con las lágrimas que Yeva de repente encontró recorriendo sus mejillas y gotearon rojas y finas en su túnica.

La Bestia volvió a gemir y cada vez era más el lobo, salvo que Yeva creyó oír una palabra en aquel horrible gorjeo: «Bella». ¿Era su nombre? ¿O era su corazón buscando la palabra, de algún modo queriendo encontrarla en aquel susurro de muerte?

Un último aliento. Y luego se quedó inmóvil.

Yeva dejó caer el cuchillo cuando descubrió que aquella parte del gemido que retumbaba en la torre había sido el suyo, y su voz se perdió transformándose en un grito fino y aflautado hasta que cogió aire.

Retrocedió a trompicones y se cayó sobre la alfombra afelpada. La habitación dio vueltas cuando subió la mano a la cara para examinarse, porque no estaba segura de si la Bestia había atacado antes de morir.

Pero no estaba herida.

Volvió a soltar un grito ahogado, el sonido surgió con vacilación, como si su cuerpo necesitara confirmar que la Bestia estaba realmente muerta y que ella estaba realmente viva, a pesar de las pruebas ante sus ojos. Yeva no podía mirar el cuerpo, así que clavó la vista en el libro manchado de sangre hasta que la imagen se quedó grabada en sus ojos. Esperó una sensación de victoria. Triunfo. Euforia. Algo.

Pero no sintió... nada.

No, no era así. Cuando la habitación quedó en silencio, cuando el corazón se le tranquilizó y la mente muy poco a poco empezó a desenrollarse y a volver a habitar su cuerpo, sí que sintió algo. Oyó algo. Muy débil, pero que crecía con cada respiración.

Música. La canción mágica.

La Bestia abrió los ojos.

Yeva gritó y retrocedió a trompicones hasta tocar la pared. El cuchillo estaba fuera de su alcance, pero ni siquiera podía pensar en él ahora. La Bestia estaba muerta, se había asegurado de

ello, pero ahora la joven veía aquella cosa imposible que estaba sucediendo delante de ella.

La garganta abierta de la Bestia se cerró perfectamente, como si estuviera viendo la rotura de una costura al revés. Sus pulmones se llenaron con una gran bocanada húmeda y entrecortada, y tosió más sangre a la alfombra para luego volver a respirar, y en esta ocasión tosió espuma rosa. Luego, levantó la cabeza, tambaleándose como si le hubieran dado un buen golpe, rodó por el suelo y se puso de pie.

Lanzó un rugido silencioso, que sonó casi más como si estuviera molesto y aturdido que enfadado, y dio un paso adelante con dificultad. Entonces su cabeza, todavía moviéndose de forma vacilante mientras los huesos y los tendones del cuello se reconstituían, se balanceó hasta encontrar los ojos de Yeva.

La muchacha no estaba preparada para eso. Sabía que se trataba de magia, pero aquella brujería era más de lo que podría haber imaginado. No era nada contra lo que pudiera luchar. Jamás se había sentido tan indefensa. La Bestia no tardaría en saltar sobre ella y terminar con todo, y su terror era tan real y absoluto que se encontró rezando para que lo hiciera cuanto antes, para no tener que sentir aquel miedo devorador ni un instante más.

—No tengas miedo —susurró, después se cayó de lado y se desplomó en el suelo.

Yeva jadeaba, mirando fijamente a la Bestia. No podía imaginar que le hablaría en vez de estar haciéndola pedazos, y desde luego no esperaba que sus palabras fueran... amables.

Separó los omóplatos de la pared. Su cuerpo parecía moverse por sí solo y se acercaba a cuatro patas a la Bestia.

Esta gruñó y levantó la cabeza. Tenía la boca medio abierta y resollaba como un animal que había estado demasiado tiempo al sol y tenía que refrescarse; pero aquellos jadeos eran para poder respirar y Yeva supo que todavía había sangre en sus pulmones, que se había desvanecido por falta de aire.

—¿Crees que... —dijo de forma entrecortada, parándose a jadear— no he intentado... acabar con mi vida... ya?

Yeva no podía hablar, tan solo miraba a la Bestia aturdida.

—Supongo... —resolló— que no se te había... ocurrido.

Dejó caer la gran cabeza hacia las patas y el agotamiento le cerró los ojos.

—¿Qué? —consiguió susurrar Yeva.

—Que yo también soy un prisionero. Desde hace mucho más tiempo que tú.

Yeva de pronto fue cruda y plenamente consciente de su cuerpo; de los músculos tensos, doloridos; del martilleo en su propia cabeza por tomar demasiado aire, por hiperventilar; de la manera en que la sangre le pegaba los dedos, el modo en que de alguna forma se le había metido en la pierna del pantalón y se le pegaba a la parte trasera de la rodilla al gatear. Le ardían los ojos y no sabía si tenían lágrimas o si la sangre de la Bestia los había salpicado.

La Bestia inspiró varias veces durante un largo rato y el aire cada vez entraba con más facilidad en su pecho.

—Durante un tiempo (no sé cuánto tiempo), intenté todo lo que se me ocurría. Me tiré de la torre. Me abrí las venas. Salí al frío, me tumbé en la nieve y esperé a que el invierno se me llevara, pero nunca lo hizo. Dejé de comer, me morí de hambre durante meses y esperé a dormirme y no volver a moverme, pero me despertaba igual cada mañana, vacío en mi interior. Le supliqué a Lamia y a las demás que me mataran. Pero también fracasaron.

Se calló para volver a coger aire antes de abrir los ojos y mirar a Yeva, con una gran tristeza en ellos que atravesó su sorpresa, finalmente, y la dejó al borde del llanto.

—Si hubiera creído que lo conseguirías, te habría dejado matarme aquel día en el bosque, cuando encontraste a tu padre y me seguiste hasta mi trampa.

—¿Por qué? —Tembló Yeva, con la voz tan ronca como si le hubieran cortado la garganta a ella—. ¿Por qué me prohibiste intentar matarte, por qué amenazaste a mi familia...? —Tragó saliva—. ¿Por qué mentiste?

—Porque conocemos qué es querer algo. Conocemos el deseo. Conocemos la necesidad.

—La necesidad...

—Necesitabas creer que tenías un propósito. Necesitabas creer que podías matarme. Necesitabas... esperanza. —La Bestia la observó, con sus enormes ojos desprovistos de toda ira, de toda aquella ferocidad bestial que había visto el primer día en el bosque—. Ahora entiendes que no existe.

Se quedaron mirándose, cada uno a un lado de las alfombras ensangrentadas, las páginas del libro salpicadas, del cuchillo brillante y pegajoso. Las brasas en la chimenea resplandecían sin cesar, en el exterior el viento invernal cantaba por las bocas de las gárgolas y lanzaba nieve contra las piedras del castillo; y en algún lugar, abajo, Cervatilla esperaba, con los oídos aguzados y los ojos cerrados para percibir las pisadas de Yeva cuando regresara.

—Dime —dijo la Bestia en voz baja—. Si hubieras sabido desde el principio que no podías matarme, que nunca tendrías tu venganza... ¿te habrías quedado?

Yeva no contestó. No podía contestar. Se le había vaciado el corazón. Su deseo de venganza no tenía adónde ir. Sin él, ¿qué le quedaba? ¿Qué era ella? ¿En qué se había convertido?

Pero las palabras de la Bestia la habían herido al tocar una corriente enterrada que llevaba días ignorando. Semanas. Desde que había llevado un ciervo y sobre el animal muerto la había llamado Bella.

—Bestia —susurró, petrificada—, ¿mataste tú a mi padre?

Parpadeó y el fantasma de algo pasó ante ambos de modo que por un instante dejó de mirarla a ella para mirar un recuerdo, un pensamiento que la joven no podía ver. No respondió, pero se puso de pie con vacilación. Antes de que la chica supiera qué estaba haciendo, Yeva se levantó también y se colocó a su lado.

La Bestia se quedó inmóvil. Dejó de mirar a Yeva y bajó la vista a la mano que la muchacha apoyaba en su pecho para evitar que se fuera.

La chica tragó saliva, de pronto fue consciente de que rara vez había tocado a la Bestia, y luchó contra el instinto de apartarse. Se movió como para pasar de largo, pero Yeva no quitó la mano de su pecho y hundió los dedos en el suave pelaje.

—Deja que me vaya —susurró la Bestia y luego añadió tan bajo que ella apenas lo oyó—: Por favor.

—Ya estaba muerto, ¿verdad? —insistió Yeva—. Cuando me lo encontré en aquel claro, ibas a buscarlo, a localizar al cazador que necesitabas para tu tarea, y te topaste con su cadáver antes de que yo lo hiciera. Los carroñeros habían llegado. Ya estaba muerto, ¿verdad?

La Bestia se movió, los músculos se tensaron bajo su mano, recordándole que si quisiera irse de verdad, podría apartarla sin problemas con un golpe de su pata.

No respondió. No hacía falta.

—¿Por qué me capturaste? —preguntó Yeva.

La Bestia cerró los ojos como si fuera más fácil hablar sin la cara de Yeva delante.

—Porque pensaba que vendrían a buscarte cazadores como tu padre si desaparecías. Pensaba que podría quedarme con uno para mi cometido. Sabía que tenía que encontrar a otra persona, a alguien más joven, pero que tuviera su destreza. Entonces no sabía que tú...

La respiración de la Bestia se entrecortó. Yeva lo sentía bajo su mano, así como el ritmo de su pulso, tan parecido a la música que oyó en el bosque. Por primera vez comprendía por qué la Bestia lo oía como un latido.

—No sabía —empezó a hablar de nuevo— que tú eras lo que había estado buscando.

Antes de que pudiera responder, se apartó de ella. Yeva oyó sus pasos, que se detuvieron al continuar recuperándose de la herida mortal que le había infligido, y después desaparecieron por la larga escalera curva de la torre. Pensó que sonaban como el ritmo de dos pies más que el galope de cuatro patas.

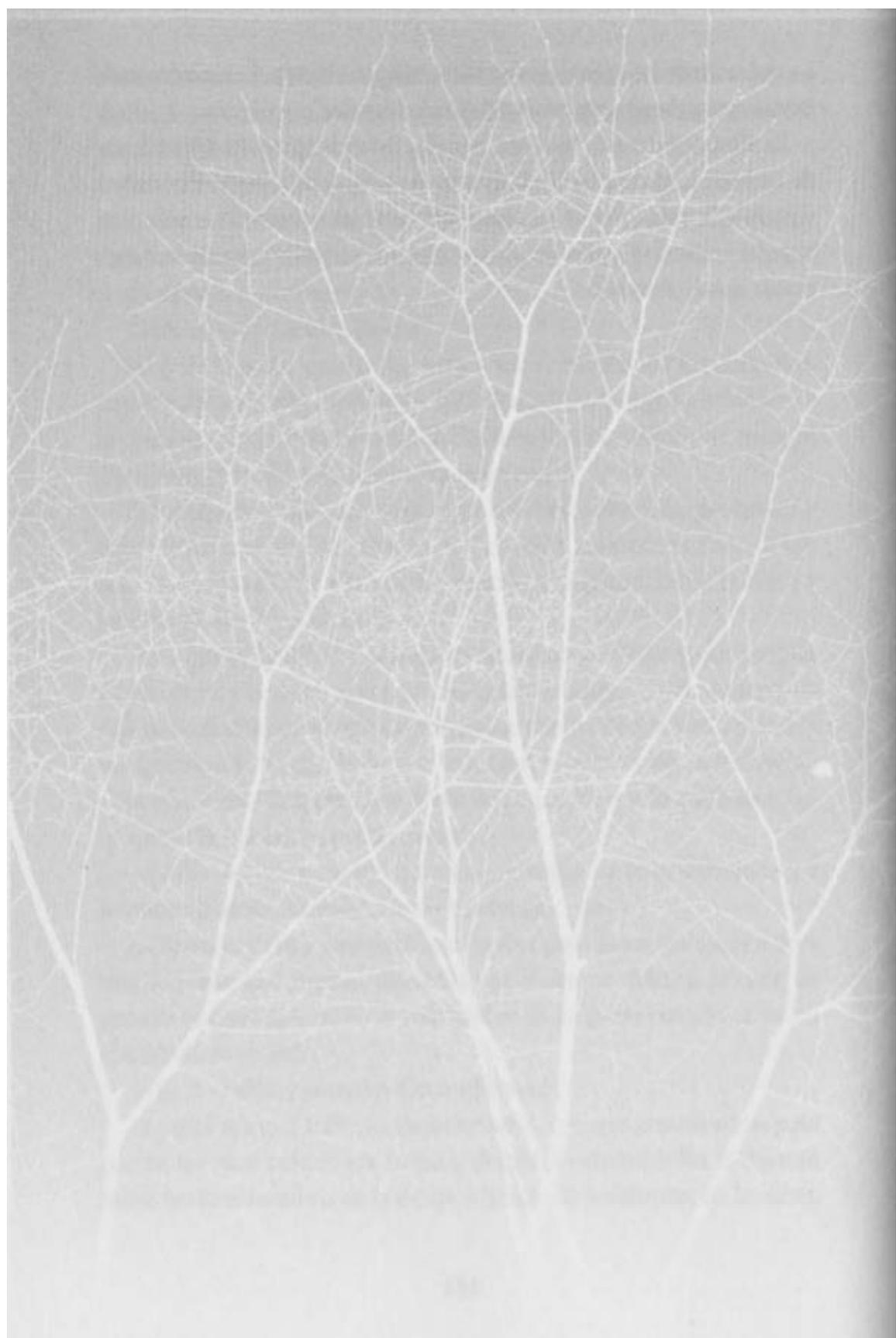
Nada en su cuerpo funcionaba, ni los pulmones ni las piernas, y Yeva se dejó caer al suelo con la sensación de cuchillos en el pecho. Empezó a sollozar tan violentamente que parecía que se le iba a romper el cuerpo. La ira que la había sustentado, la necesidad ardiente de venganza que la había mantenido viva en la celda, que la había conducido al bosque para perfeccionar su habilidad con el arco y su forma de rastrear... ¿Qué le quedaba ahora? El fuego la había abandonado y sentía tan intensamente su pérdida como si estuviera llorando una muerte.

Y así era. Cuando la muerte de su padre había sido un asesinato, cuando había muerto porque una bestia salvaje le había arrancado la garganta, no tenía que afligirse. Podía encontrar a su asesino y destruirlo, colocarse encima de él y verlo morir. Podría haber agitado la mismísima tierra con su venganza y podría haber llenado el agujero en su corazón con sangre.

Podría haber matado a la mismísima muerte.

Pero ahora ya no había nada de eso. Su padre había muerto de viejo, por un corazón debilitado y una mente enfermiza. Había fallecido congelado y solo en un bosque que ya no conocía. Y no había nadie que pudiera pagar por ello, nadie cuya sangre pudiera aliviar la pena de Yeva.

Se quedó allí tumbada en el suelo, llorando sobre la alfombra empapada de sangre, rodeada de los libros que su padre jamás le leería, en un castillo que jamás vería, con la primavera que se acercaba y que, para él, jamás llegaría. Y como si fuese gracias a la magia que había transformado a la Bestia, se convirtió en una niña que había perdido a su padre.



BESTIA

El sonido de su llanto nos sigue a los rincones más alejados del castillo, incluso hasta nuestra guarida abajo, en las profundidades de la tierra. Maldecimos por nuestro oído animal, maldecimos por nuestro conocimiento humano de lo que es la pena y maldecimos por el desconocido deseo de arrepentimiento cada vez más y más profundo.

Maldecimos por todo, porque estamos malditos, y no tenemos brazos para protegerla, ni labios para apretar contra su pelo, y sobre todo no tenemos palabras para expresar que conocemos la pérdida, que conocemos el dolor, y que si fueran monstruos contra los que pudiéramos luchar, los habríamos matado en su nombre hacía mucho tiempo como los héroes de antaño.

Pero no somos un héroe. Estamos malditos.

DIECISIETE

AL FINAL, EL LLANTO DE YEVA se hizo más lento, porque aunque todavía persistiera el dolor punzante en su corazón, sus ojos no podían derramar más lágrimas. No podía levantarse al sentirse tan débil como si llevara en cama semanas, así que se arrastró hasta el diván y se desplomó sobre los cojines de terciopelo.

Durmió.

Más tarde se despertó por un ruido, no más alto que un susurro, pero que conocía muy bien. Una sola pisada, las almohadillas de las patas deslizándose por la piedra. La Bestia se hallaba al otro extremo de la habitación. La muchacha esperó, pero él no dijo nada ni tampoco entró. Al cabo de un rato, oyó sus pasos retrocediendo de nuevo y la chica se puso de pie temblando. Cuando abrió la puerta, encontró comida y un odre de agua y, envueltas en un rollo de lino descolorido, sus herramientas para confeccionar flechas; y Cervatilla, que se había puesto nerviosa mientras la esperaba abajo para que la dejara entrar.

Entonces descubrió que todavía tenía más ganas de llorar, porque la Bestia sabía que no quería compañía y la había dejado sola, porque la Bestia no podía saber cuánto deseaba hablar con él acerca de cualquier cosa que no fuera su padre, pero a la vez de nada más que su padre. Lloró porque no sabía qué quería y porque lo quería todo, y porque su padre estaba muerto.

No podía comer, así que volvió a dormir. Esta vez la despertó el hambre y el hocico de Cervatilla en el codo. Yeva se acercó a trompicones al cuenco de estofado que la Bestia le había dejado. Al destaparlo, estaba frío, pero se lo comió igualmente, comió hasta que se obligó a parar para ofrecerle el resto a Cervatilla, que estaba a sus pies intentando no mirar con deseo la comida en las manos de Yeva.

La joven volvió a tirarse en el diván con el sonido de Cervatilla limpiando el resto del cuenco. Posó los ojos una vez más en aquel libro, el que la Bestia había estado leyendo donde dormía, el libro cuyas páginas estaban manchadas de sangre. Tenía la mente paralizada por la verdad.

La Bestia no había matado a su padre.

Ya no tenía motivos para quedarse, puesto que cada vez creía menos a la Bestia cuando repetía la amenaza de castigar a su familia si ella se escapaba. Al pensar en el dolor en sus ojos cuando por fin le contó la verdad, sabía que no les haría daño y estaba tan segura de ello como del ritmo de los latidos de su corazón. Podía marcharse. Podía cruzar la puerta, ir por el puente, salir al

valle y nunca mirar hacia atrás. Podía marcharse a casa.

Como si al pensar en ellos hubiera invocado a sus espíritus, Yeva sintió la ausencia de su familia con tanta intensidad, tan de repente, que se dobló por la mitad y apoyó la cabeza en los puños apretados. Quería a Asenka, su cálida sonrisa y la sensación de la lana entre los dedos de Yeva mientras Asenka tejía. Quería la energía y el humor de Lena, incluso sus reprimendas, y no podía evitar imaginarse qué diría del aspecto de Yeva si pudiera verla en aquel momento, delgada y manchada de sangre. Quería los torpes intentos de amabilidad de Albe, su atractiva sonrisa, la devoción que tenía por la familia que le había criado desde su infancia. Incluso quería a Solmir, su simpleza, lo fácil que sería regresar con él al pueblo para ser su esposa, montar a caballo por en medio de los árboles, tener sirvientes para que le preparen el baño, y libros, y a sus hermanas, y a los perros, y una vida sin magia ni misterios, y en aquel momento supo que podía hacerlo. Podía vivir aquella vida. Y justo en ese instante lo deseaba más que nada.

Salió de la habitación de la alta torre. Bajó por la retorcida escalera de caracol y atravesó el dormitorio principal para llegar al largo pasillo que conducía hasta la siguiente escalera que descendía hasta el vestíbulo por los anchos peldaños de mármol que finalizaban en el extenso suelo de mármol. Empujó las grandes puertas hasta que se abrieron lo suficiente para que saliera a trompicones, jadeando y parpadeando por la luz deslumbradora del sol y la nieve. Fue resbalando y tropezando por la pendiente cubierta de nieve hasta que llegó a la boca de la cueva de la Bestia, respirando con dificultad, exhalando vaho, y los ojos deslumbrados conjuraron apariciones entre la penumbra que flotaban y giraban más allá de los límites de su visión.

—Bella.

La voz provenía de las profundidades de la cueva, grave, suave y aterciopelada, retumbando en el mismo lugar de su interior que oía la música del bosque mágico.

—Bestia —respondió, todavía respirando con dificultad—. Tengo que marcharme.

Silencio. No podía verlo, solo había oscuridad, pero sabía que él contemplaría su silueta en contraste con la luz del día en la boca de la cueva. Entonces, volvió a oír su voz, muy baja.

—Lo sé.

A Yeva se le encogió el corazón. Habría sido más fácil si le hubiera rugido, si la hubiera tirado al suelo, si la hubiera encerrado, dándole motivos para odiarle de nuevo. Habría sido más fácil si hubiera sido la Bestia. Tragó saliva.

—Mi familia. Están solos. Tengo que ir con ellos.

—No tienes que darme explicaciones.

«Pero quiero hacerlo». Yeva retorció las manos en la tela de su capa, escuchando los pasos inquietos de Cervatilla detrás de ella, incómoda al estar tan cerca de la guarida de la Bestia.

Una parte de las sombras se movió y vio sus ojos, brillando brevemente al reflejar la luz del sol. Después, se movió de nuevo y el destello desapareció.

—¿Me darás tu palabra de regresar algún día? —preguntó la Bestia tan bajo que Yeva no estuvo segura de si estaba imaginárselo.

La muchacha abrió la boca, pero solo podía pensar en el eco de la conversación que habían mantenido hacía mucho tiempo, la primera vez que habían estado cara a cara.

—Te daré mi palabra de que no volveré a intentar matarte.

—No has prometido regresar —dijo la Bestia con voz de lamento, tan quebrada que Yeva casi empieza a llorar otra vez.

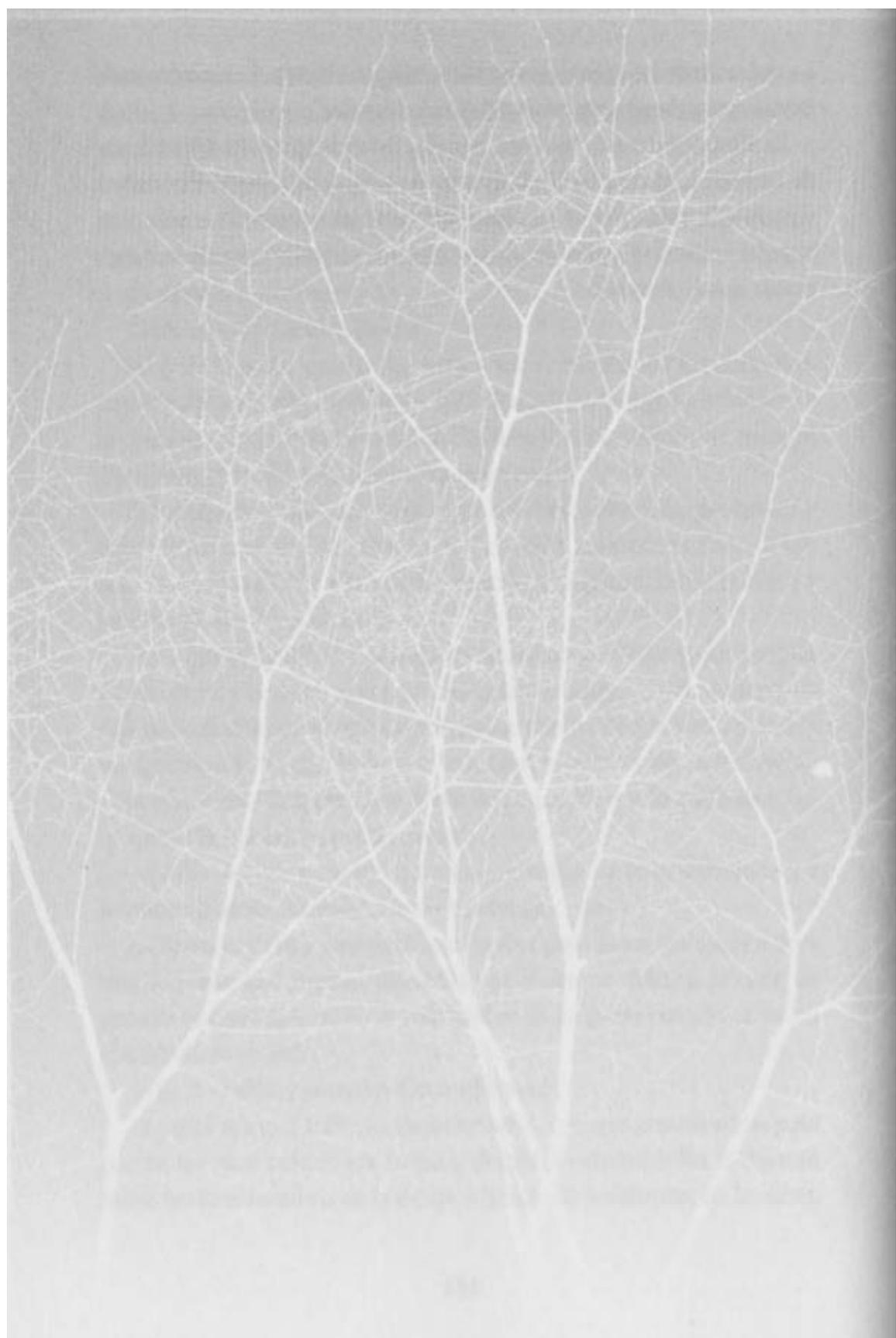
—No —susurró—. No lo he hecho.

La joven cerró los ojos y escuchó con el alma, y en lo más hondo del hueco de la cueva oyó la canción de la Bestia, el latido mágico que le había enseñado a oír. Era débil y dulce, lleno de dolor, años y la confusión del tiempo. Conteníá pistas de cosas hacía mucho olvidadas, de historias, de palabras y sueños, y, sobre todo, de deseos.

La canción deseaba. Deseaba del modo en que Yeva siempre había deseado, quería muchísimo una cosa más que nada, algo que no se podía nombrar, algo más, diferente, más profundo. Era el deseo que le impedía decir sí a Solmir, aunque él le ofrecía todo lo que podría haber dicho en voz alta; era el deseo que la llevaba al bosque cada día, el deseo que llenaba sus sueños de tener otra vida, algo más allá de lo que los demás deseaban; era el deseo que gritaba al cielo que lo daría todo, todo de sí misma, todo lo que siempre sería, por vivir un momento de esa otra vida, la que no podía explicar, ni siquiera a sí misma.

Cerró los ojos y escuchó el corazón de la Bestia.

Y antes de poder empezar a llorar de nuevo, se dio la vuelta y echó a correr.



BESTIA

Bella. Percibimos que corre, en nuestros sentidos la chispa de su vida se apresura hacia el sur, pero no se debilita por la distancia. La percibimos como una estrella en la densa oscuridad de nuestro valle, pero se acerca a su límite.

Pensábamos que tendríamos más tiempo.

No la deberíamos haberla dejado marcharse.

Teníamos que dejar que se fuera.

Bella. Bella.

Cazadora, cazada. No sabemos ya lo que es, lo queremos que sea, lo que precisamos que sea. Solo sabemos que la necesitamos. Tenemos que traerla de vuelta.

Tú tienes que traerla de vuelta: Tú la deseas. Tú la quieres.

Sí. Pero es Bella. Sera libre. Deseo que sea libre.

Su chispa titubea en el límite de nuestros sentidos, en el límite del valle y luego se apaga. En todas la direcciones no hay más que el largo frío de invierno.

Bella.

Bella.

Bella.

DIECIOCHO

DURANTE MUCHO TIEMPO Yeva solo fue consciente de sus pisadas, de las suelas de sus botas, del crujido de la nieve, del aire helado cortándole los pulmones con cada inhalación y del jadeo alegre de Cervatilla mientras la perra corría a su lado. Si no hubiera estado entrenándose con la Bestia casi cada día, no habría sido capaz de respirar el aire gélido con tanta facilidad, pero había endurecido los pulmones contra el frío y corría como un ciervo, como un lobo, como Bella.

Al final, el dolor en los muslos y el endurecimiento de los pulmones la hizo ir más lenta hasta que caminó, entumecida, restallándole los músculos con energía y silbando como metal candente que se enfría despacio tras sacarlo de la forja de un herrero. Entonces, de pronto, se paró.

Estaba sudando. El sol le calentaba la parte superior de la cabeza, a través de las hojas moteadas —¿hojas?—, y ya no estaba caminando por la nieve.

No había nieve. En ninguna parte.

Había hojas en los árboles.

Era primavera.

No. Parpadeó, luego volvió a parpadear y después miró hacia arriba sin comprender. Las hojas encima de su cabeza eran doradas y rojas, de un tono naranja fuego, y el suelo crujía bajo sus pies mientras andaba, pero no por la nieve. Con la punta de las botas movió montones de hojas caídas y por los largos arcos de los árboles vio un resplandor dorado aquí y un destello rojo allá, mientras las hojas individuales caían por todas partes en el aire tranquilo de otoño.

Otoño.

A Yeva se le encogió el corazón.

Se dio cuenta de que el tiempo, como tantas cosas en el valle de la Bestia, no funcionaba como en el mundo exterior. Pero lo que no sabía, lo que no tenía modo de saber, era cuánto tiempo había transcurrido. ¿Se había perdido solo un verano? ¿O habían pasado mil años, de manera que los hijos de sus hermanas y los hijos de sus hijos hacía siglos que se habían reducido a polvo?

Cervatilla, ignorando lo extraño que era que el invierno se hubiera convertido en otoño al otro lado de las montañas, saltaba de montón en montón de hojas, hundiéndose hasta los hombros para luego rebotar y liberarse, con la lengua fuera de aquella boca abierta y sonriente.

Pero nada de aquello podía animar el corazón de Yeva, pequeño, tenso y frío en su pecho.

Tardó días en encontrar un punto de referencia conocido y no era más que la proximidad de la madriguera de un conejo a un árbol de hoja perenne en particular que le había reactivado la memoria. Había visto antes aquella conejera, hacía muchos meses, tal vez hacía muchos siglos. Ahora conocía mucho mejor el bosque del valle de la Bestia de lo que jamás conoció el que rodeaba la cabaña de su padre, pero al girarse lentamente en círculo, sintió que el instinto identificaba su entorno.

«Mi casa está por ahí».

Al cabo de dos días, Cervatilla y ella encontraron el arroyo que corría hasta una bifurcación alrededor del claro. Y cuando se puso el sol, salieron al claro y vieron la cabaña.

Estaba vacía.

Yeva se quedó sin respiración, y durante un rato simplemente permaneció allí, perpleja, con las ideas viniéndole en extraños fragmentos. Estaba demasiado cansada para unirlos y que tuvieran sentido. Pero cuando Cervatilla comenzó a olisquear la cabaña, y luego husmeó con más urgencia, empujó la puerta con la pata con entusiasmo y empezó a comprender algunas cosas.

El claro seguía despejado, era más grande que antes, y solo había unos cuantos bultos cubiertos de hojas que le indicaban donde estaban los árboles que habían talado para obtener leña. El carro no estaba y cuando Yeva abrió la puerta, vio que tampoco había muchos muebles. Y que el suelo, salvo por unas cuantas telarañas en los rincones, estaba limpio y despejado.

Puede que la cabaña estuviese vacía, pero se había vaciado recientemente. Yeva volvió a salir al claro a grandes zancadas y examinó el terreno en busca de alguna señal que hubiera dejado el carro o el caballo. Pero mientras que el orden indicaba que la cabaña no llevaba abandonada más de unos cuantos meses, solo habrían hecho falta unas cuantas semanas, o incluso días, si hubiera llovido, para que se hubiera borrado cualquier rastro del camino que había tomado su familia.

Yeva pasó aquella noche en la cabaña, temblando delante del pequeño fuego, no porque el aire fuera frío, sino porque así estaba su corazón y no podía calentarlo. Decidió regresar al pueblo y preguntar si allí alguien había oído noticias sobre las hijas de Tvertko, o si sabían en qué dirección habían viajado, o qué había sido de ellas.

Según lo que la joven recordaba, hacía siglos que ella se había marchado y era otra familia, otro carro, otra vida la que se había ido de aquella cabaña y le había dado esperanzas.

«Esperanza», había dicho la Bestia.

Yeva apretó la mandíbula y se negó a pensar en él, en la gran tristeza en sus ojos, y en el modo en que simplemente la había dejado marcharse, porque ya no tenía nada con qué retenerla.

Pero mientras que podía controlar sus pensamientos hasta cierto nivel, no podía controlar sus sueños una vez se quedaba dormida, y al tener la guardia baja, cada pensamiento era de la Bestia, y le pitaban los oídos con la canción mágica, y el batir de las alas, y se despertaba al amanecer con los ojos arenosos y cansada.

Paró en la primera granja que encontró e intercambió unos cuantos conejos por un poco de pan integral, manzanas y una jarra de sidra. Y pesar de que la mujer del granjero no le quitaba el ojo de encima y a escondidas hizo la señal para repeler al mal, Yeva les preguntó en qué año estaban y descubrió que tan solo habían transcurrido doce meses desde que su padre se había arruinado y que no había pasado un siglo en compañía de la Bestia.

Continuó su viaje y pagó por una noche en una posada con un puñado de huevos de codorniz y una lección de tiro con arco para el hijo del posadero, y estaba tan desconcertada por la sensación de las sábanas y el lino en su piel que terminó durmiendo con Cervatilla en la alfombra delante del fuego.

Llegó a las afueras del pueblo en una tarde gris y un torrente de lluvia cayó de las nubes empapadas para mojar el pelo de Yeva y darle peso a su capa. Ansiaba encontrar a alguien que supiera adónde había ido su familia o qué les había sucedido, pero tras la reacción de la esposa del granjero, no quiso provocar rumores acerca de una loca relacionada con ellos, puesto que si su familia estaba sana y salva, quería que siguieran así.

Hasta que no vio un rostro conocido no salió corriendo del callejón a la calle.

—¡Galina! —exclamó Yeva, sorprendida por la cara de su vieja amiga. Parecía muy joven, tenía la piel limpia y clara, y ni un pelo fuera de sitio. Hasta el borde de la falda manchado del barro de la calle era ordenado y civilizado, todo lo que Yeva había perdido en aquel último año.

Galina saltó, sobresaltada, y luego retrocedió a trompicones al ver a Yeva. La muchacha sabía que debía de tener un aspecto alarmante: cubierta de lodo, de arañazos, hecha un desastre por estar a la intemperie, y mojada. Ahora tenía las piernas y los brazos delgados pero musculosos, y el pelo basto por su propia grasa y el polvo de las hojas y el viento. La ropa seguía estando manchada de sangre, de cuando intentó matar a la Bestia, y aunque las manchas eran viejas y marrones, no costaba identificarlas. La perra a su lado estaba tan mojada y cubierta de barro como ella, y rígida por la tensión que su dueña le transmitía.

—No... no llevo dinero —dijo Galina, con el miedo reflejado claramente en su cara—. Por favor, tengo un niño... por su bien, no...

Yeva parpadeó y levantó una mano, pero se quedó quieta cuando el movimiento pareció asustar a Galina todavía más.

—Galina... —Calló al comprobar el total desconcierto con el que la miraba su vieja amiga. No la reconocía en absoluto. Tragó saliva—. ¿Estás casada?

Galina asintió, con los ojos muy abiertos, abrazándose.

—Desde la primavera pasada. ¿Quién...?

—No quiero hacerte daño —dijo Yeva. Se preguntó con quién se habría casado Galina y trató de pensar si alguna vez había mencionado un amor pasajero. Con una punzada, Yeva se dio cuenta de que sabía muy poco de su amiga y casi nada de los deseos secretos de su corazón. Siempre había estado tan impaciente por escapar del séquito de la baronesa que no había llegado a conocer de verdad a Galina. Intentó contener el pinchazo de arrepentimiento y suavizó la voz—. Solo quiero información.

El miedo de Galina tan solo había disminuido lo suficiente para que respirase.

—¿Cómo es que sabes mi nombre?

—Le... le pregunté a alguien —se le ocurrió a Yeva enseguida—. Pareces de la misma edad que las personas que busco y pensé que quizás habías oído hablar de ellas. ¿Te acuerdas del comerciante Tvertko, que vivió aquí hasta el otoño pasado?

—Claro —respondió Galina mientras hacía retroceder el miedo para dar paso a la compasión—, pero lamento decirte que está muerto.

A Yeva se le encogió el corazón.

—Lo sé. Quería preguntarte si sabías adónde fueron sus hijas. Después de marcharse de la

cabaña. Fueron a la cabaña, a la cabaña de caza de Tvertko, y luego...

Galina frunció el entrecejo mientras examinaba a Yeva, a aquella criatura sucia, ensangrentada y salvaje, que había salido de entre las sombras a la calle concurrida, que estaba atrayendo miradas y provocaba malas palabras en los transeúntes.

—Dos de sus hijas viven aquí, en el pueblo, en la antigua casa de Tvertko, por esa pendiente. —Galina tragó saliva y arrugó el rostro por un viejo dolor recordado—. La otra, la más joven... también está muerta.

Yeva se quedó mirándola, demasiado atónita para responder o para ocultar lo mucho que le habían afectado las palabras de Galina. Así que sus hermanas la creían muerta. No era de extrañar, dado que Yeva había desaparecido en mitad del invierno y no había habido ni rastro de ella durante casi un año. Pero saber que estaban sanas y salvas, y que vivían otra vez en su antigua casa, era más de lo que Yeva podía haber esperado. Notó que se le llenaban los ojos de lágrimas y cómo disminuía un poco aquella cosa dura, tensa y fría en su pecho.

Al ver las lágrimas, Galina se inclinó hacia delante, conteniendo la respiración.

—¿Por qué me haces estas preguntas? ¿Quién...?

Se calló, con el entrecejo aún fruncido. Una chispa, un ligero destello, de reconocimiento se encendió tras su mirada perdida.

—Gracias —dijo Yeva entre dientes y se fue corriendo con Cervatilla a la zaga antes de que Galina tuviera la oportunidad de ver a través de los meses en la naturaleza y en los fríos suelos de piedra para encontrar a la chica que había debajo.

No sabía por qué corría, excepto que fuera muy duro enfrentarse a sus hermanas, que la creían muerta y habían estado llorando su pérdida y la de su padre todos aquellos largos meses, y no quería pasar primero por aquello con Galina.

Al subir la pendiente hacia su antigua casa, Yeva sintió un temblor muy curioso en el corazón, una mezcla de miedo e ilusión que le ponía las manos nerviosas. Quería coger su arco —las manos no dejaban de moverse por el deseo de quitarse el arma del hombro—, pero el único enemigo contra el que luchar era su propio nerviosismo. Cervatilla parecía recordar el camino y sus pasos cada vez eran más ligeros por el entusiasmo.

Yeva se detuvo a varios pasos de la puerta, recorriendo con la vista la casa mientras Cervatilla investigaba los arbustos que bordeaban el sendero. La casa de su padre tenía el mismo aspecto que hacía un año: las peonías cubrían el suelo junto a la puerta de la cocina, las enredaderas trepaban por el enrejado al lado de la ventana de su antiguo dormitorio. En vez de llevar la mano a la aldaba, se apartó de la entrada y se asomó por una ventana. Allí estaban los muebles que se habían llevado de la cabaña, aunque algunos se habían reemplazado por otros nuevos y más bonitos. Vio a alguien moverse de una habitación a otra. Un sirviente, pensó, pero no supo de quién se trataba. Rodeó la casa, asomándose por una ventana tras otra hasta que, sin previo aviso, sus hermanas aparecieron.

Estaban en la cocina, horneando pan, y Lena tarareaba. Aunque Yeva no la oía a través del cristal de la ventana torcido y ondulado, sabía por el movimiento rítmico de su cabeza de un lado a otro que estaba oyendo música mientras trabajaba. Asenka estaba con ella y rozaba con el hombro de vez en cuando el de su hermana mientras amasaban. Tenía harina en el pelo.

Lena fue a por la mezcla de hierbas en la que enrollar la masa y los ojos de Yeva se llenaron de unas lágrimas inesperadas. Poner la capa de hierbas en el pan había sido su tarea desde la

infancia y al ver su papel en la familia tan perfectamente eliminado, le costó respirar y se llevó enseguida el brazo a los ojos, pero la capa pesaba tantísimo por la lluvia que casi se cae de rodillas.

No les había quedado más remedio que intentar seguir adelante. Creían que estaba muerta. Yeva lo sabía. Pero ahí estaban, felices y establecidas en la casa que les encantaba, sin duda porque habían recibido una inmensa buena fortuna. Tal vez Yeva no debía volver a sus vidas, tal vez era mejor que simplemente continuaran como estaban.

Se quedó allí, indecisa, con la imagen de sus hermanas, una junto a la otra, ondeando por las lágrimas y el cristal distorsionado.

Entonces, una voz detrás de ella le amenazó bruscamente:

—No te muevas. —Era la voz de un hombre y Yeva se quedó petrificada. Todavía estaba tan poco acostumbrada a oír cualquier voz que no fuese la de la Bestia que se estremeció—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Lo siento. —Levantó las manos para demostrar que no sostenía ningún arma. Cervatilla seguía al otro lado de la casa, olisqueando los árboles y las plantas—. Yo... yo conozco esta casa y tan solo estaba intentando... No quiero hacerles daño —dijo, repitiendo de manera poco convincente lo que le había dicho a Galina.

—¿Una mujer? —El hombre parecía sorprendido al identificar su sexo por la voz—. Date la vuelta.

Yeva tragó saliva y obedeció... y luego se quedó mirándolo fijamente. Era Solmir.

Su dura mirada ni se inmutó y siguió observándola con recelo.

—Perdone que se lo diga, señora, pero no parece alguien que conozcan las damas de esta casa.

A Yeva no le funcionaba la lengua. Al descubrir que había transcurrido un año mientras estaba con la Bestia, había supuesto que Solmir se había ido hacía mucho tiempo. Había aceptado cuidar de su familia a cambio de su mano en matrimonio cuando volviera, y Yeva estaba segura de que al ser dada por muerta, Solmir se habría retirado cortés y silenciosamente a buscar esposa a otro lugar.

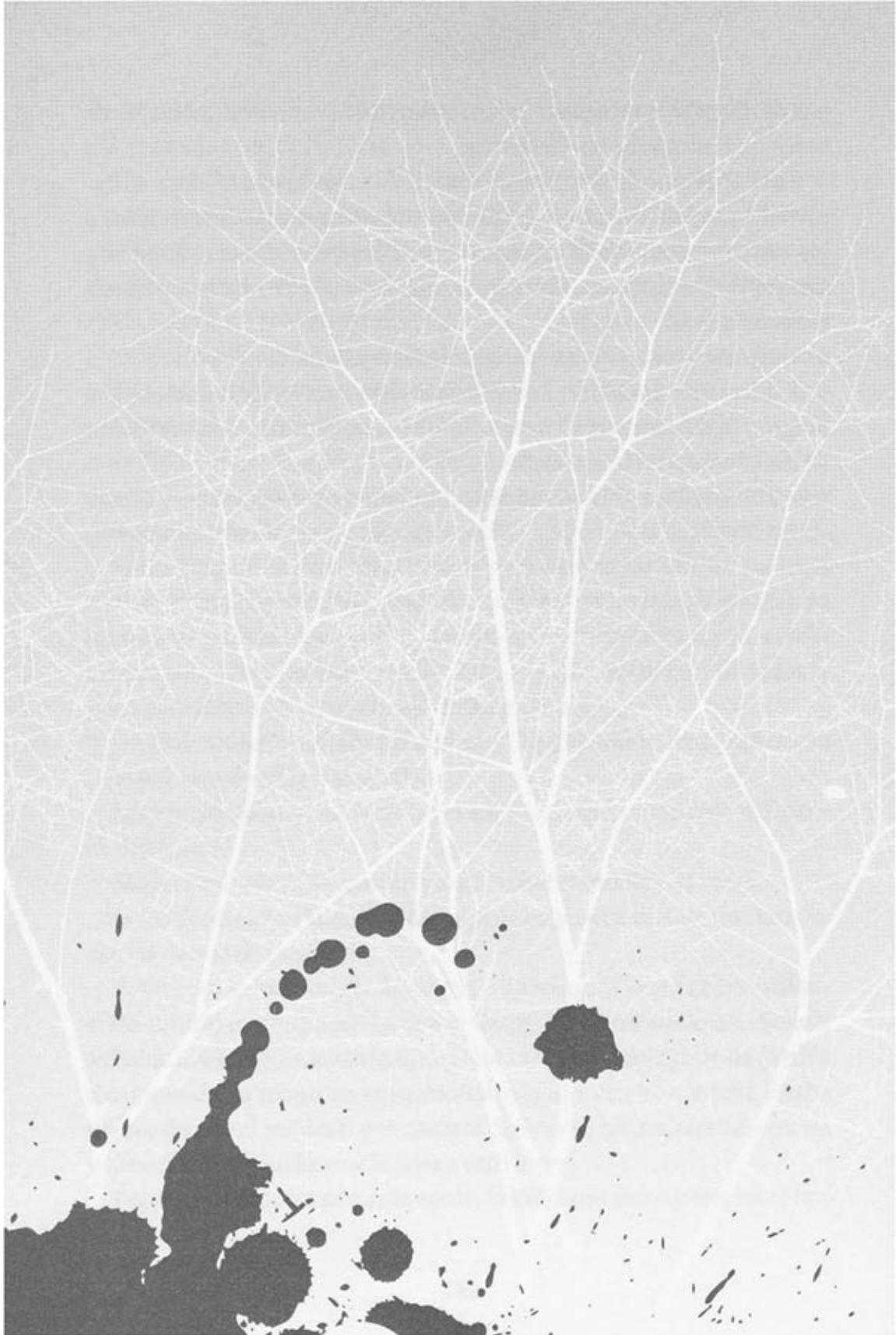
Pero allí estaba, un año más tarde, vestido con fino cuero, en el hogar de Tvertko, protegiendo a las hermanas de una loca cubierta de barro que las miraba por la ventana.

Como Yeva no habló, Solmir dio un paso hacia ella y luego se detuvo. La tensión abandonó su cuerpo y los brazos cayeron relajados a los costados. Levantó las cejas, los ojos se le pusieron más redondos, y una expresión curiosamente suspendida entre el horror y la esperanza rozó sus rasgos.

—No me lo creo —susurró, quedándose pálido.

A diferencia de Galina, Solmir había visto a través de la suciedad, la sangre y la delgadez de su rostro y sus extremidades. La conoció de un vistazo, incluso tal como estaba.

—Hola, Solmir —le saludó Yeva tímidamente.



BESTIA

*Desesperación. Desesperación. No puedo. Tengo que irme.
Acantilado. Agua. Sangre. Fin.*

El animal no lo entiende, no puede comprender la necesidad de acabar con nuestra existencia, pero ahora estoy aquí. Yo nos controlo. Le he dejado que me dominara durante muchos años, muchos muchos años, pero ella me ha traído de vuelta.

Y no puedo volver a caer en esa locura, el hecho de ser mitad animal mitad hombre, la combinación de lo que nos deja menos de la suma de nosotros, menos de lo que fuimos antes. No puedo dejarme llevar por el instinto ahora que recuerdo... ahora que recuerdo...

Acaba, grita nuestro corazón. Para. Vacía. Por favor.

Déjanos morir como humano. Déjanos morir recordando a Bella.

DIECINUEVE

SOLMIR NO SE MOVIÓ, al reconocerla se había quedado petrificado en el sitio. Tenía la vista clavada en Yeva como si fuera el mismísimo Pájaro de Fuego, el mito hecho realidad, lo mágico convertido en mundano, presente en el jardín de alguien. Cuando quedó claro que no iba a volver a hablar, Yeva intentó aclararse la garganta y aquel sonido interrumpió cualquier hechizo que dominara a Solmir y le hizo coger aire.

—Estoy viva —dijo Yeva, consciente de que era una tontería decirlo dado que estaba delante de él.

Pero pareció animar a Solmir, que dio un paso adelante y luego otro y otro hasta que se halló a su alcance. Sin embargo, no estaba muy seguro de dónde apoyar la mano y, tras sostenerla en el aire sobre su hombro y junto a la mejilla, recorriendo el borde exterior de un mechón de pelo cubierto de lodo, volvió a caer a su lado.

—Yeva —musitó al final. Y allí, en las comisuras de los ojos, Yeva vio algo inesperado: pena—. No... creía...

Seguramente estaba imaginándose esa tristeza. Era su confusión intentando dirigirle a un lado u a otro. Yeva inspiró profundamente una vez, pero le seguirían muchas más.

—Te contaré lo que ocurrió y dónde he estado —dijo la joven—, y querré oír lo que os pasó a vosotros, pero... pero antes me gustaría ver a mis hermanas. Me gustaría contároslo a todos a la vez.

No creía poder contar la historia dos veces.

Solmir se movió y la manera de llevarse la mano al pelo con un súbito disgusto repentino le resultó tan familiar a Yeva, y tan sumamente humano, que notó que una sonrisa tiraba con insistencia de sus mejillas.

—Por supuesto —dijo, retrocediendo hacia la puerta, como si se resistiera a darle la espalda a Yeva por miedo a que desapareciese de nuevo.

Su cara estaba tan cambiada, tan marcada de emociones, que la muchacha no podía interpretarlas todas. Alegría, incredulidad, confusión, alivio... y otra vez ese atisbo de tormento que no sabía a qué se debía.

Cogió a tientas el pestillo y luego desapareció, irrumpiendo en la casa y dejando que Yeva le siguiera, sintiéndose como una visita en su propio hogar, como si tuviera que esperar junto a la puerta para que le indicaran el camino al salón. Justo en ese momento apareció una criada, alguien

que no había trabajado para ellos antes y que Yeva no reconocía.

—¿Quiere que le coja su...? —empezó a decir la sirvienta y se calló al ver el aspecto guerrero de la chica—. ¿Su capa? —Hizo una pausa y después se aventuró a añadir—: ¿Señorita?

Yeva tragó saliva y se echó la mano al broche del cuello instintivamente antes de pensar en señalar que estaba tan llena de barro y empapada debajo de la capa como por encima, y no serviría de mucho. Pero la criada ya estaba sosteniendo con cuidado en los brazos la prenda mugrienta y en vez de colgarla con la demás ropa que estaba más limpia —y era mucho más cara— en las perchas de la entrada, desapareció en la siguiente habitación.

Oyó la voz de Asenka disparando preguntas y acercándose cada vez más.

—¿Qué estás diciendo? ¿Ella? ¿Quién? Solmir, no entiendo...

Yeva se dio la vuelta y vio a Lena de pie en la entrada del salón, pálida y petrificada, y Asenka se hallaba detrás, apoyada en el brazo de Solmir para no perder el equilibrio. Antes de que Yeva pudiera hablar, Lena gritó y cayó hacia atrás, medio desplomándose contra el marco de la puerta de modo que Solmir tenía que soltar el brazo de Asenka o dejar que Lena se golpeará contra el suelo.

Los ojos de Asenka se clavaron en los de Yeva y permanecieron allí, redondos y oscuros, y, al cabo de unos largos segundos, se llenaron de lágrimas.

—Lo sabía —susurró, de modo que Yeva apenas lo oyó sobre los sonidos de Solmir intentando reanimar a Lena, que seguía medio inconsciente al haber visto a su hermana muerta—. Sabía que estabas viva.

Asenka cojeó hacia delante.

Yeva no podía hablar, ni siquiera podía moverse, y hasta que no sintió los brazos de Asenka a su alrededor, no rompió a llorar. Lena se recuperó y se acercó a ellas tambaleándose para rodearlas con los brazos a ambas, pero aún se le doblaban las rodillas y, después de un momento de inestabilidad, las tres hermanas se tiraron al suelo, sollozando y abrazándose, manchándose todas tanto de barro por la ropa de Yeva que era difícil distinguir quién era quién.

Para cuando llegaron al cuarto de estar y se sentaron frente al fuego, el resto de la casa había oído el alboroto y se había corrido la voz de que la hija pequeña de Tvertko regresaba de entre los muertos. Yeva conocía a unos cuantos sirvientes, porque los había contratado su padre en su día y también volvieron. La cocinera gritó al ver a la muchacha y entonces, igual de alto, anunció que iría a por el hervidor para preparar el té. Otros eran nuevos y estaban muy confundidos por lo que estaba sucediendo, puesto que para ellos tanto el comerciante como la hija pequeña habían perecido durante el invierno que habían pasado en la cabaña de caza.

Albe también estaba allí, pero se mostraba tan tímido delante de Yeva —o tal vez le tenía miedo, no lo sabía muy bien— que se quedó en el pasillo, asomando la cabeza por el marco de la puerta para ver qué decía y escondiéndose si ella miraba en su dirección.

Despacio, muy despacio, con pausas para más lágrimas y explicaciones, Yeva se enteró de lo que le había ocurrido a su familia tras su desaparición.

Solmir había continuado fielmente ayudando para que tuvieran comida, protegiendo a Albe y a las hermanas, y vigilando el perímetro alrededor de la casa por si había alguna señal del regreso de Yeva. Al cabo de poco más de una semana, Radak, el prometido de Lena antes de la ruina económica de su padre, había aparecido en la cabaña, con los ojos desorbitados, pidiendo ver a Lena. Estaba tan aturullado y angustiado que no paraba de repetir lo mismo incluso después de que

Lena se pusiera delante de él gritando: «¡Yo soy Lena! ¡Soy yo! Radak, ¿qué pasa?».

Se había enterado de la grave situación del padre de Lena mientras regresaba de su viaje de negocios y había dejado sus carros para alquilar el caballo más rápido que pudo encontrar, y llegó a la casa del pueblo donde se encontró a otra familia viviendo allí, sin ninguna pista del paradero de Tvertko ni el de sus hijas. Al final encontró a un cazador que había trabajado hacía mucho tiempo con el comerciante y conocía la ubicación aproximada de la cabaña, y luego dio con las huellas de Solmir, que le llevaron hasta la puerta.

Cuando la voz de Lena le sacó del frío y el agotamiento, se puso de rodillas y le pidió de nuevo que se casara con él, allí en la puerta abierta de la cabaña, empapado hasta la rodilla por la nieve derretida, y la cara agrietada por el viento y el viaje; y ella lloró, le besó y dijo sí. Radak, en posesión de una nueva fortuna como resultado de sus negocios, volvió a comprar la casa de Tvertko. Se casaron de inmediato para poder llevarla a ella y a su hermana a vivir con él, pero las chicas no querían abandonar aún la cabaña por si Yeva y su padre regresaban.

Yeva no podía contarles que había encontrado el cuerpo de su padre, su voz se negaba a pronunciar las palabras, pero cuando Lena levantó la cara demacrada y susurró: «¿Y padre?», todos vieron la respuesta de Yeva en sus ojos cuando los bajó al suelo, en las manos al retorcerlas y en el gesto de los labios mientras giraba la cara.

Desde aquella posición ventajosa, observó que la mano de Solmir se retorcía, un gesto que reconocía como el deseo de ayudar, de tocar, de consolar. Y cuando ella alzó la mirada, los ojos del chico no estaban en ella y su dolor, sino que se posaban en Asenka, inmóvil mientras unas lágrimas silenciosas caían de la barbilla hacia las manos unidas.

Yeva se vio tan afectada por aquello que casi la distrae del cambio total de la fortuna de su familia. En ese instante, apareció Radak en la puerta, a quien uno de los criados había ido a buscar para que fuera a casa y viera a la hermana de Lena hacía tanto tiempo perdida.

—¡Por Dios! —exclamó en la entrada.

Era un hombre alto y delgado, con una terrible fiebre del heno y una nariz permanentemente enrojecida, que se agrietaba y se escamaba por frotársela con el pañuelo sin parar. Pero siempre había sido muy amable, y después de la historia que había oído acerca de su devoción por su hermana y su familia, Yeva pensó que tal vez su cara era una de las más hermosas que había visto jamás. Se reunió con ellos junto al fuego, le dio un beso en la mejilla y dispuso los brazos en Lena, rodeándola desde atrás, y fue entonces cuando Yeva advirtió con sorpresa la curva en el vientre de su hermana.

Emitió un grito ahogado y Lena, al ver que a Yeva se le iban los ojos a su barriga, sonrió.

—Siempre me ha gustado que las cosas sean pronto —dijo Lena, provocando que Radak emitiera una risa suave en su oído—. El bebé no es una excepción. Lo esperamos para dentro de cuatro meses.

Yeva se quedó boquiabierta. Todavía estaba acostumbrándose a volver a ser hermana y ahora tendría que aprender a ser tía.

—Me he perdido muchísimas cosas —dijo, pasándose una mano por encima de los ojos.

—¿Dónde has estado? —prorrumpió Solmir.

Había estado callado durante la mayor parte de la historia, interviniendo solo para quitar importancia a la descripción de sus hermanas sobre su lealtad hacia ellas durante la ausencia de Yeva, negando con la cabeza y con movimientos de la mano. No miraba a Yeva directamente, no si

ella estaba mirándole a él. Había bajado los ojos como un hombre culpable, como si el cuidado y la protección a sus hermanas fuera un acto del que tuviera que avergonzarse.

Yeva tardó en responder, al principio porque Solmir la desconcertó y luego, porque no se le ocurría cómo empezar. Cada minuto que pasaba en aquella casa, con sus hermanas, rodeada de la decoración del hogar, de la riqueza, de la seguridad, y de todo lo que le habían quitado durante aquel último año, hacía que su vida en el valle de la Bestia pareciera cada vez más lejana.

Como si no fuese más que un cuento de hadas leído en un antiguo libro encuadernado en piel, en la seguridad y comodidad de una cama caliente.

Yeva aceptó una taza de té de la cocinera y sopló sobre su superficie humeante con el fin de ganar tiempo para ordenar sus ideas. Tomó un sorbo para humedecerse la garganta y comenzó:

—¿Os acordáis de la Bestia de la que nos habló padre antes de desaparecer?

Cuando la tarde dio paso al crepúsculo y el crepúsculo se convirtió en noche, Solmir se marchó para regresar a la casa del barón, donde se alojaba. Al ser un soltero cotizado, no era muy apropiado por su parte quedarse hasta tarde en la casa de dos jóvenes que no estaban casadas. El barón se encontraba mal por un resfriado que había pillado el último invierno y, como su heredero natural, Solmir era un gran consuelo para él.

Los sirvientes llevaron la cena, luego el té, después los dulces, y por último el licor y el brandi, entreteniéndose demasiado en el salón mientras Yeva contaba su historia. La muchacha se los imaginaba reunidos en la cocina, aportando cada uno lo que había escuchado, tratando de seguir el hilo, fragmento a fragmento, hasta tener el tapiz completo del tiempo que había pasado Yeva con la Bestia.

«He oído que no era una bestia, sino un hombre bajo una maldición...», diría uno, mientras que otro le interrumpiría, «Pero la he oído decir que tenía colmillos y garras, y rugía tan fuerte que temblaba la tierra bajo sus pies».

Al principio sus hermanas, y también Radak y Solmir, la interrumpieron con preguntas. Pero después de que Solmir se viera obligado a marcharse, las preguntas fueron menguando, y sus hermanas y su cuñado se callaron para escuchar la historia. Cuando terminó, se quedaron allí sentados, juntos, delante del fuego, digiriendo lo que Yeva les había contado, mirándola con mayor incredulidad y asombro si cabe que cuando la habían visto aparecer de entre los muertos.

Al cabo de unas horas desde que el último criado había aparecido para escuchar a escondidas, Yeva se aclaró la garganta irritada y se levantó para echar otro tronco al fuego, cuyas llamas ardían bajas en la chimenea. Radak se había quedado dormido en el sofá de dos plazas junto a su esposa, con la cabeza echada hacia atrás, respirando de forma audible por la boca debido a la fiebre del heno. Lena le lanzó una mirada cariñosa desde donde estaba acurrucada en el hueco de su brazo ahora relajado, y le empujó con suavidad hasta que se puso de lado y el ronquido cesó.

—Trabaja demasiado —murmuró en la calma.

Era la primera que decía algo en mucho rato.

Yeva se sentó en la alfombra delante del fuego, se dio la vuelta para que las brasas le calentaran la espalda y se abrazó las rodillas arrimándolas al pecho.

—Sabía que te quería por algo más aparte de por la riqueza de nuestro padre.

La sonrisa de Lena se agrandó y le echó otra mirada al hombre que dormía junto a ella.

—Eso esperaba. Pero fue una época tan horrible, tan llena de desdicha, que parecía que nos habíamos quedado sin suerte y todo lo que podía ir mal, así iba.

—Nuestro padre murió —dijo Asenka en voz baja— y también nuestra hermana pequeña.

Yeva siempre había estado más cerca de Asenka que de Lena, en espíritu y también en edad. Y siempre había sido a Asenka a quien Yeva le había confesado sus intimidades. Desde que Yeva había aprendido a hablar, Asenka siempre había sido la que le había escuchado cuando su pequeña alma ya no podía soportar el peso de todo lo que quería, la aventura, la magia y los extensos bosques, y todas las cosas que no podía nombrar, que nadie más parecía comprender.

A Yeva le escocían los ojos, pero había derramado tantas lágrimas ese día que no le caían más, se había secado el pozo en su interior.

—Si hubiera podido avisaros de que estaba viva, lo habría hecho. No creía que os fuese a volver a ver nunca más.

—Esperamos todo lo que pudimos —terció Lena y la sonrisa se esfumó—, pero después de que terminase el verano, sabíamos que no podíamos pasar otro invierno en la cabaña, no cuando Radak había conseguido otra vez esta casa para nosotras. Y no con tu nuevo sobrino en camino.

Yeva sabía que Lena esperaba tener un niño, pero oía un sonido debajo de todo lo demás, un diminuto latido como el que había oído en el valle de la Bestia, y al cerrar los ojos, la imagen de su hermana pareció brillar en sus párpados. Y en ese resplandor Yeva vislumbró que el bebé sería una niña, aunque no podría haber explicado cómo lo supo. Era magia y a la joven le asustaba poder sentirla incluso allí, en el pueblo, tan apartada del valle de la Bestia como del lejano mar oriental.

Yeva observó a su hermana, y a su sobrina nonata, y no dijo nada.

El silencio se interrumpió cuando a Radak se le cortó la respiración y carraspeó dormido, casi despertándose. Lena le cogió de la mano, le besó la mejilla y le envió a la cama; él se fue, solo después de que ella le prometiera que iría pronto.

—Yeva, esta historia... —Lena sacudió la cabeza y frunció el entrecejo—. Si la hubiera contado otra persona, la habría llamado mentirosa.

—Es la verdad —dijo Yeva, pero aun así había fragmentos que no se los había revelado, fragmentos que se guardaba sin saber por qué: cómo la voz de la Bestia cambiaba cuando decía «yo» en vez de «nosotros»; cómo olía a especias y viento, excepto cuando la nieve derretida le humedecía el pelo; cuando olía un poco a perro mojado; lo familiar que le resultaba el suave susurro de sus patas sobre los suelos de piedra; sus ojos, cuando se encontraron con los suyos, justo antes de cortarle el cuello...

Se dijo a sí misma que era porque no creerían aquellos detalles, pero en el fondo de su corazón sabía que no era ese el motivo. Aunque no podía formular con palabras la verdadera razón.

—Te creo. —Asenka se deslizó de su silla a la alfombra para sentarse junto a Yeva con un suspiro, y estiró los pies hacia el fuego—. Pero tardaremos un tiempo en comprenderlo.

—Lo sé. —Yeva torció los labios—. Ni siquiera yo lo entiendo todavía. Solo sé que el hecho de veros y saber que estáis sanas y salvas... Cuando vi la cabaña vacía temí que algo horrible os hubiera pasado.

Lena había estado evitando mirar a los ojos de Yeva. La observaba, pero apartaba la vista cada vez que su hermana alzaba la mirada. Al final soltó el aire y se inclinó hacia delante, con la

cara en las manos.

—¡Oh, Yeva! Lo siento.

Estalló en lágrimas.

Alarmada, Yeva miró a Asenka, pero esta tampoco la miró a los ojos.

—No pasa nada —dijo Yeva, moviéndose hacia delante sobre la alfombra para acercarse al asiento de dos plazas hasta coger las manos de Lena—. Estoy bien. Nada de esto es culpa vuestra.

Lena levantó la cabeza, con los ojos llorosos y la cara empezando a enrojecerse e hincharse.

—No, no... Yeva, quería dejar la cabaña cuando llegara la primavera. Creía que estabas muerta y quería volver a casa, y yo fui quien le dijo a Solmir que dejara de... —Su voz se apagó y sacudió la cabeza, incapaz de proseguir.

—Fuiste la que le dijo que dejara de buscarme —Yeva terminó por ella la frase, con delicadeza.

Lena miró a Asenka y luego asintió con la cabeza.

—Hiciste bien. —Yeva le apretó las manos—. No sabías que estaba viva.

—¡Asenka sí! —soltó entre lágrimas—. Nos suplicó que nos quedáramos ese verano. Se negaba a creer que hubieras muerto.

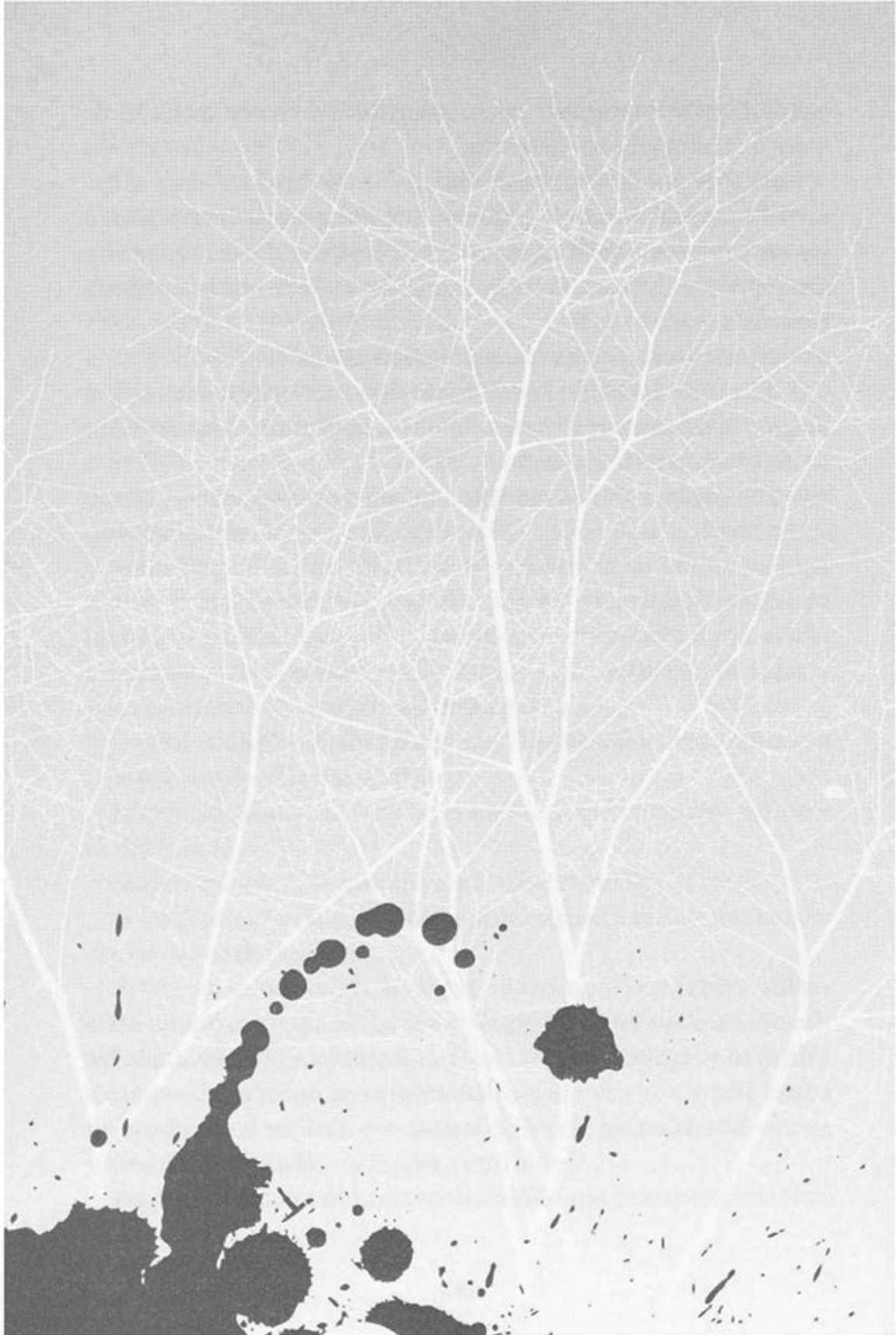
Yeva volvió a apretar las manos de Lena y miró a Asenka que estaba al otro lado de la alfombra, con los ojos clavados en el fuego. Yeva inclinó la cabeza y besó las manos de su hermana.

—Nada de eso importa —dijo con firmeza—. No creo que nadie pueda encontrar el valle de la Bestia a menos que él quiera que lo encuentren. Solmir no habría dado conmigo ni aunque hubiera estado buscando durante mil años. Lena, hiciste lo correcto. Me alegro muchísimo de haberos encontrado a todos aquí.

Lena mascullo algo y acogió a su hermana con un abrazo, y se quedaron así un buen rato hasta que Yeva le dijo que se fuera con su marido a dormir. Lo hizo muy a regañadientes, deteniéndose en el tercer peldaño para volver la vista al fuego y a la hermana que creía haber perdido, antes de desaparecer en el piso de arriba.

Yeva volvió a arrastrarse delante de la chimenea hasta que estuvo lo bastante cerca de Asenka para acurrucarse como solía hacer cuando era una niña, con la cabeza en el regazo de su hermana mayor, agarrándole con los dedos las faldas como si fueran una manta confortable. Asenka inclinó la cabeza y besó la sien de Yeva, y esta sintió un temblor en sus labios. Notó la lágrima que le cayó en la mejilla, seguida de otra, pero antes de que pudiera alzar la mirada, la mano de Asenka empezó a retirar el pelo sucio y embarrado de la cara de Yeva, que no quiso moverse por miedo a que parara.

Se quedó así dormida y su último pensamiento fue esperar sentir caer la próxima lágrima del rostro de Asenka al suyo.



BESTIA

No puedo continuar.

El lobo es demasiado fuerte. Con ella yo podía... Yo era... pero el animal en mi interior está enfadado y su ira le hace más fuerte. Quiere que cacemos y que corramos por el bosque. Quiere que existamos con instinto y capricho, veloces y brutales como el invierno. Mis pensamientos vuelven loca su mente igual que su instinto envenena la mía. Pero recuerdo lo que yo era y me debilita. Mi desesperación es solo mía, y estoy muy cansado.

No puedo seguir... no tiene sentido. Me acurruco. Dejo que él salga. Yo me esfumaré.

Desapareceré.

VEINTE

YEVA SUPUSO QUE SENTIRÍA GANAS de cazar después de haberse convertido en un hábito. Que el pueblo le parecería atestado de gente, sucio y ruidoso, que la casa se le haría pequeña después de haber vivido en un castillo. En cambio, le sorprendió lo fácil que había sido volver de entre los muertos.

Corrió por el pueblo la noticia como un viento invernal huracanado, tan rápido que Yeva no tuvo que contarle su historia a nadie porque ya la conocían. La mayoría la había oído mal, puesto que cuanto más extraña era la historia, más complicado se hacía volver a contarla. Pero no sintió la necesidad de corregirles. Y aunque su cuerpo estaba acostumbrado a mucho más ejercicio del que podía hacer paseando por el pueblo, pronto comprendió que ya no se le pedía merodear los bosques cubiertos de nieve ni correr tras bestias salvajes, y se tranquilizó.

No la invitaron a volver a formar parte del círculo de damas de la baronesa, sin duda porque nadie sabía muy bien qué pensar de ella, si había pasado el invierno con un hombre soltero bajo una maldición o si lo había pasado en la cama de un monstruo malvado. Aunque ninguna de las dos cosas era cierta, a Yeva no le sorprendía que tales dudas le impidieran volver a entrar en la alta sociedad. Y puesto que el solárium de la baronesa era el único aspecto de su vida en casa que no había echado nada de menos, le fue perfectamente.

Al fin y al cabo, no importaba si los habitantes del pueblo no estaban seguros del honor de Yeva o de si su historia fantástica era cierta. No esperaba una propuesta de matrimonio de ninguno de ellos.

Y luego estaba Solmir.

Les visitaba a diario y, aunque Yeva le tenía el mismo cariño que le había tenido antes de la muerte de su padre, tampoco podía negar que ahora había un extraño abismo entre los dos. Se habían acercado durante sus paseos de las tardes por el bosque, comprobando las trampas de Yeva y hablando de caza, pero parecía más frío cuando estaba con ella, inseguro de sí mismo. Al principio la chica creyó que sería debido a su nueva reputación lo que le hacía sentirse incómodo, y al cabo de una semana por fin encontró el valor para preguntárselo.

—¿Vas a decirme qué te pasa? —estalló Yeva, después de sentarse en completo silencio bajo el árbol de peonías, abrigados por el frío otoñal, observando cómo caían a su alrededor las hojas doradas como el fuego.

Solmir se sobresaltó. Parecía que por un instante se había olvidado totalmente de que Yeva

estaba allí.

—¿Qué... qué me pasa?

—No estás contento —dijo Yeva en voz baja y aunque era la primera vez que utilizaba esas palabras incluso para sus adentros, sabía por la cara de Solmir que se hallaba en lo cierto.

—No —respondió enseguida—. Me alegro de que estés en casa.

—Lo sé. Pero puedes estar feliz por una cosa y triste al mismo tiempo. Sentir una cosa en tu corazón no te impide sentir otra.

Yeva se envolvió más en su capa. Si le había enseñado algo su estancia en el castillo de la Bestia era que cualquier cosa —ya fuera la Bestia o su propio corazón— podía tener más de una naturaleza.

—No estoy triste porque estés a salvo —dijo Solmir, con tanta firmeza que las palabras casi sonaron bruscas—. Yeva, por favor. Tan solo estoy cansado, el barón está enfermo y estoy preocupado por él.

Yeva tragó saliva.

—Sé que tenía planeado nombrarte su heredero y también sé los rumores que han estado circulando sobre mí. El hecho de que estés relacionado con una mujer así seguramente perjudica tus posibilidades de...

—¡Basta! —Solmir la miró con el entrecejo fruncido, el primer atisbo de una emoción real e intensa más allá de la distante melancolía que había visto—. Si crees que me importan un carajo, perdón, los estúpidos rumores que la gente susurra en las calles, es que no tienes muy buen concepto de mí.

Yeva no pudo evitar sonreír, puesto que aquel volvía a ser su antiguo yo. Pero entonces la sonrisa desapareció y la muchacha suspiró.

—Sí tengo buen concepto de ti —dijo en voz baja—. Deseo que seas feliz y ese es el motivo por el que quiero decirte que no pretendo que cumplas la promesa que hiciste hace un año. Créas que estaba muerta. Podrías haber empezado a cortejar a otra persona, a otra chica de la corte de la baronesa.

La expresión de Solmir se relajó, aunque estaba desconcertado.

—¿Ya no quieres casarte conmigo?

La respiración se le atascó a Yeva en la garganta y cuando vio la pena tras esa máscara inexpresiva y que su corazón respondía con dolorosas palpitaciones, se dio cuenta de que sí le quería. Le quería como a sus hermanas, como a Albe. Le encantaban su corazón, su amabilidad y la lealtad que había mostrado hacia su familia incluso después de que todos creyeran que había muerto. No le quería como una esposa quiere a un marido, pero sabía que podía aprender a hacerlo, que podría ser feliz con él. Si así él era feliz.

—Salvaste a mi familia —dijo Yeva—. Ayudaste a mis hermanas a pasar el invierno incluso después de que creyeras que había muerto y que jamás cumpliría mi promesa. —Con gran atrevimiento, le cogió de la mano—. Haré lo que tú me pidas.

Solmir se la quedó mirando y de repente su rostro de niño se volvió macilento. Débilmente, sus dedos apretaron los suyos.

Yeva sonrió.

—Incluido liberarte de nuestro compromiso si eso es lo que quieres. Tienes que pensar en tu propia reputación y lo sé.

Solmir se quedó callado, observándola. Detrás y a su alrededor caían las hojas de peonía, llevando de aquí para allá plumas en el viento. «Sí —pensó Yeva—, podría llegar a amarle».

Pero aunque se esforzó por no hacerlo, se encontró escuchando con toda su atención para ver si lograba oír el menor indicio de una canción en él, de la magia que la Bestia le había enseñado a percibir. Lo único que oyó fue el susurro de una brisa entre las ramas y el crujido de las hojas mientras Cervatilla y Pelei jugueteaban en el jardín trasero, y el sonido distante del martillo del herrero en el pueblo, retumbando por los edificios.

Y luego la voz de Solmir diciendo:

—No quiero nada más que continuar manteniendo a salvo a tu familia, como prometí. —Volvió a apretarle la mano, pero esta vez lo hizo con fuerza y su sonrisa fue cálida—. Eres una de las mujeres más extraordinarias que he conocido, Yeva, y sería un tonto si te dejase escapar.

Le levantó la mano y a Yeva le dio un vuelco el corazón, y esperó a que le diera la vuelta a la palma y le besara el interior de la muñeca como había hecho aquel día en el bosque. Pero solo acarició los nudillos con los labios y después la ayudó a ponerse de pie para acompañarla adentro.

Yeva soñó aquella noche con el árbol de peonías. Estaba besando a Solmir bajo sus ramas y las hojas caían a su alrededor como una lluvia de fuego. El joven la rodeaba con los brazos y sus palmas desprendían su calor contra la espalda, y un torrente abrasador que recorría todo su cuerpo parecía que iba a consumirla en cualquier momento.

Solmir inclinó la cabeza para besarle la garganta, luego detrás de la oreja, respirando el perfume de su pelo y acercándola más a él. Ella echó la cabeza hacia atrás, abrió los ojos y emitió un grito ahogado.

Las hojas que caían a su alrededor al fin y al cabo no eran hojas, sino plumas, plumas de fuego rojo dorado. Yeva sabía que si una de ellas la tocaba, sería fatal, que tan solo esa diminuta chispa de calor bastaría para empujarla hacia el fuego y se quemaría. La mente se le llenó de la canción que había estado buscando, y sintió la magia en sus latidos, en el ritmo de su respiración y en su piel allí donde él la tocaba.

Entonces Solmir alzó la cabeza y ella le vio los ojos, que eran dorados, dorados como el Pájaro de Fuego, dorados como las plumas que se arremolinaban a su alrededor en una ventisca de fuego. Su rostro no era el de Solmir después de todo, sino uno que había visto tan solo una vez, y únicamente junto a la tenue luz de un fuego que estaba apagándose. Pero sus ojos... esos ojos le eran tan familiares como los latidos de su propio corazón.

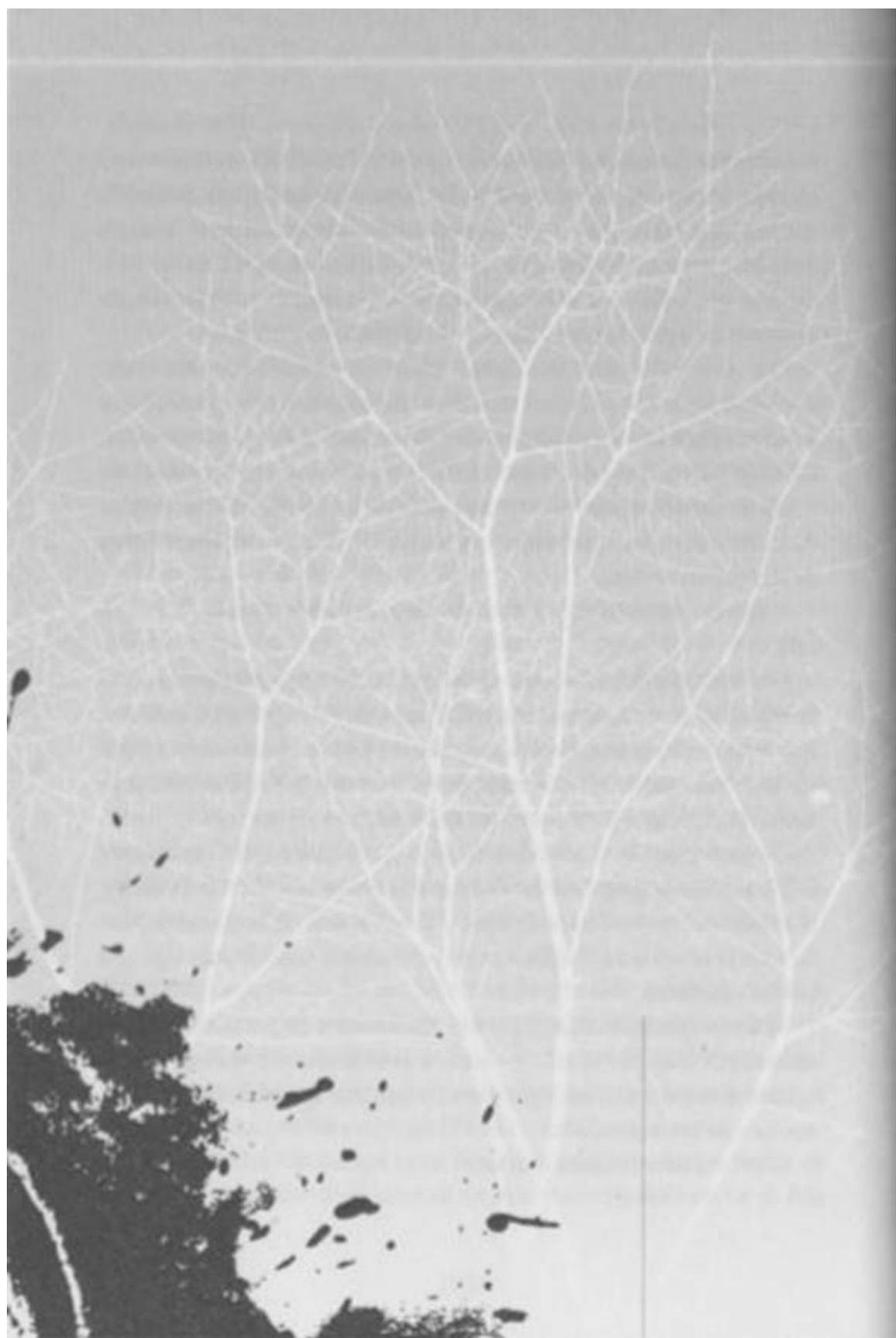
—Bella —susurró él, recorriendo con los dedos el contorno de su cara.

Se despertó jadeando como si hubiera tenido una pesadilla, pero el cuerpo estaba exaltado y febril, y los latidos de su corazón no le decían que huyera. Sus pensamientos se inundaron de arrepentimiento y por un instante deseó más que nada poder regresar a aquel sueño, pues nunca en su vida se había sentido tan despierta.

De pronto, se dio cuenta de tres cosas: que sudaba, que la ventana se había abierto de golpe por la noche, y que estaba temblando. El calor y el anhelo del sueño desaparecieron y gimió al salir de la cama para correr hacia la ventana. Estaba a punto de cerrarla cuando oyó algo que la hizo detenerse.

Todavía faltaba bastante para el amanecer y el pueblo estaba en silencio. Debían de ser solo los ruidos de la noche y el viento, pero al aguzar el oído, captó un ligero sonido que hizo que el fuego de aquel sueño volviera a invadirla.

Creyó oír una música a lo lejos.



Canción

Fuego

Bella...

VEINTIUNO

GALINA HABÍA IDO A VISITAR A YEVA unos días después de que se difundiera la noticia por el pueblo de que la hija pequeña de Tvertko había regresado. Había averiguado la identidad de la extraña mujer de aspecto salvaje que se le había acercado en la calle y llegó llena de disculpas y vergüenza por no haber reconocido a Yeva enseguida. Pero tras unas cuantas visitas, Yeva había conseguido convencerla de que no era culpa de Galina no haberla reconocido. Y puesto que aquella joven era una de las pocas mujeres de la edad de Yeva que no la evitaba a ella ni a su reputación como la peste, Yeva se alegraba de su compañía.

Aparte de sus hermanas, que tenían demasiadas ganas de fingir que nada había cambiado, y Solmir, que reaccionaba a cualquier mención de la ausencia de Yeva con una angustia visible, Galina era la única persona que no convertía cualquier conversación en una avalancha de preguntas sobre la Bestia. Hablaba de su nuevo marido, un sastre de la calle del mercado que había diseñado tímidamente un bonito vestido para que lo llevara ella en una de las fiestas de la baronesa. Hablaba de lo agotador y frustrante que era su embarazo, puesto que en aquel momento sufría una interminable racha de mañanas en las que no podía comer ni un bocado sin vomitarlo. Hablaba de las modas actuales, de las otras damas, de quién se marchaba a la ciudad o de quién estaba mudándose a la casa vacía en el extremo este del pueblo, y de si habría una helada temprana que dañara las cosechas.

Tal vez fuese porque no le preguntó por la Bestia que Yeva terminó hablando de él ella misma.

Iban paseando por el mercado, donde los vendedores insistían en que los transeúntes compraran sus mercancías con un vigor renovado, decididos a vender tantos productos como fuera posible antes de que el invierno cerrase el mercado. Galina descubrió que andar le aliviaba las náuseas y Yeva estaba contentísima por estirar las piernas que se habían acostumbrado a largos días corriendo por los bosques.

—Yeva, ¿te pasa algo? —preguntó Galina en voz baja en contraste con la risa que le acompañaba al hablar de los últimos experimentos de su marido con el brocado.

Yeva levantó la mirada del suelo, donde había estado separando y clasificando las capas y capas de huellas en el barro seco de la calle.

—¿Qué? No, simplemente estoy más callada hoy. —Pero al ver la cara de Galina, dulce, preocupada, sin ningún artificio ni nada que ocultar, suspiró—. He estado soñando con él.

—¿Con Solmir? —inquirió Galina, alzando las cejas.

Yeva negó con la cabeza.

—Con la Bestia.

Galina se quedó callada, sin dejar de caminar. Yeva esperaba las típicas palabras tranquilizadoras —«Oh, las pesadillas desaparecerán, has pasado por mucho, date tiempo y verás que no hay nada que temer ya»—, pero Galina solo preguntó:

—¿Qué tipo de sueños?

Yeva sintió que se le calentaba la cara a pesar del aire frío, y siguió con la mirada en el suelo.

—No son pesadillas. De hecho, me... me gustan. Son sueños agradables. Me hacen...

Paró antes de poder terminar la frase, pues no quería pronunciar en voz alta las palabras que estaba a punto de decir.

«Me hacen echarle de menos».

Galina señaló con la cabeza la plaza que tenían delante y le dijo que estaba cansada para sugerir que se sentaran en la tosca fuente sobre el pozo. No era el sitio más privado, pero en aquel momento no había nadie cogiendo agua y la bullente actividad en el pueblo les ofrecía una capa de anonimato.

Yeva se sentó y notó la piedra fría a través de las diferentes faldas que llevaba puestas. Cada vez pensaba más en el valle de la Bestia conforme se acercaba el invierno y aunque no había helado aún, no estaba segura de si sería capaz de ver el pueblo cubierto de nieve sin echar de menos el bosque y su música.

Galina exhaló rápido al sentarse y observó a la gente moverse de un lado a otro durante un rato antes de hablar.

—Tengo una prima en Kiev —dijo al final— que se casó muy joven, porque no era lo bastante rica para una gran dote y sus padres no sabían si recibiría otra oferta como la que le habían ofrecido.

Yeva se preguntó si Galina se habría olvidado de sus sueños, y asintió con la cabeza.

—Su marido no era un buen hombre. Le pegaba cuando no hacía todo exactamente a su gusto: si el pan estaba quemado, si la casa no estaba impecable o si él pensaba que miraba durante demasiado rato a otro hombre. Siempre la golpeaba donde no se viera, hasta que un día perdió los estribos, le puso un ojo morado y el hermano de la chica se enteró de lo que estaba ocurriendo. Pero cuando se preparó para enfrentarse al marido, para llevar el asunto ante el juez y anular el matrimonio, mi prima le suplicó que no lo hiciera. Defendió a su marido y dijo que solo tenía mal genio, que luego era muy cariñoso y pedía mil perdones, y que ningún otro hombre podría hacerle sentir tan especial y querida. Dijo que sin ella estaría perdido y que la necesitaba.

Yeva escuchó en silencio, con sus propios pensamientos confusos. Había conocido a otras mujeres que sentían apego por hombres que eran crueles con ellas, aunque jamás había conocido a nadie en una situación tan extrema. Siempre había creído que eran tontas, débiles, que no tenían la seguridad para saber que eran mejores que los hombres cuyos cumplidos ambiguos las hacían sonrojarse tanto. Pero tal vez simplemente estaban enamoradas. Tal vez les había traicionado su corazón y no su valor.

Galina se recostó.

—Te cuento esto porque me pregunto... me pregunto si algo así te ha sucedido.

Yeva reprimió una respuesta rápida, obligándose a asimilar la historia, y cerró los ojos.

—Nunca me hizo daño. Bueno, una vez, pero para ser justos, yo le había disparado una flecha

y estaba a punto de matarlo con un hacha.

La expresión de Galina cambió, pero consiguió que no se le notara demasiado que había palidecido.

—Quizá no, pero eras su prisionera. Esa es otra manera de hacer daño, pero es daño al fin y al cabo.

—Y yo quería matarlo —replicó Yeva— cuando era su prisionera. Era mi única razón de existencia, de supervivencia. No me enamoré de él porque me hiciera daño... la idea es ridícula.

Las cejas de Galina se dispararon hacia arriba.

—¿Te enamoraste de él? ¡Cielo santo, Yeva, no estaba hablando para nada de eso! ¿Quién iba a imaginar tal cosa?

A Yeva se le encendió la cara.

—Creía... Bueno, estabas hablando de tu prima...

Galina negó rápidamente con la cabeza.

—¡Señor, no! —Ahora observaba a Yeva con detenimiento y bajó la voz a pesar del ruido de las bulliciosas calles—. Te importa.

Yeva parpadeó con fuerza mientras las palabras resonaban en sus oídos, unas palabras que nunca se había atrevido ni siquiera a pensar, ni en las partes más profundas y silenciosas de la noche, cuando se despertaba sudando y anhelando.

—Yo... siento algo por él —susurró. Los ojos le escocieron al admitirlo y los levantó, apenas capaz de mirar a los de Galina—. ¿En qué me convierte eso?

Aunque intentaba disimularlo, el rostro de Galina expresaba un atisbo de horror y Yeva se encogió. Pero Galina respiró hondo y al soltar el aire, su respuesta salió como un suspiro:

—En humana.

Yeva apretó los puños y se los llevó a los ojos, castigándolos por su traición, para asegurarse de que no habría más lágrimas.

—Lo odiaba. Lo odiaba más que a nada, como nunca había odiado antes. No sabía que podía odiar hasta que odié a la Bestia.

—¿Qué cambió entonces?

Yeva tuvo que parar para respirar hasta que se le tranquilizó la voz.

—Descubrí que él también era un prisionero —susurró— y que estaba tan solo como yo lo había estado.

—¿Solo? —repitió Galina—. Pero Yeva, él era la razón de tu soledad, de que estuvieras encerrada, en ese viejo castillo...

—No —la interrumpió Yeva—. Ya estaba sola antes. Estaba sola en la cabaña, con mis hermanas. Estaba sola aquí, con la baronesa.

Galina se mordió el labio y dejó caer los ojos. Yeva advirtió demasiado tarde que estaba diciendo que incluso su amistad con Galina en el pasado la había hecho sentirse sola, pero era la verdad y no podía retirarlo.

—Siempre estaba sola y no lo supe hasta conocer a la Bestia. La Bestia real, el que había detrás de los colmillos y las garras y la ira. El que lee, el que escucha los cuentos de hadas, que revive en el bosque, que oye música...

—¿Música?

Galina frunció el entrecejo.

Yeva se sobresaltó.

—No, me refería a... No sé a qué me refería.

—Pero, Yeva... te tenía prisionera. Amenazó a tu familia.

—Lo sé. —Los ojos de Yeva se dirigieron hacia la colina y, aunque desde allí no veía la cabaña de su padre, podía imaginársela al otro lado de la cadena montañosa—. Y yo me aproveché de su confianza e intenté matarlo. Ambos nos hemos hecho daño mutuamente.

—¿Qué te hace pensar que no habría seguido intentando hacerte daño si no hubieras escapado?

—Porque no me escapé —se limitó a contestar Yeva—. Me dejó marchar.

Galina tenía cara de confusión.

—Date tiempo —sugirió en voz baja—. Tienes a tus hermanas, me tienes a mí, y también tienes a Solmir. Piensa en Solmir. Aquí no estarás sola, Yeva. Estás rodeada de gente que te quiere.

Yeva sabía que tenía razón. Pensó en Solmir, en sus ojos cálidos y en la tremenda amabilidad que había mostrado hacia su familia. Intentó ignorar el frío cortante cuando Galina y ella se levantaron y comenzaron a caminar de vuelta a casa. Olía a nieve.

Asenka todavía pasaba la mayor parte de los días en la consulta del médico, ayudando a cuidar a los enfermos. El médico que aplicaba las sanguijuelas era bastante bueno tratando las enfermedades, pero era un hombre oficioso y arrogante, sin paciencia ni interés en las personas. Su pasión recaía en la enfermedad en sí, en escribir listas interminables de síntomas y tratamientos para relacionarlos. Así que era Asenka, con sus sonrisas y su empatía inquebrantable ante las horribles heridas o enfermedades, a quien muchos de los habitantes del pueblo atribuían en silencio sus recuperaciones cuando caían enfermos.

Yeva iba de vez en cuando a comer con ella al mediodía. Aunque a Asenka el doctor le proporcionaba la comida, casi siempre se trataba de carne fría con pan frío, cuando Yeva le llevaba estofado caliente de casa, el cambio era más que bien recibido. El rinconcito de Asenka en la buhardilla de arriba de la consulta era tranquilo y, a menos que el doctor tuviera pacientes tan enfermos que necesitaran atención continua, las camas que allí se encontraban estaban vacías. Era un respiro del ajeteo del pueblo e incluso de su propia casa, que estaba llena de criados, y Radak y Lena. Yeva había llegado a comprender por qué Asenka disfrutaba tanto del tiempo que pasaba allí.

En ocasiones, hablaban de la Bestia. Otras, de Lena y que cada vez estaba poniéndose más irritable debido al bebé que crecía en su vientre. De vez en cuando hablaban de su padre, pero normalmente se limitaban a comer juntas calladas, disfrutando de la extraña y valiosa compañía del silencio que compartían.

Era lo último que esperaba Yeva cuando decidió envolver una sopera de caldo de carne de ovino y col para llevarla al trabajo de su hermana. Lena estaba supervisando la redecoración de su cuarto de costura, que estaba convirtiéndose en la habitación del bebé, y Yeva creyó que terminaría gritándole si le pedía una vez más que eligiera entre dos tapices casi idénticos para cubrir las paredes.

Pero cuando subió las escaleras hacia la buhardilla del doctor, oyó unas voces.

—Te he pedido que te fueras.

Aunque Asenka hablaba en voz baja, el dolor que transmitían sus palabras llegó fácilmente abajo e hizo a Yeva pararse en seco.

—No creo que lo digas de verdad.

Era Solmir. Yeva contuvo con la mano el grito ahogado de sorpresa y aunque su conciencia le decía que debía retirarse con sigilo, no pudo evitar quedarse a escuchar. Solmir parecía tan triste y dolido como las últimas veces que le había visto y ella haría lo que fuese por descubrir la causa.

—No puedes seguir viniendo aquí —dijo Asenka, alzando la voz—. Es indecoroso. Alguien te verá y hablará, y nuestra familia ya ha tenido que sufrir bastante los rumores y cotilleos recientemente.

—¿Y a mí qué me importa? —estalló Solmir, con la misma pasión que Yeva había terminado encontrando atractiva.

—¡Este no eres tú! —gritó Asenka, haciendo que Yeva se tambaleara en las escaleras por la sorpresa. No recordaba la última vez que Asenka había levantado la voz a nadie—. Pues a mí sí que me importa, Solmir. A Lena y a Radak le importa. A Yeva le importa.

Solmir soltó un sonido de frustración y Yeva oyó unos pasos hacia un lado y luego hacia el otro.

—Asenka —dijo más calmado—. Asenka, por favor. Tenemos que contarle la verdad. Si no lo hacemos, serás desdichada, yo seré desdichado... Nadie será feliz si continuamos con esto.

—Yeva sí —susurró Asenka.

—Asenka...

—Vete.

—No, no me iré.

—He dicho que te vayas.

La voz de Asenka tenía una dureza que Yeva jamás habría pensado que poseía y terminó mirando boquiabierto el descansillo vacío delante de ella. Hasta que no oyó los pasos lentos y pesados de Solmir dirigiéndose hacia las escaleras, no salió de allí corriendo haciendo el menor ruido posible.

Aquella noche Yeva esperó hasta que la casa quedó en silencio, hasta que todos los sirvientes se retiraron, y Radak y Lena estuvieron dormidos. Salió con cautela de la cama, temblando mientras se ponía un par de medias de lana, y luego cogió el edredón de su cama para envolverse los hombros antes de salir al pasillo. Fue sin hacer ruido al dormitorio de Asenka, donde la puerta estaba entreabierta como siempre cuando Yeva era niña, y entró a hurtadillas.

Cuando era pequeña, Yeva se metía en la cama de su hermana para contarle los sueños sobre monstruos de cuentos de hadas y hechizos malignos, tan ilusionada y entusiasmada como asustada. Esa noche, tenía el corazón tan acelerado como antaño y por un instante creyó que la garganta no le funcionaría hasta que le salió el susurro:

—¿Asenka?

Su hermana farfulló de modo incomprensible y se incorporó.

—Yeva, ¿qué pasa?

—¿Puedo entrar?

—Siempre.

Asenka se puso de lado para hacerle un hueco a Yeva en la cama.

Yeva corrió a taparse con las mantas y a calentarse junto al cuerpo de Asenka. Se colocó de lado y envolvió a su hermana con los brazos, apoyando la frente en su hombro.

—Necesito consejo —dijo Yeva.

—¿Sobre qué?

Asenka inclinó la cabeza a un lado hasta apoyar la sien en el pelo de Yeva.

—Sobre Solmir.

A Asenka se le tensó el cuerpo. Al estar tan cerca, era imposible para ella ocultárselo a Yeva, y lo sabía.

—Por favor —dijo al final, sonando cansada—. No puedo.

Yeva la estrechó en sus brazos y se recordó a sí misma que necesitaba saber qué estaba sucediendo, aunque a su hermana no le gustara la pregunta.

—Pasa algo. Quiero que sea feliz, pero no lo es, y no me dice por qué.

—¿Por qué piensas que yo puedo contestar a esa pregunta y no tú?

Las palabras de Asenka eran prudentes. Nunca había sido capaz de mentir bien y sin duda no podía mentir a su propia familia.

—Porque... —dijo Yeva—. Porque creo que sigues enamorada de él.

La respiración de Asenka se atascó en su garganta y Yeva lo oyó al estar tan cerca de ella. Por primera vez, que Yeva recordara, su hermana se apartó de ella y se incorporó, retirándose a una esquina de la cama, de rodillas.

—Yeva —dijo resollando mientras el enfado matizaba su voz—. Es tu prometido. Yo jamás... Fue un capricho infantil que dejé a un lado hace mucho tiempo.

Yeva sintió un pinchazo en el corazón porque veía la mentira incluso en la oscuridad, brillando en los ojos de Asenka con más intensidad que la luz de la luna que se filtraba por la ventana.

—Asenka..., ¿se ha enamorado él también de ti?

Los ojos de Asenka destellaron.

—Por supuesto que no —farfulló—. Te ama a ti, va a casarse contigo. Quiere pasar el resto de su vida contigo, siempre ha sido así, desde que te conocí.

—¿Incluso mientras pensaba que estaba muerta? —preguntó Yeva con delicadeza.

—¡No importa! —De pronto la voz de Asenka se volvió violenta—. Nunca creí que hubieras muerto. Sabía que estabas viva. Sabía que regresarías y sabía que él debía estar aquí, esperándote, cuando llegaras.

—Oh, Asenka. —Yeva extendió la mano y buscó a tientas hasta que encontró la mano de su hermana—. Si tú le amas y él te corresponde, tienes que aceptarlo. No seré yo la que me interponga entre vosotros.

—No —espetó Asenka con la voz tan dura como cuando había echado a Solmir—. Él iba a casarse contigo.

—Yo no le quiero —replicó Yeva con tanta delicadeza como pudo—. Oh, sí que le tengo cariño, le tengo mucho cariño. Nunca podré compensarle todo lo que hizo por nosotros. Pero, Asenka, me he dado cuenta... de que no lo estaba haciendo por mí. Lo hacía por ti.

Asenka había empezado a llorar y no dejaba de negar con la cabeza.

—No —dijo con la voz pastosa—. Yeva, eres mi hermana. Te quiero. Te quiero más que a

nada. Tú y Lena sois las personas del mundo más importantes para mí. —Al final apretó la mano de Yeva y tragó saliva de forma audible—. Renunciaría a mil Solmires por ti.

Yeva se arrastró hacia delante y deslizó los brazos alrededor de la cintura de su hermana.

—Lo sé. Pero yo no estoy enamorada de él. No como tú. Asenka, quiero que estés con él. Lo quiero por ambos.

Asenka derramó lágrimas y emitió un sollozo silencioso. A Yeva de pronto le vino un recuerdo y su fuerza la dejó sin aliento: un único sollozo, perdido en la oscuridad al fondo de la cabaña, la noche en la que Solmir había ido a proponerle matrimonio a Yeva y Asenka había comprobado dónde había puesto su corazón. Yeva se acercó más a su hermana y se quedaron así, meciéndose, arropadas por las sábanas, en murmullos.

Finalmente, las lágrimas de Asenka disminuyeron y levantó la cabeza. Yeva le apartó el pelo de los ojos y le secó las lágrimas de las mejillas, igual que Asenka hacía cuando Yeva iba a ella llorando en busca de consuelo.

—Pero tienes que casarte con Solmir —susurró Asenka con una mirada penetrante.

—¿Por qué?

Yeva negó con la cabeza, sin que se le ocurriera por qué su hermana insistía tanto.

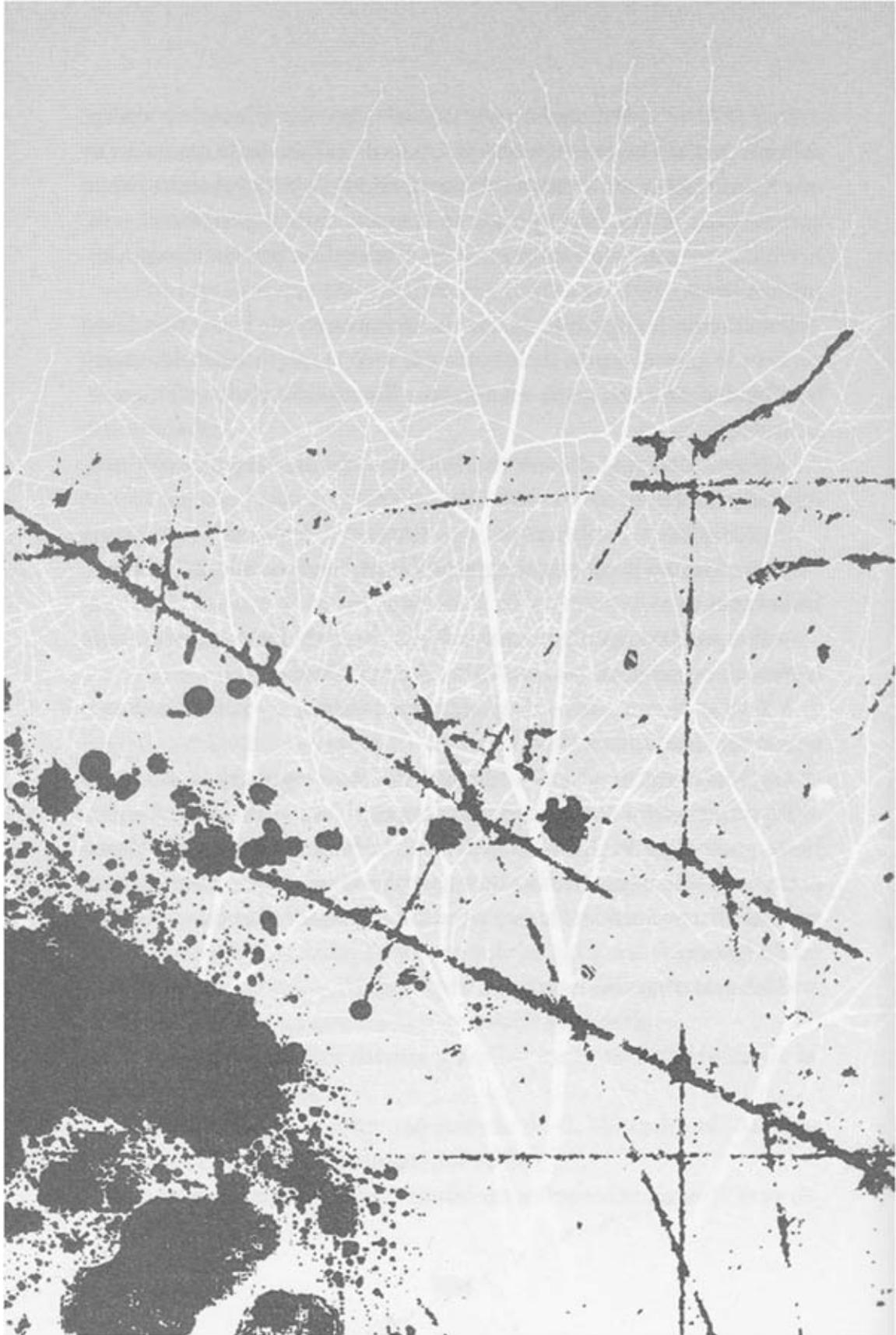
—Porque si no te retiene aquí, volverás a marcharte. —Asenka llevó la mano a la mejilla de Yeva—. Volverás con la Bestia.

A Yeva le dio un vuelco el corazón y se le aceleró, y la muchacha se quedó sin aliento.

—¿Qué? No... no seas absurda. ¿Por qué iba a regresar?

Pero mientras estaban sentadas juntas y Yeva abrazaba a Asenka hasta que se quedó dormida, las palabras retumbaron en su cabeza una y otra vez, hasta que encajaron, como la pieza que faltaba y que tenía la forma exacta del hueco en su corazón que había estado intentando ignorar.

«Volverás con la Bestia».



BESTIA

*Corremos. Cazamos. Nos alimentamos.
Somos del bosque y de la magia, y siempre hemos sido de
ellos. Nos enorgullecemos de matar.
Somos la Bestia,
y siempre seremos la Bestia.*

VEINTIDÓS

AQUELLA NOCHE LA VISIÓN DE YEVA de la Bestia fue una pesadilla. Sonó que ella era un ciervo y que la Bestia la perseguía por el bosque. No podía verlo, oírlo ni olerlo, pero un instinto profundamente arraigado sabía que estaba allí. Sabía que ella era la presa.

Pero cuando se despertó resollando, no era el pensamiento de que la atraparán o que se la comieran lo que retumbaba en su mente confundida por el miedo. Lo único que veía eran los ojos de la Bestia, rojos y clavados en ella, llenos de sed de sangre y nada más. No albergaban humanidad, ni sentido común; ni siquiera la cuidadosa astucia de un depredador. Aquellos ojos estaban simplemente furiosos, como los de un animal con la rabia. No eran los ojos de la criatura, hombre o Bestia, que había conocido en el castillo.

Se levantó antes que ningún sirviente y echó leña al fuego de la sala de estar y de la cocina, y puso agua a hervir para el té. Aquellas tareas le recordaron a la vida en la cabaña de caza con su familia, y sintió una punzada de pérdida mientras se calentaba los dedos de las manos y de los pies delante de las llamas. Sabía que sus hermanas recordarían esos pocos meses como una época dura y terrible, de miedo, pero Yeva no podía evitar verlo como el comienzo de un viaje que la cambiaría para siempre.

Porque había cambiado. Yeva sabía que vivir allí, con su familia y los habitantes del pueblo, entre ladrillos, mortero, acero y ajeteo, requeriría diligencia y concentración. No podía pensar en el bosque, en Lamia, en la música y en las cosas que había visto en las profundidades del valle del castillo, ni en la emoción que le producía ese otro mundo. No recordaría lo viva que se había sentido al ser el animal, prestando atención nada más que a la caza.

Porque Asenka tenía razón. Sin Solmir, sin saber que debía mantener su promesa, que debía hacerle feliz para compensarle lo que había hecho por su familia, que debía hacerse a ella también feliz fingiendo que todavía encajaba en esa vida... sin todo eso, lo que más deseaba su corazón era regresar. Su pesadilla la fastidiaba, su preocupación persistente por la mismísima Bestia. Aunque no era más que un sueño, no podía quitarse de encima el miedo de que había parte de verdad en él... que sin ella, la humanidad de la Bestia se desvanecía.

No podía ignorar la idea de que la Bestia la necesitaba.

Para cuando el resto de la casa se hubo despertado, Yeva había metido unas cuantas posesiones en una bolsa. El arco de su padre, que había estado desencordado desde el día de su regreso, estaba allí, con la cuerda colgando de la muesca en uno de los extremos como una

invitación. Llevaba su cuchillo para confeccionar flechas, pan de hacía un día, manzanas y carne seca, yesca y pedernal, y una capa nueva para sustituir a la destrozada y llena de barro que Lena había insistido en que quemaran. Llevaba solo lo que pensaba que necesitaría en el viaje de vuelta al castillo de la Bestia.

Excepto una cosa, que no servía para nada práctico: había cogido un libro, uno de los pocos volúmenes que sus hermanas habían conseguido localizar y recuperar del vecino que lo había adquirido de entre las posesiones de Tvertko antes de que la familia se marchara hacía un año. Era el libro de cuentos de hadas que su padre le había leído cuando era muy pequeña, tan pequeña que era la voz del hombre contándole las historias lo que daba color a su primer recuerdo. Evocó cuando, sentada en el alféizar de la ventana de su dormitorio, la dejó entreabierta para que entrara el invierno, y se acordó de que le permitía que se metiera por la nariz y le recorriera todo su cuerpo hasta que temblaba y se ponía azul.

—¡Ay, mi pequeña Bella! —gritó su padre cuando bajó el libro y la vio—. ¡Te congelarás entera! Apártate de ahí. ¿Qué haces?

—Estoy escuchando al Pájaro de Fuego —respondió la pequeña Bella, cuya voz temblaba por el frío—. ¿Lo oyes, papá?

Su padre dejó el libro a un lado y caminó hasta ella para ponerse a su lado. La envolvió en sus cálidos brazos, pero en vez de cerrar la ventana y llevarla de vuelta a la cama, se quedó también escuchando. Y, al cabo de un instante, ella sintió su bigote rascarle la mejilla mientras asentía con la cabeza.

—Sí —dijo seriamente—, lo oigo.

—Qué triste suena —dijo la pequeña Bella.

—¿Por qué está triste? —preguntó su padre.

—Porque está solo.

Su padre se quedó callado durante un rato y luego suspiró.

—Tal vez le demos compañía. Cuando llegue la primavera, ¿te gustaría venir conmigo a la cabaña? Yo vivía allí, antes de conocer a tu madre y de que tuviéramos hijas. Está situada en lo más profundo del bosque y puedo enseñarte todo sobre las criaturas que lo habitan.

—¿El Pájaro de Fuego vive allí? —preguntó Bella, rebotando de un repentino entusiasmo.

—Sí, el Pájaro de Fuego y muchas otras maravillas. ¿Te gustaría ir, mi pequeña Bella?

Bella gritó de alegría y se apartó de la ventana para rodear con los brazos el cuello de su padre, haciéndole reír y echándole hacia atrás como si fuera una bestia salvaje cuyo peso le llevara al suelo. Ella tenía cinco años.

La Yeva adulta temblaba a pesar del fuego que tenía delante y había vuelto a avivarse. «Qué triste suena —pensó al recordar la voz grave y sombría de la Bestia—. Qué solo».

Pelei, aunque estaba encantado de volver a ver a Yeva, había desarrollado una rápida y sorprendente preferencia por Radak. Lena decía que era porque, de entre todo el mundo, Radak había sido el menos generoso respecto a darle mimos al perro, lo que, por lo visto, hacía que Pelei se esforzase por ganárselo. Aunque Radak protestaba y decía que no le importaba nada el animal, Lena en privado confesó que la mayoría de las noches era Radak el que encubiertamente invitaba al peludo sabueso a subir a la cama para que se acurrucara en el hueco detrás de sus rodillas.

Cervatilla, en cambio, rara vez se apartaba del lado de Yeva todavía. Era Cervatilla la que se

despertaba con ella cuando Yeva se incorporaba de golpe por algún sueño, y era Cervatilla la que bajaba con ella las escaleras cuando se levantaba temprano o deambulaba por el jardín trasero.

Y era Cervatilla la que ahora estaba tumbada en la puerta principal, intentando parecer tranquila y relajada, pero observando cada movimiento con una intensidad que la traicionaba. Incluso cuando aparecieron los sirvientes y comenzaron con las tareas matutinas, Cervatilla no se movió. Yeva se preguntó cómo era posible que supiese que aquella mañana era distinta a las demás, cómo era posible que adivinara lo que sentía el corazón de su dueña, pero el tiempo que había pasado con la Bestia le había enseñado cómo una criatura podía gritar sus intenciones al cielo sin emitir ni un sonido. Ella sabía que Cervatilla intuía que Yeva quería marcharse.

—Si quieres venir —susurró Yeva, agachándose junto a la perra y apoyando la mejilla contra la parte superior de su cabeza—, me alegrará tener tu compañía. Pero aquí estarás caliente y alimentada, y allí no puedo asegurarte qué encontraremos. Puede que él... puede que estemos solas.

Cervatilla suspiró profundamente, exhalando aire cálido y húmedo hacia el cuello de Yeva, y no se movió del sitio, vigilando las pertenencias de su dueña junto a la puerta.

—¿Qué haces levantada?

Lena estaba al final de las escaleras, frotándose los ojos. Llevaba una bata encima de su ropa de dormir y tenía el pelo chafado por un lado de haberlo apoyado en la almohada.

Yeva buscó las palabras que debía decirle a su hermana, que iba a marcharse, que temía por la Bestia, pero no encontró ninguna. No obstante, después de unas cuantas respiraciones, los ojos adormilados de Lena se abrieron de par en par, pasando de Yeva a Cervatilla, que se movía inquieta de un lado a otro, y se posaron en la bolsa a los pies de su hermana.

Lena dejó de estar dormida y bajo a trompicones los últimos peldaños para acercarse a ella.

—¡Yeva! ¿Adónde vas?

Yeva negó con la cabeza sin decir palabra y agarró con más fuerza contra el pecho la capa que sostenía en los brazos.

—No. —El horror inundó la voz de Lena—. No, no puedes irte. Es un monstruo.

Yeva cerró los ojos.

—Lo sé —murmuró. Al abrir los ojos de nuevo, Asenka había aparecido, atraída por la brusquedad del tono de Lena, y estaba en las escaleras mirándolas—. Es un monstruo, pero creo que lo es por algo que le hicieron. Creo que puedo salvarlo.

—¡No le debes nada! —gritó Lena—. ¡No ha hecho nada más que hacerte daño!

Yeva negó con la cabeza.

—Me dejó marchar. Y si vuelvo con él ahora, estaremos en igualdad de condiciones. Yo no le cazaré y él no me cazará a mí.

—¿Por qué quieres regresar?

—No... no puedo explicarlo. —Yeva suspiró—. Pero... la Bestia no es el monstruo. El monstruo es en lo que se ha convertido. Me raptó porque pensaba que yo podía liberarlo, y quiero averiguar por qué.

—No debes hacerlo. —Lena, tan terca como siempre, se agachó para coger enseguida la bolsa de Yeva, como si pudiera impedir que su hermana se marchase al quitarle las provisiones—. No tiene sentido.

—Sí que lo tiene —terció Asenka en voz baja desde donde estaba sentada en los escalones

que llevaban al primer piso, sin dejar de mirar los ojos de Yeva—. Va a rescatarlo.

Lena apartó la vista de Asenka para mirar a Yeva.

—¿Re-rescatarlo? ¡Yeva! No eres un caballero de una antigua leyenda, y desde luego él no es una damisela en apuros.

—No —estuvo de acuerdo Yeva, conteniendo unas ganas irracionales de sonreír—. Pero, sin embargo, voy a intentarlo.

La expresión de Lena se nubló.

—Ya nos dejaste una vez —dijo con resolución, consciente de que estaba recurriendo a tácticas injustas—. Si no hubiera sido por Radak y Solmir...

Las palabras de su hermana se cortaron. Las había abandonado en busca de venganza. Esta vez era distinto.

—Pero ahora los tenéis para siempre —dijo Yeva con suavidad. Los ojos se le fueron a Asenka, cuyo rostro se había ruborizado, mezclándose la culpa y la añoranza en sus rasgos—. Solmir no fue nunca para mí, Lena.

Lena también miró a Asenka por encima de su hombro. Yeva sabía por la cara de Lena que había hecho lo correcto al liberar al chico de su promesa.

Lena inspiró temblorosamente.

—Al menos quédate una noche más —le rogó—. A una cena más, a una noche más delante del fuego. Por favor.

Yeva vaciló, pero incluso la expresión de Asenka suplicaba, y su determinación se desmoronó.

—Una noche más —aceptó y se giró hacia la puerta.

—¡Espera! ¿Adónde vas?

—Tengo que hablar con Solmir. —Yeva no tuvo que mirar a Asenka para saber lo que encontraría en el rostro de su hermana—. Volveré, lo prometo. Ten —añadió cuando Lena no pareció convencida—, toma el arco de nuestro padre. No me marcharía sin él.

Lena cogió el cuerpo largo y curvo del arco sin cuerda con unas manos que no estaban acostumbradas a sostener armas de ninguna clase, y le lanzó a Yeva una mirada insegura.

—Una noche más —repitió.

—Lo prometo.

La casa del barón estaba situada sobre una colina al otro extremo del pueblo, y Yeva tomó el camino largo que circunvalaba las calles más concurridas. Aunque a menudo prefería evitar las multitudes que todavía la miraban como si fuera medio espíritu, medio santa, hoy simplemente quería tiempo para ordenar sus ideas.

La Bestia llevaba esperando cientos, si no miles, de años para romper su maldición. Un día más no sería su fin. Y aun así Yeva tenía el corazón encogido e incómodo, sus pies ansiaban pisar el manto mullido de hojas en el bosque en vez del barro prensado en las calles del pueblo.

Las puertas de la finca del barón estaban abiertas, como casi siempre, y Yeva no se detuvo hasta llegar a la casa señorial. El portero la hizo pasar al interior; Solmir debía de haber dado al personal instrucciones de antemano. La condujeron a una sala de estar de la que colgaban tapices —una de las estancias del barón, y no una de las que ella había frecuentado como parte del séquito de la baronesa— y la dejaron allí esperando.

No pudo evitar comparar esa habitación con las del castillo en el valle. Aunque en aquella estancia no había ni rastro de moho ni del paso del tiempo, nada desgastado, roto ni raído, existía una magnificencia evidente que Yeva encontró desalentadora. Sus muebles se habían seleccionado para mostrar la riqueza del barón y quien hubiera hecho la elección no tenía el gusto del decorador del castillo, hubiera sido quien hubiese sido hacía tantos siglos.

Estaba examinando los libros expuestos muy a la vista en una de las estanterías cuando Solmir apareció por la puerta. El año anterior, cada vez que llegaba para acompañar a Yeva en sus paseos por el bosque, iba despeinado, sin aliento, con el rostro sonrojado por el entusiasmo y los pasos acelerados. Ahora, la joven no pudo evitar advertir que tenía la cara seria y no mostraba prisa al andar.

Inclinó el torso unos cuantos grados cuando Yeva se dio la vuelta.

—Buenos días —la saludó y cruzó la estancia para cogerla de la mano y conducirla a uno de los sofás.

Le dio las gracias y se sentó, y entonces, de repente, se dio cuenta de que todo lo que había planeado decir de camino hacia allí había desaparecido de su memoria. Se quedó mirando a Solmir en silencio.

Estaba junto al fuego, con un codo apoyado en la repisa de la chimenea; parecía exactamente un cuadro, la imagen de una historia de un amor perdido y una tragedia. Como Yeva no hablaba, frunció el entrecejo y la preocupación le inundó aquella cara seria.

—¿Yeva? ¿Estás bien? —Abrió mucho los ojos—. ¿Le ha pasado algo tu familia? ¿Qué ha sucedido?

—No —contestó enseguida Yeva para tranquilizarlo, encontrando de nuevo las palabras—. No, todo va bien. —Vaciló y luego le echó un vistazo a la extensa habitación—. Nunca había estado en esta parte de la casa —dijo al final—, solo en el ala de la baronesa y en el gran salón. Es... grande.

Al oír aquello, Solmir sonrió y relajó parte de la frialdad.

—Viniendo de ti, estoy seguro de que no es un cumplido.

Yeva reaccionó con una sonrisa y se rio.

—Me conoces demasiado bien.

—Bueno, vas a ser mi mujer —contestó Solmir, suavizando la sonrisa, calmándose—. Debería conocerte bien.

A Yeva se le estrechó la garganta.

—De eso he venido a hablarte.

—El barón me ha dicho confidencialmente que seré su heredero —dijo Solmir sin mucha sorpresa, ni alegría, y Yeva vio que sufría. El barón estaba muriéndose y a Solmir le importaba de veras, mucho más que las riquezas que pudiera heredar—. Quiere que me case antes de anunciarlo en público. Cree que la gente estará más conforme si el nuevo barón está tomando medidas para engendrar un heredero, para que este período de incertidumbre no se repita.

Aunque las palabras eran materialistas, incluso insensibles, la voz cavernosa de Solmir expresaba todo lo que Yeva necesitaba saber para estar totalmente segura de que ella tenía razón.

—Solmir, sé que estás enamorado de Asenka —soltó.

Al chico se le congeló la cara y luego perdió el color mientras apretaba los labios.

—No es... Eso es lo que... No voy a quedarme aquí sentado a...

Yeva no apartó la vista, aunque él se retorció bajo su mirada como un colegial al que habían regañado por portarse mal.

—Solmir, me alegro. Me alegro, ¿lo entiendes? Quiero que te cases con ella.

El rostro de Solmir se tensó más aún y forzó la voz para hablar.

—Yeva, te hice una promesa.

—Y yo a ti. —Yeva se puso de pie y fue hacia la chimenea—. Pero ¿por qué íbamos a cumplir una promesa que no beneficia a nadie?

La expresión de Solmir cambió, su cara aniñada asomó a través de su nueva gravedad, antes de negar con la cabeza y mirar hacia abajo.

—No importa.

Yeva sintió un atisbo de enfado. Asenka y Solmir estaban decididos a ser desgraciados. Ella no debería tener que esforzarse tanto para hacerles ver que no quería interponerse entre ambos.

—Si no te importa a ti, desde luego a mí sí. No tengo interés en casarme con un hombre que está enamorado de mi hermana.

—Te quiero —dijo Solmir con vehemencia, como si pudiera hacerlo realidad con tan solo pronunciar las palabras con la fuerza suficiente.

Yeva le cogió de la mano.

—Y yo te quiero a ti. —Se inclinó hacia delante, poniéndose de puntillas para llevar los labios a su mejilla—. Y no me gustaría nada más que llamarte «hermano».

Solmir arrugó la cara y retrocedió, apartándose de la chimenea y echándose las dos manos al pelo.

—No importa —repitió—. No importa, porque ella no se casará conmigo.

Yeva se quedó parada.

—¿Qué?

—Se lo pedí. —Solmir se dio la vuelta y Yeva vio la culpa en cada arruga de su rostro—. Hace unos meses le pedí que se casara conmigo, cuando creíamos...

Se quedó sin voz.

—Cuando creíais que había muerto —susurró Yeva.

Solmir asintió con la cabeza sin mediar palabra.

—¿Y te rechazó?

Solmir se aclaró la garganta y después se la aclaró otra vez cuando seguía sin poder hablar.

—Me dijo que no se casaría conmigo porque sabía que estabas viva, que volverías con nosotros, y no te iba a traicionar.

Yeva cerró los ojos y se le hinchó el corazón. No sabía si quería abrazar a su hermana o pellizcarla por ser tan tozuda.

—Tienes que volver a preguntárselo.

Solmir miró a Yeva, con expresión de angustia, tan conmovido que Yeva casi percibió música en ella.

—No podría soportar oír cómo me rechaza por segunda vez.

—Solmir —dijo Yeva con dulzura—, vuelve a preguntárselo.

Aquella noche Lena dio una cena elaborada, conspirando con la cocinera para crear un banquete

mucho más allá de lo que habían comido jamás, incluso en la época que su padre había sido más rico. Aunque afirmó que era para celebrar el compromiso de Asenka con Solmir, Yeva sospechaba que se trataba en gran parte de un intento por mantenerla allí. Le había prometido a Lena que se quedaría únicamente aquella última noche, pero era obvio que volverían a tener la misma discusión por la mañana.

Al final resultó que no fue con Lena con la que tuvo que pelearse. Asenka y Solmir apenas parecían fijarse en el resto de la familia, ni siquiera en la comida. Solmir la miraba con ojos tan soñadores que llegó un punto en el que metió el codo en su cuenco y solo se dio cuenta cuando la sopa le caló la chaqueta y le quemó la piel. Y Asenka estaba sentada inmóvil como una estatua, apenas comía y se ponía roja como un tomate cada vez que levantaba la vista y se encontraba con su mirada soñadora.

Al término de la comida, cuando Yeva estaba ofreciéndole lo que le quedaba de estofado a Cervatilla por debajo de la mesa, Asenka por fin respiró y se separó de la mirada de Solmir.

—Vamos a casarnos dentro de una semana —dijo, interrumpiendo la conversación sobre la siembra en primavera que vendría tras el final del invierno.

Yeva se sobresaltó. No se le ocurría cuándo habían tenido tiempo de decidir la fecha, pero allí estaban, Solmir asintiendo con entusiasmo y Asenka sonriendo a toda la mesa.

—El barón quiere que la boda se celebre enseguida —se apresuró a continuar Asenka— para poder anunciar a Solmir como su heredero. De lo contrario, no nos daríamos tanta prisa.

—No hace falta dar explicaciones —dijo Yeva, sintiendo un calor en su interior que no provenía del estofado.

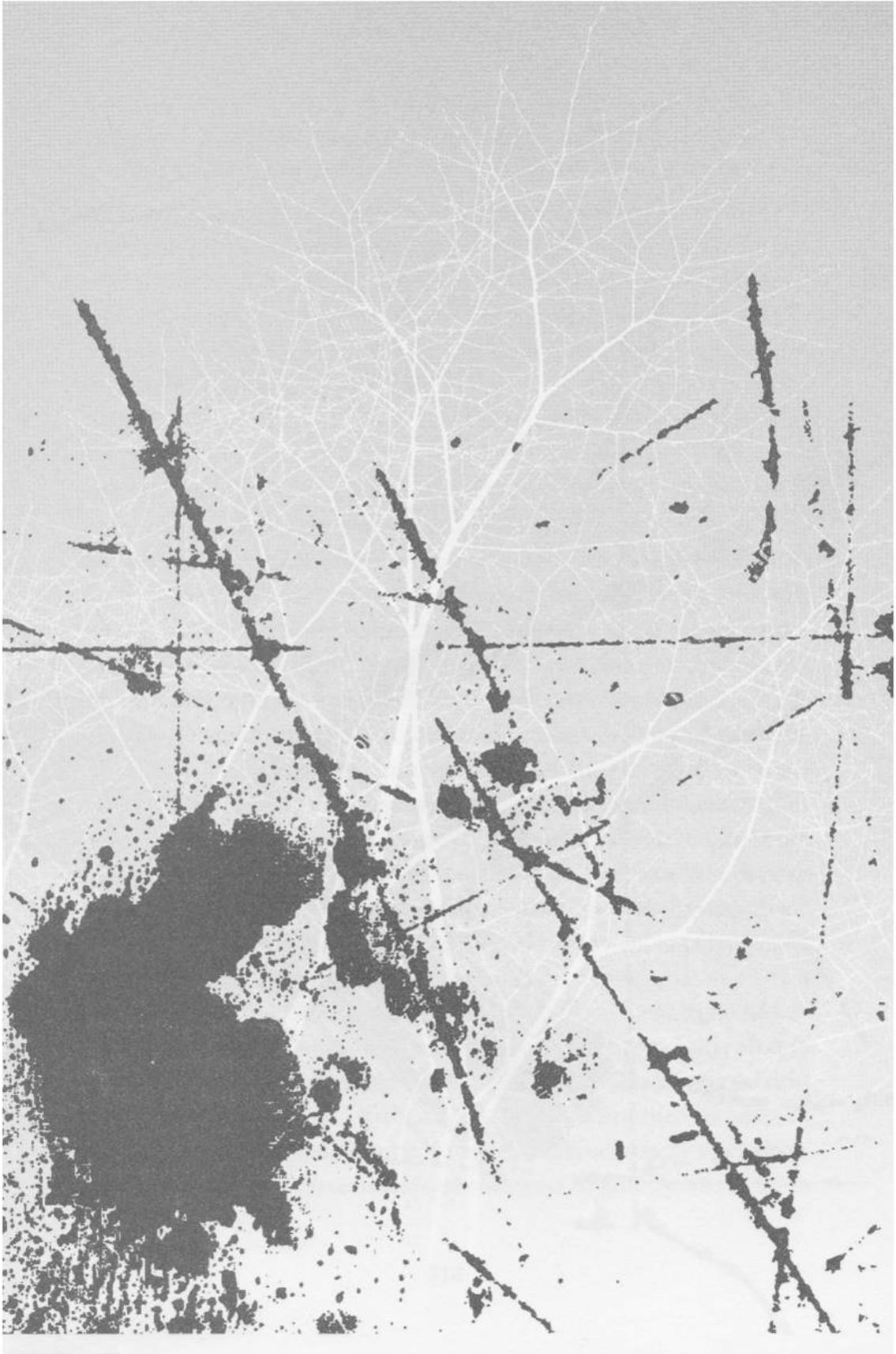
—Todos sabemos a qué se debe esta boda rápida —añadió Radak, riéndose y ganándose un codazo en las costillas por parte de su esposa.

Asenka lo ignoró y clavó la mirada en su hermana pequeña.

—Tienes que quedarte —espetó y su voz, que normalmente era suave, se alzó con urgencia—. Sé que pensabas quedarte solo una noche más, pero... Yeva, tienes que estar en mi boda.

Yeva miró a Asenka y luego a Lena, cuya boda se había perdido, y le dolió el corazón. Aquel picor en los pies, el vacío en su alma que la hacía ansiar el bosque, el valle y la melodía de la Bestia aumentaron. La ferocidad animal de la Bestia en su pesadilla tiraba de su corazón. El otoño pronto daría paso al invierno y, en cuanto llegase este, sería demasiado peligroso intentar viajar con aquel frío glacial, hundida hasta la cintura en la nieve. Pero, al mirar a sus hermanas, rodeada de sus nuevos hermanos y el calor de su antiguo hogar y la perra a los pies, encontró la música más lejana que nunca, más como un sueño que un recuerdo, y terminó asintiendo con la cabeza.

—Claro —susurró y los ojos de Asenka se llenaron de lágrimas—. Claro que me quedaré.



BESTIA

*Se ha ido para siempre.
Soy el lobo.*

VEINTITRÉS

AUNQUE TANTO ASENKA como su prometido habrían estado más contentos con una ceremonia pequeña, la nueva posición social de Solmir como heredero del barón requería cierto grado de festividad en cuanto a su boda. Yeva estaba tan ocupada con las preparaciones que le quedaba poco tiempo para pensar en la Bestia o en el valle, y en cómo romper la maldición. Había que trenzar ramas de acebo para crear guirnaldas, preparar platos para el banquete, vestidos que probarse y dignatarios que saludar.

Yeva continuaba soñando, pero estaba cada día tan ocupada que las pesadillas parecieron desvanecerse como la niebla matutina al sol. Todavía tenía tiempo; los días eran largos y, aunque se hacían poco a poco más cortos, aún no habían visto la primera helada que anunciaba el principio del invierno. Y después de casarse su hermana, estaba tan agotada de todos los preparativos que se convenció a sí misma de que necesitaba descansar antes de partir. Sus hermanas no dijeron nada, aunque sabía que Lena lo tenía en mente, puesto que el arco de su padre había desaparecido de su rincón; sin duda, lo había escondido para evitar recordarle a Yeva lo que tenía intención de hacer.

Asenka se mudó a las dependencias de Solmir en la casa del barón y, a una semana de la misma hora de la boda, el barón falleció. Su funeral fue un acontecimiento solemne, pues había sido un buen hacendado y su gente había prosperado bajo su dirección. Las últimas hojas de otoño cayeron en una triste lluvia roja y dorada mientras Solmir hablaba a la concurrencia alrededor del ataúd de su predecesor. La lluvia de color le recordó a Yeva... algo. Algo que no sabía identificar muy bien en su mente.

Aunque la joven viuda del barón tenía intenciones de salir del ala de la casa que había sido su hogar, Asenka no quería oír hablar de ello. Insistió en que la antigua baronesa debía quedarse y que, como nueva baronesa, tan solo necesitaba unas cuantas habitaciones pequeñas para ella. Yeva iba a visitar a su hermana a diario y encontraba a la viuda del barón a menudo junto a Asenka; estaban haciéndose rápido amigas. Fue después de una de esas visitas cuando Asenka le confesó a Yeva que había subestimado a la baronesa al juzgarla por las descripciones de su hermana de las fiestas lujosas y el cotilleo de la corte, y que la baronesa había estado prácticamente al frente de todo mientras su marido había estado enfermo. Demostraba ser una valiosa consejera para Solmir, que estaba considerando abandonar la tradición y añadirla a título oficial a su consejo.

Asenka y Solmir reservaron una habitación para Yeva y le pidieron que fuera a vivir con ellos,

puesto que Asenka no tenía ningún interés en cazar y Solmir recordaba sus paseos con Yeva con tanto cariño como ella. Ahora que ya no existía la posibilidad inminente de su matrimonio, Yeva encontraba su amistad con Solmir una de las más íntimas que había conocido.

Lena insistió que se quedara con ellos, en su antiguo dormitorio, y hasta dejó de regañar a Yeva por permitir que los perros se subieran a la cama. No decía nada cuando las lavanderas se quejaban de lo difícil que resultaba sacar el pelo de los canes de las sábanas.

Radak sorprendió a Yeva demostrándole que la conocía al menos tan bien como sus hermanas, y se ofreció en voz baja a comprarle su propia casita en el extremo norte del pueblo. Por lo general, habría sido un acto de suicidio social para una mujer joven y soltera vivir sola en su propia casa, pero Yeva era una figura extraña en el pueblo como resultado del tiempo que había pasado con la Bestia y no tendría graves consecuencias.

Había anhelado mucho regresar a casa, pero ahora que estaba allí, con un montón de hogares distintos donde elegir, Yeva no podía desprenderse de la punzada de descontento en su interior. Ya no soñaba con la Bestia, al haberse habituado a despertarse al principio de las pesadillas cuando le acosaban. Pero el pueblo no tenía melodía, no como el bosque, la Bestia o el castillo. Y estaba inquieta.

El vientre de Lena engordaba cada semana más y la felicidad de Asenka era tan contagiosa que Yeva no soportaba la idea de dejarlas. «Unas semanas más», decía para sus adentros, observando obstinadamente el clima, convenciéndose de que el invierno aún estaba muy lejos. Tenía tiempo suficiente para volver al valle de la Bestia antes de que cayeran las primeras nevadas e hicieran imposible el viaje.

Así que Yeva, eligió quedarse en su antiguo dormitorio en casa de Radak y Lena, y se metió de lleno a trabajar. Ayudaba a preparar la habitación del bebé. Salía a montar con Solmir. Daba instrucciones a los criados de la casa para que Lena pudiera descansar e hizo que Radak la enseñara a entender las finanzas familiares.

Radak se había vuelto loco cuando Lena aceptó su propuesta de matrimonio y había comprado todo lo que Tvertko había vendido para pagar sus deudas. No todo había recuperado su antiguo uso diario. Se habían guardado algunas cosas en el desván para encargarse de ellas más tarde, pero ese momento jamás había llegado. Había libros, cubertería, ropa de cama, y baúles de viejos vestidos que habían pasado hacía tiempo de moda. Yeva decidió revisarlo todo, quedarse con lo que todavía tenía importancia para ellas y dar el resto.

Era tarde aquella noche fría y ventosa cuando Yeva entró en el desván para revisar los montones de pertenencias cubiertas de polvo. Había descubierto que si se cansaba, era más fácil volver a dormirse después de deshacerse de una de las pesadillas de la Bestia, así que se quedaba despierta pasada la hora en la que el resto de la casa se iba a la cama. Estaba revolviendo los baúles de ropa cuando encontró un polvoriento rollo de arpillera metido detrás de uno de los arcones. Lo sacó, tosió por el polvo, pero intentó contenerse.

Desenrolló la tela y descubrió que escondía el arco de su padre.

Estaba sin cuerda en sus manos y parecía más pesado de lo que recordaba, no lo reconocía. Pero al fijarse mejor y envolverlo con los dedos, vio que sus manos recordaban muy bien su forma y el tacto de la suave madera era un consuelo.

«Bella».

Un escalofrío recorrió la espalda de Yeva. La palabra le había venido a la cabeza tan de

repente, y con la voz de la Bestia, que por un instante pensó que estaba detrás de ella pronunciando su nombre en voz alta.

Sobresaltada, soltó el arco. Antes de que tocara el suelo, Yeva abrió los ojos y se halló de pie en un bosque nevado. Era el claro donde la Bestia le había puesto la trampa y estaba de espaldas a ella donde había estado antes, con el pecho subiendo y bajando a cada respiración, y la nieve a su alrededor revuelta y pisoteada.

Yeva tembló, pues no llevaba más que un vestido de lana y la nieve estaba empapándole las medias.

—¿Bestia? —La respiración se entrecortó y Yeva supo que la había oído—. Bestia, ¿me has llamado?

No respondió y Yeva se acercó. La sensación familiar de que todo aquello había sucedido antes no dejaba de dar vueltas en su cabeza, con inquietud. «Es una trampa —le decía su memoria—. Va a por ti. Corre».

Pero ahora conocía a la Bestia. Y él la conocía a ella. Sabía que no iba a hacerle daño. Alargó la mano hasta hundir la muñeca en su pelaje, el pelaje suave y gris que olía a especias.

La Bestia saltó en el instante en que lo tocó. Se dio la vuelta, con un gruñido de furia y sed de sangre, y clavó los ojos en Yeva.

La chica retrocedió inmediatamente, pero entonces se detuvo, conteniendo el instinto de huir.

—¡Bestia, soy yo! —gritó—. Soy Bella. Me conoces.

No hubo respuesta, ni el más mínimo atisbo de reconocimiento en aquellos ojos rojos y vacíos. Se acercó un paso más, moviendo el cuerpo como el de un depredador acechando su presa. Retrajo los labios para enseñar los dientes en un rugido húmedo y babeante.

Bella de pronto sintió una punzada de miedo. Aquella no era su bestia. Eso... eso era un monstruo. Los músculos de la Bestia se juntaron, ondeando bajo su abrigo largo al agacharse. Se lanzó hacia ella y Yeva gritó, echándose los brazos sobre la cabeza y tirándose a la nieve.

Tocó madera con las rodillas y de pronto se le abrieron los ojos. Volvía a estar en el desván. Al cabo de un instante, el arco que había dejado caer repiqueteó en el suelo. Tenía las medias secas y, aunque le temblaba el cuerpo al recordar el frío, vio que no tenía la piel de gallina, ni los dedos enrojecidos, nada que sugiriera haber dejado el calor del desván en absoluto.

Respiró como sollozando mientras se ponía de pie tambaleándose. No había ventanas en el desván, tan solo un respiradero a cada lado de la casa para que circulara el aire en verano. Yeva se acercó a trompicones a uno de los respiraderos y abrió los postigos, demasiado nerviosa como para que funcionase el cierre. Entró el aire nocturno y el frío envolvió a Yeva, que tembló bajo su vestido de otoño. Le escoció la nariz por el hielo de la primera helada.

Después de llevar un rato allí se le adaptaron los ojos a la oscuridad de fuera y vio que había empezado a nevar.

Yeva metió en su bolsa los artículos de primera necesidad que había elegido hacía unas cuantas semanas, con las manos temblando por la urgencia. Cervatilla saltó de los pies de la cama de Yeva, donde había estado esperando confiada a su dueña, fingiendo dormir mientras escuchaba cómo se movía de una habitación a otra. Más que nunca, Yeva sabía lo que sentía la perra por sus movimientos, y Yeva se detuvo a cogerla por el hocico.

—Sí —susurró—. Nos vamos.

Cervatilla saltó de lado y metió la nariz en la bolsa para oler la carne seca.

Yeva consideró que debía dejar una nota a sus hermanas, pero se dijo a sí misma que no podía desperdiciar aquellos preciosos instantes. La verdad era que no tenía ni idea de qué escribir. ¿Que había tenido una visión de la Bestia donde le veía como el monstruo que temía que era y que por ese motivo tenía que regresar? ¿Que había nacido para encontrarlo y romper la maldición, que era lo que había estado anhelando durante toda su vida? ¿Que nunca se sentiría allí contenta, en un hogar lleno de gente que la quería?

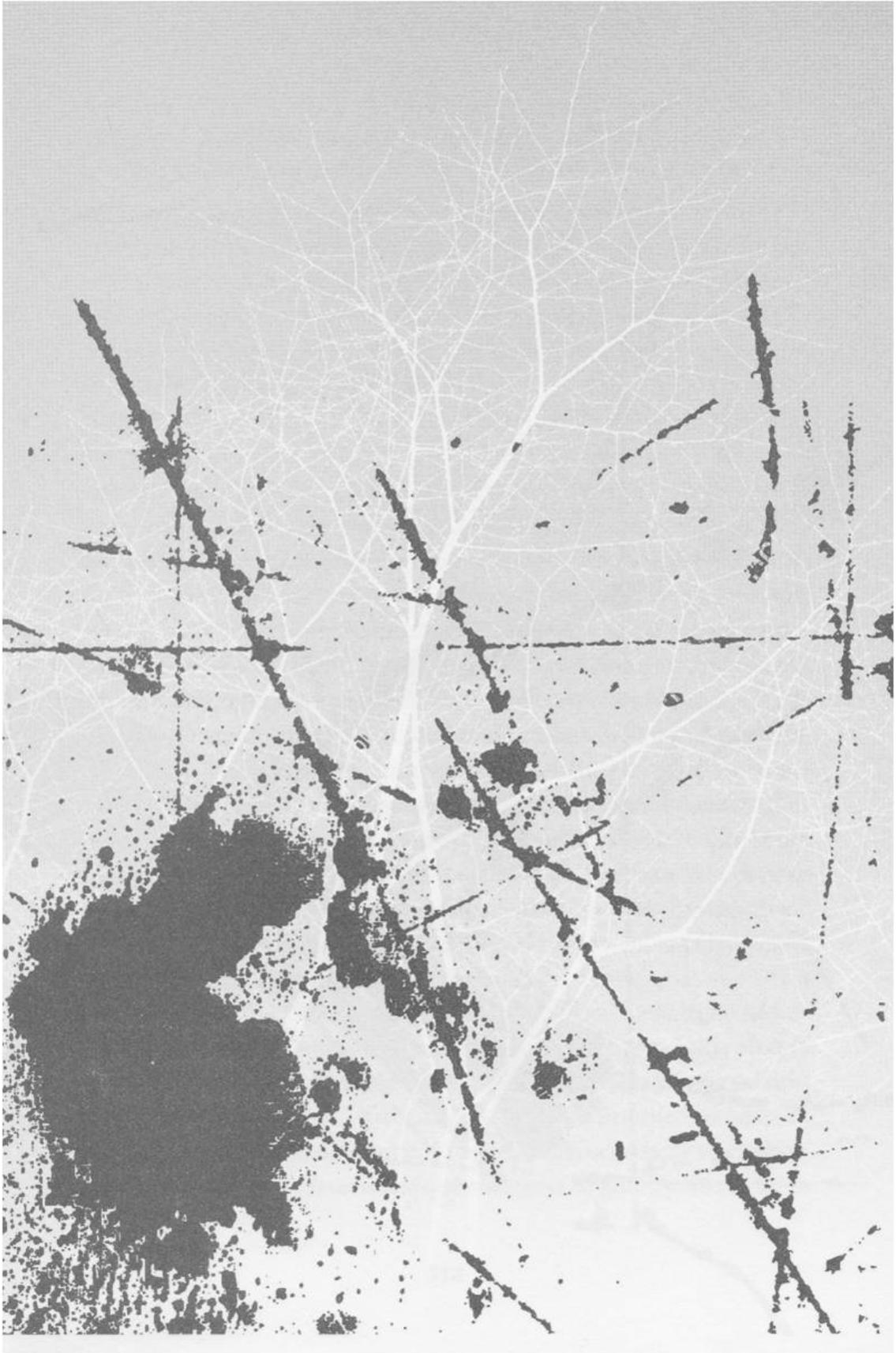
No. Era mejor marcharse discretamente. Al despertar, descubrirían su habitación vacía y Lena correría al desván donde había escondido el arco de su padre. Comprobaría que no estaba y, al ver que Cervatilla tampoco, sabría que Yeva se habría ido.

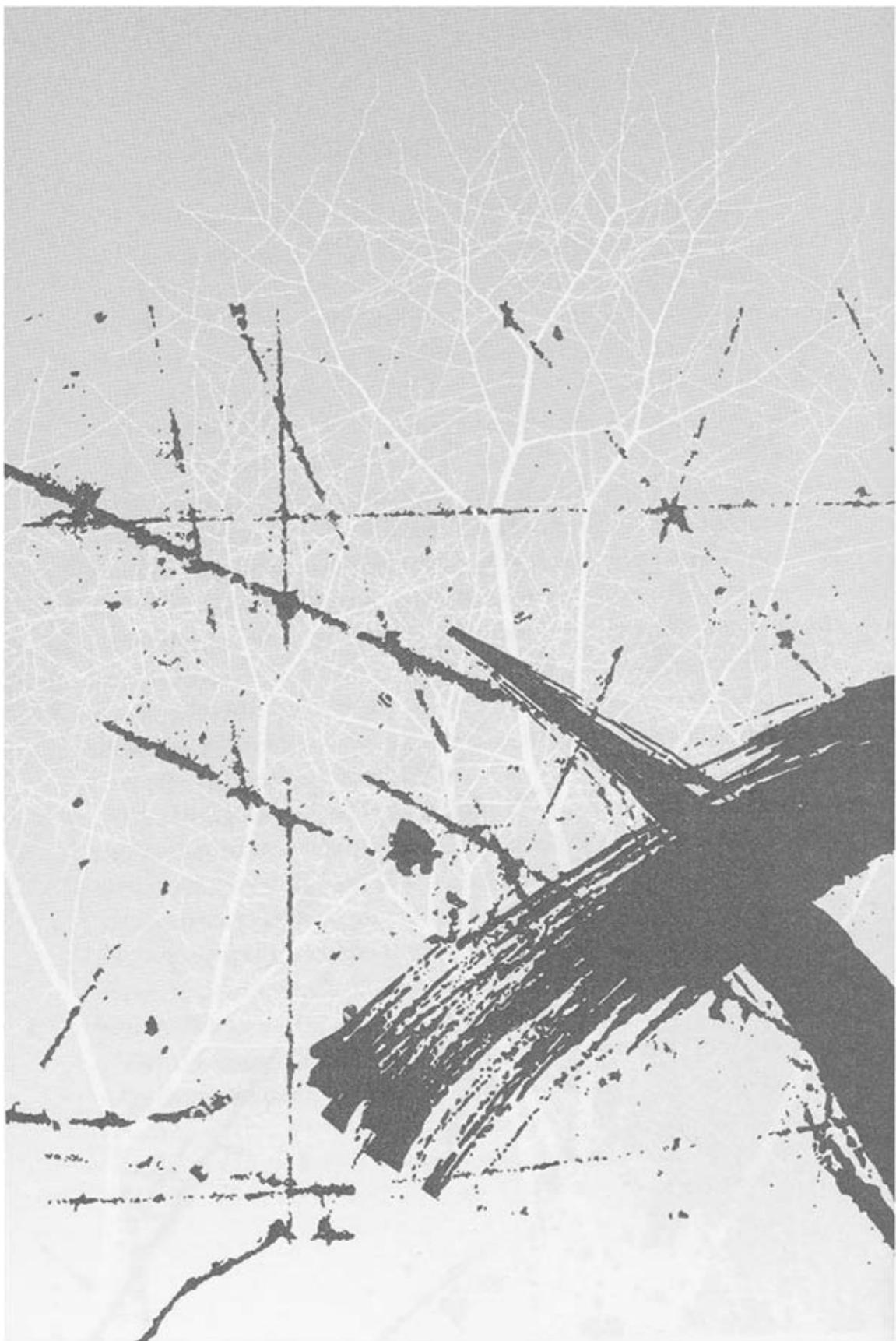
Se puso las viejas mallas de cuero que le había hecho en la cabaña de caza, dos vestidos de lana encima y la capa para abrigarse. Encordó el arco, apoyádoselo en la pierna y tratando de aguantar mientras los músculos le temblaban del esfuerzo. Se ató las provisiones a la espalda y se colgó el arco de un hombro.

Yeva hizo una pausa, poniendo una mano en el interior de la puerta mientras miraba desde el vestíbulo el salón. Podía ver allí a su padre, en la butaca tapizada con patas delante de la chimenea que todavía tenía su marca al haberse sentado durante tantos años en el mismo sitio. Podía verle inclinado, con la cabeza en las manos. Oyó su voz cuando se enteró del destino de la caravana, una voz muy triste, quebrada.

«Oh, Bella».

Cerró los ojos, llevó la mano al pestillo que tenía a la espalda, y luego se escabulló hacia la noche.





VEINTICUATRO

AUNQUE YEVA NUNCA HABRÍA SIDO CAPAZ de localizar el valle de la Bestia en un mapa, ni tampoco describirle a alguien cómo podría encontrarlo, su corazón sabía exactamente adónde la llevaba. Pensó en alquilar un caballo en una de las aldeas por las que pasó después del amanecer, pero decidió lo contrario. Descubrió la salida del valle a pie y una parte de ella, aquella que conocía las reglas de los cuentos de hadas de cabo a rabo, estaba segura de que debía regresar allí a pie.

Cervatilla también parecía conocer el camino. A pesar de no fiarse de la Bestia al principio, incluso de tenerle miedo, se había acostumbrado a vivir cerca de un depredador y Yeva tenía la extraña sensación de que la perra estaba entusiasmada por volver. Aunque Cervatilla había pasado todas las tardes con la familia de Yeva, estirada delante del fuego, con la cabeza girada, contenta al calor de las brasas, ahora había una chispa en ella, una especie de vida que le había faltado en el pueblo.

A cada paso que daba, Yeva se sentía más ligera. Cada legua que se acercaba a la Bestia ganaba en fuerza, como si fuera una aguja atraída a una piedra imán. Su corazón se había acostumbrado tanto a odiarlo que no comprendía cómo habían cambiado sus sentimientos hacia él, pero sabía que, en aquel instante, en aquella encrucijada de su vida, tenía que encontrarlo. Desconocía qué sucedería después, pero no había sentido tal certeza desde la primera vez que había sostenido su propio arco en las manos.

Lo encontraría. Lo liberaría.

La nieve que la había hecho salir por la noche cesó más tarde aquel primer día, y el pálido sol de otoño bastó para derretirla en los caminos. Pero en cuanto abandonó el sendero del bosque, la nieve se amontonaba bajo los árboles en franjas blancas que distinguían intrincados dibujos de sombra donde el sol nunca penetraba por las ramas superiores. Cada uno parecía señalar hacia fuera, al norte, iluminando el sendero.

Cuando se detuvo en la intensa negrura de la noche el tiempo suficiente para descansar un poco, no soñó. Los días fluían como si la magia tirase de ella para que continuara, llevándola a su casa.

El aire cambió al llegar al río que pasaba por el extremo sur del valle de la Bestia. Se paró en la orilla y miró la extensión brillante. El río resplandecía bajo el sol de la tarde, borbotando contra las rocas a unos pasos de sus botas, y Cervatilla se acercó brincando para beber a

lengüetazos haciendo ruido. Allí el agua corría con energía por el curso esculpido, pero una legua arriba Yeva vio que estaba helado. El pleno invierno que congelaba hasta el mismísimo tiempo en el valle de la Bestia no había cambiado.

Yeva corrió, arrojando sabiduría y resistencia al viento con las prisas. Cervatilla soltó un alegre ladrido nada propio de ella y salió corriendo tras su dueña para terminar caminando a su lado con la respiración acelerada. El aire una vez más entraba silbando en sus pulmones con frío.

De pronto apareció el castillo, con su aspecto de siempre, enclavado en un recodo de hielo y nieve, a ambas orillas del río que fluía por abajo. El sonido de las pisadas de Yeva cambió al llegar al puente de piedra, que una vez cruzó con tanto cuidado. Fue primero a la guarida, desviándose en las puertas del castillo y resbalando por las prisas por el camino trillado hasta la cueva. A pesar de la violencia de sus pesadillas, no sentía miedo. Sabía que si la Bestia la veía, si sabía que había regresado por él, el lobo lo soltaría.

La guarida estaba vacía. Unos huesos roídos llenaban los oscuros recovecos de la cueva y ella lo olía, pero ligeramente, y parecía cada vez más lejos a cada respiración. Yeva retrocedió un paso y, al bajar la mirada, vio que sus pisadas eran recientes, pero eran las únicas que habían roto la capa de nieve vieja. Hacía semanas que nadie iba por allí.

Yeva se giró para dirigirse a las puertas del castillo. Una de ellas estaba un poco entreabierta, como invitándola a entrar. Corrió por el mármol polvoriento del salón principal, pasó por la habitación llena de ventanas rotas y entró en la del diván de terciopelo azul y la mesa con libros sosteniéndola y tapices cubriendo las altas ventanas para que no entrara corriente.

Estaba oscuro y frío, y vacío. Le dio una punzada el corazón al ver la chimenea, que siempre estaba encendida o brillaba por las brasas. Hasta ahora no se había dado cuenta de la frecuencia con la que debía de haber preparado el fuego la Bestia. Había dado por sentado aquel calor, como si el fuego se hubiera encendido solo cada día por arte de magia.

Las piernas se negaron a seguir corriendo y el dolor en su corazón empezó a expandirse. Por primera vez, un goteo helado de miedo le erizó el vello de la nuca.

«¿Dónde está la Bestia?»

Volvió al salón principal. Cervatilla, resollando por la precipitada carrera por el valle, echó un vistazo a las escaleras y arrastró la barriga por el suelo delante de ellas. Le lanzó a Yeva una mirada torva y su dueña le ordenó que se quedara allí antes de subir por la amplia escalera curva.

La biblioteca estaba vacía y el dormitorio principal también... pero ya lo esperaba. Lo que buscaba era la habitación de la torre, la habitación donde sabía que encontraría a la Bestia. Retiró el tapiz para encontrar la puerta secreta que no estaba cerrada con llave.

«Puedes venir aquí siempre que quieras», le había dicho la Bestia. Pero el recuerdo de Yeva de su oferta ni se acercaba al miedo creciente en su corazón al que se negaba a mirar directamente.

Subió los peldaños de dos en dos, diciendo sin aliento: «¿Bestia? Bestia, soy yo. Tu Bella». No hubo respuesta y Yeva se lo imaginó tan sorprendido por su regreso que no podía hablar.

Pero cuando irrumpió por la segunda puerta al final de la escalera de caracol, la habitación de la torre estaba vacía. El fuego de la chimenea estaba apagado y, cuando Yeva se acercó más y tocó con las manos las cenizas, las halló heladas. La alfombra estaba deshecha y apestaba bajo sus pies; no se había limpiado nada y la sangre seca manchaba el suelo.

La Bestia se había ido.

Yeva no podía pensar, no podía moverse. Estaba tan segura de que debía regresar, tan segura de que toda su vida la había llevado a aquel lugar, a aquel momento, a aquella tarea... Sabía que allí encontraría todo lo que siempre había querido, todo lo que siempre había imaginado que podría ser. En cambio, había encontrado un castillo vacío, tan frío y oscuro como el invierno en el valle que lo rodeaba.

Yeva se hallaba en el centro de la habitación, temblando, buscando con los ojos cualquier cosa que mitigara el impacto.

El cuchillo que había utilizado para cortarle a la Bestia la garganta todavía estaba en el suelo. La sangre que habían dejado sus mallas al apartarse de él todavía manchaba las piedras de la pared. El libro cuyas páginas había salpicado...

Pero, un momento, ¿dónde estaba el libro?

Yeva frunció el entrecejo y volvió a echarle un vistazo a la estancia. Aquella noche se le grabó tan a fondo en la memoria que podía saber mentalmente dónde había estado el libro: junto a la cama de día, abierto como si la Bestia hubiera estado leyéndolo. Dejó el arco en el suelo y fue al otro extremo de la habitación de la torre, donde se agachó y vio la ligera marca de un rectángulo con forma de libro, protegiendo el suelo de la sangre de la Bestia.

La Bestia lo había movido.

Volvió a pensar en la habitación aquella noche una vez más, ignorando la punzada de culpa por comparar el recuerdo con la imagen que tenía ahora delante de ella. Allí, en la mesa junto a la ventana, iluminado por la pálida luz del sol invernal que se filtraba por los postigos agrietados, descubrió el volumen que buscaba.

Estaba cerrado. Lo cogió, halló una pluma de gallina de Guinea entre las páginas como marcador y lo abrió por allí.

La caligrafía del interior era apretada e inclinada, no pertenecía a la mano de un escribiente como la mayoría del resto de libros. Yeva no podía leerla. Pasó unas páginas hacia atrás y la letra cambió, y luego cambió otra vez; estaba escrito por muchas personas diferentes. Pasada la página que la Bestia había marcado, la vitela estaba en blanco. Yeva volvió al principio y una serie de números, que se leían con más facilidad que la letra apretada, le sorprendió. Eran fechas.

El libro era un historial. Y al leer de vez en cuando una palabra de entre la maraña de letras antiguas —país, reino, diezmo, heredero, *sequía*—, se dio cuenta de que se trataba del historial de una familia que antaño había vivido allí y del país que gobernaba.

Yeva se apresuró a volver al sitio marcado con la pluma. El lenguaje era tan arcaico que apenas entendía nada, pero comprendió lo suficiente como para saber que el autor describía a una familia real. Un rey, una reina y sus tres hijos príncipes. La pluma marcaba la última entrada del libro, aunque no hablaba de lo que le había ocurrido a aquellas tierras hacía siglos, ni a la familia que las gobernaba.

Fue el nombre del príncipe más joven lo que atrajo la atención de Yeva, pero una salpicadura de la sangre de la Bestia había caído encima y dificultaba su lectura. Se acercó más a la página, sosteniéndola bajo un rayo de luz del sol.

«Eoven», leyó.

«Puedes llamarme Iván», le había dicho la Bestia después de contarle la historia del Pájaro de Fuego.

«Eoven. Iván».

Con dedos temblorosos, Yeva cogió la pluma que marcaba la página con el nombre del príncipe. Había creído que era la pluma de una gallina de Guinea, pero era más rígida, era la pluma de la cola de un pájaro mucho mejor preparado para el vuelo. Sopló, desplazando décadas o siglos de polvo y suciedad, y pasó la yema temblorosa de un dedo por el raquis para unir las barbas despeinadas. Alargó la mano para sostener la pluma hacia la luz.

En cuanto la luz del sol la tocó, la pluma pareció estallar en llamas. Yeva emitió un grito ahogado y por poco la deja caer, pero los dedos no sintieron calor. Inclino la pluma a un lado y a otro, observando cómo reflejaba la luz del sol, cómo el marrón apagado se convertía en naranja, dorado y rojo intenso. Como las hojas del sueño en el que besaba a Solmir, en el que besaba al hombre que había sido antes la Bestia, las hojas que se habían transformado en una lluvia de plumas.

La Bestia, antes de desaparecer adondequiera que hubiera ido, había dejado allí aquel libro para que ella lo encontrase. Y aunque no podía contarle el origen de su maldición, sí podía dejarle pistas para que lo descubriera ella sola. Yeva se acercó la pluma y oyó, muy bajo, tan bajo que no se atrevía a respirar por miedo a ahogar el sonido, el compás de una música al pasársela por la piel.

Su Bestia era el príncipe Iván. Y la presa que necesitaba que ella cazara para que rompiera la maldición era el Pájaro de Fuego, la criatura de los cuentos de su padre que siempre había sido la preferida de Yeva.

Para salvarlo, tendría que matar a lo que había anhelado durante toda su vida.

Yeva cogió el arco.





VEINTICINCO

YEVA DEJÓ QUE LA MÚSICA del bosque la inundara. Al principio, no intentó comprenderla ni separar su patrón en hilos de música individuales. Se quedó en medio del claro, con los copos de nieve cayendo a su alrededor como motas de polvo en un rayo de sol, y escuchó.

Cuando un ritmo familiar se impuso, tirando de ella hacia el norte, volvió a abrir los ojos y se giró en la dirección de la melodía para seguirla. Cervatilla trotaba a su lado. La melodía era escurridiza, se movía de un lado a otro, y el instinto de Yeva la instaba a desplazarse cada vez con más prudencia, para acechar a la presa como había aprendido. Pero ya no era una cazadora... al menos, no el tipo de cazadora que había sido antes.

—Lamia —dijo en voz baja, cuando percibió que la melodía que había estado siguiendo procedía de todas partes a su alrededor—. Lamia, necesito tu ayuda.

No hubo respuesta, pero el ritmo de la melodía cambió, como los latidos de un corazón acelerándose.

Yeva se pasó la lengua por los labios y lo intentó de nuevo.

—¿Te acuerdas de mí? Me llamo Yeva. Te he visto aquí y tú me has visto a mí.

No hubo respuesta y a Yeva se le encogió el corazón. Sin la ayuda de una de las extrañas criaturas que vivían en aquel lugar, no tendría ni idea de por dónde empezar, no tendría una pista de dónde encontrar al Pájaro de Fuego en el bosque que se extendía hasta el infinito hacia el norte, hasta el borde del mundo.

—Es para la Bestia —espetó Yeva, retumbando su voz en el aire frío—. Es para Eoven.

Una ráfaga de aire casi le hizo perder el equilibrio, el sonido de unas inmensas alas interrumpiendo la calma y cegándola con la nieve que levantó el viento. Cuando Yeva se sacó la nieve derretida de los ojos, allí no había nada; pero entonces Lamia apareció de detrás de un pequeño abedul demasiado delgado como para ocultarla. No llevaba más que su largo pelo negro, que le caía sobre los hombros.

—¿Para Eoven? —preguntó con una voz aterciopelada.

—Me dijo que una vez te pidió ayuda.

—Quería morir —dijo Lamia ensoñadoramente, moviéndose por la nieve sin agitar un copo, con los pies descalzos, perfectos y blancos, sin mostrar ni un ápice de frío—. He ayudado a muchos a eso.

—Dijo que no pudiste matarle.

Los ojos negros de Lamia se redondearon al mirar a Yeva y la muchacha tuvo que contener con todas sus fuerzas la necesidad de temblar.

—No se puede matar a la Bestia.

—Lo sé —afirmó Yeva, intentando no revelar su impaciencia—. Necesito...

—Pero Eoven sí puede morir —continuó Lamia como si Yeva no hubiera hablado.

Yeva se quedó helada, fría como si estuviese tan desnuda como Lamia.

—¿Qué quieres decir?

—El mundo de los hombres —murmuró Lamia— es muy extraño.

Se frotó el cuerpo contra la corteza áspera de un árbol con un ligero suspiro de placer. Una mujer normal se habría arañado y habría sangrado, pero la piel de Lamia tan solo brilló más aún. Cuando continuó moviéndose, describiendo un amplio y lento círculo alrededor del claro, Yeva vio que en la corteza del árbol habían quedado restos de escamas.

—Para vosotros todas las cosas poseen una única naturaleza —prosiguió Lamia—. El invierno es frío. La muerte es una tragedia. Pero incluso en el mundo de los hombres, esto no es cierto. Vuestros recuerdos más cálidos son en invierno y las épocas que pasáis junto a la chimenea en casa. Para los enfermos y los ancianos, la muerte puede ser un regalo. Aun así, insistís en ver solo la superficie de las cosas. Yo soy una mujer. Yo soy un dragón. Soy las dos cosas todo el tiempo, pero nunca soy lo uno ni lo otro.

La impaciencia de Yeva estaba aumentado. No podía permitirse alejar a Lamia, pero la urgencia en su corazón hacía casi imposible quedarse a escuchar.

—Por favor, dime qué tiene que ver eso con Eoven. He soñado que se ha perdido, que el animal en su interior ha tomado el control y tengo que... tengo que saber que está bien.

—La Bestia era un hombre y un lobo —dijo Lamia—, igual que yo soy una mujer y un dragón. Pero el día que te vi con él en el bosque, ya no era esas cosas. Era tan solo un hombre. Su rostro todavía insinuaba al lobo, pero su naturaleza, lo que era en realidad, era Eoven y no la Bestia. Tú lo provocaste.

Yeva parpadeó.

—¿Cómo puede ser? Era la Bestia cuando me topé con él en el bosque. Lo maldijeron mucho antes de que yo naciera.

—El Pájaro de Fuego lo convirtió en un ser de dos naturalezas —continuó Lamia—, y tú lo transformaste en dos seres luchando por un único corazón.

El horror hizo que se le erizara el vello de la nuca.

—¿Estás diciendo que yo... que yo provoqué que el lobo tomara el control?

—Dejaste que el hombre tomara el control —la corrigió Lamia— y te diera su corazón. —Levantó una mano lánguida y se pasó los dedos por la larga melena de modo que cayera despacio, describiendo la forma del ala de un dragón en el aire—. Ahora, sin él, Eoven se ha quedado sin fuerzas para coexistir con el lobo.

A Yeva le ardieron los ojos. Metió la mano en el bolsillo de la cintura para coger con los dedos la pluma que guardaba allí.

—Fue el Pájaro de Fuego quien lo maldijo. Y es el Pájaro de Fuego quien puede liberarlo. Tengo que encontrarlo.

Lamia hizo una pausa. La sorpresa detuvo sus movimientos sinuosos por primera vez desde que había aparecido.

—¿El Pájaro de Fuego? —repitió—. Hace muchos años que nadie lo ha visto.

—Debes de tener una idea de dónde encontrarlo —suplicó Yeva al aumentar su desesperación—. Si soy yo la que le ha hecho esto a la Bestia, entonces aún es más importante que lo solucione.

Lamia frunció el entrecejo y miró a los ojos de Yeva. De pronto, su negrura atrajo a Yeva, convirtiéndose no en un abismo vacío sino en la calidez de un fondo suave y aterciopelado. Yeva no deseaba nada más que acercarse a Lamia y perderse en aquellos ojos.

—Puedo ayudarte —susurró Lamia y sus labios fueron tan suaves como sus ojos—. Puedo librarte del dolor de tu corazón. El invierno no tiene que ser frío. Puedo enseñarte a calentar...

Yeva se sintió ansiosa, con los bordes afilados de sus pensamientos desgastados. Estaba tan cansada, después de todo... cansada de los cuentos de hadas, de la magia y los castillos vacíos, cansada de desear algo con tanta intensidad que no sabía lo que quería.

Tal vez Lamia era lo que ella quería. Sería tan fácil...

—El Pájaro de Fuego, Lamia. —Yeva alzó la pluma que sostenía en la mano y la cara se le puso colorada a pesar del frío—. Por favor.

Las pestañas de Lamia cayeron y en cuanto su mirada abandonó la de Yeva, el hechizo se esfumó como el humo.

—Al norte —dijo en voz baja—. Jamás he visto al Pájaro de Fuego y llevo vagando por aquí desde la primera vez que salió el sol. —Su voz suave contenía una profunda pena, un anhelo que conmovió tanto a Yeva que los ojos se le llenaron de lágrimas. Yeva no era la única para la que el Pájaro de Fuego era un símbolo de deseo—. No lo encontrarás aquí. Ve hacia el norte, al siguiente valle y al que hay más allá. Lo que buscas solo puede estar en el norte.

Ahora que el calor de Lamia la había dejado, a Yeva le dolía el cuerpo por el frío repentino. Se abrigó más con la capa que la envolvía. Descubrió que Cervatilla estaba a cierta distancia detrás de ella, con la barriga pegada al suelo, las orejas hacia atrás y los grandes ojos redondos clavados terriblemente en la mujer-dragón. Yeva retrocedió hasta notar el calor de su perra contra las pantorrillas.

—Gracias, Lamia —susurró. Luego, echó a correr.

Yeva apenas había recorrido unas cuantas leguas hacia el siguiente valle cuando el agotamiento la alcanzó. Había dormido tan poco con las prisas de regresar con la Bestia que ahora le dolía el cuerpo, y los ojos le ardían y le escocían por el aire helado y seco.

Volvió a tocar la pluma que llevaba en el bolsillo. Un vigoroso calor empezó en sus dedos, subió poco a poco por el brazo y se extendió por el resto del cuerpo, permitiéndole deshacerse del agotamiento que la hundía. No estaba segura de si el calor de la pluma era magia o si se trataba de la esperanza que le daba, animándola a rechazar el deseo de descansar.

Cuando pasó por segunda vez junto a un árbol nudoso, ennegrecido porque lo había fulminado un rayo, Yeva se dio cuenta de que estaba caminando en círculos. El innato sentido de la orientación que la había guiado hasta entonces la había abandonado y cuando se paró, confundida, Cervatilla también se detuvo. La perra ladeó la cabeza, perpleja por la repentina falta de orientación de su dueña, luego se dio la vuelta y salió trotando por en medio de los árboles.

Yeva la llamó, pero por primera vez desde que era cachorra, Cervatilla no se acercó corriendo al oír el sonido de su voz. La muchacha soltó un improperio de cansancio y fue detrás

de la perra.

Salió de entre unos matorrales espesos y helados, y se encontró en la orilla de un río, el mismo río que discurría por el valle de la Bestia. Cervatilla estaba bebiendo agua de un agujero en el hielo, a lengüetazos ansiosos. El sol se filtró brevemente a través de las densas nubes grises y el reflejo sobre el hielo del río sacó a Yeva de la confusión del cansancio. Miró río arriba y vio que su curso atravesaba un paso entre las montañas que rodeaban el valle en el que se hallaba. El sol iluminó la mejilla derecha de Yeva antes de volver a desaparecer tras las nubes y la muchacha se dio cuenta de que el río fluía de norte a sur.

—Gracias, Cervatilla —susurró Yeva. Había encontrado el camino hacia el norte.

Yeva descubrió mientras andaba que ya no tenía que prestar atención para escuchar la magia del bosque. De hecho, empezó a sentirse ensordecida por ella. Aunque el bosque estaba en silencio, despojado incluso de los ruiditos de la naturaleza hibernando, le zumbaban los oídos por la música. Al caer la noche, acampó y se acurrucó junto al pequeño fuego con Cervatilla compartiendo su calor bajo la capa.

La magia aumentaba y cuando Yeva alzó la vista, vio la melodía por primera vez con sus propios ojos. El cielo se había despejado y danzaba. Tiras verde claro y melocotón brillaban sobre su cabeza, dejándola sin aliento hasta que su corazón pareció latir al ritmo de la magia. Se recostó en un árbol para quedarse dormida mirando boca arriba y el cielo en movimiento se hizo cada vez más brillante hasta que ardió de color rojo y dorado, extendió unas alas de llamas y cantó la canción del Pájaro de Fuego.

Yeva se despertó con un anhelo en su corazón tan fuerte que se puso en pie de un salto y continuó avanzando hacia el norte sin apagar el fuego ni recoger sus pertenencias. Dejó la comida, la yesca y el pedernal, y la grasa de ganso que había estado usando para protegerse los labios y las mejillas del frío glacial. Lo único que llevaba era lo que sujetaba al quedarse dormida: la pluma en el bolsillo, el libro de cuentos de hadas metido en el interior de la capa y el arco en sus manos con una única flecha en su cuerda.

El sol estaba en lo alto y brillaba pálido en el vasto cielo azul cristalino cuando un destello de intenso rojo óxido hizo a Yeva detenerse en seco. Habían pasado días desde la última vez que había visto huellas que no eran las suyas y mucho menos que las hubiera dejado un animal. Ahora un zorro aparecía delante de ella y se sentaba delicadamente en la nieve con la cola rodeando sus patas traseras.

—¿Borovoi? —preguntó, con la voz ronca.

El zorro sonrió, mostrando una fila de dienteillos puntiagudos, e inclinó su cabeza angular.

—Ya has gastado una pregunta.

Yeva cogió aire para replicar, pero se detuvo a examinar al pequeño zorro. Casi igual que había visto las tiras de magia moviéndose en el cielo, veía ahora en la cara del zorro la barba entrecana y musgosa, las mejillas hundidas grabadas en la corteza, los ojos ancianos del espíritu *leshy* que había alcanzado a distinguir aquel primer día sola en el bosque, antes de encontrarse con la *rusalka*.

—Intentaste matarme.

—Te di lo que pediste —contestó Borovoi el zorro, el *leshy*—. Yo no miento. Pregunta lo que quieras.

Yeva no podía apartar los ojos de la criatura, atrapado en su doble naturaleza, los ojos de un

espíritu del bosque antiguo en el marco de su rostro de zorro con mejillas afiladas.

—He venido a... —Pero la canción de la magia y el estruendo en sus oídos le dificultaban concentrarse. Yeva tragó saliva—. Busco al Pájaro de Fuego.

Borovoi volvió a sonreír.

—¿No lo buscamos todos?

—Tengo que encontrarlo —dijo Yeva, arrojando todo el sentimiento tras su voz—. Es la clave para todo lo que siempre he querido.

La cabeza del zorro se inclinó hacia el otro lado.

—¿Qué harás si lo encuentras?

Yeva se quedó mirando al zorro, con el agotamiento, la confusión y la magia enredados de tal manera en su mente que no podía pensar con claridad.

—Yo... yo solo lo quiero. Es mi destino.

—La Bestia nunca pudo encontrar al Pájaro de Fuego, ¿sabes? —El zorro levantó una pata y mordió un poco de hielo que tenía entre los dedos—. El pájaro debe ir a él. Por eso creía que necesitaba un cazador, alguien que atrapara al Pájaro de Fuego y se lo llevara.

Yeva no apartaba la vista del zorro.

—¿La Bestia? —preguntó lenta, tontamente, con la cabeza llena de tiras rojas y doradas que se movían, y una canción que oyó por primera vez un invierno cuando tenía cinco años, sentada junto a la ventana mientras escuchaba a su padre leerle un cuento.

—¿Ya te ha llegado su canción? —preguntó el zorro, sorprendido—. Creía que tardarías más.

—La Bestia —repitió la muchacha. En algún lugar en el fondo de su mente, la palabra «bestia» significaba algo para ella más que simples osos y jabalíes, y los demás peligros del bosque que aparecían en su memoria. Metió la mano en el bolsillo y los dedos tocaron las suaves y gastadas barbas de la pluma—. ¡La Bestia! —gritó al acordarse—. Sí. Necesito encontrar al Pájaro de Fuego para la Bestia.

—Ve al norte —dijo el zorro.

—Ya estoy yendo al norte —protestó Yeva, consciente de que en cualquier momento su agotamiento podría con ella y no sería capaz de avanzar más—. Llevo años yendo al norte.

—Eso es porque el Pájaro de Fuego siempre es el norte para ti —respondió el zorro—. A pesar de lo lejos que vayas.

Yeva atravesó el bosque a trompicones y solo sintiendo el calor del pelo de Cervatilla con los dedos recordaba que la perra era real, que todo aquello era real, que no era un cuento sacado del libro que tenía pegado al pecho.

Habría un tercer encuentro, lo sabía. Primero, había sido Lamia, la mujer-dragón; luego, Borovoi el *leshy*; y ahora habría otro. En los cuentos siempre había una tercera señal, una tercera prueba, una tercera pizca de sabiduría que animaba al héroe a seguir hacia delante, tres deseos, tres príncipes, tres plumas, tres corazones, tres...

Pero Yeva andaba y andaba, y solo encontraba el próximo valle, y el próximo después de este, y el río que seguía se hizo cada vez más estrecho hasta que no fue más que un arroyo. Subió colinas a trompicones, trepó por vertientes rocosas y al final se halló junto a una cascada congelada que surgía como una flor cristalina de un manantial oculto en las rocas. El origen del

río. El final del camino hacia el norte.

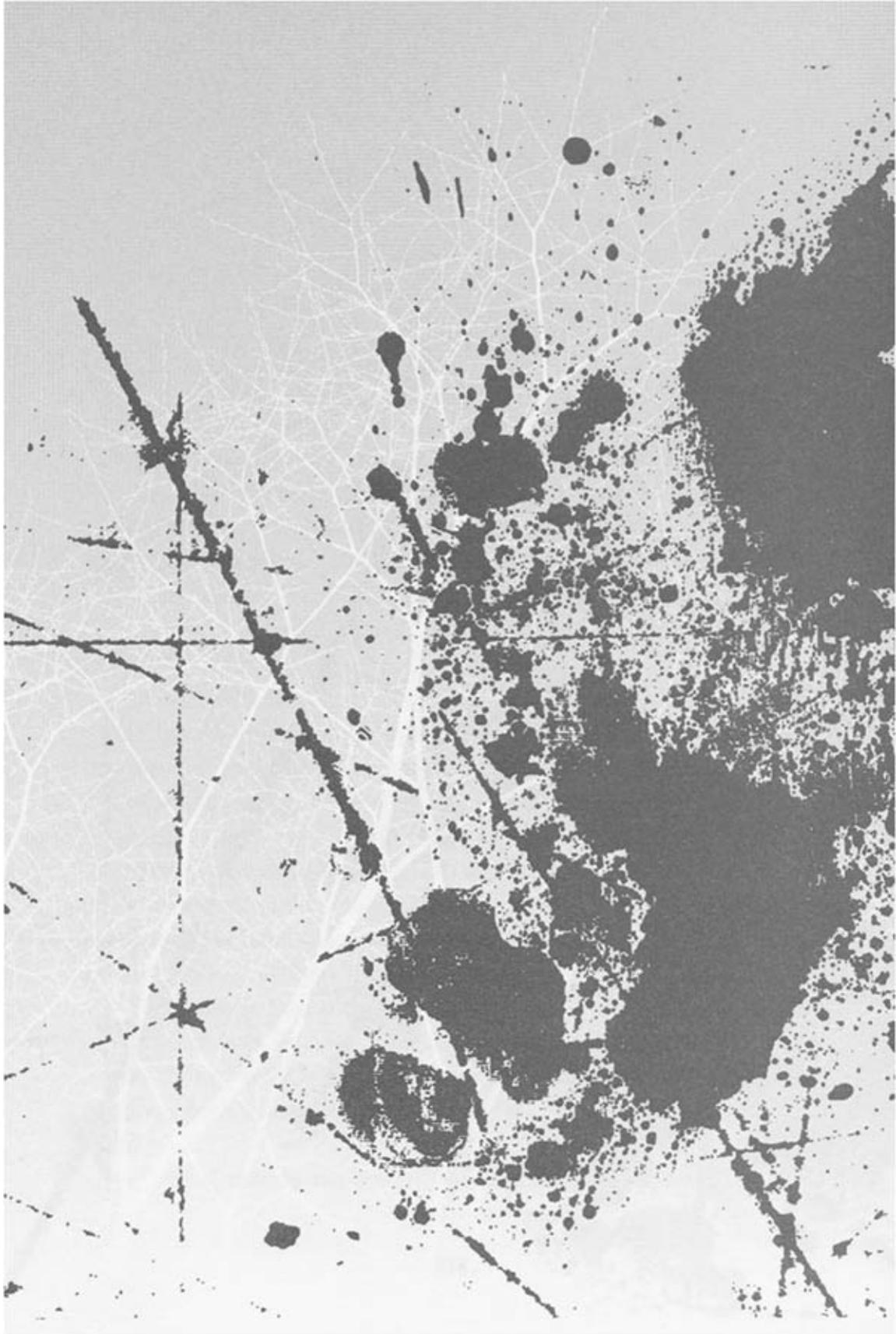
Vio verde claro y melocotón reflejado en los pliegues helados de la cascada, y al parpadear y fijarse mejor, también divisó el rojo dorado y el fuego.

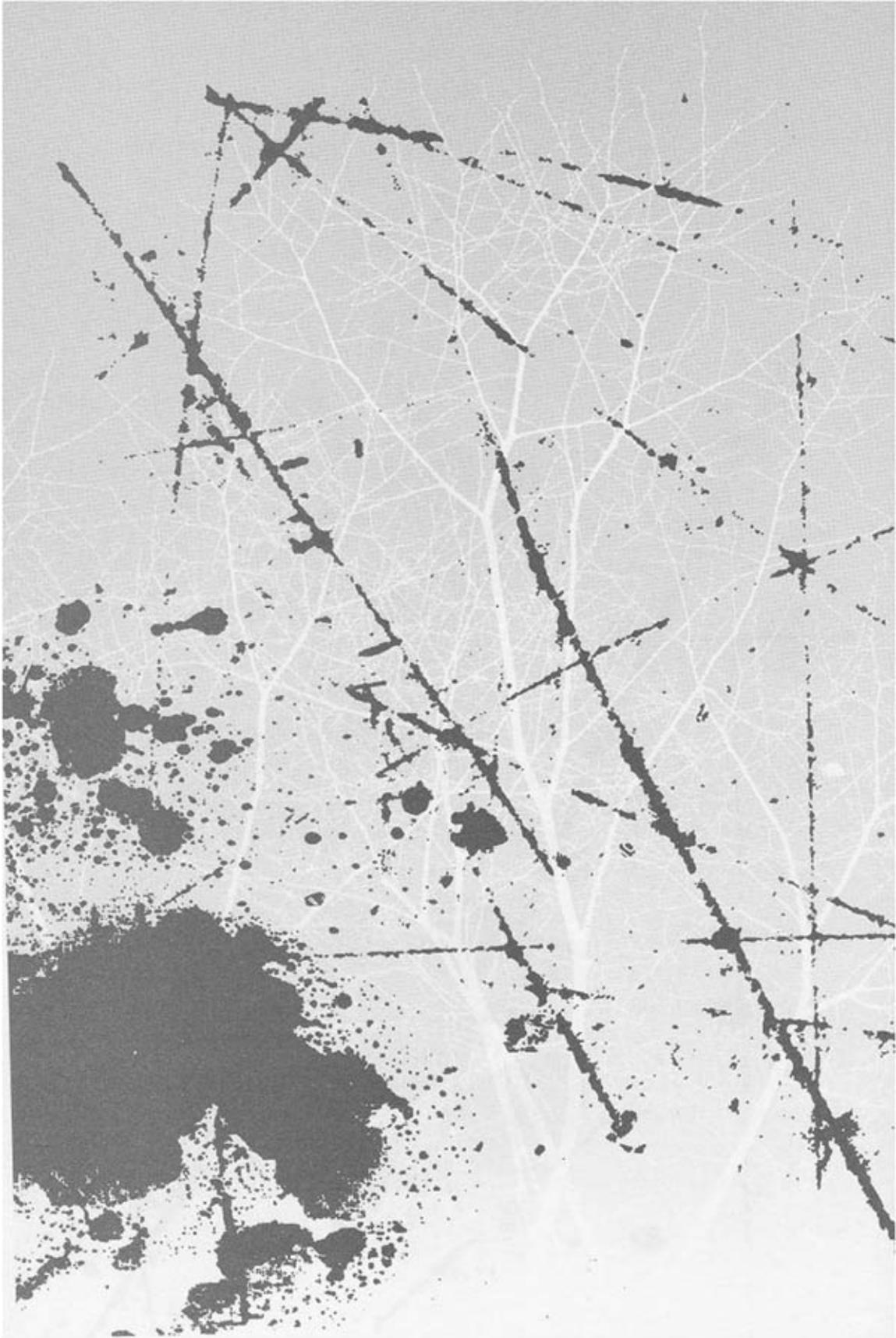
Caminó sobre el río congelado, ignorando cómo crujía y se rajaba bajo su peso. Vagamente el sonido la hizo pensar en un recuerdo casi perdido, en otra ocasión que pisó el hielo que no la había sostenido, pero no recordaba muy bien lo que era. Cervatilla se quedó en la orilla observando, y aunque gañía y lloraba, e iba de un lado a otro, parecía no poder seguir a su dueña. Así que Yeva continuó sola hasta llegar a la cascada.

El hielo se movió, las capas heladas se ondularon y se separaron como los cabellos de Lamia, como la nieve ante el viento, como las hojas de otoño que caían del árbol de peonías. Las cortinas de hielo se abrieron para ella como las puertas enormes de un castillo que la joven conoció una vez, revelando una cueva escondida tras la cascada. Yeva habría dudado si entrar, pero la cueva era muy distinta a cualquiera que hubiera visto nunca, puesto que su interior era más brillante que la luz del día, como si contuviese su propio sol.

Yeva entró y en cuanto sus botas tocaron el suelo de piedra de la cueva, el hielo volvió a su sitio detrás de ella. Sin embargo, no podía tener miedo. De hecho, apenas notaba que había quedado encerrada en su interior.

Puesto que ante ella, dormido con las alas envolviendo su cuerpo como una capa, estaba el Pájaro de Fuego.





VEINTISÉIS

YEVA CAYÓ DE RODILLAS. El sonido de su cuerpo al tocar el suelo despertó al Pájaro de Fuego, que alzó su cabeza dorada y la miró. La miró como nunca la habían mirado. La miró a toda ella, cada centímetro de su corazón, cada sombra que había oscurecido su alma, todas las cosas malas que había dicho, hecho o sentido. La miró e inclinó la cabeza.

—Bienvenida, Bella —cantó.

Yeva estaba llorando, no de pena, ni siquiera de alegría, simplemente porque estaba demasiado llena como para contenerse.

—Te estaba buscando —dijo.

—Lo sé.

El Pájaro de Fuego desplegó las alas y las estiró, y Yeva vio que eran como las alas de un halcón, anchas, hechas para volar alto, y las puntas rozaban cada extremo de la cueva. Yeva podría haberse tumbado sobre ellas muchas veces seguidas.

—Te he estado buscando toda la vida.

Pero mientras Yeva lo decía, algo minúsculo y silencioso se movió en su interior. Algo que, por primera vez desde que había cogido la pluma en la habitación de la torre del castillo, debilitaba su seguridad.

—Todo el mundo me busca —afirmó el Pájaro de Fuego—, pero muchos dejan de hacerlo. La mayoría se dicen a sí mismos que me han encontrado en su pareja, en sus hijos, en sus campos y en sus dioses.

A Yeva se le nublaron los ojos.

—El zorro —susurró, intentando separar los recuerdos de los sueños, la realidad de la fantasía—. El zorro me dijo que siempre estabas al norte de mí, que siempre estarías al norte de mí.

—El zorro nunca me encontró —dijo el Pájaro de Fuego— y está celoso.

—¿Qué eres? —Yeva sintió la canción del Pájaro de Fuego en aquel espacio vacío en su corazón, el espacio que siempre había sabido que quería más de lo que su vida mundana podía ofrecerle—. ¿Deseo?

El Pájaro de Fuego volvió a extender sus alas, echando hacia atrás la cabeza, mostrando su imponente y encendido plumaje en un despliegue que deslumbraba los ojos casi cegados de Yeva.

—Soy el objetivo. La recompensa al final de la búsqueda. El fin de la historia.

Yeva metió la mano en el bolsillo y tocó la pluma. Solo entonces advirtió que a la cola del Pájaro de Fuego le faltaba una de sus plumas y se sobresaltó.

—Eoven —musitó, esforzándose por recordar—. Estoy aquí por Eoven.

—¿Quién es Eoven? —preguntó el Pájaro de Fuego.

—No... —Yeva se quedó hechizada, con la mirada clavada en los ojos astutos del Pájaro de Fuego—. No me acuerdo.

—Yo soy lo que buscas —dijo el Pájaro de Fuego—. Soy la conclusión de tu viaje. Todo lo que siempre has querido. Magia. La música del bosque. Para siempre. Tu hogar, Bella.

Los ojos de Yeva habían comenzado a cerrarse mientras la dulce voz del pájaro le calentaba partes de las que se había olvidado hacía mucho tiempo. Pero su nombre, la palabra «bella», resonó en sus pensamientos y los ojos se le abrieron de golpe. Por un momento, no vio al Pájaro de Fuego, ni su cueva de cristal, ni las cintas que se movían en el cielo, en los bordes de su visión, sino un par de ojos dorados y el ruido sordo de una voz cálida, y la sensación de un diván de terciopelo azul debajo de su mejilla.

Vio a su Bestia y sintió el peso solitario de su mirada, y oyó el suave sonido de sus patas junto a su puerta, y olió a especias y viento, y, solo un poco, el olor a perro mojado... Se acordó.

—No eres real —dijo Yeva, resollando—. Es como dijo Lamia. Nada es en sí mismo una sola cosa. No puedes ser todo lo que siempre he querido porque nunca he querido solo una cosa.

Los ojos del Pájaro de Luego se entrecerraron y después, se suavizaron. Luego, albergaron aceptación, un conocimiento de ella misma.

—Yo soy todo —dijo.

Yeva apretó las manos, con la intención de clavar las uñas en sus palmas para huir del hechizo del Pájaro de Luego. Pero entonces descubrió que tenía una de sus manos ocupada y, al bajar la vista, se dio cuenta de que todavía sostenía el arco de su padre.

—Tienes razón —susurró Yeva—. Eres todo lo que quiero. Porque eres lo que salvará a mi Bestia. Eres la tercera prueba.

Levantó el arco, colocó la flecha en la cuerda y lo tensó con un único movimiento, tan experto y rápido por los meses de entrenamiento con la Bestia que sucedió todo en el silencio de un instante y el siguiente. El Pájaro de Luego hinchó el pecho, con las alas todavía extendidas como si la retara a que disparase, como si estuviera seguro de que no lo haría.

A Yeva le temblaron los dedos.

«Te llamaré Bella —dijo la Bestia—, pues eso es lo que eres».

Soltó los dedos y dejó volar la flecha.



Fuego

Nieve

Bella

VEINTISIETE

LA LUZ DEL PÁJARO DE FUEGO se apagó en el instante en que la flecha lo alcanzó, y Yeva se halló en una oscuridad tan completa y sólida que gritó, cayendo al suelo para tener algo que tocar, algo que le dijera que estaba viva, que era real. Anduvo a tientas, esperando encontrar sangre y plumas o el cuerpo todavía caliente de la criatura, pero lo único que halló fue una pluma abandonada, como la que le había dejado la Bestia para que ella la descubriera.

Brilló al tocarla con los dedos, justo lo suficiente para que distinguiera el contorno de la cueva. La cortina de hielo la había encerrado en su interior y esta vez, al acercarse, no se abrió. Era tan sólida y fría como la piedra. Su flecha se había clavado en la pared al otro extremo y se había hundido en la roca hasta la mitad del asta. No podía sacarla y, sin el borde afilado de la punta de la flecha, no tenía nada con lo que desconchar el hielo que sellaba la entrada de la cueva.

El miedo la atravesó como un viento de invierno y como un viento de invierno también le hizo castañetear los dientes. Tenía frío, más frío que en toda su vida, como si hubiera estado semanas sin ningún tipo de abrigo, pero solo lo notase en ese momento. Le dolía el estómago de hambre y no recordaba la última vez que había comido. Se sentía mareada, débil y perdida en la oscuridad.

«Estoy sola», pensó. Su padre le había enseñado que nunca debía intentar consolarse a sí misma mintiendo sobre la situación en la que se encontrara. «No hay calor, no hay comida y no hay forma de salir». Se metió entre el hielo y la piedra, tratando de atrapar el poco calor humano que había dejado mientras su instinto todavía luchaba por sobrevivir a pesar de lo que sus sentidos le decían: que moriría allí mismo, en esa cueva de hielo y oscuridad. Yeva no pudo evitar llorar y las lágrimas solo cesaron cuando comenzaron a congelársele poco después en las mejillas.

«Ojalá la Bestia estuviera aquí —pensó Yeva y el corazón entumecido se calentó lo suficiente para que le doliera—. Le diría que me es igual que sea la Bestia. Le diría que el Pájaro de Fuego no importa, que no necesita curarse. Le diría lo que he elegido, que me quedaré con él para siempre y le enseñaré a encontrar de nuevo a Eoven, que le mantendré a salvo el resto de mi vida».

Había estado tan segura de que estaba destinada a salvarlo que había dejado que se desvaneciera.

El único calor que sentía provenía de la pluma que agarraba en sus manos y la levantó para ver su luz pálida. Una llama ardía por el borde y luego desapareció. Era demasiado pequeña para generar ningún calor duradero, pero Yeva no podía dejar de mirar las imágenes persistentes. La

cueva estaba vacía, pero con un sobresalto, Yeva recordó el arco en sus manos y el libro junto a su pecho.

Tenía fuego. Tenía madera. Tenía con qué prenderla.

Las manos se pusieron en marcha antes de que le llegara la idea, antes de podérselo pensar dos veces, antes de poder detenerse. ¿Quién era ella sin historias, sin la promesa del bosque en el que había cazado y el regalo que le había hecho su padre, para ver las historias que ocultaba el bosque? ¿Qué era sin el deseo inquieto que la guiaba?

Arrancó sin vacilación las páginas del libro de cuentos de hadas y luego las rasgó en trozos más pequeños. Cogió el arco de su padre y metió un extremo en una hendidura en la pared de piedra; después, tiró hacia arriba con todas sus fuerzas y volvió a llorar incluso antes de que el gran chasquido al partirse interrumpiera el silencio de la cueva. Puso los cuentos de hadas hechos pedazos y los trozos del arco de su padre a los pies de la pared de hielo, y a continuación sujetó la pluma del Pájaro de Fuego. La sostuvo entre las manos ahuecadas, sintiendo una vez más cómo la luz bañaba su rostro. Luego, se agachó a colocarla con la madera y el libro hecho trizas para que ardiera.

Yeva se quedó dormida, acurrucada junto al pequeño fuego, despertándose de vez en cuando para soplar y avivar las llamas o meter de nuevo un trozo del arco de su padre que se había salido de la hoguera. El calor del fuego estaba derritiendo el hielo, pero despacio, muy despacio. Yeva secaba las gotas de agua helada con el borde de la capa para que la humedad no apagara la lumbre, se mecía y aguardaba con esperanza.

No estaba segura de cuánto tiempo había pasado cuando se despertó ante un cambio y una sensación de terror. Se inclinó hacia el fuego automáticamente y se encontró con que solo quedaban unas cuantas brasas, cubiertas de una capa gruesa de blanca ceniza. Fue a coger el libro de cuentos, pero ya no tenía hojas y el fuego no era suficiente como para que ardiera la encuadernación de cuero.

Yeva se puso de pie con dificultad y llevó el hombro con todas sus fuerzas hacia la cortina de hielo. Aguzó el oído para oír un chasquido, un crujido o alguna señal de que el fuego hubiera hecho más fina la puerta de su prisión, aunque solo fuese un poco, pero ni siquiera oyó nada en su imaginación. Conteniendo un sollozo de pánico, comenzó a rasgar la parte inferior de su capa a tiras, para añadir los trozos más secos al fuego.

«No —gritaron sus pensamientos mientras volvía a intentar mover el hielo, empujando con todas las fuerzas que le quedaban la rígida pared hasta que su cuerpo amoratado comenzó a resentirse—. La historia no termina así».

Pero si algo le había enseñado su experiencia con el Pájaro de Fuego era que incluso allí, en el fin del mundo, la vida no era como en los cuentos. Si moría nadie hablaría de ello. Sería un alma más perdida en la naturaleza, y la Bestia correría para siempre entre los árboles cazando y alimentándose sin alzar jamás la vista, sin ni siquiera ver el cielo moviéndose. Yeva se arrojó de nuevo contra la pared y luego se quedó allí, con un lado de la cara apoyado en el hielo mojado que se derretía lentamente, cuyo frío era tan horrible que la hacía respirar con dificultad.

Y entonces, con la oreja contra el hielo, oyó un sonido. Al principio creyó que se trataba del hielo moviéndose, pero al sonar por segunda vez, y más alto, advirtió, con una nueva sacudida de

terror, el rugido de una bestia salvaje.

La pared bajo su mejilla tembló y Yeva se echó hacia atrás. Un trozo de hielo cayó del otro lado del muro y entró una tenue luz azul pálida a la cueva. La criatura volvió a rugir y de pronto a Yeva se le llenó el corazón. Conocía esa voz, la habría conocido en cualquier parte, ya fuera susurrando su nombre o rugiendo con furia.

—¡Bestia! —gritó, esforzándose de nuevo y volviendo a golpear la pared. En esta ocasión, el esfuerzo mereció la pena porque oyó que algo se partía—. ¡Estoy aquí!

Entonces se oyó cómo la Bestia arañaba con las garras la pared desde el exterior y luego hubo otro temblor cuando echó todo el peso contra el hielo. Yeva retrocedió a trompicones, recuperando el sentido común, recordando que él pesaba mil veces más que ella y que si intentaba ayudarle a romper la barrera probablemente terminaría aplastada bajo una avalancha de trozos de hielo.

Los rugidos y los gruñidos aumentaron cuando la Bestia arrancó más hielo de la pared. Yeva veía su forma perfilada por el sol. La cortina congelada tardó unos instantes en caer en una lluvia de fragmentos de cristal. La Bestia irrumpió en la cueva acompañado del resplandor del sol, que cegó a Yeva, y la joven tuvo que levantar los brazos para protegerse los ojos.

—Bestia —dijo resollando, esforzándose por respirar por el alivio—. ¿Cómo me has encontrado? ¿Cómo sabías dónde buscar?

Pero al no haber respuesta, Yeva bajó los brazos, entrecerró los ojos por la repentina luz deslumbradora y vio el cuerpo descomunal de la Bestia dando vueltas, con la cabeza gacha, cada paso meticuloso y calculado. Tenía los labios retraídos por el gruñido y cuando miró aquellos ojos rojos, no vio rastro del hombre que había ido a salvar.

Dio un paso vacilante hacia él y el cuerpo entero de la criatura se tensó, se agruparon los músculos de los hombros y las patas traseras se prepararon para atacar. Yeva se quedó paralizada, con la mano medio extendida y la mente en blanco. Ya no tenía armas. Todo lo que se había llevado lo había abandonado atrás en una bruma provocada por la magia.

Excepto... la pluma desgastada por los años que la Bestia le había dejado y que aún guardaba en el bolsillo.

Fue a cogerla, pero el monstruo que la acechaba vio el movimiento y soltó un gruñido que sacudió los huesos de la joven. Yeva tenía tan solo un instante antes de que se abalanzara sobre ella, metió la mano en el bolsillo, sacó la pluma y retrocedió, protegiéndose con ambas manos, por instinto, esperando sentir el peso aplastante de la Bestia, que desgarraría su cuerpo con las zarpas y el cruel chasquido de sus mandíbulas.

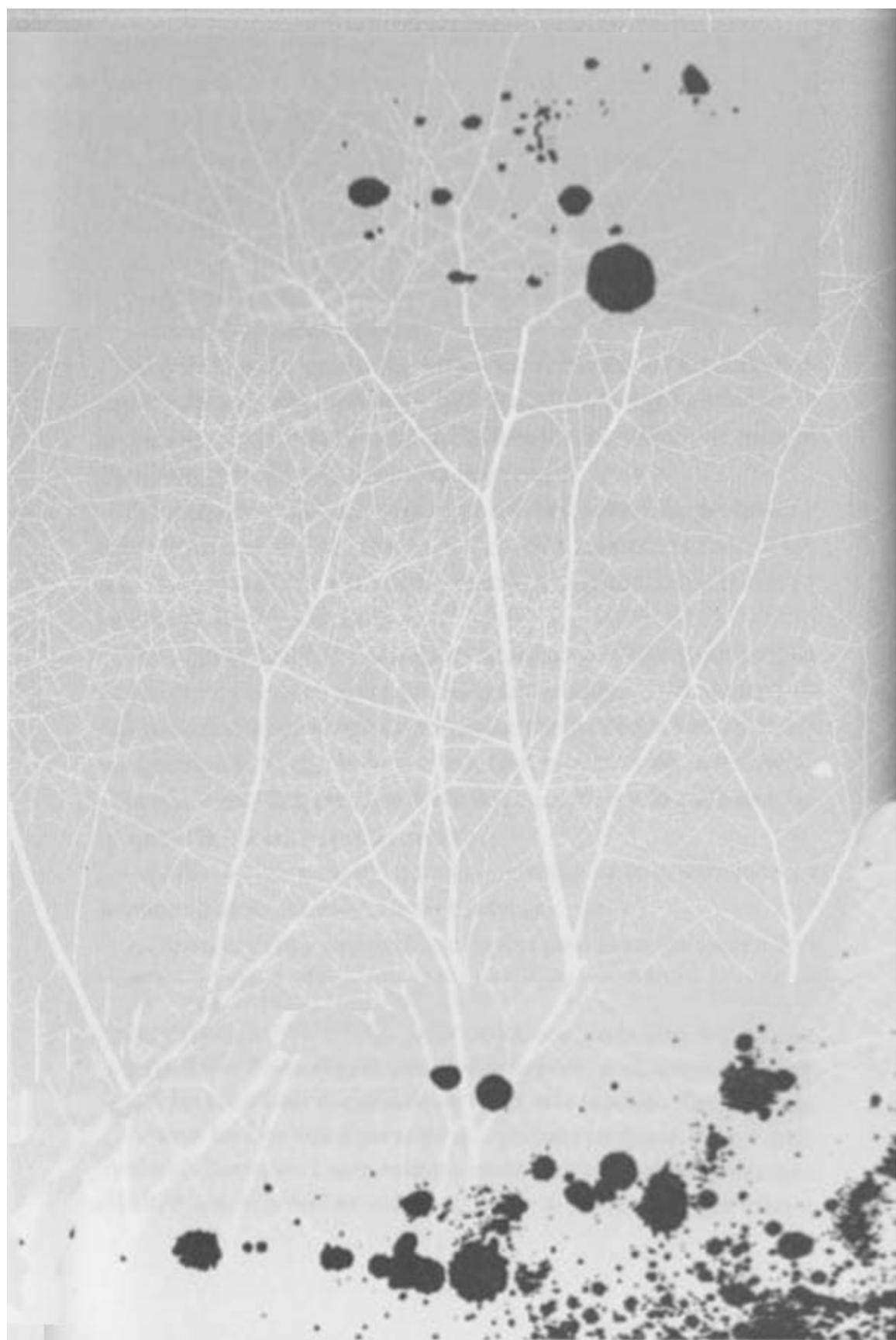
No pasó nada.

Cuando logró abrir los ojos, Yeva vio a la Bestia encima de ella, todavía gruñendo, jadeando con sed de sangre, pero ahora estaba concentrado en la pluma que agarraba la joven con los dedos. En contraste con la cosa suave y brillante que había utilizado para encender el fuego, aquella pluma era mate, estaba sucia y deshecha, estropeada por los siglos hasta quedar casi irreconocible. Pero la Bestia se la quedó mirando, resoplando vaho en el aire glacial, al tiempo que le temblaban los músculos como si lo contuvieran unas cadenas invisibles.

Yeva retrocedió a trompicones, levantó la pluma como un talismán, mientras el corazón le latía dolorosamente y el miedo le dejaba la boca seca y amarga. Pero cuando la Bestia se movió para dar un paso hacia ella, encontró la voz y pronunció las primeras palabras que le llegaron a los

labios.

—¡Déjame contarte una historia! —gritó. La Bestia se quedó inmóvil, aunque no movió los ojos. Yeva tuvo que coger aire tres veces antes de poder volver a hablar—: Te contaré un cuento de hadas.



BESTIA

Historia. Mentira. Palabras. No significan nada. Vacías.

Huele a algo más que miedo y sangre. Huele a cielo.

Resoplamos y flexionamos las zarpas hasta que muelen la piedra, pero ella nos retiene. Podríamos devorarla de un salto, pero está ahí acurrucada con la ropa hecha trizas y nos retiene como ninguna otra criatura.

Tiene magia. Y esperaremos a que falle su hechizo.

VEINTIOCHO

—HABÍA UNA VEZ —empezó Yeva con voz temblorosa igual que todo su cuerpo— un hombre. Un rey. Con tres hijos.

No podía apartar el miedo que la impulsaba a echar a correr hacia la entrada de la cueva, a lanzarse hacia la libertad. Así que, en lugar de eso, cerró los ojos e intentó con todas sus fuerzas engañar a su cuerpo para hacerle creer que estaba de vuelta en el valle de la Bestia, en una celda bajo el castillo, hablándole a alguien al otro lado de una puerta cerrada... su aliado invisible, su amigo, el hombre que se llamaba Iván.

—Los hijos mayores le rogaron que nombrara un heredero, pues querían hacerse con todo el poder y la riqueza. Pero el hijo pequeño era distinto. —La voz de Yeva recuperó algo de firmeza—. No quería el trono de su padre, jamás había deseado la vida que le aguardaba desde su nacimiento. No podía revelar lo que quería. Lo único que sabía era que anhelaba algo y que jamás se sentiría en casa, jamás estaría del todo contento, hasta encontrarlo.

»Su padre, el rey, tenía un bello jardín con un bonito huerto que era un orgullo y una alegría, pero todas las noches un ladrón invisible robaba las manzanas doradas de su árbol máspreciado. Reunió a sus tres hijos y les dijo que el príncipe que pudiera atrapar al ladrón sería nombrado heredero. Los hijos mayores estaban tan ansiosos por coger al ladrón que se peleaban todas las noches y, por lo tanto, no veían a aquel que se adueñaba de las manzanas. Fue el príncipe más joven quien, a pesar de tener poco interés en el trono de su padre, llegó a atisbar al bandido.

»Se acercó a su padre una mañana y le dijo que había visto al Pájaro de Fuego, la criatura más escurridiza de todas las mágicas, robar las manzanas del rey. Este mandó a sus hijos por el mundo para buscar el ave y, aunque al joven príncipe no podía importarle menos el trono, en cuanto vio al Pájaro de Fuego, supo que era todo lo que deseaba.

La voz de Yeva, seca por el miedo y tensa por el frío, se atascó en la garganta. Oyó inhalar a la Bestia y, durante un instante aterrador, pensó que tal vez se le echaba encima, pero en cambio exhaló un largo y grave gruñido.

—Habla.

Aquel gruñido apenas era una voz, pero había una palabra en él que le hizo a Yeva abrir los ojos.

La Bestia estaba agachado y la miraba con aquellos ojos rojos que la inmovilizaban, como una serpiente mirando a un ratón que pretende devorar.

Yeva se estremeció.

—El... el joven príncipe partió para encontrar el Pájaro de Fuego, pero poco después salió un gran lobo gris del bosque y le exigió su caballo. El príncipe le suplicó que no se comiera el caballo, pero el lobo no podía contener su hambre y no tardó en devorar entero al animal. Pero cuando el príncipe le explicó que buscaba al Pájaro de Fuego, el lobo se apiadó de él y se ofreció a llevarle al siguiente reino, cuyo rey se jactaba de tener al Pájaro de Fuego como una curiosidad.

»El príncipe le explicó a este rey que necesitaba llevarle el ave a su padre y el rey le dijo que le daría el Pájaro de Fuego si Iván viajaba al siguiente reino y le traía lo que más codiciaba, un caballo con una crin dorada. Así que el joven príncipe fue de nuevo al lobo, que aceptó llevarle al siguiente reino y al siguiente rey.

»El príncipe le contó otra vez su historia al rey y de nuevo este se apiadó de él y dijo que le daría a Iván el caballo con la crin dorada si el príncipe iba al siguiente reino y le traía a Yelena, la doncella más hermosa del mundo, de la que se había enamorado el rey locamente. Así que el joven príncipe y el lobo viajaron al siguiente reino, y allí encontraron a Yelena la Bella encerrada en una alta torre.

Yeva había dejado atrás el cuento original, el que su padre le había leído del libro que había convertido en cenizas. Sabía que no podía imaginar la verdad de la vida de Eoven ni cómo había llegado a estar maldito, ni siquiera qué le había llevado a buscar al Pájaro de Fuego. Pero había visto el anhelo de su propio corazón reflejado en el suyo, en la soledad de su castillo y en la esperanza de cada libro de cuentos que había mantenido a salvo en la habitación de la torre durante todos aquellos siglos.

La verdad de su vida era que también era la vida de Yeva. Y por algún motivo siempre había amado y había odiado la historia de Iván y el Lobo, y del Pájaro de Fuego que los envió por el mundo. No se había percatado jamás hasta que se encontró con el mismísimo Pájaro de Fuego.

La maldición del príncipe no era por arrogancia ni crueldad, como siempre se decía en los cuentos de hadas. Su maldición la había provocado el deseo, siempre el deseo. Al igual que le sucedía a Yeva.

—El joven príncipe fue al rey de aquellas tierras y le dijo que liberase a Yelena, pero aquel rey era mayor que los otros, y había visto más mundo, y le advirtió a Iván que se fuera. Dijo que a pesar de lo mucho que quisiera el joven príncipe a Yelena, la satisfacción de los deseos saciados era breve y palidecía en comparación con el sueño del deseo.

»El príncipe ignoró su advertencia y volvió al lobo gris, que se convirtió en una escalera de cuerda para que el príncipe pudiese subir a la alta torre y rescatar por sí mismo a Yelena. Regresaron al rey que se la había pedido, pero al llegar a su castillo, el joven príncipe miró a Yelena y decidió que la quería para él, porque el amor le haría feliz, y le rogó al lobo que le ayudara. El lobo tomó la forma de Yelena y el joven príncipe lo llevó con el rey, que estaba rebotante de alegría al tener por fin el deseo de su corazón. Le dio con mucho gusto al príncipe el caballo con la crin dorada. En cuanto el joven hubo atravesado las fronteras de su reino, el lobo escapó del castillo y corrió a encontrarse con él para llevarle al rey que le había pedido a Iván el caballo.

»Pero cuando llegaron a las puertas del castillo e Iván observó el caballo con la crin dorada, con Yelena en su lomo y una bonita brida de oro cubierta de seda encima del cuello, se dio cuenta de que no quería desprenderse de él porque la libertad le haría feliz. Le suplicó al lobo que le

ayudara y el lobo se convirtió en la viva imagen del caballo con la crin dorada. El rey estaba tan lleno de felicidad al tener el caballo con la crin dorada que le dijo a Iván que fuese a su colección de animales salvajes y cogiera al Pájaro de Fuego. Sin embargo, le advirtió de que no se quedara con la jaula de oro macizo que albergaba al Pájaro de Fuego. Pero cuando el príncipe entró donde estaban los animales y vio el ave, también vio la jaula, y pensó que si se la llevaba, tendría riqueza, amor y libertad, y por fin sería feliz.

»En cuanto el joven príncipe tocó la jaula, la puerta de oro se abrió y el Pájaro de Fuego quedó libre. Iván saltó para prenderlo, pero tan solo pudo alcanzar una única pluma de la cola antes de que se fuera y desapareciera para siempre hacia el norte.

»Cuando el lobo escapó y se reunió con el joven príncipe, se lo encontró sentado en una encrucijada con la cabeza entre sus manos. El lobo le preguntó por qué estaba tan triste cuando tenía el amor de la mujer más hermosa del mundo, la libertad del caballo más rápido del mundo y una jaula de oro que valía al menos lo suficiente para comprarse cualquier lujo que deseara.

Yeva pensó en su casa, en sus hermanas, en sus amigos Galina y Solmir... hasta pensó en el castillo de la Bestia, en los libros que no le dio tiempo de leer, y en lo bonito que habría sido pasear junto al río en primavera. «Ojalá pudiera romper la maldición de la Bestia —pensó con amargura—, entonces sería feliz».

—El príncipe confesó —continuó Yeva— que el último rey tenía razón, que el sueño era lo que él había anhelado, y jamás sería feliz hasta encontrar al Pájaro de Fuego y todo lo que siempre había querido. Ninguna de las cosas halladas por el camino le haría nunca feliz.

La voz se le fue apagando, porque allí la historia debería haber llevado al príncipe a casa triunfante, para casarse con Yelena y heredar el reino de su padre, y usar la jaula de oro para establecer una caballeriza llena de monturas engendradas por el caballo con la crin dorada, que serían tan preciadas que llevarían a su reino un siglo de prosperidad. Pero allí terminaba el cuento de hadas y Yeva levantó la cabeza para encontrar a la Bestia todavía observándola. No obstante, la fuerza de su mirada había disminuido y ahora que se había quedado callada, comenzaba a moverse donde estaba apoyado contra la piedra, rugiendo con descontento desde la profundidad de su garganta.

—¿Cómo termina la historia? —preguntó la Bestia.

Yeva tragó saliva con dificultad, agarrando la vieja pluma en la mano.

—No lo sé —susurró—. Se maldijo al lobo y al joven príncipe a estar juntos el resto de sus eternas vidas para que ninguno fuera nunca realmente feliz. Y tan solo si el Pájaro de Fuego, lo que el joven príncipe siempre había querido más que nada en el mundo, volvía a él por sí solo, podría romperse la maldición.

La Bestia flexionó las garras y cuando Yeva le miró a la cara, frunció durante una fracción de segundo las cejas grises y bajó la vista por la confusión.

—¿Cómo es que conoces esta historia?

Yeva contuvo la respiración.

—Porque también es mi historia —susurró—. Porque pensé que no sería feliz hasta que me marchara del pueblo para vivir en el bosque, y luego pensé que no sería feliz hasta que pudiera cazar todos los días, y luego pensé que no sería feliz hasta vengar la muerte de mi padre. Porque pasé un año en un viejo castillo con el joven príncipe y el lobo gris, y pensé que no podría ser feliz hasta que los matase a ambos, y cuando lo hice, lloré más que en toda mi vida. Porque pensé

que no podría ser feliz hasta volver a casa, y luego pensé que no podría ser feliz hasta que regresara al castillo.

La Bestia movió las facciones de su rostro y a Yeva empezó a latirle el corazón con fuerza porque en el fondo rojo, brutal y animal, creyó ver un atisbo de color dorado. Con gran osadía, se acercó sigilosamente, con todos los sentidos alerta ante la más mínima señal de que la naturaleza animal de la Bestia pudiera dominarle y provocar que atacase.

—Porque pensé que la razón por la que siempre había estado tan inquieta era porque estaba destinada a la magia —dijo Yeva en voz baja—. Si podía modificar la historia, si rescataba al joven príncipe y al lobo gris, y encontraba al Pájaro de Fuego y tenía en mis manos todo lo que siempre había deseado, sería feliz eternamente.

—¿Cómo termina tu historia? —preguntó la Bestia, volviendo su voz al tono grave aterciopelado que Yeva conocía tan bien.

La muchacha le miró, se había quedado sin respuestas. Mil cuentos de hadas pasaron por su cabeza, llenos de búsquedas, sueños, deseos y recompensas. Pero el camino delante estaba en blanco, tan vacío como la encuadernación en cuero del libro que había llevado consigo.

—No lo sé —susurró—. Creo que quizá no termina. —Se echó de nuevo hacia delante y levantó una mano, pero la Bestia no se apartó ni tampoco le habló mal. La chica hundió los dedos en el suave pelaje de su pecho y su calor apartó el entumecimiento del frío. Notó los latidos de su corazón debajo de su mano, y también el ritmo de la magia que unía al hombre y al lobo que sonaba más fuerte que nunca. Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Lo siento.

El pecho de la Bestia se elevó y descendió bajo su mano en un suspiro.

—¿Por qué?

—Estuve muy cerca —respondió Yeva—. El Pájaro de Fuego estaba aquí. Casi lo tenía, pero fui... lenta. Podría haberte salvado y fracasé.

Se echó hacia delante hasta poder apoyarse en él, hundiendo la cara en su hombro y sintiendo el calor que se extendía por ella, ahuyentando el frío que le había calado los huesos en la cueva del Pájaro de Fuego. Olía como siempre y el aroma familiar a viento y especias aumentó dentro de ella, y entonces supo que tenía la respuesta para la pregunta de la Bestia. Sabía cómo terminaba su historia.

—Renunciaría a mil finales felices solo por volver contigo a tu valle y vivir como lo hacíamos —se apresuró a decir—. Renunciaría a todos los cuentos de hadas que conozco por oírte pronunciar otra vez mi nombre.

El calor de la Bestia la envolvió y su canción salvaje se hizo más fuerte, y ella oyó derretirse y gotear la cortina de hielo, y en su mente visualizó las gotas de cristal cayendo como hojas de otoño.

Entonces una voz susurró, «Bella», y sintió el calor más próximo cuando unos labios le rozaron la sien, la mejilla, la línea de su mandíbula. Se dio cuenta de que la rodeaban unos brazos y se apartó, jadeando. Las lágrimas le nublaban la visión así que cuando miró a la Bestia no vio más que un resplandor, el mismo resplandor que tenía cuando le vio sonreír o cuando abrió su habitación llena de libros o encendió un farol para que no estuviera a oscuras. Parpadeó y parpadeó y por fin se le aclaró la vista, y ante ella había una cara, una cara humana. Tan solo la había visto una vez antes y miles de veces en sus sueños.

—Pero —dijo Yeva—, ¿cómo? No lo conseguí. No te traje al Pájaro de Fuego.

La Bestia se arrodilló delante de ella, al parecer ignorando el hielo derretido que le empapaba la ropa, que era de un estilo que Yeva jamás había visto, de una época tan remota que incluso era anterior a los cuadros y los tapices más antiguos.

—Yeva —dijo la Bestia y, aunque no había ni un ligero gruñido en su voz, todavía retumbaba en su corazón y en sus huesos, todavía la calentaba por dentro—. Ambos nos equivocamos.

Alargó los brazos para cogerle las manos, envolviéndolas con las suyas, y las alzó para llevárselas al pecho, donde sonaban los mismos latidos, la misma magia que la llamaba, solo que no era magia, puesto que el hombre que tenía delante era real, más real que el hielo o la cueva, o la antigua pluma, que había dejado caer en algún lugar entre el hielo derretido y se había olvidado de ella.

—¿No lo ves? —continuó la Bestia, acercándosela para que pudiera inhalar su olor, sentir su pelo rozando su piel mientras unía su frente con la suya—. Tú eres lo que más quiero de este mundo y volviste a mí. Yeva... tú eres mi Pájaro de Fuego.

Yeva se sentía mareada, confundida no por aquel hombre extraño que no conocía, sino por el hecho de que no le resultaba para nada misterioso. Su tacto le era tan familiar y tan seguro como la curva de un arco que encajaba en la palma de su mano.

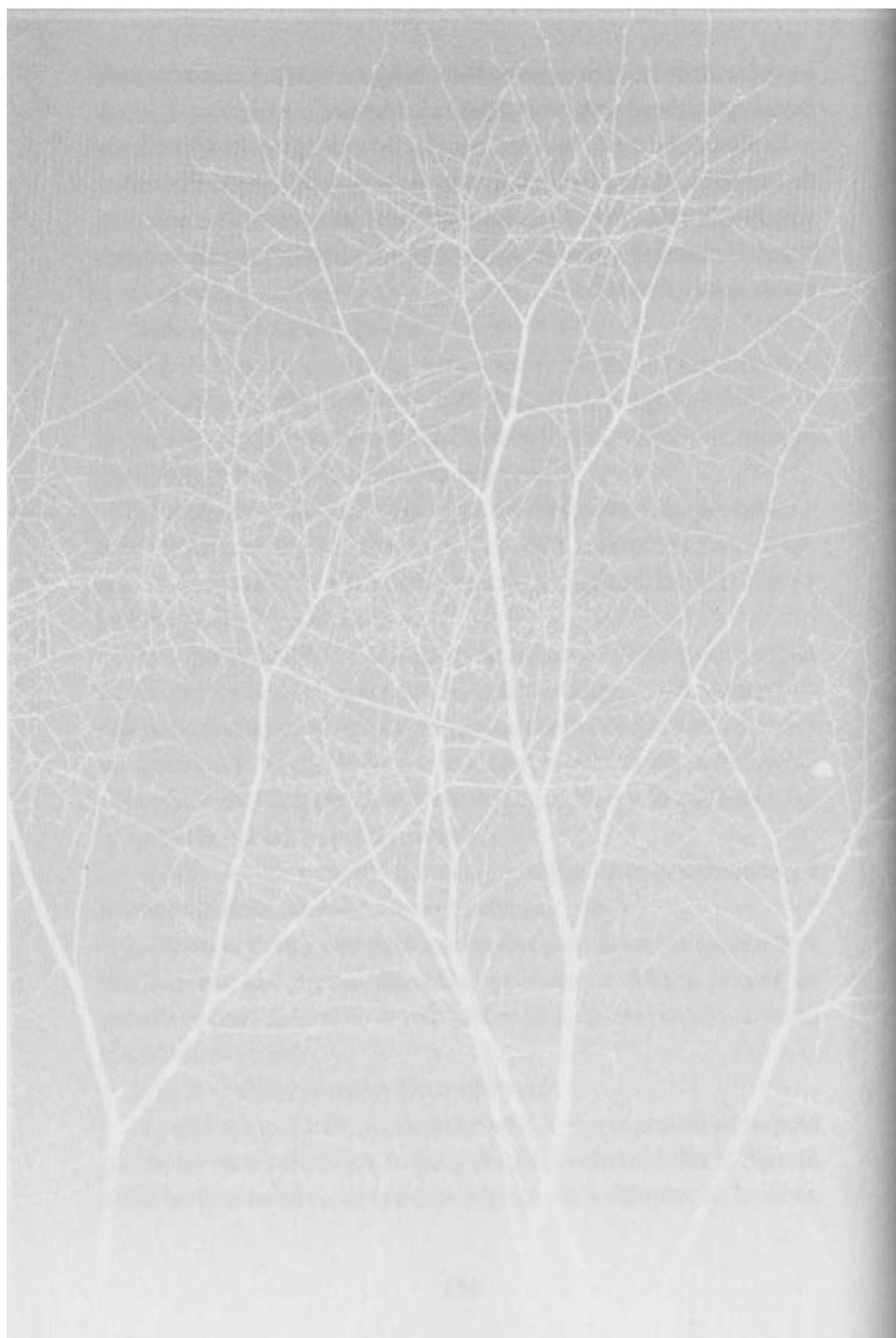
—Esto es un sueño —susurró ella—. Magia. Un cuento de hadas.

La Bestia sonrió y por primera vez Yeva descubrió que tenía un hoyuelo, una pequeña arruga en su rostro perfecto que lo hacía imperfecto, y que su nariz estaba un poco torcida, y que los ojos dorados eran más bien de color avellana.

—Sí —afirmó él—. Y es real.

«Un hombre y un lobo. Una mujer y un dragón. Cazadora y cazada. Nada en este mundo tiene tan solo una naturaleza».

La Bestia posó los ojos en sus labios y bajó la cabeza, pero sus movimientos fallaron un poco. La repentina incertidumbre en la inclinación de la boca hacia la de ella era tan totalmente humana que Yeva sintió que podría echarse a reír, a llorar, o ambas cosas. Así que fue ella la que se inclinó hacia delante para besarle y él le soltó las manos para rodearla con los brazos y pegar su cuerpo al suyo. Era cálido, sólido y real, y Yeva se sintió insustancial como el humo que se alejaría como las cenizas del arco y sus cuentos. Dejó de intentar comprender y se limitó a besarle, allí, en la cueva del Pájaro de Fuego. Y aunque Yeva sabía que siempre anhelaría el mañana, lo que había en el siguiente valle, y los colores que vería en el cielo en los años venideros, el beso fue, durante aquel instante, todo lo que ella deseaba.



EOVEN

Es extraño ser uno solo. Conocer todos los pensamientos y los deseos de mi propio corazón. Que cada recuerdo e instinto sea mío.

Porque sí recuerdo otra vida. Y no la vida del lobo, ni la caza ni matar, ni el hambre infinita. Recuerdo una vida anterior a esa que era buena, pero no la que yo quería. Recuerdo sentirme como si nada ni nadie en este mundo pudiera comprender lo que yo deseaba, esa punzada más profunda que la carne y el hueso.

Mi anhelo por otra vida, más allá, la magia y los sueños y las cosas que todos los demás parecían dejar atrás cuando eran niños. Era algo que sabía que no podría encontrar de verdad.

Ese deseo es lo que me trajo hasta aquí, hasta ella. Hasta otra alma tan vacía como la mía, que sin embargo no estaba vacía en absoluto, porque está tan llena de todo de lo que yo pensaba que era el único en sentirlo. Su alma al lado de la mía suena a música, como un latido, como magia.

Como belleza.

EPÍLOGO

FINALMENTE, YEVA LLEVARÍA A EOVEN al pueblo donde había crecido. Le contaría a su familia como mejor pudiera lo que había sucedido, y no lo entenderían, pero acogerían a Eoven de todas maneras por cómo miraba a Yeva. Se quedarían allí mucho tiempo juntos y Eoven les contaría cuentos a las hijas de Lena y enseñaría a cazar a los gemelos de Asenka cuando tuvieran la edad suficiente. Se alojarían a veces en la casa del barón y otras veces en la antigua habitación de Yeva en la casa de Radak y Lena, y, cuando quisieran, en una casita en el límite del pueblo con un jardín y un árbol de peonías y estanterías llenas de libros.

Su familia les preguntaría con el tiempo si tenían intención de casarse, y Yeva y Eoven se mirarían y se darían cuenta de que no se les había ocurrido. Tal vez algún día se casarían y tal vez les narrarían a sus hijos cuentos y les enseñarían a cazar, y tal vez vivirían en el límite del pueblo y añadirían una habitación tras otra a la casita.

O tal vez vivirían en el bosque y no volverían a hablar jamás con nadie salvo con los árboles y las bestias, y tan solo se contarían cuentos el uno al otro.

O tal vez viajarían al lejano mar oriental y se lanzarían al fin del mundo, donde había dragones y mujeres con cabellos por alas, y aves que ardían cuando el sol dorado las alcanzaba.

Tal vez harían todas esas cosas.

Pero antes que nada de eso, la Bella y la Bestia caminaron juntos por el río que salía de la cueva del Pájaro de Fuego, con Cervatilla trotando a su lado. Cruzaron los puertos de montaña y vieron que el invierno se alejaba a cada paso, y cuando llegaron otra vez al valle de la Bestia, se encontraron con que había llegado la primavera y que las ventanas en la habitación de la torre daban a un prado lleno de flores silvestres con todos los tonos de rojo, dorado y brillante naranja fuego.

Y desde algún lugar, pasadas las montañas que separaban el valle de la Bestia de los otros más allá, detrás, siempre hacia el norte, la canción del Pájaro de Fuego vagó por el aire, los llamó y esperó.

UNA NOTA DE LA AUTORA

Me dedico este libro a mí misma.

Llevo escribiendo *La cazadora* desde que era pequeña. En mi cabeza, en mis sueños, en cada nueva versión de la Bella y la Bestia que podía consumir. Al mirar por la ventana durante los trayectos largos en coche, al viajar por el mundo, en esos momentos indescriptibles de sentirte completa tras la lectura de un libro particularmente bonito.

Escribí el principio de este manuscrito al inicio de mi carrera, mientras esperaba descubrir si mi primer libro atraería la atención de un agente literario (y sí. Gracias, Josh Adams). Cuando ese primer libro se convirtió en una trilogía, puse *La cazadora* en una estantería a coger polvo.

Permaneció allí cinco años mientras escribía mis otros libros y navegaba por las nuevas y desconocidas aguas de ser una autora. Es un trabajo fantástico, pero puede llegar a ser absorbente. Es fácil empezar a ahogarse sin darse cuenta de lo que está pasando.

Por suerte, llegó Kristen Pettit. El estupendo consejo de mi editora, junto a los ánimos de mi agente, me convencieron para desempolvar *La cazadora* y volverle a echarle otro vistazo, y entonces fue cuando me di cuenta de que había dejado a Yeva en el limbo, al igual que a mí misma. Ninguna de las dos estaba terminada todavía.

Aunque nunca he vivido con una Bestia maldita en la Rusia medieval, esta es mi novela más autobiográfica. La insatisfacción de Yeva con su vida era la mía; su culpa por su descontento, su tendencia a centrarse en una única cosa y excluir todo lo demás, su incapacidad para encajar en el mundo, su confusión sobre lo que quería y por qué se sentía incompleta... todas las cosas que he llevado conmigo durante los últimos cinco años.

Así que, por citar uno de mis musicales favoritos, *Hamilton*, «escribí el modo de salir».

Tengo la fortuna de rodearme de una increíble red de amistades, familia y colegas escritores que me han dado ánimos —y, de vez en cuando, la figurada patada en el culo— para seguir adelante.

Tengo una deuda impagable (por muchísimas razones) con mi mejor amiga y alma gemela, Amie, que fue la primera defensora de este libro y que sigue siendo su mayor fan. También le estaré eternamente agradecida a mi familia, que siempre me han animado a contar historias; y a mi familia ampliada de vecinos y amigos, que estaban entre mis primeros fans. No puedo expresar cuánto apoyo recibí de los primeros lectores, sobre todo de Cait, que lleva pidiendo esta historia desde que íbamos juntas al instituto; y de Stephanie, que me ha ayudado incommensurablemente

como amiga, confidente y compañera escritora. También le doy las gracias a todos los que me ayudaron a documentarme para este libro, en especial a Erin, cuyos conocimientos de folclore eslavo fueron inestimables; y a Grimm, que, cuando quise preguntarle por el tiro con arco, me puso un arco en las manos y me presentó una pasión de por vida. Y a todos los de Harper Teen, soy muy feliz y estoy muy agradecida de ser miembro de vuestro equipo.

Me cuesta admitir que, a pesar de esta red de apoyo, me es difícil soltar este libro y enviarlo al mundo. Este libro soy yo y lo he guardado mucho tiempo por miedo. Pero las historias te cambian, si las dejas, y *La cazadora* me ha cambiado a mí.

Así que, aunque me dedico este libro a mí misma, también te lo dedico a ti. Chico o chica, joven o viejo, si tienes este libro entre manos, entonces tú también eres esa niña leyendo a la luz de la linterna y soñando con otros mundos. No temas a esa Bella interna ni a sus sueños. Déjala salir. Eres tú, y soy yo, y es la magia.

No existe lo de vivir felices para siempre, tan solo existe el hecho de vivir. Nosotros somos los que elegimos ser felices.

Tú eres el Pájaro de Fuego. Y, por encima de todo, agradezco muchísimo tu existencia.



MEAGAN SPOONER es una autora superventas del New York Times, creadora junto a Amie Kaufman de la saga de «Atados a las estrellas». Graduada en la Universidad de Hamilton, pasó siete años viviendo en Australia y viajando por todo el mundo. Actualmente vive en Carolina del Norte donde se dedica a escribir novelas juveniles.